Colección TESTIMONIOS

EDICIONES DE LA PLAZA

LA NACION INCONCLUSA

de las Repúblicas Insulares a la Patria Grande



Jorge Abelardo Ramos

JORGE ABELARDO RAMOS

La Nación Inconclusa

De las Repúblicas insulares a la Patria Grande

Ediciones de La Plaza
Montevideo, 1994

La Nación Inconclusa

De las Repúblicas insulares
a la Patria Grande

INDICE

Para un Itinerario

A ninguna "otra" historia estamos los uruguayos más ligados que con la de Argentina. Ninguna nos atañe, nos compromete tanto y repercute más en nosotros. Muchas pasiones uruguayas y argentinas son las mismas. Así, desde 1945, una gran divisoria argentina ha sido el Octubre de los trabajadores y Juan Domingo Perón. En algunos momentos, esa divisoria también se volvió uruguaya. Aunque aquí, al revés que en la Argentina, la mayoría estaba contra Perón. A todo este proceso está ligada la significación y proyección intelectual de Jorge Abelardo Ramos. Los que lo estiman o detractan, están atravesados también por esa divisoria.

Jorge Abelardo Ramos ha sido uno de los más influyentes reformuladores de la conciencia histórica argentina a partir de la irrupción histórica del peronismo. Más aún, pocos contribuyeron como él a la caracterización de ese fenómeno histórico nuevo que era el peronismo, y también a la conciencia de sí mismo que el propio peronismo alcanzó. En este orden histórico, pocos tan innovadores como Jorge Abelardo, y —es para mí una añeja evidencia— pocos tan saqueados y a la vez tan escasamente citados. Quizá su estilo cáustico, polémico e incisivo, le hizo temible y le multiplicó enemigos. Y ya se sabe, los enemigos son más perseverantes que los amigos. Pero el poder se muestra en la cantidad de enemigos que le han sido en muchos aspectos tributarios. Aunque, es obvio, inconfesables.

Quizá Ramos haya sido demasiado político para los escritores y demasiado escritor para los políticos.

Quizá el fragor de aquellos combates de 1945 o 1955 ("Octubre peronista" o caída de Perón en la "revolución libertadora"), la efervescente década de los 60 hasta la segunda presidencia de Perón (1973) se está volviendo lejano a las nuevas generaciones rioplatenses, que están ya dentro de otro marco mundial, posterior al derrumbe de la URSS de 1989-91. Viejas heridas se vuelven

leves en la memoria, pero si aquel "fragor" se apaga, muchos de aquellos desafíos y problemas rioplatenses y latinoamericanos atraviesan la metamorfosis del nuevo marco mundial y toman nuevas formas en este tiempo finisecular naciente. Ahora, todo necesita replantearse con nueva profundidad. Nadie está exento de tal tarea. Todos estamos incluidos y Ramos lo sabe perfectamente. De tal modo, esta obra es ante todo estímulo en la búsqueda de la necesaria "metamorfosis" de nuestros problemas esenciales. Por supuesto, en este orden, Ramos no ha dicho todavía su última palabra.

Me ha tocado en suerte presentar a Jorge Abelardo en dos momentos muy distintos. Casi en las dos puntas de la trama de nuestra vida. Primero en tiempos del "fragor", allá en 1955. Y ahora en tiempos de la "metamorfosis" de las grandes cuestiones que permanecen y se renuevan. ¿Las imágenes de ayer nos encaminan a la realidad o la taponean? Esto nos permite esbozar un itinerario que puede contribuir a una mejor comprensión.

Hace cuarenta años escribía un artículo sobre "El marxismo y Jorge Abelardo Ramos" en aquella efímera revista "Nexo" que publicamos con Ares Pons y Reyes Abadie. Era en el primer número, en abril del crucial 1955. Pocos meses antes de la caída de Perón; y fue poco después, en plena reacción de la "revolución libertadora", que nos conocimos. Desde entonces hemos tenido una amistad siempre remozada por la prueba de los más diversos acontecimientos históricos. A pesar de nuestras divergencias en cuanto al centro y sentido de la historia, en uno religioso y en el otro no, hemos tenido casi siempre una casi milagrosa convergencia política. Esto se explica por el compartir un presupuesto fundamental: la cuestión nacional irresuelta de América Latina. La necesidad de la unidad nacional latinoamericana fue siempre criterio y meta de los juicios comunes, aún para los detalles más alejados aparentemente. Hoy el Mercosur nos parece justamente la clave más esencial, un eje de toda esta historia en proceso. Aquel presupuesto es tan viviente hoy como ayer. Hoy más que ayer.

¿Cómo ubicábamos a Ramos allá en el 55? Sólo había aparecido su primer libro "América Latina: un país" (1949) pero donde ya estaban en agraz todas las líneas esenciales de su pensamiento, y "Crisis y Resurrección de la literatura argentina" (1954) que reivindicaba la figura de Manuel Ugarte, un socialista nacionalista latinoamericano de la gran generación del 900 latinoamericana (también, acotamos, un gran amor de Delmira Agustini) y que a la vez hacía una ruptura iconoclasta y "panfletaria" con Jorge Luis Borges y con Martínez Estrada, entonces intocables monstruos sagrados tanto en la vecina orilla como en la nuestra. Ramos todavía no había desplegado su ovillo, pero teníamos ya la punta de la madeja.

Ante todo, nos parecía "imprevisto", "excepción" en relación a la imperante "escolástica marxista" de cuño stalinista, tan desarraigada y custodiada celosamente por los partidos comunistas vernáculos. El pensamiento y el estilo de Ramos tenían el vigor de una innovación con apoyo en nuestra propia historia. Y uníamos la excepción de Ramos con la del peruano José Carlos Mariátegui, en aquellos tiempos totalmente sepultado por la lápida stalinista. Mariátegui, cuya formación y apogeo fueron en los años 20 y principios de los 30. En un marxismo latinoamericano singularmente pobre, Mariategui y Ramos se levantaban a nuestros ojos como lo más importante. Eran dos marxistas heterodoxos, el uno tenía la impronta de Sorel y el otro la de Trotsky. Hoy mantenemos ese juicio. Hubiéramos podido agregar alguna otra excepción a nuestro páramo marxista, como la del brasileño Caio Prado Junior y poco más. Cierto que escribíamos antes de la célebre "desestalinización" del informe de Nikita Kruschev de 1956, pero la verdad es que nada sustancial cambió la grisura del marxismo burocrático soviético, el auténticamente hegemónico. Gris vivió y gris murió en 1989. Lo que sí ya se agitaba, en cambio, era el "marxismo occidental" que se levantaría como ola gigantesca en la década del 60, brillante, prolífico, desde ultra a refinado, espumoso y finalmente estéril. Ramos fue indiferente u hostil a

toda esta ola del "marxismo occidental". Tuvo, incluso, un cierto menosprecio hacia ella. En cambio, en nuestro artículo ya se sienten las primeras brisas de aquel renaciente marxismo occidental. La temática de la "alienación" —que luego se haría torrencial— desplazaba las cuestiones incuantificables de la "plus valía", que se herrumbraba en los círculos de economistas, que preferían por ejemplo el sustituto de "excedente". Y ésta no es cuestión académica, pues allí se juega el papel del proletariado industrial. Sólo la teoría de la "plus valía" de Marx podía justificar como "científico" y necesario el papel del proletariado como "único sujeto mesiánico" de la historia. No lo era a nuestros ojos.

¿Qué fue lo que más nos sorprendió entonces de las perspectivas de Jorge Abelardo Ramos? Lo más atractivo para nosotros fue la novedad de enlazar creadoramente al marxismo con las tradiciones del federalismo rioplatense. Su capacidad de conjugar el revisionismo histórico nacionalista con el marxismo. Por supuesto, en esa conjugación, las dos puntas fueron repensadas, recreadas. Las dos puntas se sintieron profundamente perturbadas por la audacia de este intento de nueva síntesis histórica. Conviene aquí delinear claramente la antítesis en juego, para medir el significado de la nueva respuesta.

Desde los comienzos mismos de la Independencia, el Río de la Plata se vio dividido por una polaridad fundamental: la de unitarios y federales. No fue una exclusividad rioplatense, pues con distintos nombres según los países (y aún lo de unitarios y federales, puesto al revés en otros lados) esa bipolaridad atraviesa toda la América Latina desde la fundación de las repúblicas en el siglo XIX. Una denominación decimonónica muy difundida de esa antinomia fue de "conservadores" y "liberales". Lo más simbólico de los "conservadores" —a escala latinoamericana— fueron el mexicano Lucas Alamán y el venezolano Andrés Bello, en tanto que de los "liberales" lo fue sin duda Domingo Faustino Sarmiento, con su "Civilización y Barbarie". Una buena guía —aunque susceptible de muchos ajustes— para ese marco esencial de

nuestra historia latinoamericana es la "Filosofía de la historia americana" de Leopoldo Zea. Creo que es hasta hoy la mejor introducción a este asunto capital y a ella remitimos. En el Río de la Plata esa bipolaridad de "unitarios" y "federales" puede representarse, los primeros con Sarmiento y Mitre, los segundos con Juan Bautista Alberdi (el de la polémica extraordinaria contra aquellos en su obra "Grandes y Pequeños hombres del Plata"). Por supuesto, esta bipolaridad constituyente desde sus extremos, tiene luego un amplio espectro intermedio de variaciones, de interpenetraciones, matices y fronteras. En la tradición intelectual del Bernardo Berro de la polémica con Manuel Herrera y Obes en 1847, está la obra de Luis Alberto de Herrera al que hemos calificado alguna vez el "Alberdi uruguayo". El hecho es que la tradición "unitaria" ha sido hegemónica en el Río de la Plata. Sin duda, es la tradición de José Batlle y Ordóñez. Desde estos breves perfiles, podemos acotar nuestro problema de la novedad de Abelardo Ramos.

El iniciador del socialismo en el Río de la Plata, a fines del siglo XIX, fue el argentino Juan B. Justo. Y este, con el José Ingenieros de "La evolución de las ideas argentinas", marcó decisivamente a la "izquierda rioplatense" desde su nacimiento, con el sello "unitario". La izquierda rioplatense, de intenso cuño inmigrante europeo, nació con esa dependencia de las vigencias dominantes unitarias. La ideología dominante penetraba a quienes pretendían cuestionarla, y los subordinaba. Eso ocurrió con los partidos socialistas y sus descendientes los partidos comunistas. Rompieron por Lenin, pero no por Sarmiento. Claro, las características especiales del Uruguay, que tenía por héroe máximo a José Artigas, patriarca federal, daba ciertas inflexiones más eclécticas a las vigencias aquí dominantes. Así en Emilio Frugoni o en Francisco Pintos. La novedad de Ramos fue realizar por primera vez desde la izquierda un coherente planteo "federal" y "nacionalista". Esto parecía entonces un imposible. Una anécdota con Luis Alberto de Herrera puede servir de ilustración.

Abelardo Ramos conoció al doctor Herrera, cuando vino al Uruguay en 1950. Herrera tuvo gran interés en "América Latina, un país". Incluso en un suplemento literario de "El Debate", que dirigía entonces nuestro recordado y querido Enrique Sánchez Varela, se hizo la publicación de un fragmento del mencionado libro, referido a "Facundo" y "Martín Fierro". Fue la entrada de Abelardo Ramos en el Uruguay. Luego, en 1957, Ramos publicó la primera edición de "Revolución y Contrarrevolución en la Argentina" y me dijo en Buenos Aires que le mandaría uno al doctor Herrera. En aquellos tiempos era yo visitante asiduo de la quinta de Herrera, y se lo hice saber. Como el libro no llegaba, Herrera le mandó a Ramos este telegrama: "Querido compañero Methol anunciame su alabado libro que no he recibido. Muy agradecido: Luis Alberto de Herrera" (31/10/57) Abelardo me mandó el libro para Herrera, y se lo entregué inmediatamente. A los dos o tres días paso nuevamente por la quinta, y Herrera me comenta "¿Ramos es marxista? ¡Pero qué raro! Si es federal como nosotros!". Después Herrera envió otro telegrama a Abelardo: "Muy agradecido por valioso libro de empuje y convicción. Afectuosos saludos. Luis Alberto de Herrera".

De tal modo, las sucesivas ediciones de "Revolución y Contrarrevolución en la Argentina" configuraron una revolución copernicana en relación a la interpretación de la historia argentina hasta entonces vigente, presidida por Sarmiento y Mitre. Ramos fue su contrafigura más completa y orgánica. Y no sólo rompe con la historia oficial de la vieja oligarquía comercial y terrateniente porteño-bonaerense, sino con su izquierda tanto socialdemócrata de Justo como comunista de Codovilla y Ghioldi, que justamente se aliaron en 1945 contra el surgimiento del peronismo, sostenido por la nueva burguesía industrial nacional y el nuevo movimiento de los trabajadores, esta vez alimentado por los "cabecitas negras" del interior pobre y federal de la Argentina. Así, la "era peronista" había generado su nueva versión de la historia argentina en las nuevas condiciones de lucha por la industrialización nacional.

Claro que Ramos no fue el único significativo, ni sus paradigmas históricos fueron aceptados en cada una de sus particularidades. Formaba parte de una constelación que integraban desde una punta Ernesto Palacio, José María Rosa y Fermín Chavez, pasando por Arturo Jauretche hasta la otra punta de Rodolfo Puiggros y José Hernández Arregui. Vale entonces preguntar ¿cuál fue el itinerario de Jorge Abelardo Ramos que le posibilitó integrar con tanto relieve esta nueva situación histórica? Empecemos por sus comienzos.

Cada generación, cuando irrumpe a la vida pública, tiene el sello indeleble de la circunstancia histórica de su iniciación. El primer amor, la primera gran experiencia política marca para siempre. La experiencia inaugural de Ramos fue la guerra civil española, de1936; la nuestra fue la de 1945 con la constitución de la bipolaridad mundial USA-URSS y el surgimiento argentino del peronismo y aquí en el Uruguay la campaña de Herrera por la No-intervención en defensa de América Latina y de Argentina; la generación siguiente de los 60 por la Revolución Cubana; hoy es la experiencia post-derrumbe de la URSS y el marxismo, quizá el Mercosur. No sabemos todavía bien sus nuevos perfiles. No es tampoco nuestra experiencia, como es obvio, ya que nos toma veteranos.

El punto de partida de Abelardo fue el anarquismo, que provenía de su padre, Nicolás Ramos. Sus primeras lecturas fueron Rafael Barret y a través de este tomó contacto con la Guerra del Paraguay de la Triple Alianza, y de la relación contradictoria entre Mitre y Alberdi. El Alberdi de la historia oficial terminaba en " las Bases", pero fue el "segundo" Alberdi, el silenciado, con quien se encontró Abelardo de buenas a primeras. Todavía no sabía que del "segundo Alberdi" vendrá lo mejor de todo el revisionismo histórico. Desde Barret asumió la guerra civil española, solidario de la célebre columna de Buenaventura Durruti en la batalla de Madrid. Estallan los conflictos de los comunistas con los anarquistas y con el Poum de Andrés Nin. Purgas y asesinatos. Son también los

grandes procesos de Moscú, en los que Stalin liquida a toda la vieja guardia "bolchevique". Es aquí cuando Ramos se enfrenta con los grandes dilemas del marxismo contemporáneo. La figura y el pensamiento crítico de Leon Trotsky le subyugan y se vincula a un pequeño grupo "trotskista", encabezado por Liborio Justo, el famoso Quebracho, y más esencialmente con Aurelio Narvaja, inteligencia tan poderosa como solitaria. Eran pequeños grupos marginales, asediados por el implacable aparato stalinista. Había que tener entereza y algo de locura para asumir una lucha tan desigual, huérfanos de todos los poderes. Pocos sobrevivían. Aquí en Montevideo, podemos recordar esquirlas de aquella batalla, en el humor paradojal y ácido de Roux, ajedrecista de la noche, o a Zulma Nogara, con su perseverancia de secta protestante en actos callejeros, o a Esteban Kikich, encarnación del proletario legendario. El grupo de Ramos tuvo mejor destino, pues supo asumir e insertarse en el más grande movimiento popular de la Argentina del siglo XX. En 1945 fueron el único grupo de izquierda que proclamó el "apoyo crítico" al peronismo. Puede comprenderse que aquello fue escandaloso, inaudito e incalificable. Algo imperdonable. Puede entenderse así el estilo de "espada flamígera" de Ramos: era cuestión de supervivencia. Todo el "establishment" intelectual de la derecha a la izquierda desató contra él todas las furias, desde la calumnia al silencio.

El Trotsky que conoció Abelardo, en el que se formó, es el de "La Revolución Traicionada" (1937) donde caracteriza a la URSS como un "Estado Obrero con degeneración burocrática". Era la profunda crítica al nuevo Estado de la dictadura totalitaria de Stalin, realizada por un revolucionario de la primera fila en 1917. Desde esos planteos de Trotsky otros darán otros pasos, como Bruno Rizzi, que en 1939 en su obra "La Burocratización del mundo" (luego reeditada bajo el título "El colectivismo burocrático") sostiene que en la URSS se ha formado una nueva clase, una nueva burocracia como clase dominante: a través de la nacionalización de los medios de producción explotaba y reducía a servi-

dumbre a los trabajadores. Trotsky quedó obsesionado con las conclusiones de Rizzi, y pensó que si la Segunda Guerra Mundial no llevaba al derrumbe revolucionario de la "degeneración burocrática", había entonces que revisar todo el marxismo. Trotsky no pudo seguir, asesinado con Coyoacán, México, en 1940, por la mano larga de Stalin. Muchos fueron retomando las perspectivas de Rizzi, como Butnham, Djilas, Schatman, Martinet, Naville, Castoriadis, etc. Ramos mantuvo las esperanzas de transformación de la URSS hasta la década del 70. Recuerdo que en 1988, en plena "Perestroika" y "Glasnov" de Gorbachov, caminando por Corrientes hacia Callao, me mostró una librería apta para la "izquierda sofisticada" que había puesto indirectamente el Partido Comunista. Nos acercamos a sus vidrieras, y vimos allí un libro de Trotsky. Ramos me comentó con sonrisa entre triste y maliciosa "¡Lo que es la vida! Cuando ellos están por llegar a Trotsky, uno ya se fue".

El otro aporte que le hizo Trotsky, fue poner en primer plano la unidad de América Latina. En efecto, desde 1934, desde la formación de la IV Internacional trotskysta en sustitución de la III Internacional controlada por Stalin y convertida desembozadamente en agencia de la política internacional de Rusia, fue tesis de Trotsky que "Los países de Sud y Centroamérica no pueden librarse del atraso y del sometimiento si no es uniendo a todos sus Estados en una poderosa federación". Consigna principal del trotskysmo de entonces fue "Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina". Esto no fue jamás así para los Partidos Comunistas de obediencia moscovita. Esta perspectiva de Trotsky fue reforzada con su exilio en México y su toma de contacto más directa con la realidad latinoamericana. Sin duda —es nuestra convicción— esto era reflejo de una atmósfera propiamente latinoamericana. En la década de los 30 la luminaria latinoamericana era Víctor Haya de la Torre, su APRA y su unidad de "Indoamérica". Haya de la Torre era un heredero directo de Manuel Ugarte, de José Vasconcelos y por ende de Rodó. En realidad, Haya de la Torre, Getulio Vargas y Juan Perón serán los tres mayores políticos

latinoamericanos de los movimientos nacionales y populares que lucharon en una América Latina fundamentalmente rural por levantar una moderna Sociedad Industrial, con bases propias. Sólo en la década de 1960 la mayoría de América Latina dejó de ser rural. Trotsky fue cauto ante el Apra, pero le prefería al stalinismo, que entonces hacía de Haya de la Torre el centro de sus odios. Esperaba que el Apra desbaratara los ataques de los partidos comunistas. Por otra parte, en los años 30 Buenos Aires era el emporio de exiliados y estudiantes peruanos apristas. Aquí estuvo el humus en que creció el latinoamericanismo del joven Abelardo Ramos. La influencia de Haya de la Torre fue inmensa. Está presente en la entonces naciente FORJA de Arturo Jauretche, que desembocará en el peronismo, y en los radicales que serán los cuadros de Arturo Frondizi. De tal modo, el latinoamericanismo de Ramos viene de la simbiosis Trotsky-Haya de la Torre, que fueron la base de su recuperación en un socialista argentino marginal a los Justo y Codevilla. Me refiero a Manuel Ugarte, donde Ramos encontrará su genealogía en su vocación por la "Patria Grande" (la expresión fue acuñada y popularizada por el mismo Ugarte). Sobreviviente solitario de la generación del 900, Ugarte apoyó a Perón y fue su embajador en México. Ramos rescató luego a Ugarte del olvido y encontró en éste su tradición.

Creo que tenemos ya los elementos indispensables para que pueda diseñarse con comprensión el itinerario de Jorge Abelardo Ramos y sus singulares características. Producida la irrupción nacional y popular del 45, Abelardo pudo trazar el primer esbozo de su perspectiva en "América Latina: un país" (1949). Comenzaba su recuperación de la tradición de Bolívar (en una Argentina poco propicia para esto), pero la mayor parte del libro era ante todo historia argentina y muy poco de los otros países latinoamericanos. Por eso de ese bosquejo inicial se desprenderán dos libros que irán creciendo en conocimiento y profundidad: "Revolución y Contrarrevolución en la Argentina" e "Historia de la Nación Latinoamericana". En el fondo, Ramos es autor de un solo libro, desdoblado.

En la primera edición de su historia argentina, Ramos hacía un federalismo sin Artigas. Como argentino separado, no sabía de Artigas, al que creía uruguayo. Es la fatalidad de estudiar nuestras historias patrias, ignorando las de nuestros vecinos, que son esenciales para nuestra propia comprensión. Ramos era víctima también, es lógico, de la "balkanización" y los compartimentos estancos de América Latina. Supo de Artigas por nosotros, y esto le dio otra perspectiva a su comprensión de la misma Argentina. Así, en la segunda edición —creo que por 1961 o 62— dedica el capítulo sobre Artigas a Carlos Real de Azúa, Reyes Abadie, José C. Williman, Vivian Trías y al suscrito.

Y su deslumbramiento con Artigas fue tal que la bandera que su grupo político eligió fue una de las de Artigas, superando en la competencia a la propuesta de la de San Martín en los Andes. Tuvo entonces Ramos mucha influencia en el Uruguay. Lo que Justo fue para Frugoni, Ramos lo fue para Vivian Triás. Si Frugoni fue la versión unitaria del socialismo uruguayo, Trías será la federal.

Podríamos concluir aquí, pues lo que nos parece básico está dicho. Sin embargo quisiera hacer dos últimas acotaciones.

A comienzos de la década de los 60, la constelación intelectual de la que participa Abelardo, y a la que ya hice referencia anteriormente, tenía en Argentina una influencia ideológica creciente. Pero sufrió una interferencia decisiva: el impacto inaudito de la Revolución Cubana. Nunca en la historia de América Latina existió nadie que alcanzara la irradiación incomparable de Fidel Castro. Habrá que hacer pronto una balance objetivo y desmitificado de todo este proceso. Aquí no es oportunidad. Pero sí de inevitable alusión. Hubo la incidencia de la teoría del "foco" guerrillero y la supeditación de Cuba a la URSS, que cumplieron un papel devastador, destructivo, tanto para los movimientos nacionales y populares como para la anquilosis definitiva del marxismo en América Latina. El foquismo sembró a América Latina de muerte y fracaso, del más bajo nivel intelectual imaginable, pero su épica tomó el corazón de las juventudes. En Argentina, el "cubanismo"

hegemonizó finalmente sobre lo nacional y popular en las juventudes. En el peronismo, quien cumplió el papel mediador fue John W. Cooke, que presidió la delegación argentina a la Conferencia de la OLAS en 1967: y se generaría poco después a los Montoneros. Esto terminó en la sangrienta catástrofe de todos conocida. Abelardo Ramos enfrentó desde el comienzo esta oleada de irracionalidad, y en su "Historia de la Nación Latinoamericana" (1968) hace una crítica rigurosa a la epidemia foquista! Nuevo motivo de odio contra tan inoportuno crítico. Nuevo motivo de aislamiento. Desde Brasil le propusieron la edición de su libro, con la condición de eliminar la crítica al "foquismo". Por supuesto, se negó. En Uruguay, vaya uno a saber por qué vericuetos del alma, cuando capturaron a Sendic, el jefe tupamaro, en su último refugio, había un catre, una mesita, un libro —la Historia de la Nación Latinoamericana— y una imagen de María.

Aquella oleada juvenil hizo morir de angustia a Hernández Arregui y a Jauretche, arrastró a Puiggros. Hizo perder la cosecha. Sin embargo, la conciencia histórica argentina se había ya modificado sustancialmente. Un símbolo es la película de propaganda "La República Perdida", donde las imágenes históricas acuñadas por Jauretche, Ramos, Hernández Arregui, etc., eran tomadas como válidas hasta por sus viejos enemigos.

La otra acotación que quería hacer se refiere a la cuestión religiosa. Sin duda, Ramos se había formado en la herencia del anticlericalismo, con todos sus clichés, especialmente en lo referente a la Iglesia Católica. Pero su pasión nacional, su esfuerzo por penetrar en el corazón de los pueblos mestizos de América Latina, le fueron haciendo revalorar cada vez más a la Iglesia Católica, a la matriz católica de nuestra cultura latinoamericana. Por eso, a diferencia de las teologías de la liberación, que llevaban el sello del "foquismo", valoró mucho más a la Conferencia Episcopal de Puebla que a la de Medellín. La sintió mucho más arraigada en la historia y la cultura latinoamericana. Aunque Puebla no hubiera podido ser sin la partida de Medellín.

Incluso el cambio de su perspectiva religiosa fue más profundo. No era hombre por cierto de lecturas teológicas. Pero se interesó en conocer el pensamiento de Lucio Gera, teólogo argentino, el de mayor influencia en el proceso de gestación de Puebla. En realidad, Gera era la versión teológica de la constelación intelectual del movimiento nacional y popular argentino. Sabedor de esa lectura, le pregunté qué le parecía. Y Abelardo, un poco sorprendido y hasta perplejo por su lectura teológica, me dijo: "no sé, lo que yo leí es poesía". Bueno, le respondí, así es toda la teología. Ante esto, quedó meditando y exclamó "Entonces, la Iglesia es invencible!".

Tal exclamación, a su vez, me sorprendió. Quedé pensando. Para Marx la religión es un fenómeno histórico pasajero, superable, en tanto que la poesía tiene algo de permanente, de eterno, atraviesa todas las épocas y clases sociales. Marx separa religión y poesía. Aquí percibí que para Ramos la religión dejaba de ser el opio del pueblo, e ingresaba al reino de lo estético y poético. La religión se volvía invencible, porque Abelardo sabe que lo más radical del hombre es poético. Esto no se lo comenté nunca, se los cuento a ustedes.

Alberto Methol Ferré

Noticia Previa

He reunido en este volumen, cuya publicación facilita la oriental hospitalidad de Martín Aguirre (h), un conjunto de ensayos consagrados a la unidad de la gran Patria común, aquella de Artigas, San Martín, Bolívar, Morazán y tantos otros, olvidada en los desvanes de una historia muerta. Tales estudios fueron inspirados por la esperanza de una resurrección del alma y la pasión de los latinoamericanos, a las que el cañonazo de las Malvinas pareció convocar.

Después del cañonazo, vino el silencio. Pero la marcha hacia un nuevo Ayacucho, esta vez parece discurrir por la prosa de las tarifas de avalúos, y las caballerías insomnes de Bolívar pasarán, como una fantasma familiar, por las Aduanas libres. Vía poco heroica, si se quiere, pero de dimensiones formidables para la grandeza común. Me refiero al Mercosur. Hay que frotarse los ojos, lector, pero así es en realidad. Vamos a construir un espacio territorial, inicial, de 11 millones de kilómetros cuadrados, con casi 200 millones de habitantes. En la puerta ya están los hermanos de Bolivia y de Chile. Se requiere un esfuerzo supremo para crear el Mercosur de la cultura, la historia, las letras, las mujeres, los trabajadores. Pues sin el espíritu, nada podrán las mercaderías. Falta ahora revivir la conciencia común de la gran Nación.

Asimismo, publico otros trabajos que la erosión del tiempo o el cuchillo de la crítica sacaron de la circulación durante años. Digo cuchillo y no es una metáfora. Durante el régimen militar del General Videla (el "soldado de la democracia", como lo llamó Ricardo Balbín) ocupó el cargo de Director Ejecutivo de Eudeba (Editorial Universitaria de Buenos Aires) el señor Luis Pan. Este Pan, que como verá el lector es un pan incomible, duro de roer, es un miembro reputado del Partido Socialista Democrático. Como

se sabe, dicho partido es el fundado por el Dr. Juan B. Justo. Su heredero, hasta su reciente fallecimiento, era el Profesor Américo Ghioldi. Todos estos discípulos del traductor al castellano de *El Capital* de Marx, están devotamente adheridos a la Internacional Socialista y a todas las dictaduras antinacionales que ha padecido la Argentina. Se preguntará el lector que a dónde voy con tales héroes y qué relación tiene el cuchillo con el socialismo democrático. La relación es muy estrecha. Ya lo verá enseguida. Después de haber sido funcionarios y diplomáticos de la Dictadura del general Aramburu y del almirante Rojas en 1955-57, los socialistas democráticos comprendieron en el acto la propensión magnánima de la dictadura de 1976 encabezada por los Generales Videla y Viola. Este golpe de ojo del socialismo democrático fue premiado instantáneamente con la Embajada en Portugal, cuya capital es Lisboa. Los pretores le regalaron al Partido Socialista Democrático (que hoy, con los otros socialismos de la Argentina, gestiona la ansiada unidad) esa embajada. Mediante tal colaboración, los socialistas argentinos aprendieron a conocer la importancia de los derechos humanos, de los que son ardientes defensores. Esa es su industria. Y el ex Presidente Alfonsín, que era otro ejemplar nítido de demócrata occidental, perpetuó ese regalo confirmando a los afiliados del grupo como usufructuarios de otra Embajada.

Volviendo a Pan, lo primero que hizo al hacerse cargo de la Editorial de la Universidad de Buenos Aires, fue ordenar a dos empleadas que se armaran de sendos cuchillos y degollaran sin piedad a dos obras que yo había incluido en 1975 dentro de la colección *Hispanoamérica en la historia* por mí dirigida. Los favorecidos por Pan y Cuchillo resultaron ser *La Misión Ponsonby*, de Luis Alberto de Herrera, y *El Dr. Francia visto por sus contemporáneos* del Dr. José Antonio Vázquez. Pasaron a degüello los estudios preliminares que yo había escrito para estos libros notables, que así quedaron mutilados, como pudo observar cualquier lector curioso. En el toque a degüello también cayó en la canasta fatal la carta que el amigo Alberto Methol Ferré me

dirigiera a propósito de la figura de Herrera. Al gran escritor boliviano Augusto Céspedes le fue peor. A sus libros *El Dictador Suicida* y *El Presidente Colgado* no los degollaron. Los incineraron. Por el cuchillo o por el fuego, el socialismo del Dr. Justo en la Argentina exhibe una notable capacidad crítica que habría envidiado otro crítico bibliográfico, justamente célebre, el escritor Adolfo Hitler.

Ambos estudios los encontrará aquí el sorprendido lector. También incluyo otro sobre Manuel Ugarte y la revolución latinoamericana, escrito en 1953 y retocado hoy. Asimismo se edita mi trabajo sobre las relaciones entre Mariátegui y Haya de la Torre, o sea entre el socialismo y el nacionalismo en el Perú. Se incluye, además, un ensayo sobre el significado de la gloriosa guerra de Malvinas, donde la Argentina reingresó orgullosamente a la historia. A propósito de Malvinas, el lector interesado en el tema, podrá conocer un prólogo que escribí en 1984 al Informe que por encargo de la Señora Margaret Thatcher preparó con un grupo de expertos Lord Franks (DM, GCMG, KCB, CBE).[1] Tanto el Prólogo como la Edición del mencionado Informe, fueron editados por el suscripto bajo el título de "El Servicio Secreto Británico y la Guerra de Malvinas"[2]. Cabe señalar que la publicación se hizo sin la autorización de Lord Franks. En su momento me comprometí públicamente a pagar a Lord Franks los derechos de autor que le corresponden (aunque su contribución a la verdad expuesta en su Informe no tiene precio) exactamente el día que Gran Bretaña devuelva las Malvinas a la Argentina. Aguardo con impaciencia el momento de ordenar el giro a Londres en pesos convertibles. Se me ocurre que como buen inglés, Lord Franks no debe ser indiferente al dinero. Publico también un ensayo sobre José Hernández,

(1) Son sus títulos honoríficos

(2) El folleto de marras se vende en el hall de la Cámara de los Comunes a 6 chelines.

olvidado y enigmático autor de una obra inmortal, el "Martín Fierro". Comprobará el lector que el "leiv motiv" del volumen es la reunión de las Repúblicas insulares de América Latina en Nación. La tesis es antigua (Francisco de Miranda) pero ha sido tan olvidada por las doctrinas políticas importadas, que parece nueva.

J. A. R.

CAPÍTULO 1

Un poeta-soldado sueña su derrota en Santa Ana Do Livramento

Fue en la noche del 9 de mayo de 1913. Toda la *flor de la canela* se había reunido en el suntuoso Teatro Odeón. En un palco se encontraba nada menos que el conquistador del Desierto, por dos veces Presidente, el General Julio Argentino Roca. Despertó la inevitable murmuración maliciosa la ausencia del Presidente de la República, Roque Sáenz Peña. Viejo adversario de Roca, los bien enterados susurraban que la presencia del *Zorro* había movido a Sáenz Peña a renunciar a la conferencia inaugural. Pero en la noche siguiente, el Presidente ocupó el lugar de honor.

Se anunciaba que Leopoldo Lugones haría varias lecturas —género hoy caído en desuso— desde el 9 al 24 de mayo. El tema resultaba algo extraño para la exclusiva sociedad porteña, que leía (cuando leía) sólo en francés. Algunos comentaban que Lugones hablaría sobre unos versos gauchescos, escritos por un político olvidado del siglo anterior y que había alcanzado, se sabía, regular difusión en los medios rurales. La gente de estirpe, desde ya, confiaba en el espectáculo que brindaría el propio Lugones.

El gran poeta de Córdoba se había hecho famoso en la metrópoli aldeana, desde su irreverente juventud anarquista y socialista y su amistad con Rubén Darío. La revolución modernista, de la que fue impetuoso anunciador, sus deslumbrantes poemas hugoneanos, mejor aún, sus loas a "los ganados y las mieses", con los que el ex

poeta revolucionario, convertido al orden social vigente, había cantado a los agropecuarios en el Centenario de la Revolución de Mayo, lo habían instalado en el centro de la admiración pública. Pero esto no era todo. Su conversión a un nacionalismo conservador (aunque laico y además masónico) se remataba con su exaltación de la profesión de las armas y su recientísima condición de esgrimista. Había un sesgo pendenciero en su carácter, sin duda, y sus polémicas incesantes, animadas por su admirable prosa, algo barroca, así como su afirmación de la patria, en una época de desaforado cosmopolitismo, lo convertían en un personaje cautivante, del que había que esperar siempre algo extraordinario.

Lugones, que se había metido a la alta sociedad porteña en un bolsillo, no defraudó esa velada a la vasta concurrencia de estancieros y altos funcionarios. El tema, al parecer insignificante y hasta indigno del talento del orador, no fue la única novedad de la noche. Pues hay que decirlo todo: Lugones proyectó una luz tan vivísima sobre ese gaucho olvidado y harapiento, que transformó, en dos horas, y para siempre, la escala de valores en la historia de la literatura argentina y americana.

Martín Fierro era el Hijo de la Pampa, nuestro héroe nacional, dijo Lugones, no un forajido, y para peor, un derrotado. Podría haber agregado, aunque prudentemente no lo hizo, que un borroso eco de semejante héroe sobrevivía aún en los amansados peones a jornal, sometidos a la prisión del alambrado.

Lugones rescató a ese paisano de su prolongado ostracismo. Lo llamó a escena, lo bautizó *paladín* y, para colmo, *caballero*, en esas ocurrencias atrabiliarias bastante habituales en el autor de *Romances del Río Seco*. Gran artista y prestidigitador del verbo, Lugones nunca rehusó urdir esa rara simbiosis de feroz nihilismo anarquista con una reincidente idolatría a la aristocracia pastoril.

En este último rasgo, quizá flotaba un recuerdo melancólico del modesto estanciero que fuera Don Santiago Lugones, su padre. La familia había perdido su estancia de Taco-Yaco en la crisis del 90.

Pues bien, ese 9 de mayo, desde la lujosa platea del Odeón, el

inapelable tribunal del patriciado, ya trocado en oligarquía, aceptó con placer y quizás hasta con orgullo, la imperiosa decisión de Lugones de consagrar a *Martín Fierro* como el poema nacional. El refinado público, siempre ansioso de emociones, se sintió transportado de éxtasis ante la belleza de la prosa hablada de Lugones.

Y cuando nadie imaginaba el rumbo que tomaría el disertante, seducida la platea por la melodiosa y poderosa voz del poeta, se produjo la segunda y más incisiva sorpresa de la velada. De un solo golpe, Lugones sumió a José Hernández en la oscuridad más completa.

Así, raramente, inició su valeroso redescubrimiento de *Martín Fierro* ante la sociedad culta. Fue, sin duda un acto de valor, pero su osadía debió pagar el tributo de omitir el significado de la batalla social de la que brotó el poema, y ante todo, al soldado genial, que como Cervantes, la había cantado después de vivirla. Parecía, de todos modos, un atrevimiento asombroso, lanzado directamente al corazón de una sociedad rebosante de placer, que prefería olvidar el pasado. Al gaucho desvalido y de mala fama, lo situó con mirada e intuición certeras en la tradición de la Canción de Rolando o del Poema del Cid.

Y lo caracterizó, sin vacilar, como un poema épico. A renglón seguido, estableció su filiación con grandes gestas de la humanidad. Aunque Ernesto Quesada había sido el primero, en 1902, en definir al poema gaucho como una epopeya, Lugones introdujo al *Martín Fierro* en la gran literatura con una pasión y un brillo tales que nadie más tarde se atrevió a desmentirlo.

El poema épico, afirmó Lugones (inspirado, como siempre, en las leyendas homéricas) es "el honor supremo de la Nación".

Pero ese mismo acto de coraje moral, infrecuente en el mundo literario, adolecía de una notable limitación. Porque en esa misma noche inolvidable, Lugones divorcia al poema de su autor. Eleva a la gloria a *Martín Fierro* y eclipsa a José Hernández.

El padre del poema, el cantor del hijo de la pampa, se volvía un testigo molesto para la mirada póstuma. Si, por el contrario, el

crítico hubiera dado vida a Hernández, muerto hacía apenas un cuarto de siglo, si lo hubiera hecho hablar, Lugones no sólo habría puesto en peligro al maravilloso poema que se proponía vindicar sino también a sí mismo, su arrojado descubridor. No creo que Lugones, que siempre vivió cantando en una jaula de oro, lo ignorase. De la historia argentina, tan reciente para él, nada podía desconocer el gran provinciano. Pero así fueron las cosas.

Tal era el formidable sacrificio que le imponían los dueños del país, cómodamente sentados en las butacas de terciopelo rojo en el Odeón, trajeados de gala de arriba a abajo. Sólo así y no de otro modo admitirían que aquel pobre gaucho ingresase a los sagrados dominios del gran arte.

La paradoja de esa templada noche de mayo consistía en que el gran subyugador del escenario, en realidad, era esclavo de su público. Apoltronado con sus dispepcias, luciendo sus mujeres blanquísimas, abrumadas de joyas y raso, el gran mundo sabía que podía confiar en el fiero bardo de provincia.

Eran los criadores de ganado del Río de la Plata. Se trataba de las praderas más ricas y fértiles del mundo. También eran los amos de los grandes diarios y del poder político. No sólo esas tierras habían sido fertilizadas por los milenios con el humus pampeano, sino por gauchos e indios que las empaparon con su sangre, después de haber sido sus dueños durante siglos.

Por lo demás, ese gaucho, cuyo espectro evocaba Lugones esa noche, ya había dejado de existir. Y sus mansos descendientes, posteriores al alambrado y a la propiedad latifundista de la tierra, eran precisamente los peones del público del Odeón. Penetrar el secreto de la obra poética gestada en la llanura, requería reintroducirse en la suprimida historia de José Hernández.

¿Podía Lugones exhibir ante esa brillante platea de estancieros mundanos, beneficiarios del exterminio del gaucho, el cuadro histórico de las Provincias Unidas, cuyo héroe central había sido el gauchaje alzado? Era imposible. De los gauchos, hacedores de la Patria, no había quedado nada, ni hacienda ni tierra, salvo un puñado de polvo para su anónimo sepulcro.

De tal suerte, esa noche se incorporaba el poema a la historia de la literatura, pero también comenzaba la más prolongada clandestinidad de José Hernández. Se repetía en su posteridad la proscripción sufrida en vida por mano de los antecesores políticos del público del Odeón. Desde ya que ese pasado parecía un sueño, un mal sueño, a los caballeros que escucharon sin pestañear, con deleite, el renacimiento del poema en la voz de Lugones, según nos informa *La Nación* del día 10 de mayo de 1913.

Es de rigor advertir al lector que aquella Argentina del Centenario de la Revolución de Mayo, ya nada tenía de revolucionaria. La República Señorial vivía una hora solar. Muy lejos había quedado el gauchaje vencido, el humo de la pólvora y la guerra civil, el alarido del salvaje sobre las poblaciones y el malón pampa, cuando los indios desnudos, empastados con grasa de yegua de la cabeza a los pies, huían hacia el desierto llevándose a la grupa del veloz parejero las cristianas más hermosas, para regalarse con ellas en la lejana toldería. El fabuloso progreso agropecuario de las últimas tres décadas había envuelto aquellas jornadas heroicas y atroces en una bruma piadosa. La opulenta Argentina del Centenario ya no necesitaba de héroes, salvo en la literatura.

Enlazado por fin a la ilusión precaria del mercado mundial, el país del Plata se disponía a gozar de una Arcadia rural perpetua. El mar de cuernos proveía cuatro vacas por habitante. La renta agraria diferencial hacía palidecer de envidia a los marajás de la India cuando ambos, el hacendado argentino y el príncipe hindú, se encontraban en el mismo sarao de Londres, para rendir homenaje a la Reina Victoria en su fantástico y cosmopolita jubileo imperial. Aunque la Argentina no figuraba formalmente en el coloreado mapa de las posesiones del Imperio, en las cortes europeas se conocía al gran país rioplatense como el *Sexto Dominio*.

La sociedad porteña asimilaba gozosamente las vanidades, las pompas y hasta la culinaria de su admirado modelo europeo. Los clásicos pucheros criollos y las sabrosas humitas y locros comenzaban a desaparecer de las mesas señoriales, junto con las entraña-

bles cocineras pardas y las nodrizas de los antiguos linajes, reemplazadas por complicadísimos cocineros franceses de altos gorros blancos y severas institutrices inglesas o francesas.

Un cronista contemporáneo ha evocado con melancolía aquella despreocupada sociedad patricia en 1902:

De día se aprovechaba el sol, paseando en coche por Florida, con alguna desbocada ruidosa de vez en cuando. La ciudad tenía además cita obligada en Palermo, donde los jueves y domingos se daba el encanto que ya nunca volverá, de dos millares de carruajes en solemne desfile de principescos troncos y resplandecientes guarniciones, conduciendo mujeres de ensueño, engalanadas desde la menuda punta del pie hasta la pluma del aludo sombrero de moda, con su romántica cintura bien sumida, el busto encorsetado, cuellos erguidos, puntillas, velos, mejillas empolvadas, rica y escondida la cabellera, estiradas sin sequedad en los asientos, mil veces graciosas en su recato. Este año hubo más amazonas que de costumbre, lo cual fue como agregar nueva pedrería al lujoso collar tendido alrededor de los lagos. Los caballeros concurrían a pie o jinetes a la inglesa, aunque sin ocultar que habían aprendido a montar cabalgando leguas y leguas en las estancias, sobre apero del país, o en pelo cuando de chicos se escapaban durante la siesta, como Dios manda en la vieja pampa.

Cabe imaginar qué sentimiento de imprecisa nostalgia revestía para la sociedad patricia, reunida esa noche en el gran teatro, el extraño héroe homérico arrancado a las sombras por el poeta Lugones. No era para menos. Era una época en que pululaban los *snobs*. En esas horas doradas ya no se sudaba a chorros en los caliginosos veranos porteños: se padecía el *coup de chaleur*. Ni nadie se resfriaba: se padecía influenza. Tampoco nadie se aburría: sólo se podía sufrir de *spleen*. Las grandes señoras concurrían a la Opera con boas de armiño y plumas de ave de paraíso.

Algunas de sus hijas, como la adolescente Victoria Ocampo, habían resultado inteligentes, aunque por fortuna nunca salían de

su medio. Victoria daba sus primeros pasos en París en compañía de la Comtesse de Noailles y de Maurice Rostand, que le arrastraba el ala. Sus tíos, los Urquiza, pasaron por París, en camino a Londres, para comprar muebles destinados a una casa que construían en Mar del Plata.

En materia de vivienda, Ezequiel Paz y su mujer, Zelmira, inauguraban su palacio en Charcas y Maipú, con 300 habitaciones. La mansión (que hoy ocupa el Círculo Militar) despertaría la estupefacción, algo despreciativa, de Georges Clemenceau, de gira por América del Sur. El político francés se divertía ante el despilfarro de los "nouveau riches", conocidos en París como *rasta-cueros.*

En esos años, mientras los Martínez de Hoz mantenían los mejores *studs* de Francia e Inglaterra y sus caballos de raza corrían en Longchamps, en Buenos Aires, un jovencito, Jorge Luis Borges, se encerraba en la biblioteca inglesa de su padre, para viajar luego a cursar su bachillerato en Ginebra.

Más tarde compraría a escondidas el *Martín Fierro*, prohibido en su casa, dirá luego Borges, porque Hernández había militado en el bando de los malos, porque había pertenecido al partido federal, al de Rosas.

En sus trabajos sobre *Martín Fierro,* Borges no vacilará en decir que, al fin y al cabo, el tan mentado drama narrado en el poema se reduce a la historia de “un cuchillero de alrededor de mil ochocientos setenta y tantos.”

A nadie asombrará que en ese marco de la historia de las costumbres, los dos grandes talentos que dio a luz el patriciado de la época, Victoria Ocampo y Borges, fueran bilingües. Con la particularidad de que Borges hablaría la lengua inglesa, según opinaba un profesor norteamericano de Austin, con nítido acento británico, en tanto Victoria lo hablaría con acento francés.

En la búsqueda del secreto de *Martín Fierro,* se verá que no resulta difícil rastrear la apenas velada hostilidad que rodeó a su autor, desde mucho antes que lo alcanzara, bien de soslayo, la gloria del poema.

Aquí, el fenómeno estético estará subordinado y casi consumido por el fuego de las guerras civiles. ¡Barbarie americana y civilización europea! Con la singularidad de que en este caso la *barbarie americana* no se expresaba con la punta de una daga, según la invectiva sociológica de Sarmiento, sino con un poema genial.

Aún en vida de Hernández, ocurre un episodio digno de relatar respecto de la pobre opinión que la *gente culta* de su tiempo tenía sobre el autor del *Martín Fierro*.

Se trata de una visita que Paul Groussac realiza a Victor Hugo en su casa de París. En esa temprana época (julio de 1883), casi treinta años antes de las conferencias de Lugones en el Odeón, Groussac ya se había hecho una reputación en su patria de adopción. Pero nunca, en el fondo de su espíritu, aceptó a la Argentina, ni a la América Criolla, a las cuales desdeñaba sin rodeos. Expatriado por un golpe de suerte, o de mala suerte, el escritor francés jamás se sintió cómodo en tierras americanas. El mal humor crónico de su obra, su inherente mordacidad, brota de cada frase y lo hizo célebre, fuera de su virtuoso estilo. Todo lo criollo le resultaba intolerable o ridículo.

En el vestíbulo de la residencia de Hugo, su numen personal, y semidios de las letras de Francia, Groussac se observa a sí mismo, indignado y preocupado por su indiferencia ante la gloria viviente. Advierte que no se encuentra conmovido. Tiene su pulso normal. En *El viaje intelectual* recuerda:

"Hablando en puridad, me sentía tan sereno como si me hallara en casa de José Hernández, autor de Martín Fierro. Me avergonzaba de ello; me dirigía in petto injurias atroces; declarábame indigno de todo contacto con la literatura.

De este modo indirecto, Groussac excluia a José Hernández, limpiamente, de un solo corte, de todo vínculo con el venerado Parnaso. Al siglo siguiente, Borges, quizás el discípulo más notable de Groussac, reiteraba el mismo juicio sobre Hernández:

"El autor era federal (federalote o mazorquero se dijo enton-

ces) vale decir que pertenecía a un partido que todos juzgaban moral e intelectualmente inferior. En el Buenos Aires de entonces, todo el mundo se conocía y la verdad es que José Hernández no impresionó mucho a sus contemporáneos".

Si el poema era un poema impar, el autor, desde ya, no era un genio, sino todo lo contrario, más bien un ser oscuro y mediocre, un marginal rozado por una fortuna poética insensata, desdeñado por sus contemporáneos y, para colmo, políticamente sospechoso. En esto de la política —del mismo modo que Hernández, aunque en bandos contrarios—, Borges no se apartó nunca de sus convicciones. Creo que fue, contra la opinión general, un verdadero poeta militante, defensor encarnizado de sus ideas históricas, políticas y estéticas, así como de la tradición gentilicia de su familia. Declaró siempre, sin ambages, su antipatía política hacia Hernández, hasta el punto que su delicadísima percepción estética resulta torpe con frecuencia si se trata de defender a sus admirados antecesores del partido unitario porteño. Versificadores o payadores paródicos modestísimos, Hilario Ascasubi o Estanislao del Campo, oficiales de los ejércitos porteños de Mitre, disfrutarán de la mirada siempre benevolente y partidista de Borges.

Lejos de ser anacrónicas dichas preferencias, su agudo sentido de la historia lleva a Borges a unir en cada caso el pasado y el presente, con la despreocupación y la seguridad en sí mismo que le daban no sólo su gran talento literario sino ante todo su pertenencia a una clase que gobernó a la Argentina durante dos siglos. Asombra al lector desprevenido la pasión facciosa de Borges, que lo conduce, en un caso especial, el de Antonio Lussich, a incurrir en un error de hecho, sin duda, notable. De este episodio, saldrá mal parada su notoria erudición.

Siguiendo los pasos de Eleuterio Tiscornia, en la obsesiva pretensión de disminuir la figura de Hernández, Borges subordina al autor del *Martín Fierro* a la influencia de un *precursor*, Antonio Lussich, el ya mencionado poeta oriental y soldado gaucho en las filas del caudillo blanco (federal desde la orilla bonaerense) Timoteo Aparicio.

El ejemplo es edificante. De algún modo, hasta se trata de poner en duda la originalidad de Hernández. Para ello, Borges se funda en que Lussich publicó en junio de 1872 su poema *Los tres gauchos orientales*; a su vez, Hernández dio a conocer *El gaucho Martín Fierro* en diciembre del mismo año. De tal cronología, y examinando ambos textos, tanto Tiscornia como Borges deducen que algunos versos del *Martín Fierro* serían meras paráfrasis o inevitables ecos del poema de Lussich.

Borges consagra dos páginas y media de su ensayo sobre *Martín Fierro* a citar ejemplos de su tesis. En homenaje a la brevedad, transcribiré, entre muchos otros, los siguientes versos citados por Borges:

De Lussich en junio de 1872:

Y ha de sobrar monte y sierra
que me abrigue en su guarida,
que ande la fiera se anida
también el hombre se encierra.

De Hernández en diciembre de 1872:

Ansí es que al venir la noche
iba a buscar mi guarida
pues ande el tigre se anida
también el hombre lo pasa,
y no quería que en las casas
me rodiara la partida.

La familiaridad de ambos poemas, que abunda en otras partes de la confrontación crítica, daría la razón a Borges y Tiscornia, de no ser por un fatal eclipse informativo de ambos comentaristas. La investigadora uruguaya, profesora Eneisa Sansone de Martínez, en un penetrante y ecuánime estudio preliminar a la edición

montevideana de *Los tres gauchos orientales*[1] ha reestablecido la verdad histórico-literaria del asunto.

En realidad, Borges y Tiscornia confrontaron el texto de *Martín Fierro* con las ediciones posteriores de *Los tres gauchos orientales*, en lugar de hacerlo con la primera edición de la obra de Lussich aparecida en junio de 1872. Este hecho capital prueba que Lussich, bajo el poderoso influjo de *Martín Fierro*, corrigió después de la aparición del poema de Hernández su propio poema. Las similitudes anotadas por Borges no se deben a la influencia del *precursor* sobre Hernández, sino, por el contrario, al encantamiento ejercido por *Martín Fierro* sobre Lussich. Por lo demás, la devota admiración profesada por Lussich hacia Hernández durante toda su vida, aparece reflejada en los siguientes versos de su poema posterior a *Los tres gauchos orientales*, titulado *El matrero Luciano Santos*:

Sólo respeto a un amigo
que le soy fiel como un perro,
es el gaucho Martín Fierro,
y con orgullo lo digo:
yo cabrestiando lo sigo
y siempre lo he de seguir;
juntitos hemos de dir
siguiendo iguales destinos;
que orientales y argentinos
siempre aliados han de vivir.

Tanto Lussich como Hernández habían combatido por la misma causa en ambas orillas del gran río: blancos o federales, se opusieron a la guerra contra el Paraguay, inspirada por la triple

---

(1) Debo una copia de dicho valioso estudio al Embajador argentino en Ecuador, Don Miguel Unamuno, apasionado e informado buceador de la historia rioplatense. El trabajo de la Profesora Sansone de Martínez pertenece a la edición de la Biblioteca Artigas, "Los tres gauchos orientales", publicada en Montevideo en 1964.

oligarquía del mitrismo, los Braganza y los intereses portuarios de Montevideo. Vivieron la vida gaucha desde la raíz. En la Banda Oriental, los versos espontáneos, rústicos y sinceros de Lussich eran tan populares en rancherías, pulperías y fogones como lo fueron los de Hernández en las provincias argentinas. No eran versos de *sonidos* sino de *intención* y el paisano pensativo que los oía evocaba en ambos poemas la dolorosa y heroica vida de sus padres.

Si se trata de desvalorizar a José Hernández, no falta uno en la lista de los más reputados prohombres de la literatura argentina oficial. Autor de la más voluminosa, casi obesa, historia de las letras y la cultura de la Argentina, Ricardo Rojas consagra en la esfera de la bibliografía académica el juicio excluyente, lo que podría ser una prueba auxiliar de la grandeza de Hernández.

Rojas tiene a bien comunicarnos su filosofía de la historia, cuando escribe que al día siguiente de firmarse la Constitución de 1853

"Comenzaron a preponderar los intereses de la paz sobre las turbulencias de la guerra; las leyes de la ciudad sobre los instintos de la campaña".

Con este hallazgo tranquilizador, de verdadero ciudadano, Rojas nos prepara el espíritu para lo que sigue:

"Era don José Hernández, en efecto, un hombre chispeante y noblote, que iba llegando a los cuarenta años sin haber hecho cosas heroicas en su vida, cuando la musa gaucha lo despertó a la inspiración de su poema".

Este crítico no nos informa qué aspecto e intenciones llevaba esta Musa rural, cuando decidió, de repente, visitar a ese cuarentón apacible, seguramente una noche. Enseguida veremos qué fundamentos tienen los reclamos de heroísmo que formula Ricardo Rojas, desde su confortable biblioteca, al gaucho José Hernández.

Luego observa

"Que la obra es más grande que el autor".

Rojas demuestra categóricamente que la persona de Hernández

no era, realmente, importante. Logra su propósito, mediante un argumento inesperado, digno de recordar:

"Hay, pues, motivos para creer que si más tarde no hubiera escrito el Martín Fierro, *la huella de Hernández se habría borrado para nosotros. Vida modesta, según veis, aunque teñida en la intimidad —según se dice— por el chispear continuo de la vena criolla".*

Interesante reflexión que nos hace caer en la cuenta de que si Cervantes no hubiera escrito el Quijote no habría sido célebre; y lo mismo le habría pasado, para su desgracia, a Dante, de no haber tenido la previsora ocurrencia de redactar la Divina Comedia; lo hizo, por cierto, en ese poco serio dialecto italiano, que sólo hablaba el pueblo y despreciaban los eruditos latinistas de su época.

Pero no se trataba sólo de Groussac, Rojas o Borges. Otro reputado poeta y escritor, de estirpe verbosa, propenso a profecías difusas, y siempre dispuesto a escuchar a las sibilas, vendría a consolidar en dos grandes volúmenes, de aspecto intimidatorio, la tradición antihernandiana.

Ezequiel Martínez Estrada, menos cautivado que Borges por el encanto poético del *Martín Fierro*, descalificará nuevamente al autor y hasta hará objeto de malos tratos al poema gaucho. Escojo al azar varios juicios donde Martínez Estrada arremete sin miramientos sobre José Hernández:

"El autor de Martín Fierro fue un hombre que no tuvo ningún interés por los problemas de la cultura. Se desconoce que poseyera en su biblio:teca un importante libro siquiera; y de haber existido realmente tal biblioteca (sólo Avellaneda alude que existió) es de suponer que estuviera constituida por obras populares de poetas españoles en boga y de esa clase de publicaciones oficiales de que se nutren nuestros políticos".

El mal irremediable que puede infligir una biblioteca nutrida (mal nutrida) a un lector que no repiense lo leído y que, ante todo, no logre desembarazarse de lo leído, puede verificarse hojeando

cualquier libro de Martínez Estrada. El afligente criterio de que la cultura consiste exclusivamente en la lectura de numerosos libros ("cuantimás mejor") despierta cierta perplejidad ante el posible carácter prematuro de la osada invención de Guttenberg.

Martínez Estrada declara al *Martín Fierro*

"sin patriotismo, sin grandeza, sin tendencia a la exaltación..."

y atribuye a Hernández estar poseído por un miedo que

"sofocó en Hernández una bella disposición natural a marcar con fuego a los impostores y a los explotadores de la ignorancia y de la miseria".

Ve en el *Martín Fierro* un "poema evasivo". Ciertamente, debemos confesar que Martínez Estrada es el único que puede verlo de ese modo.

"En política, Hernández no iba más allá de su experiencia y de su honradez sin que jamás alcance a trascender los límites de lo puramente personal... Era hombre de limitadas aspiraciones sociales, un burgués descontento y disconforme que más tarde se ufana en la contemplación de un resurgir de la riqueza bajo el lema, similar al de Rosas, de 'progreso y paz'", escribe Martínez Estrada.

Al aprobar sensatamente una opinión del General Mitre, en la que censura la *filosofía social* y *la amargura* del poema de Hernández, Martínez Estrada coincide con el caudillo de la burguesía comercial porteña en los siguientes términos:

"Son palabras de nuestro más grande historiador, tan en el modo de ser y pensar general".

Semejante elogio a Mitre, cuya influencia política de algún modo se ha prolongado hasta nuestros días, trocada en símbolo cultural del sistema de poder oligárquico, demuestra que la más alada metafísica y el más sensitivo olfato político en ocasiones marchan juntos. No pocos intelectuales argentinos han transformado esta práctica sigilosa de adoración al poder virtual, en un verdadero arte, arte menor si se quiere, pero arte al fin. Soslayar de algún modo el drama colectivo de *Martín Fierro*, expresado por

Hernández en una obra que atravesará las edades, ha sido una verdadera especialidad de no pocos reputados escritores.

Así, Ernesto Sábato explica que no se considera

"una autoridad en martinfierrismo"

Agrega que no conoce el tema como es debido.

Resulta algo extraña esa exagerada modestia en un escritor profesional y laureado, por añadidura. Sábato alega ignorancia respecto de la obra capital de las letras argentinas y una de las más notables del arte universal. A renglón seguido, califica al poema de

"extrañísimo poema novelesco",

ambigua expresión desvalorizante, que precede a una ridiculización de los temas nacionales. Estos son reducidos burlescamente por Sábato a la pura indumentaria, al chiripá o a los bailecitos norteños.

Al fin, dicho destacadísimo literato de Buenos Aires abandona toda vacilación. Y expone su pensamiento, que está lejos de ser ambiguo. Condena todas las formas del *nacionalismo literario*, al que considera grotesco y decorativo. Su indignación, afirma,

"tiene motivos sanitarios, porque de vez en cuando aquí conviene abrir zanjas que hagan circular las aguas podridas por el patrioterismo, cosa que pueda respirar de nuevo el verdadero aire de la patria.

De esta clase de obras sanitarias el gran poema de Hernández sale siempre más resplandeciente. Y sólo así puede verse que el Martín Fierro *no es fundamental por tratar de gauchos, ya que también los novelones de Gutiérrez los tratan hasta el hartazgo, sin que por eso dejen de ser novelones; si tiene trascendencia inmortal es porque Hernández no se quedó en el mero pintoresquismo, y hasta en el patético drama social que describe, sino porque da ese paso más allá, por sobre un abismo, que únicamente los grandes son capaces de dar, hacia la región de los dilemas últimos de la condición humana".*

Sábato agrega:

"Y así, en las angustias y contradicciones de sus personajes, en sus sentimientos frente al infortunio y la muerte, en sus soledades

y esperanzas, encarnó atributos universales de la criatura humana, esos atributos que tanto corresponden a un desdichado criollo de nuestra frontera en el siglo pasado como a un estudiante rencoroso que en la Rusia de los Zares asesina a una usurera".

Por más puras que sean, las *obras sanitarias*, aplicadas al poema de Hernández, no parecen caer del todo bien como metáfora de un escritor consagrado, aunque insinúan de algún modo el desagrado que le inspira a este escritor el tema gaucho. La esencia resultaría ser: lo importante en *Martín Fierro* no son los gauchos, sino las pasiones eternas del hombre universal. Ahora bien, lo más importante del poema titulado *El Gaucho Martín Fierro* es el gaucho *Martín Fierro*. Lo que resulta intolerable a Sábato, quizás a causa de su adoptado y postizo barniz cosmopolita, es la atmósfera criolla, la pampa, los duelos a cuchillo, los ponchos mugrientos, los indios oliendo a orín de zorrino, los ñandúes. Pero a su venerado Dostoyevski no le objeta la nieve de Moscú, ni el samovar hirviendo, ni los piojos saltarines del mujik, ni los trineos, ni los condes hinchados de vodka, interesantes objetos todos sin los cuales no habría literatura rusa concebible. "Describe tu aldea y describirás el mundo," célebre aunque no aplicada sentencia de Tolstoi, ya que entre rusos andamos.

En definitiva, desde antes y después del trueno épico que hizo resonar Lugones en el Odeón, a partir de Mitre, Martín García Merou, Calixto Oyuela, Migue Cané, Paul Groussac, Ricardo Rojas, Eleuterio Tiscornia, Emilio Coni, Jorge Luis Borges, Ezequiel Martínez Estrada o Ernesto Sábato, sea por los gauchos y su mala fama, sea por Hernández (del que nadie quería saber nada y había mucho por saber), el espinoso asunto resultaba incompatible con la República de las Letras.

Todos estos remilgos encubrían una lucha social entre clases secularmente hostiles y no un encuentro de juegos florales, con pistolas descargadas. En México se llamó *malinchismo* y en la Argentina *cipayismo*, a las tendencias estéticas, políticas, económicas o militares que privilegiaban lo ajeno a lo propio.

Sólo el coraje moral e intelectual de Lugones aventó las resistencias, a cambio de que *Martín Fierro*, elevado a la categoría de poema épico y hombreado con el Canto del Mío Cid, ocultara para siempre a su formidable creador. Para ser inmortal, el hijo de la pampa tendría un padre desconocido.

La expedición de Fierro al Olimpo, por la voz irresistible de Leopoldo Lugones, fue impecable. El gran orador remató sus conferencias con la enunciación decisiva: el poema de Hernández habría sido una obra genial, aunque una creación inconsciente. Su autor, José Hernández, jamás sospechó su propio genio. En un instante excelso, aquel modesto periodista y libelista de las guerras civiles, soldado errabundo de batallas y conspiraciones, de incesante vida clandestina, había escrito un poema bañado por la Gracia. El patito feo había dado nacimiento a un cisne de cuello purísimo. Enseguida, la Gracia lo había abandonado para siempre.

Dicha tesis curiosa sobrevivirá a Lugones, trocada en doctrina inmutable por todos los escoliastas sucesivos. Desde luego que es falsa, según lo demostrará Carlos Alberto Leumann. En sus magníficos estudios sobre *El poeta creador*, Leumann reproduce los manuscritos de Hernández, empeñosamente escritos y reescritos, una y otra vez, y donde las correcciones minuciosas exhiben el esfuerzo obsesivo del artista por dominar y purificar su materia poética espontánea, esa agua de "manantial" a la que jactanciosamente Fierro alude para mostrar su caudalosa inspiración.

Con una candidez inusual en un académico, Ricardo Rojas señala la supuesta *facilidad* de Hernández como prueba de que en realidad no era un artista:

Cantando me he de morir
Cantando me han de enterrar.

......

Con la guitarra en la mano
Ni las moscas se me arriman.

......

Haremos gemir las cuerdas
Hasta que las velas no ardan

......

Las coplas me van brotando
Como agua de manantial

......

Porque quiero alzar la prima
Como pa tocar al aire

......

Y el que en tal gueya se planta,
Debe cantar cuando canta
Con toda la voz que tiene.

......

Porque recibí en mí mismo
Con el agua del bautismo
La facultá para el canto.

La reproducción fotográfica de los originales caligrafiados por Hernández, que sus hijas proporcionaron a Leumann en la década del 30 y que constituyen parte principal de su notable obra *El poeta creador*, ponen fin a una parte del debate. Lo menos que podría decirse de esta polémica, que ha durado un siglo, es que ninguno de sus participantes tenía fama de inocente.

De donde se sigue que la amputación de Hernández respecto de su poema, sume en una profunda sombra su significado esencial: sin la vida del autor y la historia de su época, *Martín Fierro* es indescifrable. Y estaba prohibido develar el enigma de esa esfinge criolla.

Aunque extensa, la cita en que Lugones expulsa a Hernández del poema, merece ser reproducida para una mejor inteligencia del presente exordio. Escribe Lugones en *El payador*:

"Fue una obra benéfica lo que el poeta de Martín Fierro propúsose realizar. Paladín él también, quiso que su poema

empezara la redención de la raza perseguida. Y este móvil, que es el inspirador de toda grandeza humana, abrióle, a pesar suyo, la vía de perfección. A pesar suyo, porque en ninguna obra es más perceptible el fenómeno de la creación inconsciente.

El ignoró siempre su importancia, y no tuvo genio sino en aquella ocasión. Sus escritos anteriores y sucesivos, son páginas sensatas e incoloras de fábulas baladíes, o artículos de economía rural. El poema compone toda su vida; y fuera de él, no queda sino el hombre enteramente común, con las ideas medianas de su época: aquel criollo de cabeza serena y fuerte, de barba abierta sobre el tórax formidable, de andar básculo y de estar despacio con el peso de su vasto corpachón..."

Acto seguido, Lugones toma nota de las críticas indigentes de la época y de la aparente mansedumbre con que son acogidas por Hernández. Para el orador del Odeón, protector y descubridor del poema ante la sociedad oficial, esta modestia de Hernández frente a la incomprensión de sus primeros comentadores, es una prueba irrefutable de que Hernández carecía de autoconciencia respecto de su propio genio. No le escatima menosprecio:

"Y el pobre hombre, amilanado sin duda con su propio genio, que éste no es carga de flores, sino tronco potísimo al hombro de Hércules laborioso, dejábase prologar así, todavía agradecido, y que le colgaran sus editores indoctos tamaño fárrago; y hasta explicaba contrito su buena intención, su inferioridad para él indiscutible ante tamaños literatos, en una carta infeliz, dedicada casi por entero al estímulo de la ganadería".

Sin embargo, Lugones es asaltado por la duda. Reconoce que, por un momento,

"la conciencia profunda de su genio se le impone", al rechazar Hernández, por medio de una nota de su editor, los consejos de rectificación generosamente ofrecidos por literatos y críticos de su tiempo:

"El Señor Hernández persiste en no hacer alteraciones a su trabajo".

La muy poca estimación de Lugones por la personalidad de Hernández se reitera así:

"Hay que ver sus respuestas a los críticos de lance que comentaron el poema. Ignora tanto como ellos la trascendencia de su obra. Pídeles disculpas, el infeliz, para su deficiente literatura. Y fuera cosa de sublevarse con toda el alma ante aquella miseria, si la misma ignorancia del autor no justificara la extrema inopia de sus protectores".

Sabemos que la amplia versación histórica de Lugones, y aun sus moderadísimas miradas hacia una revaluación crítica de Rosas, le vedaban desconocer la vida y las luchas de Hernández. Algo paralizaba al luchador intrépido. Es que ahí, frente a él, se encontraba su público, mirándolo atentamente.

Con legítima inquietud, el lector, a esta altura del discurso, comienza a preguntarse: pero, en definitiva, ¿quién es José Hernández? Desde ya que la platea del Odeón, en cambio, no tenía ningún interés en formularse semejante pregunta. Por el contrario, cuando advirtió hacia dónde se dirigía la tesis de Lugones, respiró con alivio; y cuando el fatigado orador requirió unos momentos de descanso, los caballeros salieron con sus rutilantes mujeres a fumar un puro en el *foyer*. Todo estaba en orden.

En uno de los más bellos poemas de su juvenil período criollo, escribirá Borges sobre el Río de la Plata:

> *"¿Y fue por este río de sueñera y de barro*
> *que las proas vinieron a fundarme la patria?*
> *Irían a los tumbos los barquitos pintados*
> *entre los camalotes de la corriente zaina".*
> *"Pensando bien la cosa,*
> *supondremos que el río era azulejo entonces*
> *como oriundo del cielo con su estrellita roja*
> *para marcar el sitio en que ayunó Juan Díaz*
> *y los indios comieron".*

Al llegar los españoles al río más ancho del mundo, lo bautizaron como el Río de la Plata: pero no había plata, ni oro, ni piedras preciosas, ni se presentaron ante sus ojos hambrientos las espléndidas civilizaciones de Tenochtitlán o del Cuzco. Sólo se extendía ante los soldados estupefactos una ilimitada travesía (o *el desierto*, como se lo llamaría durante cuatro siglos). Vagaban por él, inasibles, grupos indígenas de vida primitiva, nómades y huidizos, difíciles de esclavizar o de *encomendar*.

Ese impracticable y horrible puerto de Buenos Aires, sepultó la utopía de la Ciudad de los Césares, reluciente de plata, especie de leyenda de El Dorado, que había mitigado los sufrimientos de los hidalgos harapientos, en una última e insensata esperanza. En Santa María del Buen Aire dejaron sus huesos, por inanición, los primeros españoles y se devoraron los unos a los otros, en demenciales actos de antropofagia, después de comerse las botas, los caballos y hasta los más distraídos roedores.

Sin embargo, esa tierra maldita, que vio alejarse a Pedro de Mendoza, derrotado y roído por la sífilis, con la primera fundación de Buenos Aires reducida a la ruina, navegando de regreso hacia el océano y la muerte, escondía en su suelo tesoros mucho más suculentos y perdurables que el Cerro del Potosí.

La Naturaleza había consumido milenios en acumular humus. El prodigioso mantillo contenía bioelementos que dotaron a ese desierto, único en el mundo, de una composición química capaz de alimentar praderas fértiles y de sostener millones de cabezas de ganado. Un armónico régimen de lluvias (unos 1.100 milímetros anuales, pausadamente regados a lo largo del año) completaban la maravilla de un suelo de virginidad renacida.

Pues esa tierra, que los españoles contemplaron con desesperación, ya había visto desfilar en un remoto pasado los grandes megaterios en el mioceno y también había contemplado su extinción. Miles de años después palpitaba de fecundidad, bendecida por un cielo apacible.

Pero no había animales de gran porte. Cuando el conquistador

observó la inmensa pradera por primera vez, vagaban por ella avestruces, venados o ñandúes, armadillos y vizcachas, estupendos flamencos rosados junto a las lagunas, chajás y teros, algún puma o tigres feroces, más arriba.

Ni siquiera existían en la pampa animales para carga, del tipo de la llama, o para consumo de carne (y vellón destinado al tejido) como la alpaca, cuya crianza estaba muy extendida desde los tiempos precolombinos en las regiones situadas al norte del Mar Dulce.

Pero, de pronto, comenzó a tejer su trama el azar. Cuando el destartalado caserío llamado Buenos Aires, con sus ranchos semiincendiados, es abandonado en 1541 y los sobrevivientes soldados de Pedro de Mendoza, macilentos, consumidos como espectros, se marchan hacia la idílica Asunción, dejan entre las ruinas 5 yeguas y 7 caballos.

La tropilla se internó en la pampa y se reprodujo por decenas de miles, gracias a las transparentes aguadas y los tiernos pastos. Al parecer, los españoles abandonaron también algunos cerdos. Entre la realidad y la leyenda, se dibujan los hermanos Goes, portugueses, que llegaron en 1555 a la Asunción y extraviaron, se dice, 7 vacas y un toro. Estos habrían sido, junto con las haciendas traídas a Asunción y al Litoral por Juan de Garay, el origen de la ganadería argentina.

En la segunda fundación de Buenos Aires (1580), el conquistador trae consigo 500 vacunos, ovinos y caballadas, gran parte de los cuales, como las haciendas anteriores, se diseminarán por la llanura pampeana. Tales ganados serán considerados *res nullius*, o haciendas cimarronas. Con esa fabulosa riqueza semoviente que se desplaza sin barreras, en una tierra libre, nace una Edad de Oro o del Cuero, como algunos autores han preferido llamarla.

La abundancia de alimentos sin dueño da origen a un nuevo tipo social, llamado, primero *gauderio* y luego, *gaucho*. Este personaje, de ambiguo origen, es muy probablemente un mestizo, quizás oriundo del Paraguay, sin desdeñar que integren el nuevo y

abigarrado grupo sociocultural, asimismo, los ***mancebos de la tierra***, nacidos en América de padres españoles y americanizados por la seducción de la pampa.

Respecto del número de tales mancebos, cabe señalar que las mujeres de España serán siempre una absoluta minoría. Los soldados de fortuna preferirán los grandes harenes selváticos, de dulces y bien dispuestas guaraníes, cuyo erotismo en estado de naturaleza confunde y enceguece a los guerreros hispanos, temerosos de Dios.

El gauderio o gaucho, resulta ante todo un marginal de los pequeños núcleos urbanos. A principios del siglo XVII ya había terminado para siempre el martirio de una tierra sin alimentos. La pampa reproduce, en número incalculable, las haciendas *orejanas*. El Rey, por fin, puede retribuir con mercedes reales a los colonizadores en el Río de la Plata.

Se inicia un período de *vaquerías*. Esto equivale a decir que los ganados cimarrones que vagan por la pampa, se convierten, por merced real, en el objeto de correrías de caza. Interesaba, ante todo, el usufructo del cuero, el cebo y la grasa. La carne carecía, aún, de atracción lucrativa.

Pero se requería especial destreza y valor para entrar a guapear en una vaquería. No era un juego de niños. Se destacaron ahí los *gauderios* o gauchos, educados en la escuela de la pampa, rapidísimos con el caballo y el cuchillo, indolentes y orgullosos. Su carácter arisco, y también generoso, se había formado en condiciones de una economía natural poco usual: no estaban obligados a someterse a ningún trabajo remunerativo, ni a obedecer a patrón alguno.

Con algún trago en el cofre divino, no faltaban las pendencias entre ellos. No era infrecuente que debieran alguna muerte. Era regular que la justicia española alegara que estos "vagamundos" requerían ajuste de cuentas. La vaquería aparecía como una gran aventura, con mucha mayor razón que los trabajos rurales posteriores. Tres siglos más tarde, *Martín Fierro* dirá que la *yerra*, más que trabajo, es una *junción*.

La palabra *gaucho* seguirá una singular curva ondulante. A medida que decae el interés en el exterminio de las haciendas cimarronas, por su propia irracionalidad económica, hacen notar su presencia social, y su influencia política, los nuevos grandes propietarios.

El gaucho libre, que se resiste a trabajar por un jornal, se convierte en un puro *saqueador* de vacas ajenas (o semiajenas).

De tal suerte ingresa a la literatura de los sumarios judiciales o policiales, mucho tiempo antes de hacerlo en la gran literatura. Atiborran dichos expedientes las denuncias de vecinos respetables (de "solar conocido") propietarios de dudosos títulos aunque bien allegados a las autoridades urbanas o rurales. Contribuyen a la fama de matrero del gaucho, los miembros de los Cabildos, así como esos cronistas de pluma fácil que nunca han faltado para apuntalar con sus letras a los amigos del orden.

Se amontonan en la lengua hispanoamericana innumerables sinónimos nacidos del dicterio público. El vocablo resultará equivalente a *mozo perdido*, *vagamundo*, *cuatrero*, gente *sin domicilio*, *trabuco*, *cuchillero*, *pasiandero*, *amancebado*, *malévolo*, *changador*, *arrimado*, *vago*.

En realidad, la generosidad de la naturaleza había ido formando una clase de hombres libres. En la célebre Edad del Cuero, se permitían desjarretar una vaca, sacarle el cuero, comer parte de la carne, abandonar el resto a la voracidad de los innumerables perros cimarrones, utilizar el cráneo como asiento y construir su rancho, también con cueros cosidos entre sí, en las condiciones de un clima templado.

"Hombres próximos a la naturaleza, hombres sencillos, que no suspiran, de la llanura", dirá Hernández.

El ocio pampeano y la guitarra española, la proteína animal sin sal y el agua pura de los arroyos, el caballo amansado a pura caricia, y su diestro empleo como transporte y arma de guerra, la china querendona y la soledad pampeana, con su misterio poético, concibieron una raza de hombres sin igual, tan pacíficos como

temibles, que las tormentas revolucionarias de la Independencia lanzaron bruscamente a la historia.

La ruptura de las provincias del Río de la Plata con el Imperio español y la conquista del poder por la burguesía comercial del Puerto de Buenos Aires, en alianza con los grandes hacendados bonaerenses, asumió para los gauchos un carácter trágico. La edad de la tierra libre y de las haciendas cimarronas tocaba a su fin. Los nuevos intereses porteños, vinculados al comercio inglés, fijaron precio a la carne. Carnear una vaca se convirtió en un delito. La ley de conchabo de 1815, establecía que todo aquel paisano que no exhibiese una papeleta que acreditase estar al servicio de un patrón, sería tomado preso y enviado a los fortines de la *frontera* (más allá, el indio) para sufrir las *fatigas del Ejército*.

El gaucho se levantó en armas como pudo, abandonó su aislamiento y se mezcló en la vida social: unos fueron a pelear junto a los esclavos negros manumitidos por San Martín, contra los godos, en los campos de batalla de Chile y Perú. Otros formaron las montoneras armadas del Litoral y se nuclearon alrededor de sus caudillos populares representativos. Otros se hicieron matar en Salta, cuando detuvieron, con Güemes al frente, la entrada de las fuerzas realistas en el Norte de la actual Argentina.

Todos ellos ingresaron, así, en montón, a algunos capítulos del *Facundo*, donde Sarmiento caracteriza a estos paisanos como bárbaros y a los doctores porteños seudo ilustrados, con sus fraques nuevecitos, como archicivilizados. Claro está que en Sarmiento, como en todo gran odiador, se escondía un intenso deslumbramiento por el objeto de su execración.

Y nadie como Sarmiento describirá las habilidades y destrezas del baquiano o del gaucho, adivinador de rumbos, olfateador infalible de todos los peligros en el desierto.

Aquella guitarra que durante tres siglos había consolado la melancolía del gaucho o alegrado sus entreveros, rodará por todos los campamentos de las guerras civiles posteriores a la revolución de 1810, con letras ingenuas o intencionadas metáforas rústicas,

imágenes poéticas que serían más tarde recogidas y estilizadas por un desconocido Homero criollo.

Pero la burguesía comercial del Puerto de Buenos Aires, no sólo debía enfrentarse con la vida libre de los gauchos. Al desaparecer el Rey, una sola de las Provincias Unidas usurpó un arma poderosa, que pertenecía a todas: la Aduana de Buenos Aires, verdadera protagonista de la historia argentina del siglo XIX. Unico puerto con salida al mar y al comercio exterior del antiguo Virreinato, la Aduana era la fuente exclusiva de recursos del inmenso territorio heredado. Era la base del crédito y del Tesoro público.

El movimiento económico de todo el ex Virreinato se canalizaba por el Puerto de Buenos Aires; su codiciosa burguesía, gozaba de las rentas aduaneras, negándose a repartirlas con las provincias hermanas. Se estableció así una alianza virtual entre la pradera, la ciudad librecambista y la Inglaterra industrial. Al margen de tan fructuosa asociación, quedaron todas las provincias mediterráneas, que sólo podían vivir de sus producciones y artesanías locales y que no tenían más remedio que ser proteccionistas.

Este antagonismo se entrecruzará con conflictos de clases, de razas, de ideales de cultura, de rasgos psicológicos diferentes. El blanco o semi-blanco de Buenos Aires no tardará en europeizarse y en contar con escritores a su servicio. Desdeñará a los provincianos, negros, mestizos, mulatos y a los ridículos o pobretones hombres de las provincias. Se producirá entonces un milagro semántico, militar y poético: la palabra gaucho abandonará las praderas bonaerenses y será un vocablo general para describir al puro hombre de a caballo. Sea de llanura o de montaña, con apero criollo de pellón de carnero o guardamontes para los espinillos de las montañas salteñas, será un gaucho, de talante pacífico o bélico, cultivador, arreador o artesano, aunque será en todos los casos, naturalmente, pobre. Y pobre, en aquel tiempo, como hoy, era sinónimo de patriota, es decir, de hombre que ama a su tierra y a su cielo.

No comprendería ese gaucho la irónica e injusta observación de Borges:

"Las ilusiones del patriotismo no tienen término; en el primer siglo de nuestra era Plutarco se burló de quienes declaraban que la luna de Atenas es mejor que la luna de Corinto".

Cita y comentario son tan ingeniosos como falsos. Pues cuando llegaba la hora de luchar y morir, los atenienses morían por la luna de Atenas y los corintios por la luna de Corinto. ¡Y todos eran griegos!

José Hernández nace en una antigua familia del patriciado rioplatense, en 1834. La casa de su nacimiento, en la ciudad de San Martín, próxima a la Capital Federal, que por ventura aún se conserva, fue justamente la chacra de Perdriel. Allí su tío, el General Juan Martín de Pueyrredón, enfrentó a los invasores ingleses, que se habían apoderado de la ciudad de Buenos Aires en 1806.

Federales y unitarios, la familia de los padres y tíos de Hernández resumía en tales filiaciones parte del drama nacional. Su padre, Don Rafael Hernández, gozaba de fama en sus pagos del Sur, por su baquía en labores del campo, conduciendo tropas de hacienda hacia diversas estancias de la provincia. Niño de 12 años, José Hernández acompañó como tropero a su padre. Su hermano Rafael, en sus recuerdos, dice:

"Allá en Camarones y en Laguna de los Padres se hizo gaucho, aprendió a jinetear, tomó parte en varios entreveros y presenció aquellos grandes trabajos que su padre ejecutaba y de que hoy no se tiene idea. Esta es la base de los profundos conocimientos de la vida gaucha y amor al paisano que desplegó en todos sus actos".

Formado en el medio rural y entre gauchos, no fue extraño, por sus orígenes familiares, que se despertaran en Hernández simpatías por el partido federal, aunque nunca fue rosista (es decir, porteño) sino más bien hombre del federalismo de las provincias interiores, de los federales sin puerto. Desde los 20 años de edad,

José Hernández intervino en las batallas que libraban las provincias contra los intolerables privilegios de la ciudad porteña. En dichos enfrentamientos combatían cristianos aliados a los indios, de uno y otro bando, estos últimos montados en pelo, con sus largas lanzas; el degüello coronaba trágicamente no pocos encuentros.

Caído Rosas, nuevamente la burguesía porteña pretende hacerse del poder, es decir, de la Aduana. Su expresión política y militar es el joven Coronel, luego General, Bartolomé Mitre, caudillo prestigioso del localismo porteño.

Se abre entonces un largo y sangriento período de exterminio de los caudillos federales del interior. Con la ayuda del capital europeo y de las armas más modernas, Mitre y Sarmiento, asociados en la política, la guerra y la caritativa posteridad historiográfica, enviarán ejércitos porteños para eliminar a la resistencia del interior.

Hernández, radicado en la provincia de Entre Ríos, combatirá con todas sus armas —la espada, la lanza y la imprenta— contra los ejércitos porteños. Emigrado al Uruguay, comenzará su larga carrera de periodista revolucionario contra el partido mitrista porteño y sus aliados.

Su enemigo político y literario mayor será Sarmiento, socio de Mitre, gobernador de San Juan. Hombre muy dotado para las letras, aunque inculto y feroz, un verdadero *terrorista de la prensa*, según lo llamara Juan Bautista Alberdi, Sarmiento había escrito una obra maestra de prosa americana fundada en una mentira colosal. **Facundo** fue una obra de ocasión —escribe Sarmiento años después al General Paz— "llena de inexactitudes a designio", para servir a una batalla política. Sin embargo, llega a ser lectura obligada en las escuelas argentinas y constituye uno de los mitos históricos más exitosos en el exterior, cosa que no puede causar asombro, pues Sarmiento sitúa la barbarie en América y la civilización en Europa, y declara a la raza blanca irradiadora de toda cultura y a la gente de color, seres imposibles de redimir. El enfrentamiento literario, político y militar entre Sarmiento y Hernández es de una punzante significación simbólica.

Como Gobernador de San Juan, Sarmiento organiza una campaña destinada a suprimir, en el sentido específico de la palabra, al General Peñaloza (conocido en La Rioja como el *Chacho*) como caudillo influyente en los Llanos. El Presidente Mitre aspiraba a establecer la hegemonía porteña en todas las provincias y el General Peñaloza, hombre pacífico y patriarcal, de escasa y nula fortuna, era una de las últimas esperanzas de los saqueados y humillados pueblos criollos del Interior. Las órdenes de Sarmiento son precisas. Desarmado, y tomando mate en su rancho, el Chacho es sorprendido por una partida militar que lo ultima a lanzazos y le corta la cabeza. Clavada en una pica, en el más puro estilo godo, la cabeza del General Peñaloza es expuesta en la Plaza de Olta, un pueblo riojano. En una carta a Mitre, el famoso pedagogo Sarmiento exhorta al Presidente de la República a

"no ahorrar sangre de gauchos. Es lo único que tienen de humanos".

El crimen ocurrió el 12 de noviembre de 1863. Uno de los asesinos materiales, el Teniente Junt, le hace cortar una oreja al General Peñaloza y se la envía de regalo al señor Natal Luna, escribe Fermín Chávez:

"Y en el baile oficial con que se celebra la captura del jefe federal, la oreja pasó de mano en mano de los concurrentes".

Al día siguiente del atentado, Sarmiento escribió estas palabras:
"He aplaudido la medida precisamente por su forma. Sin cortarle la cabeza a aquel inveterado pícaro y ponerla a la expectación, las chusmas no se habrían aquietado en seis meses".

Ante el crimen atroz, Hernández acusa directamente al asesino desde el periódico El Argentino de la ciudad de Paraná:
"El General Peñaloza ha sido degollado. El hombre ennoblecido por su inagotable patriotismo, fuerte por la santidad de su causa, el Viriato argentino, ante cuyo prestigio se estrellaban las huestes conquistadoras, acaba de ser cosido a puñaladas en su propio lecho, degollado, y su cabeza ha sido conducida como

prueba del buen desempeño de su asesino, al bárbaro Sarmiento".

La política mitrista, que enmascaraba bajo la retórica difusa de los *principios* y las *instituciones* la confiscación por los porteños de las rentas aduaneras, proseguía desde Caseros en dos planos simultáneos: uno consistía en el derrocamiento militar de los antiguos caudillos federales de los tiempos de Rosas o su eliminación física lisa y llana, cuando no ocupaban el gobierno provincial, como en el caso del *Chacho* Peñaloza; en el otro, para simular la comedia *representativa* en la ciudad de Buenos Aires, practicaban el fraude más cínico, que describirá Sarmiento con regocijo brutal, en su desembarazado estilo, a su amigo Posse de Tucumán.

Ultimado el *Chacho*, semanas más tarde, José Hernández publica en la Capital de la Confederación un breve folleto titulado Vida del Chacho. Su texto comienza así:

"Los salvajes unitarios están de fiesta. Celebran en estos momentos la muerte de uno de los caudillos más prestigiosos, más generosos, más valientes que ha tenido la República Argentina. El partido federal tiene un nuevo mártir. El partido unitario tiene un crimen más que escribir en la página de sus horrendos crímenes".

La verdad histórica suele ser asombrosa y a veces resulta tan intolerable como la desnuda verdad contemporánea. Esto ocurre cuando los intereses ocultos y visibles de una estructura social inmovilizan el pasado para medrar en la inmovilización del presente. Según verá el lector, el discernidor oficial de la civilización o la barbarie, recibía, por la pluma del futuro autor de Martín Fierro, el calificativo de *bárbaro*.

A semejanza de miles de grandes hijos de Buenos Aires, José Hernández la había abandonado bajo el látigo de las persecuciones mitristas, del fraude electoral, del empastelamiento de imprentas, de la clausura de los periódicos federales o de la amenaza inminente hacia su vida. Si se atiende la literatura histórica oficial que todavía se enseña en escuelas, bachilleratos y universidades, los hechos que narramos no habrían tenido lugar y José Hernández

habría escrito el Martín Fierro en un milagroso acto de *creación inconsciente* de acuerdo a Lugones. Miles de argentinos distinguidos, como Carlos Guido y Spano, hijo del General Tomás Guido, confidente de San Martín, Vicente Quesada, Miguel Navarro Viola, Lucio Mansilla, Benjamín Victorica, Mariano Fragueiro, entre muchos otros, emigraron a Paraná.

Por estos días negros para la unidad nacional, Sarmiento escribió a su amigo Domingo de Oro un relato de las elecciones para gobernador de la provincia de Buenos Aires, el 17 de junio de 1857. Dice Sarmiento:

"Los gauchos que se resistieron a votar por los candidatos del gobierno fueron encarcelados, puestos en el cepo, enviados al ejército para que sirvieran en las fronteras con los indios y muchos de ellos perdieron el rancho, sus escasos bienes y hasta su mujer".

En esta concisa y descarada descripción, Sarmiento, que aprobaba tal política de Mitre, anticipaba, punto por punto, la historia de Martín Fierro.

José Hernández sólo tenía 23 años en esa época y no necesitaba leer la carta de Sarmiento para enterarse del vandalaje de los ilustrados. Lo vivía en su propio cuero. Y lo evocaría quince años después en su poema.

Bastaría señalar que abandonaron la ciudad de Buenos Aires en esa época más de 2.000 argentinos, pues Buenos Aires, para no repartir las rentas de la Aduana entre todas las provincias, había roto la unidad nacional y se había constituido como Estado independiente, con sus propios cónsules en Europa y sus propias fuerzas armadas. Los comerciantes y políticos del Puerto preferían una República hecha pedazos antes que aflojar los cordones de su bolsa. Esa política gozaba del apoyo general de los porteños, pues al apoderarse desde la Revolución de Mayo de los ingresos de Aduana, la ciudad se había convertido en la más rica y próspera de las viejas Provincias Unidas, monopolizando para sí los altos títulos de *sociedad civilizada*.

A no pocos soldados de la Independencia, grandes escritores o

estadistas provincianos, como Santiago Derqui, se les hacía imposible vivir en la gran capital del Plata. Hasta Juan Bautista Alberdi, padre de la Constitución, se veía obligado a vivir emigrado en Europa por la hostilidad mitrista, y su crítica aguda al obsesivo monopolio aduanero de los porteños.

Ante este cuadro, no resulta difícil imaginar el destino que aguardaba a los pobres gauchos, soporte militar, generalmente irregular, de las protestas armadas del interior, de las montoneras espontáneas o de las rebeliones célebres contra Buenos Aires, nacidas del genocidio contra el Paraguay, mediante la Guerra de la Triple Alianza que culminó en una gran tragedia, por la feroz política del Puerto contra el interior.

José Hernández combatió esa guerra criminal, iniciada por las oligarquías de Buenos Aires, el Brasil y el Uruguay contra el heroico pueblo paraguayo. Tal alianza se proponía no sólo aplastar el régimen político del Mariscal Solano López sino desmembrar el Estado paraguayo, ejemplo de progreso industrial, y de sistema productivo independiente, libre del flagelo de los empréstitos exteriores y que gozaba de una estructura agraria no latifundista en una América criolla dominada por el parasitismo terrateniente.

La guerra del Paraguay fue impulsada por el imperialismo británico. Desde hacía mucho tiempo los ingleses modulaban con refinado arte la política de la Corte brasileña, tanto como la del librecambista gobierno de Mitre. Segregada de sus hermanas de las Provincias Unidas del Río de la Plata, mediante la notable intriga del Primer Ministro británico Canning y su agente en el estuario, Lord Ponsonby, la hermosa y heroica Banda Oriental, cuna de Artigas, se vio arrastrada a su pesar a la tragedia paraguaya.

Hernández y su generación lucharon con todas sus fuerzas contra la matanza horrible que la guerra (y la escandalosa impericia del General Mitre) produjo a lo largo de cinco años.

El futuro historiador puso a prueba, sobre carne viva, los manuales tácticos importados y lanzó a 16.000 hombres sobre la formidable defensa natural de Curupaití. Atrincherados los

paraguayos, arriba de la barranca inexpugnable, mataron 3.000 hombres, la mayor parte de ellos soldados criollos, es decir gauchos. Los cadáveres eran arrojados al río, que derivaba su carga fúnebre hacia abajo durante toda la guerra. A tal corriente putrefacta se atribuye el estallido de la epidemia de fiebre amarilla que diezmó, al final de la guerra, la población de Buenos Aires.

Los artículos de José Hernández en periódicos de Paraná y Montevideo sobre la guerra del Paraguay son notables muestras del poder de análisis del escritor y político, y coincidían con los estudios de Alberdi enviados desde París, donde exhibía con lógica implacable la codicia tenaz de la burguesía porteña que monopolizaba para su propio provecho la renta aduanera y el puerto de todos los argentinos. La tragedia de la guerra del Paraguay desencadenó todas las furias contenidas en el interior de las provincias. Comprometido Urquiza con Mitre, propenso a conciliar con sus enemigos, se propuso enviar las valerosas caballerías entrerrianas a combatir al Paraguay. Esas tropas urquicistas se sublevaron en los campamentos de Basualdo y Toledo. Preferían unirse a los paraguayos contra Buenos Aires.

Al mismo tiempo, en el centro del país, se levantaba en armas el General Felipe Varela, antiguo oficial del *Chacho*, llamando a combatir contra los porteños y poner fin a la guerra fratricida contra los paraguayos.

Convulsionada la República, José Hernández advertía a Urquiza desde las páginas de "El Argentino" de Paraná que la daga del mitrismo buscaría un día su garganta. Finalmente al traicionar la causa federal, Urquiza fue ultimado por una partida de federales en su Palacio de San José. Un prestigioso lugarteniente suyo, el General Ricardo López Jordán, encarnó la esperanza postrera del federalismo y ocupó el sillón de gobernador de Entre Ríos designado por la Legislatura de la Provincia. En ese momento era Presidente de la República Domingo Faustino Sarmiento. Invadido por un ataque de incontrolado furor, estado bastante frecuente en el enérgico publicista, el Presidente Sarmiento declara la guerra

contra Entre Ríos, desconoce los poderes provinciales y deposita en la balanza de la guerra civil un importante cargamento de armas modernas proveniente de la civilizada Europa.

El viejo enemigo de Hernández, victimario del *Chacho*, predicador del exterminio del gauchaje y, al mismo tiempo, gran artista de la prosa americana, ni corto ni perezoso, ordenó a las tropas nacionales la invasión de Entre Ríos. Acto seguido, Sarmiento puso precio a la cabeza del General Ricardo López Jordán en $ 100.000. Tasó, en cambio, la cabeza de Hernández en sólo $ 1.000. El *Profeta de la Pampa*, como tituló Ricardo Rojas, con cierta comicidad involuntaria, a la hagiográfica biografía de Sarmiento, no atribuía mucho valor monetario al futuro genio nacional.

Hernández apoyó de inmediato al General López Jordán, ante el conflicto inminente. Ya tenía un nombre. Había vivido una vida turbulenta: domador de potros y peón, arreador de haciendas, agrimensor y taquígrafo en el Senado de Paraná, impresor y librero, ministro en provincias, jinete armado en San Gregorio y El Tala (tenía sólo 19 años), combatiente en Cepeda y Pavón, asesor del General Urquiza, y secretario particular del último Presidente de la Confederación Argentina, el General Pedernera.

Emigrado de su provincia natal, Hernández había echado raíces en Entre Ríos. Un cronista del pasado entrerriano, Don Francisco D. Segovia, evoca a José Hernández y lo recuerda en el mercado de Paraná "donde se pasaba escuchando los dichos y los chistes gauchescos de los carniceros, que entonces eran todos criollos de pura cepa y de indumentaria campera".

Frecuentaba las riñas de gallos y su poderosa voz de *órgano* alegraba las pláticas de la emigración porteña nacionalista en la acogedora tierra nacida entre ríos.

El General Ricardo López Jordán se dispone a recoger la herencia política del primer Urquiza, antes de su deserción final. La provincia en masa lo seguirá en los entreveros próximos. Las famosas caballerías entrerrianas, con paisanos de lanza y cuchillo,

se enfrentarán en una batalla perdida, no al Ejército de línea sino a un mortífero artículo importado por Sarmiento de Estados Unidos: el fusil Remington. Era de largo alcance, de un solo tiro, pero rápidamente recargable por la culata gracias a su sistema de cierre.

Las dos sublevaciones jordanistas que culminaron con la derrota en los campos de Don Gonzalo, probaron a los gauchos de López Jordán que la civilización sarmientina llevaba la muerte a gran distancia y podía vencerlos. Había terminado la era de la tacuara y las bolas, recogidas por los gauchos de la tradición militar indígena.

Después de la primera derrota en Ñaembé, comienza la gran emigración de entrerrianos y correntinos hacia la Banda Oriental o el Brasil. Más de 6.000 combatientes pasan el río fraterno, muchos de ellos a la antigua usanza en los tiempos de apuro: con el caballo adelante, metidos ambos en el río hasta el cogote y el paisano agarrado de la cola, ganando así, jinete y bestia, la otra anhelada orilla.

Hacia el Brasil cabalgan, cabizbajos, López Jordán, José Hernández y otros compañeros de la revolución vencida. Hernández ha combatido, ha escrito los manifiestos revolucionarios, ha visto morir a muchos gauchos amigos. Al llegar a Santa Ana Do Livramento, su espíritu está asediado por confusas imágenes: la muerte no es un sueño, pero ya sueña con la muerte y la sangre. Es que la muerte se ha vuelto anónima. No se ve al enemigo. La hora final llega en un breve vértigo, con el suspiro de una bala mágica. ¿Cómo luchar, cómo responder a un destino aciago? ¿Por qué medios conquistar una segura, una inmortal victoria?

Quizás allí, en la tierra gaúcha del Brasil sureño, comenzó a nacer "Martín Fierro".

Estamos a principios de 1872. Abrumado, Hernández decide regresar a Buenos Aires. Se aloja en el Hotel Argentino, en la calle Rivadavia y 25 de Mayo, en el mismo solar donde se encuentra hoy el edificio del Banco de la Nación. Y a su espíritu se precipita todo

el pasado entrevisto de su agitada existencia, un torbellino de pampa y caballos, su infancia y el alarido del malón, las ruedas de gauchos, mateando y cantando, en los campamentos revolucionarios, el degüello del Chacho, la agonía de un jinete, aquel Sargento Cruz pasado de bando y que en la vida llevó otro nombre.

Escribió en 8 días y 8 noches febriles el primer manuscrito de un folleto pobrísimo, titulado "El Gaucho Martín Fierro". Publicado con tapas grises, en papel de almacén, se deslizó como una sombra por la ciudad europeizante y se dirigió en silencio hacia la pampa, donde a los 7 años de aparecer se habían vendido 46.000 ejemplares, en un medio social de iletrados, como lo era el medio rural, mientras permanecía casi ignorado en Buenos Aires, la ciudad culta.

Entre los publicistas fue aceptado casi con conmiseración. Y sin embargo no había noticias de un libro de tan vasto alcance en el Plata y quizás en América.

Don Nicolás Avellaneda, el ex Presidente, era abogado de un almacenero mayorista, que le mostró en sus libros contables los pedidos habituales de las pulperías de campaña:

12 gruesas de fósforos,
1 barrica de cerveza,
12 *vueltas* de Martín Fierro,
100 cajas de sardinas.

¿Cómo leían *Martín Fierro* los gauchos analfabetos? No lo leían, lo escuchaban. Nunca faltaba en un puesto, una pulpería, una estancia, algún *leido* que en voz alta, con los gauchos mateando a su alrededor y a la cambiante luz del fuego, leyera, bien despacio, las aventuras y desdichas de otro cristiano igual a ellos, y que les contaba sus propias vidas en otra época.

Refiere Lugones en *El Payador* que, siendo joven, en Sumampa, en Santiago del Estero, alcanzó a conocer a un mozo llamado Serapio Suárez

"que se ganaba la vida recitando el Martín Fierro en los

ranchos y aldeas. Vivía feliz y no tenía otro oficio... recuerdo haberme pasado las horas oyendo con admiración a aquel instintivo comunicador de belleza".

Pues Martín Fierro salió casi enseguida de la pampa, como lo señala Lugones.

También Rojas aporta su testimonio personal, que revela el profundo sentido colectivo del poema:

"En solitarios ranchos de la selva santiagueña, a la ribera del Salado, he oído yo quien recitaba algunas estrofas conocidas por tradición, aunque se ignoraba que pertenecieran al poema de Hernández".

Asimismo dice Lugones que Martín Fierro asumió de pronto una existencia real. Le oyó decir a un paisano que cierto amigo suyo lo había conocido. En las sierras de Córdoba (lo que revela que el poema gaucho era argentino en toda la extensión del país), había encontrado Lugones un gaucho viejo que vivía solo con su mujer. Era iletrado, pero guardaba con el mayor cuidado y delicadeza un ajado ejemplar del Martín Fierro. Sólo extraía el libro de la antigua petaca de cuero, que era todo su bien, cuando algún forastero leído era acogido en el rancho, con la sagrada condición de leer en voz alta nuestro canto del Cid.

Antes de morir, aún joven, Hernández fue Senador y ya se lo llamaba el Senador *Martín Fierro*, tan profundamente encarnaba el estilo y el alma de aquella raza de argentinos próximos a desaparecer, excepto en el dominio del arte.

¿De modo que José Hernández fue "un creador inconsciente"? Aflojemos las riendas, lector, y dejemos que concluya esta larga entrada el propio cantor:

Pero voy en mi camino
Y nada me ladiará;
He de decir la verdá,
De naides soy adulón;
Aquí no hay imitación,
Esto es pura realidá.

Y el que me quiera enmendar
Mucho tiene que saber.
Tiene mucho que aprender
El que me sepa escuchar.
Tiene mucho que rumiar
El que me quiera entender.

Más que yo y cuantos me oigan,
Más que las cosas que tratan,
Más que lo que ellos relatan,
Mis cantos han de durar.
Mucho ha habido que mascar
Para echar esta bravata.

Contradictorio casi siempre, con el alma dividida, viviendo su vida en una sociedad rentística y antiheroica, el atormentado Lugones, descubridor y represor, a la vez, del poema y del poeta, pronunciaría en un momento de conmovedora claridad, palabras que no podrán olvidarse:

"¿Qué valen, efectivamente, todos nuestros libros juntos ante esta creación? ¿Qué nuestras míseras vanidades de jardineros ante la excelsitud de aquel árbol de la selva? Cuando ellas no existan sino acaso como flores de herbario en las vanas antologías, el tronco robusto estará ahí, trabada su raigambre con el alma del pueblo, multiplicado en la madera de las guitarras cuyos brazos señalan el camino del corazón".

Y agrega con justificado tono cortante:
"Cuarenta años lleva de crecer, con tiradas que cuentan por cientos los millares de humildes cuadernos. Y esto en un país de población iletrada, donde los cultos no compran libros nacionales".
Pues resulta una ley invariable de la historia contemporánea,

que los países coloniales o semicoloniales no sólo han enajenado su cultura oficial a la distorsión extranjera sino que se han visto despojados de su propia historia.

De donde resulta que el único lugar inaccesible al imperialismo deshistorizante sea el *alma del pueblo*. Allí se refugian los pensadores y los bardos nacionales, a la espera de la hora del destino.

José Hernández lo supo muy bien cuando escribió:

Pues son mis dichas desdichas
Las de todos mis hermanos
Ellos guardarán ufanos
En su corazón mi historia
Me tendrán en su memoria
Para siempre mis paisanos.

Al fin, debemos concluir: el conflicto social que vive en el poema de Hernández supera en mucho las formalidades literarias que han preocupado a no pocos especialistas y filólogos. Pues en Martín Fierro libran batalla, de un lado, los gauchos de la Edad de Oro de la Pampa. En los tiempos anteriores al alambrado, según dijimos ya, los ganados y las llanuras eran *cimarronas*, o sea que carecían de dueño y los gauchos vivían libremente. Del otro lado se encontraba la nueva clase de terratenientes, asociada a la burguesía comercial del Puerto de Buenos Aires. Estos últimos consideraban a los gauchos encarnación de la *barbarie* y se atribuian a sí mismos la representación de la civilización.

En realidad, se trataba de un duelo entre los hombres de la economía natural y un naciente capitalismo colonial de exportación. Sarmiento expresó la causa del puerto de Buenos Aires en su célebre novela sociológica "Facundo". José Hernández defendió en su poema el derecho a la vida de una raza de argentinos amenazada de extinción. Del choque de tales intereses nació un poema épico, a la altura del canto del Mío Cid o la Canción de Rolando, que habrá de vivir aun cuando aquellos intereses y

pasiones hayan desaparecido para siempre en la noche de la historia.

CAPITULO 2

De la República Insular a la Patria Grande

Europa derramó sobre la América criolla todo género de artilugios y de especiosas razones, farmacopeas doctrinales y electrizantes sueños revolucionarios. Sólo una cosa nació de América misma que no se importó y que resultó la única verdadera. Es la idea de que sólo unidos seremos, y si no, no seremos. *"O inventamos o erramos"*, decía, hacia 1824, Simón Rodríguez el genial maestro de Bolívar.

Pero el poder de los imperios anglosajones o latinos parecía invencible al morir Bolívar en 1830 en Santa Marta, abandonado por todos y cuando San Martín desaparece en 1850, envuelto en un silencio sepulcral. Los Estados latinoamericanos, precariamente unidos por las armas, rompen el pacto de unión. Se erigen miserables soberanías de provincias exportadoras, agobiadas de Constituciones, aduanas, ejércitos y parlamentos, independientes sólo para pagar sus gastos y sometidas a la diáspora de la Patria Grande.

Las doctrinas redentoras aparecieron luego, tan importadas como el poder saqueador. Un rasgo une a unas y a otros: se supone que aquí hay 20 naciones. Hay que someterlas una por una o liberarlas por separado. De este modo las alternativas de la revolución latinoamericana no encuentran respuesta. La sociedad moderna pudo imponerse a cada República con la matriz ideológica, pero no real del desarrollo occidental: capitalismo, burguesía nacional, liberalismo, clase obrera, socialismo, democracia, parlamentarismo. En cada país latinoamericano, condenado al aislamiento recíproco y a un vínculo monoproductor y unilateral con el

sistema mundial, aparecen, como si se tratara de creaciones de su historia propia, el positivismo o el existencialismo, el librecambismo o la teoría marginalista, la literatura hermética y los misiles, el marxismo (en decenas de extravagantes versiones) y hasta grupúsculos filo-fascistas o monárquicos. El prestigioso poder de tales vocablos se funda en la ciencia o en la autoridad de Europa. Los valores de allá transmigran. Y se asientan aquí como la cosa más natural del mundo. Hasta el género histórico sufre una torsión inferiorizante, como aquellas historias blancas sobre Africa. El reduccionismo europeo opera el milagro de transformar la historia universal en historia de Occidente y juzga sus leyes reales o presuntas según la óptica de Europa.

De este modo, Brasil es desgajado de América Latina, lo mismo que el mundo antillano. Análogamente, cada uno de los Estados hispanoamericanos se ve obligado a diseñar su propia geografía o mitificar su historia peculiar.

Sin embargo, cuando los americanos del Sur enfrentaron el más poderoso Imperio de la época en las montañas de Ayacucho, no lo hicieron cada uno por separado. La victoria fue fruto del esfuerzo común. Todos ellos, empezando por los Libertadores, comprendían claramente que en la América del Sur se dirimía una cuestión *nacional*. Corrido el tiempo, cada tanto, un sacudimiento sísmico refrescaba la memoria colectiva. Así fue al estallar en 1910 la Revolución Mexicana, cuando parecía extinguida la leyenda heroica de las guerras de Independencia. Lo mismo ocurrió cuando el general Sandino se levantó con un puñado de héroes en las Segovias, en la década del 30. Desde la revolución peronista, el triunfo de la Cuba de Castro, el movimiento de los *tenientes* en el Brasil de Prestes y Vargas, la República Socialista de Chile con el coronel Marmaduke Grove, la abolición del pongueaje y el martirio indígena en el Perú del General Velasco Alvarado, hasta la gesta gloriosa de la guerra de Malvinas, innumerables episodios revolucionarios han ennoblecido la historia de América Latina y le han recreado un impulso hacia el porvenir.

Pero cada vez que un proceso revolucionario particular se inaugura en algún país hermano de América Latina, el imperialismo y su aparato interno de estupidización ideológica reactúan con furia. Para descalificar a la Cuba de Fidel Castro, algunos la describen pura y simplemente como un *instrumento del bloque soviético* y la misma expresión tiende a aplicarse a los sandinistas. A Perón, otros lo calificaron de *fascista*; al general Velazco Alvarado, el emancipador del indio peruano de la sierra, le colgaron el sambenito de *dictador*; al presidente Allende, los voceros del imperialismo lo estigmatizaron como marxista y los de la ultraizquierda, como un *burgués reformista*. Sin embargo, todas las medidas económicas y sociales de Allende lo definían como un nacionalista. Eso le costó la vida. Pues en América Latina la obligación moral y política, por orden de importancia, es ser nacionalista latinoamericano; y luego, según los gustos, se podrá añadir la condición de derechista o izquierdista. Ante todo la Patria común, la Nación de Repúblicas; y después, los medios para emanciparla. Hasta la Iglesia de Roma, en Puebla, ha descubierto América por segunda vez.

En la lucha de los grandes colosos, América Latina sólo podrá intervenir con su formidable importancia potencial si une sus partes dispersas. Para avanzar hacia ese objetivo, es preciso reunir la energía y el coraje intelectual necesario para desembarazarse de la ferretería ideológica de Europa y readquirir el perdido hábito de pensar por nosotros mismos.

Es preciso ver en cada episodio político latinoamericano, no sólo las influencias reales que las potencias ejercen en ellos, sino también las corrientes propias y profundas que se mueven bajo la superficie. Cuando Perón inició una política de unión aduanera con Chile y con Brasil, resultó acusado en todas partes de propulsor del *imperialismo argentino*, además de ser un notorio fascista. Tal es la suerte de los patriotas en nuestra época. Sus acusadores integraban la *opinión democrática* que empolla el imperialismo en cada país latinoamericano para falsear su destino. Más allá de las

distinciones ideológicas, que el imperialismo emplea para dividirnos, los países de la América criolla debemos ayudarnos y comprendernos en la gran patriada de ser libres.

CAPITULO 3

Afinidades y diferencias entre las oligarquías de Chile y Argentina

A lo largo del siglo XIX se produjeron numerosos conflictos de límites en América Latina. Las pequeñas Repúblicas se desgarraban entre sí en lugar de unirse para constituir la gran Nación que habían concebido los soldados revolucionarios de la época heroica: San Martín, Bolívar, O'Higgins, Artigas, Morazán, Abreu e Lima y tantos otros. Pero tan sólo la autonomía provincial o las fantasiosas soberanías de frágiles Estados habían venido a reemplazar el absolutismo español derrotado, que a pesar de todo ejercía un papel unificador antes de la Independencia.

Los grandes capitanes habían pretendido cambiar la unidad absolutista española por la unidad en la independencia de las viejas colonias. La Federación o Confederación de pueblos concluyó en un fracaso, que es el estigma de América Latina y la bandera de su revolución inconclusa. Las miserables disputas territoriales que siguieron a ese derrumbe, profundizaron la división de la Patria Grande. ¿A quién aprovecha esta dispersión? A los intereses portuarios de las oligarquías exportadoras, desde Caracas a Buenos Aires, con el apoyo directo de las grandes potencias europeas o norteamericanas. En definitiva, todas ellas medran gracias a la fragmentación de América Latina.

Cuando nacía algún conflicto de límites (Chile con Bolivia, Perú con Colombia, Paraguay con Bolivia, la Triple Alianza contra el Paraguay) los mercaderes y proveedores de armas de tales conflictos eran las mismas potencias que los habían creado.

Ahora bien, ¿qué es lo que realmente ocurre con Chile? ¿Desde

qué punto de vista los patriotas argentinos, chilenos y latinoamericanos deben valorar el asunto para no dejarse embarullar por el "patriotismo aldeano" de los impostores, los usurpadores y los verdugos, sutilmente empujados por la diplomacia de las grandes potencias? Digamos, desde ya, que el derecho público americano, reiteradamente sostenido por los libertadores San Martín y Bolívar, se fundaba en que la soberanía de los nuevos Estados surgidos a la vida después de la Independencia, poseían los límites heredados de los antiguos Virreynatos, Gobernaciones, Intendencias o Presidencias, establecidas durante cuatrocientos años por el poder español. Tal fue la posición de Bolívar en su famosa carta a Sucre, en la que le recriminaba a su subordinado haber convocado a las provincias altoperuanas a realizar un Congreso Constituyente, cuando carecían de derecho para hacerlo, ya que formaban parte del complejo político de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Del mismo modo, Juan Manuel de Rosas, encargado de las relaciones exteriores de la Confederación Argentina, se opuso en 1843 a la decisión del gobierno chileno de fundar Puerto Bulnes (hoy Punta Arenas) sobre el territorio legado a la Confederación Argentina por la Revolución de Mayo. Por lo demás, cabe señalar que la Constitución chilena de 1823 mantenía los límites de la República de Chile dentro de las fronteras de la antigua Presidencia de Chile en tiempos de los españoles.

Para avanzar otro paso más en la inteligencia del problema, cabe preguntarse cuáles son las causas histórico—políticas por las cuales la oligarquía argentina ha exhibido siempre una posición de renunciamiento "territorial" y por qué razón la oligarquía chilena, al contrario, ha manifestado invariablemente apetito de territorios nuevos y un espíritu de agresividad expansionista. Ambas oligarquías son igualmente parasitarias y antinacionales, como lo demuestra la historia respectiva. Conviene analizar las diferencias entre ambas. Digamos, en primer término, que la oligarquía terrateniente argentina se constituyó, aún antes de la Independencia, en un sistema de intereses enraizado en el puerto de Buenos

Aires, con su ciudad y su pradera. Fuera de esa área rentística (agraria—comercial—financiera) nada le interesó. Si abandonó a su suerte a las provincias más próximas, concentrada exclusivamente en el usufructo de la pampa húmeda ¿qué podríamos decir de las más alejadas? ¿Quién ignora que los rivadavianos negaron el auxilio requerido por San Martín desde el Perú para concluir la Independencia de Sudamérica, lo que originó su "renunciamiento"? ¿No cedió esta oligarquía gustosamente a las insinuaciones de Lord Ponsonby, ejecutor de la política de Canning y aprobó la segregación de la Banda Oriental transformada en una República del Uruguay garantizada por la Corona Británica, en tanto hundiendo en la selva paraguaya al gran Artigas? ¿No rompió sistemáticamente sus vínculos con la gran provincia del Paraguay, que abandonada primero por Buenos Aires, debió sufrir luego el genocidio de Mitre y el Brasil? Acaso el congreso rivadaviano, ante el asombro sin límites de Bolívar ¿no se desprendió espontáneamente de las cuatro provincias del Alto Perú, para evitarse dolores de cabeza, ocasión que los siniestros dueños de indios, los abogaduchos "dos caras" de Chuquisara, con su desenfrenada codicia, tomaron en el aire, para fundar la actual Bolivia y succionar la sangre de quechuas y aymaraes?

Sarmiento, que durante su emigración en Chile predicó la soberanía chilena sobre la Patagonia, ¿no había sentado la doctrina de que "el mal de la Argentina es la extensión"? El rasgo histórico original de la oligarquía pampeana es el separatismo, la tendencia, corroborada por la historia, a desprenderse de territorios que a su juicio sólo pueden depararle molestas responsabilidades y perturbar con su exigencia industrialista relaciones fluidas con Europa. Disfrutar en paz la renta agraria, ese ha sido siempre y cada vez más todo su programa. Por esa razón Mitre concibió en cierta ocasión la creación de la República del Plata, uniendo dos praderas y dos puertos, los de Buenos Aires y Montevideo. Semejante república habría consumido una fabulosa renta nacida de buenos pastos y haciendas inmejorables. Todo el resto de las provincias argentinas

habrían sido arrojadas al caos y la miseria genérica de la América Latina. Gran parte de la historia diplomática argentina hay que explicarla en dicho interés oligárquico.

La oligarquía chilena, en cambio, se ha caracterizado por su hambre de espacio, aunque no de enérgico crecimiento económico capitalista, como lo demuestra el fracaso histórico de su otrora pujante burguesía nacional minera. Dicha tendencia, por su continuidad, reviste un claro carácter histórico y se deriva en la escasez y relativa pobreza de su suelo así como de su peculiaridad geográfica, la "loca geografía" de que hablara Benjamín Subercasaux, una costa inmensa sin "hinterland", del mismo modo que Bolivia, llegó a ser, después del despojo que sufriera a manos de Chile en la guerra pro—inglesa del Pacífico, un "hinterland" sin costa. Estrechado entre la cordillera y el océano, sometido a una oligarquía anglófila y rapaz, Chile ha librado guerras de expansión con éxito o batallas diplomáticas no menos exitosas, ganadas en silencio.

En 1879 despojó a Perú de Arica y Tarapacá, por instigación y en interés de los salitreros británicos. A Bolivia le arrebató Antofagasta. Desde 1843, en que fundó en suelo argentino Puerto Bulnes, Chile pasó de 182.000 kilómetros cuadrados a los 753.000 de la actualidad, sin contar su porción antártica. La oligarquía chilena, con su política de rapiña, ha contribuido a ahondar los antagonismos latinoamericanos, embolsándose nuevos territorios, así como la oligarquía argentina ha obtenido los mismos resultados desprendiéndose de ellos. Como en el caso argentino, la "fronda aristocrática" de Chile, cuyos propietarios de fincas casaban a principios de siglo a sus hijas en París con marqueses de segunda o tercera, encontró su inspiración política y su brazo militar en dos fuerzas: el Imperio británico y la Marina. Si a la oligarquía bonaerense le sobraban tierras de pastoreo, a la oligarquía chilena le escaseaban. Este hecho también explica la Conquista del Desierto por Roca y descifra las políticas divergentes de dos clases sociales contrarrevolucionarias en ambos lados de la cordi-

llera. Fundados en esa tradición, ciertos "geopolíticos" chilenos han acuñado la frase de que Chile es "una faja de tierra angosta y larga, como vaina de espada".

La crisis presente[1] debe ser encuadrada a la luz de los antecedentes expuestos. El tema del Beagle aparece esgrimido por dos gobiernos irrepresentativos, para ocultar la ruina irresistible que los aguarda. Sus inspiradores acarician la idea de aprovechar, con fines puramente domésticos, un asunto de fronteras. Que el gobierno argentino o chileno pretendan levantar la bandera del nacionalismo al mismo tiempo que han desnacionalizado la economía, entronizado al gran capital extranjero y reducido al hambre a los dos pueblos, movería a risa si no tendiera a consumar una tragedia.

Sin pretender leer "bajo el agua", llama la atención el papel predominante que están jugando en azuzar un clima de histeria bélica las respectivas Fuerzas Armadas. Los antagonismos que, según es notorio, aquejan a las tres armas de los dos países, juegan también un papel no pequeño en la crisis. Pero el principal protagonista de la situación ha quedado en la sombra, según su inveterada costumbre. Pues el viejo león británico ha perdido los dientes pero no las mañas. Arteramente, el Canal de Beagle ha sumido en la oscuridad el tema de las Malvinas, tantas veces agitado con fines retóricos, pero que hoy reviste una notable importancia para la Argentina. Con todo acierto, el diario ABC de Madrid comentaba hace unos días el interés de Inglaterra en un conflicto chileno—argentino que permitiese postergar o enturbiar la cuestión de las Malvinas. Por su parte, la prensa chilena opinaba que la Argentina estaría ofendiendo a la Reina Isabel al rechazar el laudo arbitral. ¡Nada menos! Por estos caminos llegamos a un

(1) Dos primorosos ejemplares de dictadores militares, el general Videla y el general Pinochet, estuvieron al borde de lanzar a los pueblos de Argentina y Chile en 1978, a una guerra de incalculables consecuencias. Hasta un ridículo matamoros de Córdoba, el general Menéndez, hacía bravuconadas solitarias en algún paso cordillerano.

asunto que reviste la mayor importancia para la rectificación de una diplomacia no nacional y antilatinoamericana. La vieja hostilidad de la oligarquía hacia América Latina, (salvo el Brasil de los Braganza, de los fazendeiros o de los generales pro—yanquis) estuvo estrechamente asociada a su irrefrenable simpatía por las potencias europeas interesadas en el Río de la Plata.

Hay que decir claramente que jamás la Argentina se movilizó con sus barcos y hombres, ni siquiera para inocuas maniobras, contra la usurpación que desde 1833 mantiene Inglaterra sobre territorio nacional. Tampoco sus Gobiernos se han despachado con una violencia verbal de corte retumbante contra los ocupantes de las Malvinas, como se han lanzado a hacerlo en estos días contra Chile. Sin embargo hay tres razones para inyectar impulso a la reconquista de las Malvinas.

1. La decadencia histórica del Imperio y su relativa pérdida de fuerza mundial.

2. El relativo crecimiento de la Argentina (muy alicaído últimamente).

3. La existencia de reservas petroleras que los geólogos estiman comparables a las reservas del Medio Oriente.

Por el contrario, el problema del Beagle, agigantado por ambas partes, deja a un lado las Malvinas y el papel pérfido de Gran Bretaña. Para colmo de burla, es situado bruscamente en la actualidad por un fallo provocativo dictado por jueces británicos, potencia que durante cinco siglos ha practicado en el mundo la divisa romana "divide et impera".

¿Y cuál es el origen del "arbitraje británico"? En los llamados Pactos de Mayo, durante el segundo gobierno del General Roca, se establecía "a perpetuidad" arbitrar cualquier conflicto futuro entre Chile y Argentina, con la Corona Inglesa. Ningún gobierno posterior suprimió esa monstruosa cláusula. Por el contrario, durante la dictadura militar ejercida por Onganía, Levingston y Lanusse, los tres Estados mayores de las FFAA aprobaron designar como árbitro a la Reina de Inglaterra. De esta manera inaudita se

otorgaba al usurpador secular de una parte del suelo nacional el papel de juez en un conflicto con un país hermano. Como es natural, los imperialistas ingleses no serían tan estúpidos como para no hacer un frente común con la oligarquía chilena contra toda aspiración argentina: en la forma, el Beagle, en el fondo, las Malvinas.

Es tal la desnaturalización de la conciencia nacional y tal la decadencia del pensamiento político argentino, que a ninguno de los recientísimos "patriotas" que han brotado como hongos venenosos en estos días, se les ha ocurrido siquiera reflexionar sobre Inglaterra. El Almirante Rojas, las Cámaras de Exportadores, la Cámara de Comercio, las "fuerzas vivas", en fin, y hasta las variantes corrientes de escritores y políticos de vieja cepa anglófila, se han pronunciado contra Chile. Pero Inglaterra ha sido preservada de toda mirada indiscreta. Brevemente, estamos en presencia de una página típica de la historia de América Latina.

Sin embargo, cuando chilenos y argentinos contaban con gobiernos elegidos por el pueblo, en 1953, los Presidentes Ibáñez y Perón se reunían en Santiago para echar las bases de un acuerdo perdurable. Desde los balcones de la Moneda, el General Perón dijo ante medio millón de chilenos:

"Durante más de un siglo chilenos y argentinos han dejado que manos extrañas apagasen, con silencios incomprensibles y a veces inconfesables, la voz de nuestra propia sangre derramada en una comunión sin fronteras y sin límites, por la libertad de América. Frente a las nuevas fuerzas de carácter económico que pretenden dominarnos, nosotros, chilenos y argentinos, hemos decidido realizar la unión de nuestras fuerzas económicas.

El futuro nos impondrá la unión económica de la América del Sur. No sé si mi visita a Chile y las resoluciones que adoptemos con el General Ibáñez serán el comienzo de la unión económica sudamericana". Tal es la línea de conducta a seguir con Chile y con los Estados hermanos de América Latina.

Sólo los pueblos chileno y argentino tienen los títulos necesa-

rios para dirimir fraternalmente los problemas de límites que pudieran surgir, hasta que la Confederación Latinoamericana trace las grandiosas fronteras de la Patria Grande, desde el río Bravo hasta el Cabo de Hornos.

Los argentinos han luchado por la libertad de la América indo—española junto a Chile bajo las mismas banderas; y arrojado del suelo patrio a los ingleses que por dos veces lo invadieron. Luego, un vuelco histórico infortunado, con la derrota de los ideales sanmartinianos y bolivarianos, llevó a Chile y la Argentina a girar un siglo como satélites alrededor de los Estados astros. En 1945 recobramos la soberanía gracias a las masas revolucionarias que levantaron nuevos estandartes para remediar antiguos dolores. La causa del pueblo volvió a ser derrotada en 1955 y 1976 por la misma oligarquía resurrecta que siempre encuentra algunos generales que la sirvan. No es inútil decirlo ahora: si el peronismo fue vencido y aplastado dos veces en treinta años por la rosca oligárquica es porque no la destruyó antes, porque no la expropió y porque no hizo la revolución nacional. Las debilidades del peronismo, muerto Perón y las provocaciones sangrientas de las bandas terroristas, facilitaron el pretexto para el cuartelazo de 1976, que ahora nos presenta al Canal de Beagle y el despilfarro del Mundial de Fútbol como "los grandes problemas" de un país saqueado por la banda de usureros y rufianes que encabeza Martínez de Hoz.

Pero tanto el asunto del Beagle, como la desvastación planificada de la economía nacional por el equipo de banqueros, constituyen el resorte exclusivo, del pueblo argentino, que no ha delegado en ningún régimen de fuerza la tarea de construir su destino. Afirmamos que sólo las masas argentinas y chilenas, recobrada su soberanía interna, podrán encarar con espíritu fraternal los problemas que puedan suscitarse y enfrentar juntos, como en el pasado, a las potencias mundiales que pretenden dividirnos y humillarnos: ese es el camino para un segundo Ayacucho.

6 de marzo de 1978

CAPITULO 4

Judíos y Quechuas en la nación latinoamericana

La corrupción parece generalizarse en el aparato del Estado. Sus relaciones con el mundo financiero se exhiben en una cadena de escándalos. De este modo el radicalismo ha sucumbido a la inmoralidad bajo el peso de un poder que lo excede.

La "coima" se ha convertido en una institución nacional. Al empezar por ceder al "chantaje" imperialista democrático, ha terminado por capitular en toda la línea al tolerar las presiones provenientes de los sectores más parasitarios de la sociedad. Por esta vía han ocupado un lugar prominente algunos representantes de la burguesía judía vinculados estrechamente a un Estado Extranjero. Pero esta burguesía, tan codiciosa y corrompida como el resto de la burguesía financiera (católica o calvinista, tanto da), cuenta a su favor con el repudio mundial hacia los genocidios de los nazis. Y pretende cubrir sus intereses en la Argentina con el pretexto de un martirologio ajeno. Según cabe imaginar, a un tribuno irresponsable como Jaroslavsky es peligroso tocarlo ni siquiera con la punta de una pluma, pues el osado crítico se vería lapidado con el mote de "antisemita".[1] El resto de los estafadores

---

(1) Es preciso recordar que el diputado Jaroslavsky fue durante el gobierno de Alfonsín, presidente del bloque parlamentario del radicalismo. Junto al diputado Manzano, que desempeñaba el mismo cargo en la bancada peronista, sostuvieron en común la política del gobierno de Alfonsín, ofreciendo un espectáculo —gobierno y oposición peronista— de inmoralidad política raras veces visto.

del mundo especulativo no cuenta con tal protección, para su desgracia.

Y como no podía menos de suceder, la dialéctica de los opuestos reveló su poder con la revista archirreaccionaria "Cabildo", que de antiguo identifica el legítimo nacionalismo del pueblo argentino con los mitos de la extinta Europa fascista y al judaísmo con el capitalismo mundial. Con semejante filosofía bastaría ser antisemita para ser anticapitalista. De ser así, Hitler o Mussolini, célebres antisemitas, no habrían sido protegidos y protectores de la gran industria y de la banca, como lo fueron. De acuerdo con la misma lógica, la City de Londres o el Wall Street de Nueva York estarían en poder del judaísmo. Pero aún cuando en todas partes hay empresarios judíos, el sistema del imperialismo mundial comprende todas las religiones y razas, incluida la raza negra, cuyo primer multimillonario acaba de ser identificado en Estados Unidos. Pues la verdadera raza y religión del capitalismo internacional se encarna en el romano dios Mercurio. A él rinden culto masones, judíos, católicos romanos y hasta jeques coránicos.

Mediante el artilugio de sustituir la especulación oligárquica por la especulación judía, se escamotea la verdadera naturaleza del enemigo en la Argentina semicolonial y la América Latina fragmentada.

¿Quiénes son los beneficiarios de tal escamoteo? Naturalmente que el imperialismo, de un lado, y también una parte de la burguesía judía que puede alegar una persecución racial en lugar de la justificada acción legal del Estado. Jacobo Timmerman es un maestro de tal subterfugio. Los antecedentes en la materia son innumerables.

Nos reduciremos por ahora a establecer que una parte de la burguesía judía, casi siempre ligada al Estado de Israel, no es la colectividad judía, ni mucho menos representa el cuantioso número de argentinos de origen judío, que nada tienen que ver con Israel, ni con la oligarquía y que forman parte de la Nación.

Si se tiene en cuenta que la política del radicalismo es ciega a los

intereses de la patria, debilita la estructura del Estado, reduce a la impotencia el sistema de la defensa nacional, aumenta la desocupación y abre camino a la desesperanza en el corazón de las grandes clases medias, así como la cólera roe la mente de las masas obreras, no resulta raro escuchar voces que pretenden imputar a los judíos la responsabilidad de la crisis nacional. Pero así como resulta absurda la implantación de una izquierda cipaya en un país semicolonial, no menos intolerable se presenta la vigencia de un nacionalismo fascista. Uno y otro son expresiones importadas del mundo metropolitano.

Unicamente pueden encontrar eco en microsectas sin destino. De alguna manera, ambos prototipos desempeñan un papel parecido: alejar las ideas del socialismo criollo y del nacionalismo revolucionario de la conciencia del pueblo.

El nacionalismo antisemita, como sustitución de la lucha de la Nación global contra el imperialismo, sólo puede llevar a un enfrentamiento interno del país semicolonial, al introducir en su seno antagonismos raciales propios de Estados Unidos, la Alemania de Hitler o la discriminación racial en la Inglaterra de hoy.

Cuando sujetos como Patricio Kelly y su pandilla pintaron algunas paredes de Buenos Aires con leyendas antisemitas en 1945, el coronel Perón los desmintió en un comunicado asegurando el carácter pluri ideológico, antirracista y popular del gran movimiento que nacía. No resulta extraño que individuos como Kelly, con el transcurso del tiempo, se hayan convertido en propagandistas de la DAIA y, según algunos dicen, del servicio secreto israelí. Es que la DAIA y Kelly se necesitan recíprocamente.

La Argentina y América Latina requieren, para su grandeza y desenvolvimiento, la más profunda y estrecha unidad de todas sus partes. Sólo así resistirá con éxito la formidable presión externa que pretende dividirnos y desmoralizarnos para sometemos. De esta unidad nacional nacida de la historia no pueden ser excluidos ni los argentinos de origen judío, árabe, itálico, eslavo o toba. En

un discurso pronunciado hace 20 años por el escritor nacionalista Rodolfo Irazusta, sobre las causas que a su juicio habían determinado el fracaso político del nacionalismo argentino, decía con notable lucidez que los nacionalistas siempre habían antepuesto a la razón política las determinantes ideológicas. Un verdadero movimiento de grandes alcances, decía Irazusta, sólo puede concebirse si abre sus filas bajo una sola exigencia: lo nacional o lo no nacional. En cambio, el nacionalismo, concluia el orador, siempre se había preocupado de si era católico o judío, o de derecha o izquierda. De ahí su fracaso.

Y de ahí el triunfo del nacionalismo popular de Perón, que en sus últimos años llegó a plantear la necesidad de marchar hacia un socialismo de raíz nacional. Nada de esto le conviene al imperialismo, que justamente ahora está extendiendo en América Latina un nuevo motivo de división. Con motivo del comienzo de la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América, se han multiplicado las manifestaciones, ingenuas a veces, pérfidas otras, de repudio a la España de la Conquista y a la evangelización. Por el contrario, se glorifica a las razas indígenas.

Algunos estudiantes de antropología, en Salta, proponían retirar la estatua del Virrey Toledo y sustituirla por la de Tupac Amaru I. Ciertos cantantes, como Víctor Heredia, con liviano bagaje histórico, condena las supuestas matanzas de 50 millones de indios, por parte de los españoles, durante la colonización. Y hasta las llamadas "juventudes políticas" (integradas por los miembros de todos los partidos, izquierda o derecha, que han sido cómplices de todos los golpes militares realizados contra el pueblo en 40 años) declaran fecha fasta el 11 de octubre y nefasta el 12 de octubre.

Por las calles de Buenos Aires aparecen manifiestos difundidos por rubios de ojos celestes que defienden al indio. En un reciente Congreso de Americanistas celebrado en Bogotá, la mayoría de los concurrentes, formada por anglosajones y europeos en general, condenó la "crueldad española" en la Conquista y rehusó fijar la sede del próximo Congreso de Americanistas en España. Prefirieron designar a Holanda, que saqueó durante tres siglos a Indonesia

y no dejó ni un hijo, ni una iglesia, ni una cultura, ni una lengua, en su secular expoliación.

Todo esto posee un sentido. El imperialismo anglosajón (calvinista) combate a la Iglesia católica, no en nombre de la libertad de los indios americanos, sino a causa de la lucha por la influencia de los imperios anglosajones en América Latina.

Esto ya era viejo en tiempos de Felipe II. La "leyenda negra" antiespañola nació en Inglaterra, como fruto de la rivalidad religiosa y comercial. Oliverio Cromwell la elevó a la categoría de doctrina nacional. Los americanos del Norte (inmigrantes ingleses) en cambio no tendrán dificultades para examinar su propia historia. A diferencia de los españoles que mezclaron su sangre con los indígenas (de otro modo no existiría el criollo) ellos mataron a todos: **"El mejor indio es el indio muerto"** dice el proverbio norteamericano. Y resulta que ahora recorre la América Latina, unida en territorio, religión, lengua, costumbres, tradición histórica y mestización profunda, una campaña contra España, realizada en la lengua de España o Portugal, aunque traducida de otras lenguas y otros intereses.

Muy noble resulta la tesis de la defensa de los indios. Pero muy sospechoso es el origen. Pues separar a las masas indígenas o negras, de las criollas o blancas de la actual Nación Latinoamericana, es acentuar las condiciones de esclavización general y balcanización hasta hoy lograda. Se trata —y he aquí el servicio que rinden una vez más la "izquierda" y los "progresistas" al imperialismo— de separar a las etnias, después de haber separado a las clases y a los Estados del magno proyecto bolivariano.

Es una campaña contra la Nación latinoamericana. No hay europeo o yanqui que no simpatice con Tupac Amaru, aunque por razones diferentes a las nuestras. Y así, que los judíos sean culpables de la decadencia y la corrupción alfonsinista y los indios sean glorificados contra España y la Iglesia, son los explosivos juguetes étnicos que el imperialismo hace circular en la Patria Grande. Hay que rechazar tales juegos. La única forma de hacerlo es asumir la autoconciencia de la Nación dividida. 1986.

CAPITULO 5

Sumisión y Conflicto en el Nuevo Mundo *

Al hablar bajo el cielo de Italia sobre el Nuevo Mundo, sería inexcusable no rendir homenaje a Cristóforo Colombo, el obstinado navegante de Génova que descubrió "por error" la "terra nova" y al sutil cosmógrafo florentino Américo Vespucio, que describió con rigor científico la flora, la fauna y los hombres nuevos. ¡Extraña América Criolla! Como anticipado símbolo de su atormentado destino histórico, fue una hija no deseada y llevará un nombre diferente al de su padre. Si se mira la cuestión más de cerca, se comprobará que para los aborígenes, el Nuevo Mundo era el de los europeos, y el suyo propio era tan viejo como las civilizaciones que los europeos venían a conquistar y destruir.

El poder europeo dominó luego a los así llamados "americanos". Fueron "descubiertos", pero a su vez, descubrieron a Europa. Ha llegado el momento de que se descubran a sí mismos.

En definitiva, ¿qué resultó de aquél "Jardín del Edén", como lo llamara Colón o "Paraíso Terrenal", según las palabras de Vespucio?

Aunque injustamente olvidado, Américo Vespucio --no sólo científico, sino también navegante-- fue el ojo analítico y profundo

---

* Discurso pronunciado en Rimini, Italia, en 1984, en el Festival organizado por "Comunione e Liberazione".

de la Florencia renacentista, primigenio descriptor del "Mundus Novus".[1]

Mucho más tarde, la ilustración europea elaboró de alguna manera la justificación filosófica y científica de la ulterior empresa colonial. Un mundo tan diferente a la sociedad civilizada de Europa no podía ser sino "salvaje". La idea fue fructuosa para los civilizadores. Nada resultaría más práctico a los codiciosos hijosdalgos que excluir a los habitantes de la tierra nueva del género humano y a sus animales de la geografía zoológica reconocida.

Todo aquello que no se parecía a Europa sería clasificado como salvaje o bestial. El eurocentrismo se abrirá camino con los primeros navegantes, para alcanzar su culminación plena con dos veredictos inapelables: el de Buffon en el siglo XVII y el de Hegel en el siglo XIX. Buffon afirmó que América era inmadura; que sus hombres eran insignificantes, lampiños y asexuados; que sus batracios eran gigantescos, pero que, en compensación, sus animales, feroces resultaban ridículamente pequeños. Con la mayor seriedad del mundo, Voltaire agregaría que los leones de América eran calvos.

Ya en el siglo XVI, el Padre Acosta decía en una carta al Rey de España:

"A muchas de estas cosas de Indias, los primeros españoles les pusieron nombres de España".

Espejo de infortunio, las clases ilustradas de América Latina llamaron luego con nombres europeos a las cosas más propias y originales de la vida latinoamericana. Dominaba la obsesión de la similitud, como patrón de medida para lo óptimo.

---

(1) No hay un solo monumento en Florencia que recuerde al cosmógrafo que dio su nombre al Nuevo Mundo. En su gran Biblioteca Pública sólo figuran 6 obras dedicadas a Vespucio, varias hostiles al cosmógrafo y, dicho sea de paso, una del argentino Roberto Levillier y otra de una revista brasileña. Ya no está allí Lorenzo el Magnífico.

Y enseguida avanzó, imponente, inapelable, el filósofo del estado prusiano. Hegel pronunció una sentencia condenatoria: *América del Sur es naturaleza antes que historia.* A nuestras espaldas no hay nada: sólo el porvenir dirá si hay una historia posible. América del Sur está fuera del reino del espíritu. Hegel la expulsa de la historia.

Pese a tales dictámenes, España y Portugal habían realizado la hazaña inverosímil de desdoblar sus propias sociedades hacia las Indias. A diferencia de las empresas de saqueo colonial de las restantes potencias europeas, españoles y portugueses mezclaron su sangre con los aborígenes de la Vieja América y con los esclavos oriundos de Africa. Por medio de tal formidable fusión, nació en cuatro siglos una nueva raza cultural, étnica y política, una sociedad mestiza, criolla, de inmigración cristiana y de paganismo cristianizado, algo muy peculiar que no resultó ser en definitiva ni la América original ni la Europa colonizadora, sino una creación histórica nueva, lanzada hacia el azaroso destino de procurarse una nueva identidad nacional. Lo cual no resultó nada fácil.

Pues en tanto Europa y Estados Unidos, desde los siglos XVII, XVIII y XIX constituyeron sus Estados nacionales y aseguraron de tal manera el marco jurídico para la expansión de su plena soberanía y su libertad económica e intelectual, las grandes potencias se opondrán a que los continentes marginales acometan una tarea análoga. No era "el fantasma del comunismo" el que acechaba a aquella Europa entrevista por Marx y Engels en el "Manifiesto Comunista" sino el fantasma del nacionalismo. Las naciones que lograban constituirse, prohibían esa meta a aquellas que deseaban hacerlo. En la misma Europa, en la lejana América del Norte y con mayor razón en los países así llamados "bárbaros", los civilizados cerraban el camino a los que querían civilizarse.

La América Criolla, desprendida de España y Portugal, destruida la unidad ibérica después de Felipe II, en las guerras de la Independencia, fue "balcanizada" por las potencias anglosajonas. Aparece en la historia del último siglo y medio como un mosaico

incoherente de 20 Estados supuestamente soberanos, adornados de todas las baratijas jurídicas, filatélicas, arancelarias y rituales de "naciones" verdaderas. Pero en realidad se trata de provincias, de repúblicas simbólicas, perpetuamente conmovidas por pronunciamientos militares e inmovilizados por la sujeción cultural hacia EE.UU. o Europa, sumidas en los cultivos de exportación y con las clases ilustradas hechizadas por las civilizaciones clásicas, la democracia formal sin sustancia o los marxistas importados. También el pensamiento político de los hijos de la América Criolla es sometido a la "balcanización". Cada latinoamericano supone pertenecer a una nación. Pero en realidad se trata de naciones no viables. El imperialismo triunfará en la cabeza de los latinoamericanos, sean de "derecha" o de "izquierda", en tanto los latinoamericanos conciban todas las fórmulas de redención, aun las más atrevidas, excepto unirse en Nación o Confederación de Estados.

Un siglo de dispersión ha logrado borrar en la memoria histórica colectiva que las 20 provincias deben confluir a la gran Nación posible o privarse de un destino. Hacia el año 2000 América Latina alcanzará a contar más de 600 millones de habitantes que hablarán la lengua hispano-portuguesa, que poseen el mayor reservorio de minerales, energías y alimentos que ha conocido la historia y que constituirá la región mundial que cobijará mayor número de católicos.[1]

Nadie pondrá en duda que se trata de una larga marcha, ante todo, de una batalla intelectual de inmensos alcances. Dante reinventó la lengua italiana y luego, Maquiavelo, desde Florencia, reflexionó sobre la constitución de la unidad nacional, que recién

(1) Además, avanza el "portuñol". Deben contarse, asimismo las lenguas quechua, aymara, guaraní y y el grupo lingüístico mexicano (nahuates, zapotecas y otros), entre las principales lenguas no escritas de origen precolombino. En la mayor parte de los casos, se trata de pueblos bilingües, pues el español y el portugués avanzan en el universo de etnias y culturas sobrevivientes, en la medida que los grupos aborígenes pueden beneficiarse de dicha integración.

llegó para Italia tres siglos más tarde. ¿Cuál sería el destino actual de Italia, si subsistiese el Ducado de Milán, la República de Florencia o el gran Dux de Venecia? ¿Y qué sería de la República de Massachusetts o de la República de Nueva York, si Lincoln no hubiera fundado los Estados Unidos mediante una guerra revolucionaria que abolió la esclavitud, sometió a los refinados plantadores del Sur y expulsó la influencia inglesa de la economía norteamericana? Cada uno de los Estados de la América del Norte ¿habría llegado a erigirse en potencia mundial? Es justo dudarlo. Más bien podría conjeturarse que el actual territorio de Estados Unidos sería teatro de una inestabilidad política crónica, teatro de aventureros militares y de una armonía social semejante a la que reina en la infortunada Centro América.

El conjunto del pensamiento europeo se resistió a concebir la idea de que la exigencia interna de América Latina consistía en procurar su unidad nacional. La escuela liberal burguesa exportó a las grandes ciudades puerto del Nuevo Mundo los códigos civiles y los textos de la democracia formal, para que su aplicación en cada país latinoamericano por separado, operase las maravillas que exhibían tales textos en la escena del Occidente capitalista. Pero en la América Criolla no había capitalismo (en un sentido pleno y generalizado) y los textos constitucionales producían resultados grotescos. De la izquierda hegeliana, a su vez, de aquellos jóvenes discípulos del gran maestro, provinieron luego las fórmulas revolucionarias. Pero tanto Marx como Engels aplicaron al pie de la letra las despectivas hipótesis de Hegel en su "Filosofía de la Historia Universal" respecto de la América del Sur. También los fundadores del socialismo llamado "científico" expulsaban a los pueblos latinoamericanos del futuro, así como juzgaban "residuos" destinados al "basurero de la historia", nada menos que a los pueblos eslavos del sur europeo. Marx y Engels juzgaron a los americanos del sur como desprovistos de potencia histórica, perezosos e ineptos para ingresar por sí mismos en el camino de la civilización, salvo con la ayuda de los "enérgicos yanquis". Desde

el campo de la ciencia social recién nacida, los fundadores del socialismo moderno desvalorizaban a la América Criolla (y a la India, que según ellos sólo despertaría de su sueño milenario gracias al gallardo ferrocarril inglés), del mismo modo que lo hacían con fines menos caritativos y métodos nada teóricos las potencias imperialistas que saqueaban el Tercer Mundo. Hubo una coincidencia perfecta entre la "izquierda marxista" de Europa y el desarrollo de la supuesta "universalización del capital". La división internacional del trabajo y el mercado mundial reservaba la tecnología compleja a los "países avanzados" y la exportación de productos primarios a los pueblos periféricos, condenados para siempre a recibir "ayuda" de las potencias civilizadas. Cuanta más ayuda recibían, más crecía la deuda externa. Si algo faltaba actualmente para ligar entre sí a los Estados de América Latina, sería justamente la deuda externa de centenares de miles de millones de dólares, en su mayor parte fruto de las usuras lisa y llana, en parte fruto de la estafa bancaria más descarada y de la asociación ilícita entre las oligarquías latinoamericanas con numerosos bancos "serios".

Con dos flotas imperialistas en los mares de América Latina, una norteamericana que pretende intimidar a Nicaragua (sin entrar a juzgar ahora aspectos de su política interna) y otra armada inglesa que ocupa las islas argentinas de Malvinas, podemos evaluar el valor real de las democracias occidentales contemporáneas. Recordemos asimismo, cuando en el Consejo de Seguridad en 1982 se debatía la reconquista argentina de las Malvinas, no sólo contra la Argentina votaron Gran Bretaña, Estados Unidos y otros estados satélites, sino que se abstuvieron China, la URSS y Polonia. Sólo votó a favor de la Argentina la República de Panamá, aquel pedazo de tierra sagrada donde Bolívar, en 1826, convocó a la unión de la Patria Grande.

Reintegrar a la América Criolla su conciencia histórica perdida quizás sea una aventura tan azarosa como aquella que emprendieron Cristóbal Colón y Américo Vespucio. Pero una gran época

define su carácter por el tamaño de las empresas que son capaces de concebir sus contemporáneos. Hemos brindado tolerancia —impuesta o inducida— durante cuatro siglos. Ahora necesitamos cincuenta o cien años de conflicto. Conflicto político, cultural, económico, para unir a la gran Patria disgregada. Después, podremos ofrecer al mundo, de igual a igual, milenios de tolerancia. Con la realización de ese magno objetivo, transformaremos una historia pasiva en historia creadora. La utopía se trocará en acto. Y llamaremos pumas, soberbios pumas a los leones calvos de la leyenda europea.

CAPITULO 6

Discurso en México al Fundarse la Cátedra de América Latina *

Puesto que el proceso histórico no permite a nadie quedar al margen de su tumultuoso discurrir, somos testigos y protagonistas, a la vez, de acontecimientos asombrosos que prometen modificar de modo sustancial el rostro político y espiritual del mundo en este inminente fin de siglo.

Me refiero, por supuesto, a la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, cuyo atormentado epílogo se arrastró durante casi cincuenta años. La bipolaridad militar parece haber concluido, aunque política y económicamente se insinúan múltiples y nuevos polos de poder.

Cabe deplorar, sin embargo, que los frutos de tan feliz circunstancia sean nítidamente ambiguos, si cabe decirlo así, y todos excluyen de sus beneficios a la América criolla. No hay duda que se ha quebrado un tipo de seudosocialismo que pretendía lograr una acumulación primitiva de capital mediante un régimen despótico, no menos cruel que aquel que presidió el proceso de acumulación de los países clásicos del capitalismo occidental.

*** El siguiente discurso fue pronunciado por el autor en 1991, en su calidad de Embajador argentino y en nombre del Cuerpo diplomático latinoamericano, en el Salón de Actos que fuera el Rectorado de José Vasconcelos.**

Para los latinoamericanos tampoco ofrece sombra de duda que el régimen social y político de los llamados países centrales, paradigmas del desarrollo capitalista, ofrece a sus respectivas sociedades márgenes notables de prosperidad y democracia, aunque su conducta respecto de los países del Tercer Mundo se distingue por la crónica violación de las soberanías ajenas: la expoliación financiera, y lo que es peor, el arrasamiento de las personalidades nacionales de los países débiles y la adulteración de su historia.

Más todavía, como lo ha señalado recientemente en un notable discurso el canciller de México, pareciera flotar en la atmósfera del mundo actual una sospechosa teoría, concebida por las plutocracias internacionales, que postula una democracia formal sin sustancia, lanzada a los mercados de ingenuos consumidores como el más reciente producto comercial de las grandes potencias. Para nosotros, latinoamericanos, toda democracia que no se apoye en el nacionalismo cultural, la soberanía territorial, la justicia social y la economía autocentrada, se revela como una nueva tentativa para desvirtuar nuestra meta de integral emancipación.

No podemos aceptar la idea de que la persecución obsesiva del lucro capitalista privado y el individualismo burgués, filosófico y político, que menosprecia nuestras soberanías, sea el único y alegre resultado del fin de la guerra fría.

Señores, ya hemos pagado nuestro tributo de inocencia, no cambiaremos nuestro oro por cuentas de vidrio una segunda vez.

Precisamente la fundación de la Cátedra de América Latina, que hoy formalizamos bajo los altos auspicios de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México y de la Universidad Nacional Autónoma de México, que nos acoge con la clásica generosidad y amor mexicanos por los bienes del espíritu y la hermandad latinoamericana, se propone reflexionar libremente sobre éstos y otros grandes temas que afrontará América Latina en el nuevo período histórico que se inicia.

Nos es dado presenciar la crisis de las mitologías políticas de

este siglo. De allí nace el forzoso requerimiento para que América Latina formule su propia versión del objetivo irrenunciable, que no es otro que procurar una Confederación de Repúblicas. Ante la perplejidad que asalta a la humanidad en la presente encrucijada, recordaré las palabras de la gran antropóloga estadounidense Margaret Mead:

"Cuando había llegado a conocer todas las respuestas me cambiaron las preguntas...".

En algún sentido, nada mejor podría habernos ocurrido a los latinoamericanos, puesto que no fuimos nosotros quienes pensamos las respuestas.

Ahora bien, ha llegado la hora de que seamos nosotros mismos, y ningún otro, quienes elaboremos los interrogantes esenciales que, casi siempre, si resultan ser los adecuados, contienen la respuesta en sus entrañas.

La historia nos proporciona ejemplos innumerables. Cuando el miserable espectáculo que presentaba la Alemania del siglo XIX no dejaba sospechar siquiera el poder económico y social que alcanzaría luego, una sola esperanza se alzó sobre la polvareda de los 37 estados en que estaba dividida la nación alemana. Fue la voz de sus grandes pensadores, poetas y filósofos. Como es bien sabido, cada uno de los impotentes estados alemanes vivía una vida parroquial, incomunicada y sofocante. La historia, la gran historia, transcurría fuera de la fragmentada Alemania.

Exactamente como hoy entre nosotros. En el interior de cada una de las pequeñas soberanías, soportaba su hastío el príncipe, con su pequeña y ridícula corte, tristemente animada por sus halconeros, sus enanos y bufones, sus caballeros galantes y, naturalmente, sus flautistas de cámara. No había un gran mercado interno, ni un gran ferrocarril que unieran al pueblo de lengua alemana. Pero contaban con un precioso e irresistible instrumento que preparó la unidad: fueron Hegel y Schelling, Fichte y Schiller, Goethe, Heine y Marx, los que tejieron, desde múltiples visiones del mundo, la urdimbre espiritual en que se fundó el porvenir común de esa nación inconstituida.

¿Habría nacido la moderna nación francesa sin su gran revolución, inexplicable sin Diderot, D'Alembert, Voltaire o Rousseau? Nosotros los latinoamericanos ¿no estamos a punto de ser 500 millones de almas? ¿No contamos acaso con Gabriel García Márquez y Alejo Carpentier, con Carlos Fuentes, Octavio Paz y Leopoldo Zea?

Nuestros compatriotas, ¿no son Arturo Uslar Pietri, Arturo Jauretche, Joaquín Edwards Bello, Manuel González Prada y Manuel Urgarte? ¿No han dibujado el cielo de una nación común el "Martín Fierro", Juan Bosch, Darcy Ribeiro, Alberto Methol Ferré, José Antonio Vázquez o Augusto Céspedes?

Pues bien, todo lo tenemos, si queremos tenerlo, en potencia o en el acto.

Hace 200 años Alejandro de Humboldt trazó el grandioso inventario de la América física. A nosotros nos toca ahora atrevernos a concluir con la autodenigración y enfrentar soberanamente nuestro destino. Ese es el propósito que inspira a los Embajadores de América Latina, al fundar esta Cátedra para todos los hijos de la Patria Grande.

CAPITULO 7

Malvinas ante la Suprema Corte

SOLICITAMOS MEDIDAS CAUTELARES.

Señor Juez Federal:

JORGE ABELARDO RAMOS Y OTROS, por nuestro derecho y con el patrocinio del Dr. Luis María Cabral, quien lo hace como letrado y por sí, constituyendo domicilio en los Estrados del Juzgado, a V.S. nos presentamos y respetuosamente decimos:

I. Que ante el hecho de la última usurpación de las Islas del Atlántico Sud (Archipiélagos de Malvinas, San Pedro —Georgias— y Sandwich) realizada por la violencia imperialista tras el 14 de junio de 1982 por parte del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte y ante la inexistencia de adecuadas medidas para proteger nuestros derechos inalienables de soberanía territorial y marítima, venimos a solicitar la intervención judicial para que se puedan garantizar aquellos derechos, así como los personales y patrimoniales de ciudadanos.

II. INTRODUCCION:

Durante un siglo y medio las irredentas Islas Malvinas fueron un tema rutinario y hasta opaco en la historia de la diplomacia argentina.

Cada año, ritualmente, se copiaba en la Cancillería la nota del año anterior y se remitía con puntualidad al Foreign Office. Los archivos británicos acogían la nota como una noticia meteorológi-

ca y la sepultaban con indiferencia en el abismo insondable de los depósitos de Londres. No resulta difícil explicar la conducta de una y otra parte.

Por un lado, las viejas provincias Unidas del Sur, batidas por el viento de la guerra civil, apenas lograban sobrevivir a las amargas luchas interiores. Buenos Aires pretendió sustituir al Rey en el monopolio del puerto y la Aduana. Para ello desenvolvió múltiples políticas desde 1810 a 1880. Todas se dirigían a conservar para la orgullosa Provincia Metrópoli el privilegio real de los recursos portuarios y la hegemonía política sobre las miserables provincias que Carlos Tejedor llamó despectivamente los "13 ranchos".

¿Cómo habrían podido los argentinos ocuparse de preservar por la fuerza la soberanía de las Malvinas cuando estaba en discusión entre ellos mismos la unidad y la soberanía del territorio continental?

Todavía en 1845 la flota anglofrancesa disparaba sus cañones en la Vuelta de Obligado. Aún en 1878 una cañonera británica navegaba hasta el Rosario para amenazar a la provincia de Santa Fe, en defensa de un gerente del banco inglés. Luego, desde la federalización de Buenos Aires hacia cien años más tarde, el Imperio Británico acoge en su estructura mundial a un dominio que, aunque invisible en el planisferio, en realidad dependía del poder inglés. Este país, llamado el "Sexto Dominio" en las cortes europeas, era la Argentina.

Viajeros y cronistas han relatado el espectáculo de la "expansión hacia afuera" que se produce desde 1880: inmigración, ferrocarriles, aumento del área sembrada, categórico ascenso de las exportaciones, creación de centenares y aún miles de nuevos pueblos y ciudades. El capital extranjero es el héroe de la fiesta finisecular. La vinculación entre los ingleses y la oligarquía, entre la vida mundana de la vieja sociedad criolla y los usos y costumbres más populares (el fútbol) se entrelazan con el lejano Imperio que deglutía poco a poco, a comienzos del siglo XX, gran parte de Asia y Africa.

Pero las relaciones entre la oligarquía argentina nacida al mundo externo, al lujo y a toda suerte de nuevos placeres, y el imperio dominante inglesa no se detuvo en las cifras del comercio exterior o en los hábitos que introducía en las altas clases nativas. Se propagó hacia la visión de la historia, el perfil de la cultura, la sacralización de la antítesis de Sarmiento (Civilización o Barbarie), la conducta de nuestra diplomacia, la indiferencia hacia los problemas territoriales, el olvido piadoso hacia la sufriente América Latina. Se convierte en creencia tácita, rara vez expresada, pero virtual en la conciencia de las clases medias y clases altas del Litoral la extravagante idea de que, con respecto a los latinoamericanos, "los argentinos somos superiores".

Toda la cultura se vuelve acrítica. La historia de la Patria Vieja se trueca en una borrosa galería de hombres buenos o malos. La ciencia se modela según las pautas de Europa. La sociedad argentina es contemplada según la óptica del positivismo primero, y luego del cuantitivismo yanqui. Bruno Jacovella observará que la "eticidad y la juridicidad", es decir el culto unilateral a la norma abstracta, será una de las características de la tradición intelectual argentina. Las Malvinas resultan sólo un recuerdo. ¿Qué Presidente, qué Canciller argentino se habría atrevido a tocar esa tierra, cuando Inglaterra era nuestra mejor amiga, la principal compradora de nuestro "chilled", la endosante y báculo de nuestra tímida presencia en el mundo civilizado? A nadie se le ocurriría tener el mal gusto de irrumpir en un sarao para plantear seriamente la reivindicación de las Islas en una época en la que el vicepresidente de la República, el Dr. Julio A. Roca, decía en Londres, en 1933 que, "desde el punto de vista económico, la Argentina formaba parte del Imperio Británico". Una comisión del Senado de la Nación en 1937, con fondos del estado argentino, elevó una estatua de George Canning en la plaza del Retiro. ¡A Canning! Ya nadie se acordaba, y el gobierno de la década infame menos que nadie, que Artigas había sido un caudillo rioplatense de multitudes argentinas y que Canning y Ponsonby habían elaborado

artificialmente una soberanía nacional en aquella "tierra purpúrea" situada en el Oriente del Plata, con el frío propósito de introducir "un algodón entre dos cristales" según la frase de la época e impedir que Argentina o Brasil controlasen la boca del estuario que conducía hacia el corazón de la América del Sur.

Canning, el balcanizador, fue el demiurgo de la separación de la misma provincia oriental mientras el Congreso de la Florida, custodiados por las lanzas de los tenientes de Artigas, la incorpora a la patria común del Río de la Plata. Dicha Argentina semicolonial, oligárquica, no podía aspirar a reclamar la devolución de las Malvinas. Estaba integrada (y muchos de sus miembros sobreviven todavía hoy), por ese tipo de gente que hacía exclamar en 1842, en la India inglesa al Gobernador Robertson:

"Es una terrible experiencia gobernar sin la ayuda de intermediarios de extracción nativa".

A nadie podría asombrar que semejante sociedad anglófila, apenas turbada por la aparición cíclica de caudillos indomables, como Yrigoyen o Perón, rápidamente eliminados, pudiese engendrar poetas cortesanos como Jorge Luis Borges, tañedor de laúd de soldados sajones y que juzga "bárbaros a los gauchos y a Artigas". "Soy un europeo en el destierro" afirma Borges.

La Argentina anglófila, confesa o inconfesa, paralizada de admiración hacia Europa y sus instituciones, comenzó a perder sustancia con la constitución del MCE, y el alejamiento voluntario de Europa hacia su actual "soberbio aislamiento". Inglaterra ingresa al MCE y se volatiliza su antigua atadura de intercambio con la Argentina exportadora. Al mismo tiempo la Argentina vuelve su mirada hacia América Latina y tiende a integrarse con ella. Los disparos de nuestro territorio. Esto afecta el honor nacional, en primer término. Y luego, la posibilidad de reutilizar los recursos disponibles para impulsar el renacimiento de la industria nacional desvastada, y la elevación inmediata del nivel de vida de las grandes masas populares.

La Justicia, en su más elevado sentido debe jugar excelso en esta

hora del destino. Argentina ha perdido una batalla pero Inglaterra ha perdido la guerra.

Esto puede ser totalmente cierto si con el patriotismo de su Señoría y la voluntad inquebrantable de quienes suscriben el presente escrito, se obtiene una resolución judicial favorable para las medidas cautelares que a continuación pasamos a exponer.

II. Integra el presente escrito en su totalidad el escrito que en fotocopia se acompaña y que fuera presentado el 19 de febrero de 1981 por ante la Corte Suprema de Justicia de la Nación. En aquella ocasión y por resolución del día 26 de febrero de 1981, el Superior Tribunal se declaró incompetente.[1]

Es por este motivo, que reiterando plenamente aquel, nos presentamos nuevamente, luego que nuestros soldados han combatido y muerto para defender la integridad de nuestro territorio nacional contra la rapacidad inglesa. Es por ello que, agregaremos a las incluidas en aquella ocasión, otras medidas que entendemos impostergables y que requieren la urgencia que el gobierno no le ha impreso, pero que hacen al honor nacional; y es derecho de cualquier ciudadano argentino reclamar su adopción, y de todos los poderes del estado y pueblo argentino adoptarlas para salvaguarda de nuestra integridad nacional.

Brevemente, y en relación a la competencia de V.S. baste señalar que el Juzgado Federal de Ushuaia sigue teniendo jurisdicción sobre la totalidad del Atlántico Sur que son argentinas y actualmente usurpa Gran Bretaña.

Por lo demás, la jurisdicción es prorrogable, y por lo tanto, salvo oposición de los terceros citados, debe considerarse que V.S. tiene jurisdicción y competencia para entender en la cuestión planteada.

---

(1) Un año antes del desembarco argentino en las Malvinas, realizado el 2 de abril de 1982, elevé un escrito a la Suprema Corte y una carta al Presidente General Videla. Como cabía esperar, los "probos magistrados", burlescos "varones consulares", se declararon "incompetentes" y yo estuve de acuerdo. Siempre lo habían sido para defender el honor nacional y los derechos del pueblo. Después de la rendición de Puerto Argentino en junio de 1982, me presenté nuevamente ante la Corte.

III. MEDIDAS CAUTELARES: A más de las que ya integraban el escrito inicial y por lo tanto el presente, entendemos los presente que las siguientes medidas deben ser adoptadas en forma inmediata:

1º Se oficie al Poder Ejecutivo Nacional a fin de que informe si se ha decretado el "cese de hostilidades" con el Reino Unido de Gran Bretaña.

Fundamenta esta petición que, aún cuando no ha existido formal declaración de guerra, tanto la exigencia inglesa de la declaración del cese de hostilidades, como la negativa argentina, evidencian la existencia de un estado de beligerancia, que no necesita de explicitación ni probanza alguna para todo argentino que haya sentido que nuestra patria era invadida cuando nuestros soldados morían en las Malvinas, eran hundidos nuestros buques y derribados nuestros aviones por la flota imperialista británica. El hecho de que este estado de beligerante subsista, aun cuando hasta ahora el gobierno nacional haya sido incapaz de adoptar las medidas correspondientes para proseguir en la defensa de nuestro interés por los medios con los que podríamos sojuzgar al inglés, obliga a elegir esta vía como la más adecuada.

1º Como medida previa inmediata se decrete por V.S. no innovar en relación a la deuda externa ordenando suspender todo pago, al Banco Central de la República Argentina, al Ministerio de Economía de la Nación y al Poder Ejecutivo Nacional. Esta medida debe ser complementada por una inmediata información de cual es la deuda externa argentina radicada en la sindicatura de Londres, así como de la restante, a fin de que se disponga en definitiva por V.S. la suspensión de todo pago a acreedores que en todo o en parte estén constituidos por empresas financieras de propiedad británicas o respaldadas por el Banco de Inglaterra.

Las sumas que pretendan ser utilizadas por las actuales autoridades económicas y nacionales con destino al pago de los mencionados acreedores, deben ser embargadas a favor del Estado Nacional y autorizada su inversión en actividades productivas internas, con previo conocimiento específico de V.S.

3º Una importante cantidad de empresas que eran notoriamente inglesas, modificaron su constitución, convirtiéndose tras el 2 de abril de 1982 en empresas holandesas o argentinas. La necesidad de resguardar el interés nacional adecuadamente, obliga a que se solicite por V.S. informes a los Registros Públicos de Comercio y a la Inspección de Personas Jurídicas de la Nación, a fin de que de una adecuada investigación de todo cambio producido luego del 31 de marzo de 1982, se pueda tener el adecuado relevamiento de la propiedad inglesa, a fin de proceder a su embargo para garantizar nuestros derechos en los Archipiélagos atlánticos y en el mar austral.

IV. CASO FEDERAL RECURSO EXTRAORDINARIO: Atento que en la cuestión que se plantea se encuentran en juego derechos constitucionales que nacen de nuestro sistema republicano y de la soberanía popular (art. 1º y 33 de la Constitución Nacional y concordantes), hacemos expresa reserva del caso federal y recurso extraordinario de acuerdo con la ley 48.

V. Teniendo por plenamente reiterado el escrito que en copia acompañamos como integrante del presente, disponga V.S. las medidas solicitadas, haciendo plenamente lugar a las mismas, y se habrá hecho JUSTICIA dejando para la historia la infamia del desapoderamiento a que los argentinos estamos sometidos y vincularemos a la gesta heroica del 2 de abril el ejercicio de nuestros derechos ciudadanos.

Jorge Abelardo Ramos
Luis María Cabral
Abogado
T 7 F 681 C.S.J.N.

CAPITULO 8

La inteligencia británica en el Río de la Plata *

Ningún lector de la prensa mundial se ha informado jamás de que un agente secreto hondureño, digamos, fuera detenido en Washington por intentar robar importantes planos militares. ¿Quizás alguien pueda recordar la noticia de que un espía argentino resultó sorprendido en Moscú en oportunidad de tomar contacto con una bella Secretaría del Politburó? ¿Podríamos asombrarnos de saber que el M15 británico ha desbaratado una red boliviana de inteligencia establecida en Londres?

La sola mención de estas fantasías despertará una involuntaria sonrisa en el desprevenido lector. ¡Cómo pretenderlo! ¡Si tan solo somos latinoamericanos! No servimos para espiar grandes secretos. Solo servimos para ser espiados.

Pues, en resumidas cuentas, ¿cómo aspirar a contar con servicios de espionaje o contraespionaje que verdaderamente sirvan al interés de la patria si la patria no se conoce a sí misma y si la autodenigración latinoamericana es el prerrequisito de la dominación imperial externa?

¿Para qué sirven en la Argentina los Servicios de inteligencia?

---

* Prólogo al Informe de Lord Franks sobre la guerra de Malvinas, publicado en inglés por la Cámara de los Comunes y en castellano por el autor. (Ver Noticia Previa, página 21)

Para que los múltiples organismos se espíen los unos a los otros y entre todos espíen a los argentinos. ¿Es que podría ser de otro modo? ¿No es acaso cierto que durante la gloriosa gesta de las Malvinas la CIA, encubierta como "Misión Militar norteamericana" tenía su sede y excelente puesto de observación en el propio edificio del Comando en Jefe del Ejército argentino en la Avenida Paseo Colón? Hecho tan extraordinario era congruente con el desempeño de las funciones como Ministro de Economía, en un país en guerra con Gran Bretaña, del Dr. Roberto Alemann, representante de los bancos suizos y de los intereses europeos que al mismo tiempo nos sancionaban y bloqueaban.[1] En el otro bando Estados Unidos era aliado "de facto" de los ingleses. Gracias a sus satélites—espías, el submarino "Conqueror" dispuso de la información necesaria para hundir el crucero "General Belgrano" con 321 hombres que se perdieron con la nave.

En lo que respecta a los rusos, que contaban con sus propios satélites, poco les costaba quedar bien con argentinos, ingleses y yanquis al proporcionarnos valiosa información... tardía. Por fortuna, los científicos argentinos montaron en pocas semanas, una red mundial de detención, apoyada en territorio del Tercer Mundo, que facilitó las operaciones aéreas de la Argentina y determinaron buena parte del éxito en el hundimiento de naves británicas.

Convengamos en que un país semi—colonial, saqueado por los banqueros internacionales y sus amigos nativos del género de Martínez de Hoz, González del Solar, Grinspun y Sourrouille (no ha variado la técnica del saqueo desde el gobierno militar a la democracia radical) no está en condiciones de gozar de "soberanía

---

(1) Dicha anomalía no pone en cuestión la honorabilidad personal del Dr. Alemann. Durante la dictadura militar del general Onganía (1966-1970) la Argentina contó con un ministro de Defensa, Van Peborgh, que en calidad de voluntario luchó en el Ejército británico en la II Guerra Mundial donde alcanzó el grado de Capitán. En la innumerable legión de los anglófilos argentinos, por lo menos Borges era un artista notable.

en inteligencia". Pero no por razones tecnológicas, sino porque le han enseñado a no desearla. Es suficiente recordar que bajo un régimen militar dominado por la oligarquía financiera (1976—1983) fue destruida hasta sus cimientos la industria electrónica argentina. De la destrucción de la industria nuclear se encargará el gobierno del Dr. Alfonsín en nombre de la "democracia representativa".

Los países realmente soberanos son aquellos cuyos hijos deciden, más allá de la valoración de sus regímenes políticos—sociales, qué tipo de existencia nacional desean vivir. Veamos un educativo ejemplo. Imaginemos que un banquero tucumano viaja a Washington, acompañado de algunos colegas correntinos, ecuatorianos y chilenos. Después de examinar las cuentas del gobierno de Estados Unidos, ordena disminuir los gastos en previsión social, el nivel de salarios, el número de soldados de las Fuerzas Armadas y, para terminar, suspende los programas de exploración cósmica y el plan nuclear. Aplicada la hipótesis a Estados Unidos se revela enseguida su carácter humorístico. Aplicada a la Argentina o América Latina, es una realidad cotidiana y trágica. Para todo aquel que se formule la pregunta sobre cuál es la diferencia existente entre un país imperialista y un país semicolonial, bastará el ejemplo citado. Y nada importa que el país semi—colonial, en este caso la Argentina, cuente con una bandera, un escudo, una moneda, un Ejército, una estampilla o una Aduana. Con todo lo dicho quedará claro por qué la Argentina carece de verdaderos Servicios de Inteligencia y por qué disponen de ellos las grandes potencias.

A este respecto viene a cuento una anécdota con dos protagonistas singulares. Uno de ellos es el Dictador de Bolivia, el joven Coronel Germán Busch y su interlocutor, el célebre Embajador de Estados Unidos en Buenos Aires en los días calientes de 1945, Spruille Braden, adversario de Perón. Diez años antes, en 1936, Braden era representante norteamericano en la Conferencia de Paz que debía poner fin a la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay.

Para tratar la frontera demarcatoria definitiva entre los dos países se reunió Braden con el Coronel Busch. He aquí el desenfadado y por momentos cínico relato que Braden publica en sus Memorias:

"Mientras discutíamos los límites, le enseñé a Busch varios mapas del Chaco... todos malos e incompletos. Finalmente, le dije: "Usaremos el mejor mapa que disponemos" y saqué de mi cartera un mapa de Bolivia secreto y numerado por el Estado Mayor. Los ojos del Presidente se abrieron como platillos. Sonriendo le dije: "Señor Presidente, no se sorprenda que tenga este mapa. Por supuesto fue robado de su Estado Mayor, pero no por mi persona. Se lo arrebaté a los argentinos". Esto era cierto literalmente. Este mapa resultó el mejor auxiliar durante la noche".

La disputa del Chaco escondía un duelo entre la Standard Oil (norteamericana) y la Shell (angloholandesa). Lo más probable es que el Servicio Secreto Británico, que apoyaba al Paraguay y a la Shell con la complicidad argentina, hubiese robado del Estado Mayor boliviano dicho mapa y lo traspasara a la Argentina pro inglesa y pro paraguaya. Por su parte, el espionaje norteamericano (Standard Oil) le robó al Ejército argentino, según la confesión del embajador Braden. La afrenta de Braden al Presidente de Bolivia era moneda corriente. Los Estados latinoamericanos no tenían Inteligencia propia, ni nada propio, salvo su humillación. [1]

Si la guerra de Malvinas que Inglaterra perdió, permitió al país recobrar un orgullo nacional y una repulsión al imperialismo que parecían extinguidos para siempre, no han sido extraídas hasta hoy las lecciones que se desprenden de aquellos días heroicos. Por el contrario, algunos jefes militares argentinos han resultado vícti-

---

(1) El coronel Germán Busch se había destacado por su valentía en la Guerra del Chaco. La generación que regresó del infierno chaqueño quiso transformar a Bolivia. La dictadura nacionalista de Busch fue atacada por la rosca (barones del estaño, vinculados al imperialismo). Lo aislaron y difamaron de tal manera que Busch, un joven íntegro y patriota, se suicidó en su despacho presidencial. Su martirio no fue cantado por ningún poeta. Neruda, Raúl González Tuñon, Nicolás Guillén y muchos otros, consagraban sus melopeas al bondadoso Stalin.

mas de la campaña de "desmalvinización" que sucedió a la caída de Puerto Argentino. Resultado funesto, si se parte del principio de que la defensa nacional es insostenible si el núcleo espiritual básico de un país, que es la conciencia nacional, es vacilante, insegura y duda de sí misma.

Iniciar y consumar la recuperación de las Malvinas fue una victoria política y estratégica en sí misma (ya que rompió la inmovilidad de un siglo y medio) y la rendición de Puerto Argentino constituyó una derrota táctica, pero que no alteró el significado global de la guerra y su positivo valor histórico. Justamente la idea de que la guerra fue perdida es la que manipula el Servicio Secreto Británico y los "partidos políticos de la rendición incondicional", que parasitan en la Argentina.

La victoria consistió en poner de pie al pueblo de América Latina, en una admirable resurrección del espíritu revolucionario, desvanecido desde los tiempos de San Martín. Que la Argentina haya combatido con fuego y acero a la formidable flota coaligada de las potencias anglo-sajonas, en un combate que estuvimos a punto de ganar; que el bondadoso rostro de la democracia británica haya sido desnudado por la lógica de la guerra y se descubriera a los ojos del mundo la perversa y corrompida fisonomía de Dorian Gray; en fin, que la Doctrina Monroe y el presidente Reagan, el TIAR y la presunta "solidaridad hemisférica" ante una agresión extra-americana hayan quedado reducidas al valor de un papel mojado y los héroes argentinos exhibiesen al Occidente en su intrínseca falsedad, eso se llamaría ganar una guerra por sí, por lo demás, la Argentina no la hubiese ganado en la propia alma de sus Fuerzas Armadas.

Hay que recordar que desde 1955 los militares argentinos habían sido seducidos por la mafia de la oligarquía financiera "democrática", en nombre de Occidente. Se habían tragado como angelitos desde 1976 la fábula de la "seguridad nacional", en tanto Martínez de Hoz amasaba la formidable deuda externa que hoy quita el pan de la boca a soldados, oficiales y trabajadores.

Pero cuando esas mismas Fuerzas Armadas ocuparon las Malvinas en 1982, la mafia bancaria de Martínez de Hoz y la partidocracia encabezada por Alfonsín se alejaron rápidamente de los militares, que habían adulado hasta ese preciso momento. Ese giro de la historia también hizo mudar la actitud de los oficiales. ¿Habrá algún oficial argentino que a tres años de la guerra de Malvinas tome en serio una sola palabra procedente de Occidente, de su cristiandad monetizada, de su democracia falsificada, de su civilización empapada en sangre? No lo creo. Pues así se gana una guerra, con la redefinición del enemigo, si esa guerra es una guerra por la independencia nacional. Tal fue el milagro purificador del 2 de abril.

De todo lo dicho procede el interés del Informe Franks. El Lord ha fundado su Informe a la Cámara de los Comunes en el material reunido por la Comunidad de Inteligencia de Gran Bretaña. Del Informe se desprende claramente un hecho que da por tierra con la campaña de "desmalvinización" urdida por los Servicios de Inteligencia ingleses en la Argentina. Ese hecho decisivo, al que aludiremos enseguida, prueba que el General Galtieri no fue víctima de un ataque de demencia repentina y que la Junta militar que integraba no resolvió la reconquista de las islas persiguiendo un "cambio de la imagen externa", según sostiene la más estúpida de las versiones nacidas de la pequeña burguesía "democrática" y de sus amos internacionales.[1]

El Informe Franks demuestra que, por lo menos cinco años antes que Galtieri soñara con ser Comandante en Jefe del Ejército y hasta Presidente de la República, la situación entre la Argentina y Gran Bretaña se encontraba al borde de la ruptura y del enfrentamiento

---

(1) Ya en 1941, en plena guerra mundial, el capitán de Fragata Carlos Villanueva, preparó un plan de desembarco y reconquista de las Malvinas por orden de la Armada. Su texto reviste la mayor seriedad técnica.

militar. En enero de 1976, como lo prueba un texto del Dr. Arauz Castex, ministro de Relaciones Exteriores, que era un gran Canciller y tenía la dignidad inherente al cargo, publicado en el Informe Franks, durante el Gobierno de la Presidenta Isabel Perón. El estado de tensión era intolerable. No solo habían pasado 150 años de la usurpación del suelo nacional por los ingleses y 17 de discusiones estériles en las Naciones Unidas. Simplemente, la arrogancia inglesa no admitía ya dilatación alguna.

Pretendían discutir indefinidamente, sin fijar plazos para concluir. En realidad, los ingleses no hacían ningún misterio de su voluntad de no hacer nada. Lord Carrington había manifestado a un embajador argentino en Londres que las negociaciones no progresaban *"porque el problema no tenía entidad política para el Reino Unido"*. A otro embajador, el mismo Lord le había dicho bromeando: *"Para los ingleses, las Malvinas son el caso 242 en materia de prioridades de su política exterior"*. Tiempo disponían de sobra. Insolencia no les faltaba.

Los ingleses estaban convencidos de que la ilimitada paciencia argentina solo era una máscara transparente de la impotencia nacional. Multitud de señales, sin embargo, les advirtieron que *"no hay tiento que no se corte"*. La situación se tornó tan peligrosa, que los servicios secretos británicos juzgaron inminente la adopción de medidas militares por parte de las autoridades argentinas. Por esa causa, el gobierno británico envió en 1976, en el mayor secreto, al área de Malvinas, un submarino nuclear y dos fragatas milisísticas. Otro de los méritos del Informe Franks es que la guerra de Malvinas conmovió la proverbial adhesión inglesa al Secreto de Estado. Esto quiebra una antigua tradición británica. Como es universalmente sabido, los norteamericanos han convertido a la CIA en una agencia de publicidad. Los viajes "secretos" del General Vernon Walters a la Argentina para conspirar contra Galtieri en el curso de la guerra eran conocidos por media ciudad de Buenos Aires. Los ingleses, en cambio, con el paso de los siglos adquirieron la rara virtud de la reserva. Cultivar formas sigilosas,

avaras de palabras, constituyeron casi un estilo nacional. Por esa causa, la historia de sus relaciones reales con el mundo periférico, en particular con la Argentina, continúa sumida en la sombra. Un día pregunté al Profesor Ferns, de la Universidad de Birmingham, cómo se había atrevido a publicar un libro revelador sobre las relaciones anglo—argentinas, a la luz de la proverbial discreción inglesa en la materia. Era un hombre apacible. Se sacó la pipa de la boca y me contestó: —Es que yo no soy inglés. Soy canadiense.

Los Servicios Secretos británicos, a cuyo auxilio acude el Informe Franks, dispusieron en toda época de la ayuda, tanto de los escritores, novelistas o historiadores más notables de Inglaterra, sino de la colaboración desinteresada y con frecuencia espontánea de anglófilos de todas partes del mundo. El hechizo del poder británico parecía ilimitado en el siglo XIX y todo lo que era inglés se suponía inmejorable. La "anglomanía" hacía furor, desde Marx hasta Alberdi.(1)

Bastaría releer las "Bases", de Alberdi —considerado ritualmente como un breviario de sabiduría política escolar— para convenir en que el Imperio británico, sobre todo en las zonas del globo terráqueo sometidas a su "control indirecto", gozaba de una reputación difícil de comprender en nuestros días. Este prestigio se originaba en causas históricas y en consecuencia estaba lejos de ser inexplicable. A medida que se reforzaba el poder naval y económico del Imperio en las regiones templadas exportadoras de alimentos (Río de la Plata) las instituciones de las Repúblicas ganaderas tendían a parecerse, y aspiraban a ello, a las instituciones clásicas del poder británico, a sus costumbres y hábitos: se admiraba la monarquía constitucional, la Cámara de los Comunes, el té de la

---

(1) El corresponsal en Buenos Aires del diario "El País" de Madrid, un periodista español llamado Martín Prieto y cuyo modesto vuelo intelectual vacilaba a la hora de los "Martini", dejó escapar en una crónica de 1983 que había escuchado en un "cocktail" a la agregada "científica" de la Embajada norteamericana, que la Inteligencia inglesa mantenía en Buenos Aires una red de 120 informantes, entre personal de planta y voluntarios bengalíes.

India, el cambio de guardia en el Palacio Real, el sábado inglés, el whisky escocés y el paraguas, el football y el golf, Scotland Yard y la leyenda de su Servicio Secreto. Cada uno de estos delicados productos del genio británico aparecía revestido para la cipayería argentina de un "aura" especial. Al Servicio Secreto, desde una época inmemorial, acudían a trabajar o a colaborar personalidades "independientes", artistas, aventureros, hombres rápidos de negocios oscuros, homosexuales de la aristocracia, escritores y todo género de celebridades. La mayor parte de ellos trabajaban por algún tiempo como "espías sin oficio". En caso de crisis nacional, dichas personas prestaban su ayuda por razones patrióticas.

(Sólo en la Argentina el patriotismo es una mala palabra. Pero no lo es en Inglaterra). Figuras como el historiador Arnold Toynbee, el novelista Graham Greene, el escritor de aventuras Ian Fleming, los ilustres G. K. Chesterton, Arnold Bennett, Arthur Conan Doyle, John Galsworthy, George Trevelyan, Gilbert Murray y Somerset Maughan, trabajaron para "los Servicios". Hasta el satírico y disconformista irlandés Bernard Shaw no vaciló en brindar su apoyo literario en una ocasión al Servicio Secreto para una operación de propaganda destinada al consumo de los árabes. ¡El gran disconformista! No era nada nuevo. ¿Acaso en los siglos XVI y XVII los escritores Marlowe y Daniel Defoe no habían sido agentes a sueldo de los Servicios Secretos?

Me pregunto qué diría la opinión pública "ilustrada" de la Argentina si Borges o Sábato hubiesen colaborado con los "Servicios de Información" de las Fuerzas Armadas, prestando su imaginación para fabular mentiras útiles o "información negra" (o sea falsa) necesarias al Estado Nacional. Nadie podría concebir tal colaboración comenzando por los celebrados escritores que menciono y cuya fama en Europa se funda en no escasa proporción en su desdén por la "estrechez nacional" y su activa militancia en favor del Universo. Ultimamente, también Octavio Paz ordeña el tema. Parecería monstruoso. ¿Por qué? Si dejamos de lado la naturaleza de tales "servicios" en la Argentina semicolonial, es

decir su carácter interno, frecuentemente deleznable y anti— popular que los han desacreditado por completo, queda el hecho irrefutable de que la condición marginal del país sume en la impotencia a todas las funciones esenciales del Estado y, para colmo, sitúa al Estado mismo como fuente de ineficiencia, corrupción y despilfarro. Tal es el "terrorismo ideológico" que presiona sin cesar la conciencia pública en la Argentina.

Ese estado de indefensión es global. Gran parte de la "intelectualidad" ha sido formada en una actitud psicológica derrotista, según la cual la Argentina no podría medirse con ninguna de las grandes potencias a riesgo de un fracaso bochornoso. La guerra de Malvinas puso en situación crítica esta subestimación nacional. El gobierno de la "democracia formal" encabezado por Alfonsín suprimió en 1984 del calendario al 2 de abril como "día fasto" y consideró esa empresa, como gran parte de la "pequeña burguesía culta", como una "aventura criminal". Numerosos hombres públicos suspiraron en el anhelo inconfeso de una derrota argentina. No era la primera vez.

En las invasiones inglesas de 1807 vencidos los oficiales británicos desencadenaron simpatías ardientes entre muchas jóvenes de la aldea colonial española. Tal fue el caso de Mariquita Sánchez de Thompson, (en segundas nupcias Sánchez de Mandeville: Mariquita, en materia de maridos, si no era inglés o francés, no había criollo que le viniera bien) deslumbrada con los "jabones de olor" y la política de Londres, que discutía en sus salones. Además de las mujeres, había hombres del patriciado que pasaron al servicio del inglés. El más célebre de ellos fue el capitán de caballería Saturnino Rodríguez Peña y un tenebroso cochabambino, diestro en la pluma y la intriga, llamado Manuel Aniceto Padilla. Ambos organizaron la fuga del General Beresford de su prisión de Luján y huyeron en banda a Montevideo, en poder de las tropas británicas. Rodríguez Peña concluyó melancólicamente sus días en Río de Janeiro como agente del Gobierno de Londres, mientras disputaba con su compadre Padilla la pensión

vitalicia que les había asignado Gran Bretaña por pago de sus servicios de informantes. Eran 500 pesos anuales, unos 400.000 reis.

Por su parte, los propios Servicios Secretos británicos, en la hora de su decadencia, están lejos de controlar las "infiltraciones" de potencias hostiles. Las escandalosas filtraciones de agentes soviéticos han gozado de los favores de la prensa mundial. Es inútil recordar los casos resonantes de Kim Philby, Guy Burguess, Donald Mclean, Antony Blunt (asesor artístico de la Reina) y Sir Roger Hollis, jefe durante 10 años del M15 (contraespionaje) y simultáneamente agente soviético durante 30 años. Si los rusos han podido deslizar tales agentes en el Servicio Secreto Británico, ¿qué resultados obtendría una investigación de los agentes extranjeros en la sociedad argentina, mucho más vulnerable, sobre todo en ocasión de crisis como las de la guerra de Malvinas?(1)

El material notable que presenta el Informe de Lord Franks está fuera de cuestión. Pero conviene señalar al lector que los propios Servicios Secretos británicos dormitan con más frecuencia que Homero. Según el Informe, el Agregado Naval británico en Buenos Aires, durante los días previos al 2 de abril de 1982, solo se enteraba de los movimientos de las naves argentinas por las noticias de la prensa de Buenos Aires. Tampoco tenía medios para obtener informaciones de esa clase por *"lo dilatado de las costas argentinas"*. Asimismo, carecía de información fotográfica vía satélite. El sistema británico de información en la Argentina se había enmohecido como el propio Imperio. En los tiempos de Beresford, eran más activos y escrupulosos. Igualmente tal languidecimiento puede explicarse por la convicción secular de

---

(1) La caída de Galtieri, el 17 de junio, después de la rendición de Puerto Argentino, a causa de la desobediencia a la Junta Militar del general Menéndez, ofrece a los historiadores un tentador material digno de ser investigado. Los trajines de ciertos sociólogos, dirigentes sindicales, políticos de nota, periodistas venales y seres semejantes que intrigaban desde los domicilios de los diplomáticos norteamericanos hasta las oficinas del Estado Mayor del Ejército, son del mayor interés.

Gran Bretaña respecto a la fidelidad argentina al "derecho internacional".

El Informe Franks es un testimonio elocuente de que el Servicio Secreto Británico, aunque alertado como estaba desde hacía años por una posible acción militar argentina de reconquista de las Malvinas, se dejó arrullar, como el Foreing Office, por la monotonía de su propia impunidad. La "impredecible" Argentina del 2 de abril y el genio de sus científicos nucleares no solo dieron un tirón de cola al desdentado león británico. También América Latina sintió el llamado para otro Ayacucho.

Marzo de 1985

CAPÍTULO 9

Malvinas y el pacifismo anglófilo

La autopropaganda inglesa durante siglos transformó en frase de uso común el hecho incierto de que "Gran Bretaña perdía todas las batallas y ganaba todas las guerras". Ahora ha ocurrido lo contrario. En estas líneas me reduciré a exponer ese hecho irrefutable.

En los últimos cien años la Argentina se integró al mercado mundial dominado por las potencias anglo-sajonas. Desde Roca hasta hoy, en que el sistema ha saltado por los aires, nuestro país se desenvolvió como provincia agraria de Europa. La articulación entre la Europa industrial y la Argentina exportadora de productos primarios permitió un prodigioso crecimiento hasta 1930. En la crisis mundial, la orgullosa factoría de estancieros gordos y vacas flacas se estrelló como el *Titanic* en el iceberg de la década. Volvieron todos los parásitos de París, aterrados por la baja de los precios del ganado. Se hizo célebre la frase: *"Quel difference, de París a l'estance"*.

Gracias a la depresión mundial, se abrió la posibilidad en los países semicoloniales de iniciar la marcha hacia la industrialización. La segunda guerra benefició de nuevo a la Argentina al aislarla de las potencias occidentales, absorbidas por sus sangrientas querellas. La prosperidad del mercado interno, los nuevos obreros, la joven burguesía industrial y la aparición de Perón son los signos externos de la nueva época. El nacionalismo industrial de Perón, sin embargo, encontró en la oligarquía un implacable enemigo.

Aunque el peronismo constituyó un gigantesco avance industrial en todos los órdenes, la hegemonía cultural de la europeización en el sistema cultural y educativo no cedió. Parte de las clases medias, a la rastra de los patrones de prestigio de la sociedad oligárquica, constituyó la *base de masa* del poder imperial y sus aliados internos. Como había ocurrido en las dos guerras mundiales (1914-1918 y 1939-1945), la partidocracia y una parte notoria de la *inteligencia* sostuvieron ardorosamente a los *aliados* anglo-yanquis o sea a los explotadores coloniales directos de la Argentina. Esas mismas fuerzas conspiraron contra Perón entre 1946 y 1955, en que lograron derribarlo.

Se trata de los mismos sectores *democráticos* que a partir del 2 de abril se niegan a aceptar el carácter heroico de la gesta, se obstinan en pagar la deuda externa a la banca inglesa y tienden una cortina de humo sobre este grandioso acontecimiento del siglo XX. Han reemplazado todo análisis sobre el imperialismo invasor por una insustancial palabrería pacifista (impregnada hasta el tuétano dé anglofilia) dirigida a los comicios. Son los apóstoles vacíos de la *democracia formal*. Ayer reverenciaban a Roosevelt y a Churchill. Hoy lo hacen con Mitterrand, Felipe González y otros escandinavos. Todos ellos son representantes del colonialismo europeo, bloqueadores de la Argentina durante la guerra con Gran Bretaña. De este modo, la guerra de Malvinas, como lo afirma burlonamente la señora Thatcher, habría sido la lucha de la *democracia inglesa* contra la *dictadura argentina*. Quien esto escribe ha sufrido varios procesos y detenciones a manos de este régimen que agoniza.[1] No tengo benevolencia hacia Galtieri ni hacia ninguno de sus colegas anteriores o posteriores. Pero comprendo muy bien a la

(1) Escrito en 1982

partidocracia sucesora de Saturnino Rodríguez Peña (aquel que ayudó a escapar al general Beresford, cuando la primera invasión inglesa). No falta entre ellos quienes proponen el día 2 de abril como *día de luto*.

Gracias a esa sociedad anglófila que venera a Europa o a EE.UU., se formó una clase *democrática* devota de todas las guerras ajenas y héroes alógenos. Son el producto directo de esos bachilleratos franceses importados por Mitre, indiferentes a la América criolla, capaces de ahogar en un hastío glacial las mejores vocaciones y las rebeliones más originales, continuados por una universidad productora de especialistas indiferentes al destino nacional, siempre dispuestos a emigrar por un buen contrato en el exterior. ¡Cómo para entender la guerra de Malvinas con un sistema cultural que reposa en el dilema sarmientino de *civilización o barbarie,* que según cabe imaginar sitúa la barbarie en América y la civilización en Europa! Se trata del mismo Sarmiento que había escrito al general Mitre: *"No ahorre sangre de gauchos. Es lo único que tienen de humano"*. A su lado, ¿podrían entender la guerra con Inglaterra los *izquierdistas portuarios*, tan alejados del drama argentino como los terratenientes que vivían en Europa?

La primera pregunta que brotó en todos los labios de la Argentina Ilustrada fue: ¿por qué razón ahora ocupó Galtieri las islas? ¿Qué propósitos se ocultaban detrás del acontecimiento? ¿Ambiciones personales, propaganda interna? Cuando la flota inglesa avanzó armada hasta los dientes, tras la hipócrita euforia inicial, todos empezaron a retroceder, a murmurar, a conspirar. Así se gestó una intriga palaciega, de políticos nativos y embajadores extranjeros, destinada a derrocar a Galtieri y facilitar un *gobierno de transición* hasta los ansiados comicios. A esta Argentina político-institucional se le ocurrió entonces calificar el 2 de abril con la frase de: "Una aventura irresponsable". Según se sabe, es la tesis británica. Los cipayos (vocablo hindú que designaba de ese modo a los nativos aliados al usurpador inglés del suelo nacional) estaban horrorizados. Borges sentía que se hundían las columnas

de Hércules. Los *demócratas* consideraban que esa heroica lucha contra el imperialismo no podía ser realmente legítima, porque procedía de un gobierno malo y de Fuerzas Armadas que no merecían confianza. Pero lo notable de los aspectos políticos de la guerra de Malvinas es que la mayor parte de los partidos políticos argentinos habían apoyado directamente al régimen nacido el 24 de marzo de 1976 y habían ocupado (y siguen ocupando hoy) miles de cargos, desde intendentes hasta ministerios provinciales, ministerios nacionales y embajadas. Sólo se alejaron del gobierno (pero no de los cargos mencionados) cuando el histórico giro del 2 de abril puso en evidencia que la Argentina había entrado en conflicto con las pérfidas potencias del Occidente colonialista y sus aliados de la usura mundial. Entonces descubrieron muchos de estos partidos que este régimen era una dictadura.

Pero cuando está en juego el suelo de la patria, sólo un cipayo puede preguntarse si el gobierno que conduce la guerra le gusta o no. Si San Martín hubiese renunciado a luchar contra el Imperio español al descubrir a su llegada a Buenos Aires la catadura de Rivadavia y Pueyrredón, quizás seríamos todavía súbditos del rey de España.

El pueblo argentino y los hermanos de la Patria Grande comprendieron instantáneamente que la Argentina había emprendido una gran gesta. El 3 de abril, hasta los ultrademócratas y los severos *izquierdistas,* se informaron que los Estados Unidos, Francia, Inglaterra, etcétera, habían votado contra nuestro país, en el Consejo de Seguridad, mientras que China, la URSS, Polonia y España, se abstenían. ¡Para eso había servido la Revolución Rusa, la Revolución China y la Madre España! Sólo votó a nuestro favor la gallarda República de Panamá, por la boca de su canciller Illueca. El apoyo provenía del legendario suelo al que había convocado Bolívar en 1826 para fundar entre todos una *Nación de Repúblicas*.

Con las tropas argentinas en las Malvinas, saltó en pedazos el TIAR y la Doctrina Monroe quedaron en paños menores, los

simuladores de la *democracia* europea y los admirados yanquis de Alexis de Tocqueville, en suma, los modelos ideales en que habían sido educados los oficiales de las tres armas en la Argentina. Volvimos nuestras miradas hacia la América Latina. Perú ofreció su Ejército, Brasil envió aviones. Hasta la Nicaragua sandinista nos apoyó lo mismo que Cuba. Por encima de todo, éramos latinoamericanos. Y este hecho de trascendencia mundial, que reubicaría a la Argentina en el campo del Tercer Mundo, junto a aquellos pueblos que como nosotros luchaban por su independencia nacional, sería objeto de una feroz campaña de *desmalvinización* que no cede ni un solo día.

El 2 de abril resolvió con el irresistible poder de los hechos esta paradoja: las mismas Fuerzas Armadas que habían entregado el poder económico durante siete años a los abogados de Inglaterra y Estados Unidos, se enfrentaron con los amos imperiales y rompieron a cañonazos esa alianza. Por esa causa, más allá del infortunio militar del 14 de junio, la proeza argentina permitiría afirmar que esta vez Gran Bretaña ganó una batalla y perdió la guerra.

CAPÍTULO 10

Redescubrimiento de Ugarte

Prólogo al prólogo

Tengo en mis manos un retrato amarillento y algo borroso, de ambigua retícula. Una muchacha francesa, con una chispa maliciosa en los ojos, observa arrobada a un criollo sereno, bien plantado. Es su marido. Joven todavía, en su pelo rizado se advierten canas. El criollo, de traje, corbata y ancho cuello de camisa a la moda, luce bigotes recortados a la 1914 y un aire formal. Ella se llama Therese. El marido es Manuel Ugarte, un argentino en el destierro. La escena se fija en un solemne estudio de Niza. Son años felices. Las catástrofes del siglo XX aún se incuban en el inescrutable porvenir. Pero Ugarte vive su estadía europea con melancolía.

No era para menos, pues en la irresistible Argentina del Centenario, orgullosa y rica, el emporio triguero del mundo, no había lugar para él. No solamente porque, como decía Miguel Cané, escribir una página desinteresada en Buenos Aires equivalía a recitar un soneto de Petrarca en la Bolsa de Comercio, sino a causa de que Ugarte iría a desenvolver su vida contra la lógica de la factoría euro-porteña: era socialista, aunque criollo y católico; argentino, pero hispanoamericanista. Si bien es cierto que lucharía por la neutralidad en las dos grandes guerras inter-colonialistas del siglo, debería hacerlo contra la opinión dominante del rupturismo demo-izquierdista favorable a las potencias democráticas; más tarde, asumiría la defensa de la industria nacional y de la clase obrera en un país agropecuario, librecambista y antiobrero. En fin, al final de su vida, apoyó al Coronel Perón y fue su Embajador en México. La obra de Ugarte no fue publicada nunca en la Argentina. El único libro que vio la luz entre nosotros, lo publiqué yo en 1953 cuando Ugarte había muerto ya hacía dos años.

En realidad, se había convertido en un muerto civil mucho tiempo antes. Sin el respaldo de un partido, de una capilla, de los grandes diarios, o del orden vigente, ningún editor manifestó nunca el menor interés por publicar algún libro de Ugarte. Semejante maravilla se explica porque la formación del gusto público, en 1914 o en la actualidad, corría por cuenta de los intereses creados por la oligarquía anglófila y su dócil clientela de la clase media urbana, en suma, el cipayo ilustrado, que se cultiva a la orilla de los grandes puertos de América Latina. La norma de prestigio consistía en que lo bueno se impone. Según el sociólogo alemán Levin Schücking, corresponde formularse la pregunta siguiente: ¿no será que aquello que se impone es lo que después se considerará bueno?

Mi relación personal con Ugarte se redujo a una carta y una frustrada llamada telefónica. En 1949 le envié a Cuba, donde era Embajador, un ejemplar de *América Latina: Un país*. Me agradeció el libro con unas líneas. En 1951, vivía yo en España. Un día de diciembre lo llamé por teléfono a su casa, pero había viajado a Niza, donde conservaba un pequeño departamento. Tito Livio Foppa, el Cónsul General en Barcelona, me informó días más tarde que Ugarte había muerto en Niza. No me ocultó el cónsul su creencia en un suicidio. Esto último nunca fue esclarecido. Al regresar de Europa, en 1953, edité *El Porvenir de América Latina*. Escribí un estudio preliminar, que se leerá a continuación, como tributo de homenaje al gran precursor, desaparecido en la oscuridad más completa. Al año siguiente, en noviembre de 1954, organicé una Comisión de Homenaje. Recibimos los restos de Ugarte en el puerto de Buenos Aires, que llegaron con aquella Therese Desmard cuya foto hoy miro a través del tiempo.

Declinaba el gobierno de Perón. Un silencio sepulcral reinaba sobre la República, en cuyo subsuelo toda la reacción conspiraba. Pugnaban por derribar a Perón tanto la agónica partidocracia democrática, como la izquierda cosmopolita y el nacionalismo puramente retórico de ciertos grupos de la derecha antiobrera. En

ese momento, Therese Desmord regresó al país con los restos de Manuel Ugarte.

Enseguida organizamos en el salón "Príncipe George" un Funeral Cívico en su homenaje. Hablaron en el acto Carlos María Bravo, Rodolfo Puiggrós, John William Cooke y yo. Corría el mes de noviembre. A pesar de la tensión reinante, congregamos unas cuatrocientas personas. Salvo el Presidente Perón, que envió un telegrama de adhesión, ni el gobierno ni el peronismo oficial se hicieron presentes. Y, va de suyo, nadie de la "inteligentza" llamada argentina. Soplaba un viento gélido y en el espíritu colectivo palpitaban sórdidos presagios. La contrarrevolución democrática estaba en marcha. El año 1955, año-clave para explicar la profundidad de la crisis orgánica que se abatió sobre la sociedad argentina, ya estaba a la vista.

Al rendir justicia histórica a la solitaria lucha de Manuel Ugarte, no perseguía yo un simple propósito de vindicación personal, por legítima que fuese. Ugarte resumía en su largo exilio el infortunado destino del pensamiento nacional. Y nosotros veíamos reflejarse en su peripecia individual la suerte que corrían los disconformistas y rebeldes de todos los tiempos en un país semicolonial. Exiliados en el espacio o en el tiempo, en la geografía o la historia, *emigrados interiores* gracias al olvido organizado, la desfiguración o la murmuración irónica, todos los revolucionarios, que ambicionábamos una Patria nueva de un modo u otro, diferencias políticas aparte, sufríamos tribulaciones similares a las de Ugarte.

Decidí titular el ensayo sobre el Precursor, *Redescubrimiento de Ugarte.* Desprendido del volumen de Ugarte *El porvenir de América Latina,* al que servía de prólogo, el ensayo hizo una vida propia y fue reeditado varias veces en la Argentina y en España. Ofrezco a la paciencia del lector aquel prólogo de 1953, con los retoques piadosos que la geriatría literaria exige a un viejo texto.

Febrero de 1985

Ha sonado la hora de restaurar una tradición trunca. Se trata de la tradición de un nacionalismo democrático y revolucionario que hunde sus raíces en la historia argentina y latinoamericana. Se impone restablecerla. Resultaba sorprendente que el nacionalismo revolucionario de un país oprimido se manifestara curiosamente en un socialista argentino corriente de acusado cosmopolitismo.

Ugarte nació en 1878. Procedía de una familia de la burguesía rural de la provincia de Buenos Aires. Su padre era administrador de estancias y ofreció a su hijo generosos recursos para desarrollar su vocación literaria. Ciertamente, las letras hubieran podido constituirse en su vocación decisiva, como la de tantos otros jóvenes ricos de su tiempo en la República Señorial, si un raro principio, de algún modo una pasión, no se hubiera apoderado de su vida. Ese principio y esa pasión fueron la lucha contra el imperialismo y la unidad de América Latina. Cosa extraña en un escritor, dichos temas condicionaron su destino ulterior, transformaron a un joven acaudalado en un hombre maduro reducido a la pobreza. Esto terminó por dominar su existencia. Era inimaginable para este joven atildado y galante del 900, de cuello palomita y erizados mostachos, suponer que ese *idealismo latinoamericano* que él sustentaba en los cenáculos literarios, llegaría a convertirse por la fuerza de las cosas, no sólo en un hecho fundamental de su vida (y de su fracaso público) sino al mismo tiempo en la bandera de la América Criolla de nuestro tiempo. La inicial inclinación estetizante asumió perspectiva histórica. Se convirtió en algo de carne y de sangre.

La formación espiritual primera de Ugarte fue predominantemente francesa como correspondía al espirita de la época en una sociedad latifundista. A los siete años de edad sus padres lo llevaron a Europa, para visitar la Exposición Universal de 1889. Allí aprendió la lengua. Regresó nuevamente a los veinte años, en pleno despertar del siglo, para ingresar a una estupenda generación literaria. Sus amigos fueron Rubén Darío, Rufino Blanco Fombona y Leopoldo Lugones, José Ingenieros, José Santos Chocano,

Delmira Agustini, Alfonsina Storni, Florencio Sánchez, Amado Nervo, Belisario Roldán, José María Vargas Vila. Si se mira la trascendencia política de su obra, Ugarte representó enteramente aquella generación hundida en la indiferencia, la pobreza y el descrédito. Pero no queremos hablar aquí de la literatura sino de la revolución. Es preciso explicar en virtud de qué circunstancias singulares, un grupo intelectual tan notable se convirtió en una generación perdida.

Oligarquía y desarraigo

El meditado olvido, la organizada ignorancia de las nuevas promociones respecto a Ugarte, lo mismo que respecto a la vida y muerte de sus compañeros de juventud y madurez, no obedecen a causas fortuitas. El olvido como pena capital, tal es el Código no escrito de la oligarquía argentina y su prensa adicta, la misma prensa que narcotiza a las clases medias.

Empecemos por decir que la función del intelectual en América Latina ha sido desconocida por las *roscas* que controlaron o controlan el poder político. En Europa, por el contrario, la preeminencia del escritor en la vida nacional es una realidad establecida. Los halagos materiales, el interés de la opinión pública por sus obras, resaltan de una manera patética si se los compara a la degradación económica y de aislamiento personal de los escritores latinoamericanos. No hay aquí nada de enigmático.

En los países imperialistas, el intelectual y el escritor desempeñan un papel privilegiado a partir de la expansión de la sociedad burguesa.[1] A su cargo corre dar lustre y esplendor a la sociedad

(1) Lo mismo ocurre en el único país de América Latina que ha conocido una profunda revolución, que es México. Dejemos a un lado, por no ser el tema del ensayo, las consecuencias políticas, económicas y sociales de esa Revolución.

entera. En ellos se cifra la gloria del Estado, con el sugestivo pretexto de la exaltación de los *valores puros del espíritu*. Ante los escritores existe un vasto mercado del libro. Se trata de un mercado solvente y con poder adquisitivo, cuya influencia idiomática se extiende más allá de las fronteras estaduales, ya sea por las colonias que la metrópoli respectiva domina, o por su influencia espiritual secular en países extraños. El libro francés (escrito por franceses) se lee en Argelia, Buenos Aires o Toronto. Por su parte el libro argentino impreso en la Argentina, escrito por un norteamericano, un inglés o un francés es muy posible que se venda en Jujuy. Si ha sido escrito por un argentino, resultará difícil de que llegue a Jujuy o a Rosario de Lerma.

La vida de Ugarte arroja una luz particular sobre la situación social del intelectual en los países históricamente rezagados (*subdesarrollados*) aun en un país privilegiado del desprotegido Tercer Mundo, como era la Argentina en su hora dorada.

Escritor y pensador sin partido, Ugarte se vio abandonado por todos cuando demostró que aspiraba a predicar la ruptura del *statu quo*. Hablar contra el imperialismo abstracto podía admitirse, pero batallar en los momentos y lugares cruciales contra las paternales potencias del Río de la Plata, resultaba intolerable. Ugarte era incompatible con la estirpe de los *antiimperialistas del Puerto*, simuladores de la política o las letras que cuando el imperialismo amenaza las Malvinas, se ocupan de Nicaragua, o cuando los *negros* de la Argentina combaten contra la oligarquía, se enamoran de los *negros* de Cuba. Desdeñan por *bárbaros* o *patoteros* a los negros propios. Siempre están con las causas más nobles, cuando son lejanas y nunca con las causas próximas, que son las argentinas y que siempre parecen dudosas a los cipayos.

Desde luego que los escritores de las semicolonias no pueden gozar de condiciones mejores que las que disfrutaron los artistas y poetas de aquella sociedad de la Europa precapitalista, artísticamente dominada por la nobleza. Peor aun, aunque los artistas europeos del setecientos debían sufrir todo género de humillacio-

nes y comer de la mano de ciertos excepcionales aristócratas que abrían su bolsa al genio indigente, estaba fuera de duda que si se les permitía escribir una oda, componer un concierto o pintar un cuadro, resultaba totalmente inconcebible que el sumiso protegido enarbolara una bandera de rebelión contra el orden social vigente o la clase de sus protectores. Privado de un público burgués independiente, el artista de la sociedad anterior al capitalismo, no podía soñar con vivir de su obra y de un público inconstituido. Su servidumbre era personal. Tal fue el amargo destino de Mozart o Cervantes. Pero tampoco resultaba digno vivir de la pluma. Era tarea vil. ¡Si lo supo Voltaire! Cuando viajó a Inglaterra y visitó a un gran autor dramático de la época, Congreve, le hizo saber que lo saludaba atraído por su fama de poeta. A Congreve no le cayó bien el homenaje y dijo a Voltaire que ante todo era un caballero, más bien que un poeta. Por cierto que Voltaire, que ya sentía soplar sobre sus sienes el viento de la Revolución, le respondió que en su caso no habría visitado a Congreve, el caballero.

Levin Schücking menciona otros casos: el de Lady Bradshaugh, amiga del novelista Samuel Richardson, que se avergonzaba de esa amistad y a Thomas Gray, poeta célebre del siglo XVIII que rehusó cobrar derechos por la exitosa venta de su obra pues juzgaba que "estaba por debajo de la dignidad de un caballero" recibir dinero de un editor a cambio de sus *inventions*. Por su parte, Walter Scott deseaba más bien ser considerado como hidalgo de provincia en lugar de escritor. Algo parecido ocurrió en América del Sur. En el Buenos Aires colonial, se recordaba el caso de un caballero español residente que, aunque muy lejos de las letras, había demandado por injurias judicialmente a un vecino por haber éste afirmado de aquél que *trabajaba*. El ofendido caballero probó ante el Tribunal del Rey la calumnia, ya que por su limpieza de sangre no le era posible ni deseable emplear su tiempo en cosa tan vulgar.

Cabe imaginar la situación de los escritores argentinos o latinoamericanos que declaraban la guerra a la sociedad petrificada y opulenta de la República señorial exportadora. O los domaba, a

medias, como a Lugones, que terminaría por suicidarse, o los obligaba a una dura expatriación, como el caso de Ugarte. Exquisito de modales, suave en la forma estilística, sobrio en una época retórica, Ugarte fue inquebrantable en su visión hispanoamericana de la historia. Esa conducta era imperdonable. La sociedad no tardó en hacérselo saber al rico heredero que no se limitaba a escribir versos.

En la época de Ugarte, como en la actual las complicaciones aduaneras y monetarias de un continente balcanizado limitaban permanentemente un mercado grandioso de lengua española. La miseria nacional condenaba al aislamiento, la pobreza y la oscuridad a la mayoría de los escritores latinoamericanos de su tiempo.

Semejante panorama recuerda a aquella Alemania anterior al capitalismo y a la unidad del Estado, donde florecían los grandes espíritus de la Nación alemana inconclusa: Hegel, Fitchte, Heine, Marx, Schelling. También era cierto que en los 37 minúsculos Principados había más poetas de corte, monteros y halcones que filósofos. Pero, como en la América Latina de Ugarte, todo era desolación y tristeza. Faltaba mucho tiempo aún para que la unidad por la gran literatura se volviese irresistible en la lengua de García Márquez, Rómulo Gallegos, Juan Bosch, Vargas Llosa, Carpentier, Augusto Céspedes, Carlos Fuentes, Roa Bastos, Arturo Jauretche o Pablo Neruda.

Para emplear una metáfora, diríamos que la unidad nacional de América Latina debía cimentarse tanto en esa gran literatura como en la hidrovía continental: el enlace del Orinoco con el Amazonas y el Paraná dotarían a la Patria Grande de la arteria hídrica capaz de unir y alimentar al Nuevo Mundo. Sólo así podría situarse al intelectual en el gran teatro de la historia.

En el siglo XX, las formidables ganancias que la explotación del mundo colonial reportaba a las grandes capitales europeas o norteamericanas, por el contrario, permitía a la burguesía imperialista arrojar algunas migajas a los hombres de espíritu, a

condición de que tales hombres ofrecieran una justificación estética del mundo civilizado que los protegía. Entre nosotros no prevalecía ni siquiera esa confortable servidumbre. La completa subordinación de nuestras sociedades en desarrollo al imperialismo extranjero, determinaba que el intelectual no pudiera desempeñar ninguna función *socialmente necesaria* en el seno de una sociedad embrionaria, estratificada e inerte. El escritor resultaba una carga inútil y frecuentemente *un testigo molesto*. Los que resultan más duros se convierten en *emigrados interiores*.

Si para la oligarquía ligada al capital extranjero la creación de un mercado interno no revestía el menor interés, puesto que ese es asunto que corre a cargo del imperialismo vendedor, el apoyo a los escritores que escriben para el país tampoco la atraía. Apenas subsistían los pequeños círculos *selectos*, formados generalmente por los hijos de los ganaderos europeizantes, cuya vergüenza más íntima era no haber nacido a orillas del Támesis o del Sena y cuya función específica, como en el caso de la revista *Sur*, residía en la formación de una inteligencia traductora, capaz de proporcionar cipayos letrados para justificar la perpetuación de la factoría pampeana.

En tal ambiente, el escritor se sentía acorralado y finalmente vencido. En el mejor de los casos, era asimilado por un cargo burocrático, por el periodismo comercial o convertido en el vate oficial del gobierno respectivo. No resulta difícil explicar la inexistencia de una atmósfera culta, de una vida literaria intensa y creadora y una crítica genuina. Era superflua. Esa literatura y esa atmósfera se importaban en las mismas bodegas que traían al continente bárbaro los productos manufacturados. Así, la literatura latinoamericana vivía generalmente como un acto reflejo de las letras europeas o norteamericanas. La situación real, no hablo ya de la situación "espiritual" del escritor, resultaba fácilmente imaginable. En las colonias y en las semicolonias no existe mucha plusvalía a distribuir, puesto que era saqueada y explotada. El

escritor vivía sumergido. Por esa causa los escritores latinoamericanos del 1900 se evadían hacia Europa. La seducción que el Viejo Mundo ejercía en la imaginación de los intelectuales jóvenes, era irresistible. Las pequeñas capitales y ciudades latinoamericanas, en cambio, con su rutina provinciana, su falta de público lector en castellano, su sopor, carecían de estímulos y de grandes emociones.

Para la generación del 900, Europa y en particular España, permitían observar a la Patria Grande como un todo. La aldea, en cambio, los sofocaba y no les permitía ver, en su miseria, la magnitud de una Nación inmensa. Paradójicamente, en Europa reflorecía su espíritu americano. Muchos de ellos, se volvían más revolucionarios y patriotas que nunca, al advertir desde el otro lado del mar la razón profunda por la que vegetaban sus patrias chicas. Medio siglo más tarde, las cosas ocurrían de otro modo.

En el mismo año que moría Ugarte en Niza, otro escritor, esta vez arquetipo de la inteligencia oligárquica, huia de Buenos Aires rumbo a París. Pero no acudía a Europa para ver desde lejos a su patria y a la Nación Latinoamericana, sino para no verlas de ninguna manera. Julio Cortázar, que adquirirá más tarde la nacionalidad francesa (había nacido en Bruselas y hablaba el español con acento francés) escribirá: *"Me fui de Buenos Aires porque los bombos peronistas no me dejaban escuchar los Cuartetos de Bela Bartok"*. Después, siempre desde París, evocaba su antigua patria en estos términos, dignos de recordación: *"Preferí ser nada en una ciudad que lo es todo, a ser todo en una ciudad que no es nada"*. Pululan en Buenos Aires devotos de este curioso escritor. Hechura perfecta del *snob*, supo ventear modas de su tiempo con tal acierto que habiéndose formado en la revista *Sur* de la señora Victoria Ocampo, y amasado un prestigio en la literatura de entretenimiento, ganó una cuota extra de público de "izquierda" gracias a sus inesperadas simpatías por Cuba y Nicaragua. Pues no resistiendo su delicado oído los bombos peronistas, se deleitó en cambio con

las maracas cubanas. Pero lo hizo desde su sólida posición de ciudadano francés. Todas las revoluciones son buenas, si disfrutan de un Estado generoso para viajeros célebres y si ellas no tocan las orillas de su domicilio. Semejante *espécimen* de simulador político que goza de las ventajas simultáneas de Occidente y Oriente, constituye una de las plagas que la vida solitaria y austera de Ugarte jamás conoció y que se revela como uno de los fraudes rentables más repulsivos de las últimas décadas, justamente porque explota los sufrimientos y las hazañas de millones de hombres.

Para comprender el rol de los intelectuales en la vida del continente, y explicarse la situación histórica de Ugarte, es preciso admitir que el imperialismo actúa en las colonias o semicolonias de una manera combinada y no puramente económica y financiera. No sólo vence, sino que convence. Vale decir, no controla únicamente las llaves maestras de la existencia nacional de la que extrae sus dividendos, sino que también emplea instrumentos de dominación más sutiles.

La creación de una mitología antinacional, el estímulo a todas las formas culturales de la autodenigración, la veneración hacia todas las expresiones de la cultura importada y una obsesión neurótica hacia las creaciones o caprichos del espíritu europeo, que se pretende inyectar por todos los medios de difusión locales a una realidad nacional no equiparable, tales son los rasgos fundamentales del influjo imperialista en su política de cultura.

Para impedir la formación de una ideología nacional que exprese teóricamente los intereses de las masas trabajadoras y de la Nación latinoamericana, el imperialismo y la oligarquía asociada elaboraron un modelo histórico-cultural para uso interno de nuestros países. Sus aplicaciones múltiples se propagan a la historia, la estética y la política. Va de suyo que semejante superestructura espiritual es el complemento insoslayable de su dominación económica. Así hemos visto la consolidación de la

cultura satélite, que pretende sofocar o ridiculizar el espíritu crítico y la creación autónoma.[1]

Para ese país rico y frágil, de vacas gordas y peones flacos, de estancieros afrancesados y dominantes gerentes británicos, donde los votos del soberano se compraban a 10 pesos nacionales, en los años del Centenario, con un gran puerto exportador olvidado del olor a la pólvora y de las grandes patriadas nacionales, ¿quedaba alguna esperanza?

Y esa marginada clase trabajadora, de criollos o inmigrantes, archiexplotada, con sindicatos perseguidos, sin leyes sociales, con mujeres abandonadas y humilladas, ¿podía creer en su destino?

Sus raros intelectuales jóvenes no lograban vender sus libros, si lograban imprimirse, porque la competencia francesa dirigía el gusto público y Garnier imprimía en París a precio vil volúmenes en lengua española o francesa. Tampoco los escritores influian en la vida nacional. La oligarquía de la prensa comercial a veces los alquilaba para escribir editoriales y a duras penas publicaban sus versos en los cementerios sepias de los deprimentes domingos.

¿Qué promesa les ofrecía la República señorial? ¿Habría una vida digna de ser vivida para ellos? La respuesta provino de un lugar inesperado. Pero la decepción fue equivalente a la esperanza.

El nacimiento del Partido Socialista suscitó un movimiento de cautivadora ilusión en la juventud intelectual. La oligarquía conservadora, cuyos fundamentos sociales eran los ganaderos y los terratenientes, burguesía comercial y grandes diarios porteños, gozaba apaciblemente del dominio del poder político. Mientras, crecía con lentitud una industria artesanal que agrupaba a miles de obreros, en su mayor parte extranjeros. Los conflictos sociales en

---

(1) En 1954 escribí un ensayo titulado "Crisis y resurrección de la literatura argentina", en el cual examinaba a Borges y Martínez Estrada. Dicho trabajo mereció los honores de una execración unánime, tanto de la derecha oligárquica como de la micro izquierda sin olvidar los equívocos sartreanos del Puerto de Buenos Aires.

Buenos Aires parecían repetir los choques similares de Europa. Las ideas de la social democracia del Viejo Mundo se expandían rápidamente en Buenos Aires. La nueva generación sentía confusamente que el socialismo constituia *la idea del siglo*. Los más talentosos representantes de esa generación se convirtieron en socialistas: Leopoldo Lugones, José Ingenieros, Alfredo L. Palacios, Manuel Ugarte.

La incorporación al Partido Socialista de estas grandes promesas de la juventud argentina, poseía sin embargo un carácter particular. Representaba el despertar político de una corriente nacional, —vale decir, no cosmopolita— y su fusión con el movimiento obrero. En tal sentido estos intelectuales socialistas fueron inasimilables por el partido que Juan B. Justo había logrado controlar algunos años después de su fundación.

El Partido Socialista se integraba, sobre todo, por los obreros europeos que transplantaban la ideología de la social democracia a las condiciones semicoloniales de nuestro país. Dicha aplicación automática de los principios de lucha del socialismo europeo de los países imperialistas a las condiciones sociales y políticas de un país oprimido, predeterminó que el Partido Socialista argentino fuera desde su origen una agrupación europeizante, con un acopio originario de fuertes prejuicios occidentales contra las razas de color. No sólo desconocía el carácter atrasado y semi-colonial de la economía nacional sino que nunca fue capaz de penetrar los problemas del interior precapitalista para enlazarse con la tradición argentina, ni de comprender los problemas de la unidad de América Latina. Así quedó reducido a una agrupación electoralista de tipo municipal que disputaba a los radicales de la Capital Federal la mayoría parlamentaria. No resulta sorprendente que la oligarquía conservadora de la Capital apoyase electoralmente en sus zonas residenciales las candidaturas del discípulo de Vandervelde, un belga librecambista.

Juan B. Justo sostenía que la Argentina era lisa y llanamente un país capitalista. Por consiguiente, las luchas debían plantearse

directamente entre la burguesía y el proletariado. El imperialismo extranjero no desempeñaba papel alguno. Nada mejor podía convenirle a la oligarquía agropecuaria y al imperialismo que el partido obrero argentino negase su existencia y hostigase al sector industrial, ahogado por las bajas tarifas aduaneras y por un mercado interior inconquistable. Bajo la máscara del *internacionalismo*, que agitó en sus primeros años la agrupación de Juan B. Justo, colaboraba al desarme ideológico de la clase trabajadora del país y del continente. De ese modo dejaba sin dueño la bandera de las reivindicaciones nacionales patrióticas y antiimperialistas capaz de movilizar a las más amplias masas argentinas. Observaremos incidentalmente que el partido de Justo era *internacionalista*: a una exigencia histórica concreta contestaba con una abstracción que el enemigo nacional y social no veía sino con simpatía.

Cuando Manuel Ugarte se afilia en 1904 al Partido Socialista, ve en esta agrupación a la representante de los intereses nacionales del pueblo argentino y de la clase obrera. Pero al mismo tiempo Ugarte comprende que no podía existir una autodeterminación nacional y social del pueblo argentino, aislada de la liberación del conjunto de América Latina. Al rastrear nuestros orígenes históricos, Ugarte llegó a la conclusión de que el proceso de *balcanización* latinoamericana, iniciado al día siguiente de la Revolución de Mayo por obra del capital europeo, tendía a profundizarse al aparecer en el escenario continental el puño de hierro del imperialismo yanqui. Resultó así que un Partido Socialista argentino debía contemplra en su programa las tareas de la revolución nacional democrática incumplida, ante todo, la confederación de los Estados Unidos de América Latina.

Imaginó que sólo las clases trabajadoras del continente podrían arrastrar en esa grandiosa empresa, ya intentada por San Martín y Bolívar, a las vastas masas de campesinos y clases medias de las ciudades. Pensó también, y con él toda su generación, que el Partido Socialista era el partido que llegaba a la historia de aquellos

días para encabezar la gran tarea. Su error se hizo cada vez más claro, ya que el grupo de Justo no representaba al país sino que por desgracia se sentía fuera de él. Manuel Ugarte persistió en sus ideas. Escribió en 1910, desde París, el texto de *El Porvenir de América Latina*. Es justo decir que la edición de 1953 realizada por Editorial Indoamérica, era la primera que de un libro de Ugarte apareció en la Argentina. Este hecho escandaloso —teniendo en cuenta que Ugarte es autor de más de cuarenta volúmenes— explica por sí mismo el método de exclusión empleado por la oligarquía y el imperialismo hacia su incorruptible figura. En una campaña de conferencias que duró varios años y cuyos discursos reunió luego en su libro *Mi Campaña Iberoamericana*, Ugarte agitó la bandera de la unidad de los Estados de América Latina como el único recurso para realizar nuestra revolución nacional inconclusa, una continuación y remate de la misma iniciada un siglo antes por los libertadores.

La lucha contra el imperialismo yanqui era implícita en esa campaña. Estados Unidos controlaba los recursos naturales de la economía continental. De este modo se asociaba a las oligarquías comercial y agraria dominantes. Pero no se trataba de una simple lucha contra el imperialismo. Debía inyectarse energía y profundidad a una revolución necesaria, surgida de la historia misma de nuestros pueblos, de algún modo análoga a la que ya habían realizado Gran Bretaña en el siglo XVII, los Estados Unidos en el siglo XVIII y Francia, Italia y Alemania en el siglo XIX.

La quiebra del Imperio español y su escisión de Portugal, dejó libradas las viejas regiones coloniales a las fuerzas centrífugas del inmenso territorio. El imperialismo europeo y, sobre todo, Gran Bretaña intervinieron entonces para balcanizar definitivamente las partes constituyentes de una Nación, unidas por la lengua, la geografía, la religión, la cultura y las costumbres. Así podría dominárselas mejor por separado. Ugarte retomaba el pensamiento de los libertadores, en particular de San Martín y Bolívar, y planteaba en términos modernos la necesidad de una unión de

estados que permitiese al continente ingresar a la historia moderna como gran Nación, desarrollar su industria, elevar el nivel de vida de sus habitantes y forjar las bases de una cultura nacional. Por su mismo carácter de precursor intelectual del problema, Ugarte no pudo prever de qué manera la evolución y la crisis del imperialismo plantearían prácticamente a América Latina la exigencia de su unificación nacional.

Los Estados Unidos de Norteamérica lograron al fin unificarse, no sin una áspera y sangrienta guerra civil en la que intervino el enemigo extranjero de su unidad nacional, que en esa época era Gran Bretaña. Esa unificación era el resultado de la expansión de las fuerzas productivas del capitalismo norteamericano. Italia por su parte logró esa unidad nacional un siglo después, no sólo como producto del desarrollo económico de su burguesía sino como resultado de una antigua aspiración histórico-cultural, que se remonta a Nicolás Maquiavelo y al Renacimiento. Los intereses dinásticos y militares de Prusia pusieron en tela de juicio la fragmentación de la Nación alemana y la monarquía italiana, con la ayuda de la burguesía de la península postuló una meta semejante en 1870. La necesidad de controlar el mercado interno, cuyos límites están precisamente constituidos por el radio idiomático, que legitima históricamente las fronteras del Estado nacional moderno, jugó, como es natural, su propio papel. Pero la exigencia de la unidad latinoamericana se deriva no de nuestro desarrollo capitalista, —raquítico, contrahecho y asimétrico— sino de la crisis mundial del sistema capitalista. Es evidente que los países latinoamericanos están muy lejos de sobrepasar por su producción industrial las propias fronteras estaduales actuales; aún permanecen en la etapa de satisfacer escasamente las necesidades de su mercado interior.

La unidad política y económica del continente latinoamericano se plantea, por consiguiente, como resultado de la descomposición mundial del capitalismo en su fase imperialista, que para sobrevivir debe apelar al estrangulamiento de los países coloniales o

semicoloniales, doblegar a sus propios competidores independientes, asociar, subordinándolos, a sus socios menores, y proceder a redistribuir las esferas económicas del mundo en su propio beneficio.

La única manera de otorgar a los Estados del Sur del río Bravo las plenas garantías para un desarrollo de las fuerzas productivas, consiste en buscar las vías para nuestra unificación nacional, planificar los recursos naturales en gran escala, y echar las bases de todos los prerrequisitos técnicos de un crecimiento productivo generalizado. Esta tarea colosal no puede ser realizada hasta el fin por las burguesías nacionales de América Latina, demasiado ligadas o comprometidas con el imperialismo en unos casos, o temorosas en otros del movimiento independiente de las masas. Lo cual no implica que estas burguesías no luchen contra el imperialismo y no preparen, aun mezquinamente, el camino hacia la unificación puesto que se ven obligadas a oscilar políticamente entre las masas trabajadoras y la extorsión imperialista.

En los años que Manuel Ugarte preparaba su gira por el continente, el coronel peruano Don Mariano J. Madueño, residente en Madrid y partidario de la unidad continental, invitaba a Miguel de Unamuno a expresar su pensamiento sobre el problema. El ilustre escritor vasco contestó en los siguientes términos:

"Mi distinguido amigo: Paréceme un sueño espléndido su sueño de una confederación latinoamericana y tenga en cuenta que al llamarle sueño no es que quiera decir que lo creo irrealizable en un porvenir más o menos remoto. Suelen ser con frecuencia los sueños vaticinios de realidades.

Muy exacto cuanto dice del lenguaje como lazo de unión entre los pueblos. Los de lengua inglesa repiten a menudo lo del english speaking folk, el pueblo que habla inglés.

El idioma es la sangre del espíritu y sobre las razas fisiológicas —es decir: animales— cuya genealogía resulta más enmarañada y oscura cada día, se alzan las razas históricas, las que se están fraguando sobre la base de los idiomas. El francés es una raza más clara que el franco o el celta actuales.

Ud. sueña con que se unan los pueblos americanos de lengua española y portuguesa frente al gran pueblo yanqui, que amenaza absorberlos. En lo que discrepamos es en el modo de la unión.

Me parece una fantasía generosa la de que estos pueblos se unan espontáneamente. Es más fácil que los una uno de ellos, el que resulte más fuerte. Esa unión la espero de que alguna de las repúblicas hispanoamericanas (no sé cuál) crezca, se robustezca y se enriquezca tanto que se despierten en ella pujos imperialistas y constituya para las demás repúblicas de lengua española un centro de atracción frente a la actual de los Estados Unidos. Será un pueblo el que una a los demás.

Parece ser que en la América Central hay agitación al presente; para bien será si una de aquellas repúblicas lograse asimilarse a las demás, y formar una sola Confederación, llamárase como se llamase. Fue el Piamonte el que hizo la unidad italiana, fue Prusia la que hizo la unidad germánica. Un Piamonte o una Prusia es lo que deseo a la América española.

Y si los pueblos aquellos sintieran sus verdaderos intereses elevados se dejarían de mezquindades y de una independencia puramente nominal y aceptarían la hegemonía de uno de cualquiera de ellos, convencidos de que allí la verdadera patria es América en la unidad del idioma. Cada uno de ellos cumpliría así mejor su misión histórica. Queda suyo afectuosísimo y amigo,

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 1906

Del pensamiento de Unamuno parece deducirse una visión bismarkiana de la unificación. Pero una solución de este tipo parecería aparentemente excluida de las posibilidades prácticas de nuestro continente por la tremenda desproporción entre las fuerzas de cualquier burguesía latinoamericana o movimiento nacional, con respecto al poderío militar de Estados Unidos que se conver-

tiría automáticamente en el campeón de las *soberanías* restantes *amenazadas*. Sólo una movilización popular y revolucionaria de las grandes masas trabajadoras de América Latina y de los sectores patrióticos de sus Fuerzas Armadas podría echar las bases para la unidad nacional y asegurar la continuidad de su revolución nacional democrática.

Naciones opresoras y naciones oprimidas: Manuel Ugarte y *La Vanguardia*

La presencia de Ugarte en el Partido Socialista y la corriente nacional que él representaba junto con Palacios, plantearon agudos problemas políticos. Ya en 1908, discutiendo la noción abstracta del *internacionalismo* que esgrimía la dirección socialista, lo que equivalía en la práctica a justificar la usurpación imperialista, los despojos territoriales y el avasallamiento de la soberanía nacional de los países débiles, Manuel Ugarte escribía:

"Yo también soy enemigo del patriotismo brutal y egoísta que arrastra a las multitudes a la frontera para sojuzgar otros pueblos y extender dominaciones injustas a la sombra de una bandera ensangrentada; yo también soy enemigo del patriotismo orgulloso que consiste en considerarnos superiores a los otros grupos, en admirar los propios vicios y en desdeñar lo que viene del extranjero; yo también soy enemigo del patriotismo ancestral, del de las supervivencias bárbaras, del que equivale al instinto de tribu o de rebaño. Pero hay otro patriotismo superior más conforme con los ideales modernos y la conciencia contemporánea. Este patriotismo es el que nos hace defender contra las intervenciones extranjeras, la autonomía de la ciudad, de las provincias, del Estado, la libre disposición de nosotros mismos, el derecho de gobernar y vivir como mejor nos parezca. En este punto todos los socialistas deben estar de acuerdo para simpatizar con el Transvaal cuando se encabrita bajo la arremetida de Inglaterra, para aprobar a los árabes cuando se debaten por rechazar la invasión de Francia,

para admirar a Polonia cuando después del reparto tiende a reunir sus fragmentos en un grito admirable de dignidad y para defender a América Latina si el Imperialismo anglosajón se desencadena mañana sobre ella. Todos los socialistas deben estar de acuerdo, porque si alguno admitiera en el orden internacional el sacrificio del pequeño al grande, justificaría en el orden social la sumisión del proletario al capitalista, la opresión de los poderosos sobre los que no pueden defenderse".

A estas palabras irrecusables escritas en 1908 respondía *La Vanguardia*:

"No es exhibiendo el espantajo del imperialismo yanqui como se van a redimir de la tiranía interna y de la presión exterior los pueblos latinoamericanos... mucho y muy bueno tenemos que aprender del gran pueblo norteamericano. Y lo único que debemos y podemos oponer al dominio y expansión del capitalismo yanqui es el despertar de la conciencia histórica del proletariado latinoamericano, su organización en partido de clase".

Toda esta fraseología *revolucionaria* venía a significar que el Partido Socialista de la Argentina se aislaba de la aplastante mayoría de la población del continente, que no era obrera, que en consecuencia no podía adquirir una *conciencia histórica proletaria*, y que no podía organizarse en partido de clase porque en América Latina la clase obrera era insignificante. En este caso, la abstracción *socialista* tendía a dejar en manos de otros sectores de la sociedad (burguesía, clase media, etc.) la conducción de las luchas nacionales por la emancipación integral de nuestros pueblos o, peor aún, lleva a los movimientos nacionales hacia el pantano de la lucha por las *libertades democráticas* puras.

En el fondo, y también en la práctica, Juan B. Justo, disolvía la necesidad concreta de la lucha contra el imperialismo y por la unidad de América Latina, en la abstracción teórica de un *socialismo* elevado por encima de la historia viviente. Dicha abstracción convenía perfectamente al imperialismo anglo-yanqui. Dejaba a las masas trabajadoras del continente sin una dirección política. Al

contrario, se requería un movimiento revolucionario que contemplara en su programa los intereses de las clases medias y masas explotadas del continente, lo mismo que la reivindicación preeminente de la unidad nacional. Sólo así podría desenvolverse la revolución nacional. Al caracterizar a la Argentina lisa y llanamente como nación capitalista, Juan B. Justo invalidaba en una misma frase nuestra categoría semicolonial y nuestra condición de parte integrante de un nación inconclusa. Con tal punto de partida, el Partido Socialista llegó a transformarse en propagandista de la participación argentina en las dos guerras imperialistas. Luego, en la oposición de Su Majestad ante el gobierno bonapartista de Agustín P. Justo durante la década infame. Y, finalmente, en el nexo de la coalición demo-imperialista que en 1945 actuó en la Argentina bajo la férula del Embajador norteamericano Braden.

La polémica sobre Colombia y Panamá

En una serie de resonantes conferencias, Manuel Ugarte recorrió todo el continente latinoamericano, proclamando la necesidad de fundar la unidad de nuestros Estados. Muchedumbres obreras y estudiantiles aclamaron su prédica. Y se convirtió en la figura más popular de su época. Los archivos periodísticos registran las crónicas de sus discursos y atestiguan el enorme éxito que el escritor encontraba en su gira. Pero cuando, a mediados de junio de 1913, Ugarte llega de regreso a Buenos Aires, encuentra serias dificultades para dictar una conferencia en la propia capital de su país. El diario *Ultima Hora* escribe a este respecto:

"Vuelto de su gira por América Latina y Estados Unidos, Manuel Ugarte, el noble americanista, ha tenido que sufrir la habitual descortesía de nuestras autoridades, descortesía que en este caso se agrava aún más por ser él argentino, y porque los vítores que lo acompañaron durante su viaje fueron también para nuestra patria, que se levanta destacándose para reivindicar su personería ante la política absorbente de los Estados Unidos".

La Federación Universitaria de Buenos Aires apoyó la idea de la conferencia, e invitó al público a asistir a ella con un manifiesto firmado por las autoridades de los centros universitarios. Ugarte pidió el Teatro Colón para su conferencia. El Intendente Municipal declinó responder a este pedido. *La Vanguardia* no protestó: en esos mismos días los dirigentes socialistas agasajaban al Intendente Municipal con motivo de la inauguración de *El Hogar Obrero*. La conferencia tuvo lugar al margen del Partido Socialista, ya ahogado por su alma municipal, constituyendo un gran triunfo popular. Apartándose de la dirección oficial del Partido, Alfredo L. Palacios escribía a Ugarte:

"Mi querido Ugarte: Le envío un discurso que pronuncié el año pasado pidiendo en nombre de la solidaridad latinoamericana la condonación de la deuda de guerra y la devolución de los trofeos del Paraguay. Quiero así significarle una vez más mi adhesión entusiasta por la campaña emprendida por Ud."

Las divergencias entre Manuel Ugarte y el grupo dirigente del Partido Socialista se plantearon directamente con motivo del asunto de Colombia. El 21 de julio de 1913 *La Vanguardia* publicaba un suelto sobre el aniversario de Colombia que concluia así:

"Como todas las repúblicas sudamericanas, este país estuvo mucho tiempo convulsionado por las guerras civiles. Panamá contribuirá probablemente a su progreso, entrando de lleno en el concierto de las naciones prósperas y civilizadas".

Estas palabras inauditas aprobaban abiertamente la *revolución* palaciega fabricada por el Departamento de Estado de Washington en 1903, que arrebató a Colombia su provincia norteña. Así se inventó la "Soberanía" de la "República" de Panamá. De este modo se abrió en el acto al imperialismo yanqui el control del Canal de Panamá y de la región, concesión a la que se negaba tenazmente el Senado de Colombia. En síntesis, para obtener el derecho de construir el canal, Estados Unidos arrebató una provincia a Colombia. Ya conocemos la opinión de *La Vanguardia*.

Ugarte contestó a dicho suelto afirmando:

"Yo protesto contra los términos poco fraternales, y contra la ofensa inferida a esa República, que merece nuestro respeto no sólo por sus desgracias, sino también por su pasado glorioso y su altivez nunca desmentida. Al decir que Colombia entrará al concierto de las naciones prósperas y civilizadas, se establece que no lo ha hecho aún, y se comete una injusticia dolorosa contra ese país, uno de los más generosos y cultos que he visitado durante mi gira. Al afirmar que "Panamá contribuirá a su progreso" se escarnece el dolor de un pueblo que, víctima del imperialismo yanqui, ha perdido en las circunstancias que todos conocen una de sus más importantes provincias, y que resultaría "civilizado" por los malos ciudadanos que sirvieron de instrumento para la mutilación del territorio nacional".

La polémica se desarrolló en varias respuestas y contrarréplicas que evidenciaron cada vez el pensamiento real del grupo dirigente del Partido Socialista sobre la cuestión del imperialismo. En sus artículos contra Ugarte, *La Vanguardia* reiteraba una y otra vez que no "estaba en contra de la noción del panamericanismo", demostrando así que no daba la menor importancia a la diferencia entre *panamericanismo* y el *latinoamericanismo*. En una encuesta abierta en esos días por el órgano *socialista* sobre el tema de la patria y el internacionalismo, se publicaba una carta de un socialista europeo radicado en Buenos Aires. En ella decía:

"Los que como yo hemos venido de lejanas tierras y residimos aquí desde hace varios años, conservamos tan solo un tenue recuerdo del país en el cual hemos nacido. ¿A cuál país creen estos patriotas que debemos amar más? ¿Aquel en que residimos o al origen? No hay duda de que la contestación más acertada sería la del de residencia, pero como hoy podemos residir aquí y mañana en otra parte, ahí tienen concretado el porqué no podemos concretarnos en nación: todo el mundo, pues todos somos hermanos".

Tales ideas *universales,* con su correlativa indiferencia ante los problemas nacionales de nuestra revolución, eran usuales en este tipo de *socialista golondrina*, que constituia la base fundamental del partido de Juan B. Justo en sus comienzos. ¿Qué significación tenía para ellos esa confusa abstracción llamada América Latina? La vaguedad *internacionalista* del Partido Socialista que unía a los obreros inmigrantes a su patria de origen y a la socialdemocracia europea, revestía mucha mayor realidad. Se comprenderá entonces el aislamiento de Ugarte. Ya al estallar la guerra de 1914 la socialdemocracia, de la cual el Partido Socialista era una simple réplica colonial, constituia un *cadáver insepulto*, ligado al apogeo y a la descomposición del capitalismo mundial. Años antes Manuel Ugarte había sido el representante del Partido Socialista ante el Buró de la Segunda Internacional. Había asistido en tal carácter a las reuniones y congresos internacionales de Europa. En ellas había defendido el derecho de las colonias a luchar por su independencia nacional ante la explotación inicua de las potencias *civilizadas*. Como culminación de las diferencias apuntadas, Ugarte fue expulsado de su partido. Juan B. Justo aplicaba a la Argentina semi colonial el mismo metro político que al Imperio Británico, al país oprimido idéntica táctica que al país opresor. Esta política sólo podía conducir a dificultar y oscurecer la lucha por una revolución que surgiera de las necesidades del país y del continente. El Partido Socialista desempeñó ese papel diversionista con una política invariable. En ese hecho reside la significación de la expulsión de Manuel Ugarte. Con su separación del socialismo, sucumbía un posible socialismo nacional y se entronizaba en la micro-secta un concepto estéril de la política argentina.

En los mismos días que el grupo de Justo separaba de sus filas a Manuel Ugarte, *La Vanguardia* comentaba los disturbios civiles de México. En el artículo se negaba la participación imperialista en estos conflictos. Por el contrario, se responsabilizaba a los gobiernos y al pueblo mexicanos del atraso del país en los siguientes términos:

"Ya había salido de Estados Unidos el primer buque a vapor que surcara los mares, ya cruzaban aquel país líneas férreas y el teléfono, ya sus instituciones políticas llamaban la atención del mundo y el dictador Santa Ana se oponía a la construcción del primer ferrocarril, porque según él iba a quitar el trabajo a los obreros. Nada extraño, pues, que a mediados del siglo pasado la exuberante civilización norteamericana, en dos pequeñas expediciones militares, quitara extensos territorios no al pueblo de México, formado por miserables y esclavizados peones, sino a la oligarquía de facciosos que lo gobernaban".

Con estas sabias palabras, el órgano de Juan B. Justo justificaba históricamente la piratería imperialista norteamericana, realizada a costa del pueblo mexicano que intentaría más tarde, con Emiliano Zapata y sobre todo con el General Lázaro Cárdenas, reivindicar una parte de la soberanía nacional. Esta típica actitud socialista, de capitulación completa ante el imperialismo en todos los problemas, era incompatible con la afiliación de Manuel Ugarte. Con su expulsión y con la de Palacios, el ala europeizante del Partido Socialista afirmaba su dependencia de la ideología imperialista y preparaba su ceremonioso ingreso al parnaso oligárquico, como aliado de todas las dictaduras. Ugarte no sólo quedó al margen del Partido Socialista, sino del país entero, de su prensa seria, como de su prensa amarilla. El valiente escritor sintió que se hacía el vacío en torno suyo. Convertirse en el predicador de la unión latinoamericana lo excluyó automáticamente de un país que no se pertenecía a sí mismo. La oligarquía dominante se sobrevivía en el poder rematando anualmente la soberanía en los mercados internacionales y envenenando con su opacidad la atmósfera intelectual de la Nación. El divorcio de Ugarte con el Partido Socialista planteó el antagonismo entre el movimiento obrero y la comprensión de la revolución nacional. Si Ugarte quedó aislado de la clase obrera, el proletariado mismo quedó separado de las grandes masas argentinas. Debían transcurrir varias décadas para que la *argentinización* de la clase obrera, por obra del desarrollo industrial, permitiese al

proletariado retomar en sus manos la bandera nacional de la revolución e influir por vez primera en los destinos del país. Todo lo cual se revelaría con un súbito resplandor en 1945.

Manuel Ugarte y la primera guerra imperialista

El estallido del conflicto europeo en 1914, dividió a la Argentina en dos bandos irreconciliables. Sin embargo, Ugarte, lo mismo que José Ingenieros y otras figuras antiimperialistas de la época, permanecieron al margen de la formidable presión que tanto los aliados anglo-franceses como los imperios centrales (Alemania, Austria y Hungría) ejercían en la Argentina para inclinar la opinión en su favor. Ugarte mantuvo una posición argentina y latinoamericana de equidistancia, tendiente a salvaguardar la soberanía de nuestros pueblos. En 1916 fundaba en Buenos Aires el diario *La Patria*, que sólo vivió tres meses. El escritor decía en su primer número:

"Un país que sólo exporta materias primas y recibe del extranjero los productos manufacturados, será siempre un país que se halle en la parte intermedia de su evolución. Y esa etapa conviene sobrepasarla lo más pronto posible, fomentando de acuerdo con las enseñanzas que surgen del enorme conflicto actual, un gran soplo reparador de los errores conocidos, un sano nacionalismo inteligente que se haga sentir en todos los órganos de la actividad argentina... Nos opondremos venga de donde viniere a todo acto de carácter imperialista que pueda lastimar los derechos de las repúblicas hermanas. Aprovechando la situación especial que determina la guerra debemos hacer pues lo posible para crear los resortes que nos faltan y no pasar de la importación europea a la importación norteamericana, como un cuerpo muerto que no puede moverse por sí mismo y siempre tiene que estar empujado por alguien. Los que arguyen que aumentará el precio de los artículos se olvidan que precisamente desde el punto de vista obrero, la industria resulta más necesaria. Abaratar las cosas en

detrimento de la producción nacional, es ir contra una buena parte de aquellos que se trata de favorecer, puesto que se le quita el medio de ganar el pan en la fábrica. Disminuir el precio de los artículos y aumentar el número de desocupados resulta un contrasentido. Interroguemos a millares y millares de hombres que pululan en la calle buscando empleo a causa de las malas direcciones de la política económica; preguntémosle qué es lo que eligirían, vivir más barato o tener con qué vivir. ¿De qué sirve al obrero que baje el precio de los artículos si no tiene con qué comprarlos? El temor a la vida cara es uno de los prejuicios económicos más atrasados y lamentables, la vida es siempre tanto más cara cuanto más próspero y triunfante es un país. Todo se abarata en cambio en las naciones estancadas y decadentes.

"La vida es barata en China y cara en Estados Unidos, pero como los salarios van en proporción con la suma de bienestar de que esos grupos disfrutan, la única diferencia es que unos viven en mayúscula y otros mueren en minúscula. Basado en estas consideraciones vengo a dar el grito de alarma. No se trata de teorías de proteccionismo o librecambio. Se trata de una enormidad que no debe prolongarse. El proteccionismo existe entre nosotros para la industria extranjera, y el prohibicionismo para la industria nacional. Si queremos favorecer no sólo los intereses de los habitantes de nuestro territorio, sino las exigencias superiores de nuestra patria, si deseamos trabajar para el presente y para el porvenir, tendremos que prestar atención a lo que descuidamos ahora. Se abre en el umbral del siglo un dilema: La Argentina será industrial o no cumplirá sus destinos".

El diario *La Patria*, que expresaba de una manera tan coherente los puntos de vista del nacionalismo económico, fue ahogado en noventa días. Todavía las vacas hacían la política argentina. Si la neutralidad pudo ser mantenida, ello se debió a la firmeza con que el viejo caudillo radical Hipólito Yrigoyen concentró en esa política las últimas energías del país. El aislamiento personal de

Ugarte se acentuaba. Cuando estalló la guerra,

"Fui hispanoamericano ante todo. Defendí la integridad de Bélgica porque vi en ella un símbolo de la situación de nuestras repúblicas. Pero no me dejé desviar por un drama dentro del cual nuestro continente sólo podría jugar un papel subordinado o de víctima; y lejos de creer, como muchos, que con la victoria de unos de los bandos se acabaría la injusticia en el mundo, me enclaustré en la neutralidad, renunciando a fáciles popularidades para pensar sólo en nuestra situación después del conflicto".

La actitud de Ugarte no obedecía a una improvisación, sino que continuaba una política solitaria y audaz, tanto más patética frente a la indiferencia general. Había iniciado su campaña latinoamericana en 1900, en el diario *La Epoca* de Madrid, la había continuado en la *Revue* de París, la prolongó en *El País* de Buenos Aires que dirigía el Dr. Pellegrini, mientras fundaba el comité Pro México para luchar contra la intervención norteamericana en aquel país. Con esos mismos propósitos fundaba y presidía durante la guerra mundial la Asociación Latinoamericana, a fin de

"Fomentar el acercamiento de las repúblicas hispanas y combatir en todas sus manifestaciones el imperialismo del norte".

Poco después de desembarcar tropas yanquis en Santo Domingo, Ugarte era invitado por varias universidades a dictar conferencias en las Antillas y México.

"A mí no me tocaba averiguar si el imperialismo estaba desarrollando en Europa una acción benéfica o no; lo que me concernía era la acción y el reflejo de esa política en el Nuevo Mundo; y como todo continuaba siendo fatal para nuestras economías, combatí otra vez sin cuidarme de problemas extraños, ya que los extraños se han cuidado en todo tiempo tan poco de nosotros".

En el curso de esas conferencias, Ugarte puntualizó:

"Debe saberse que no tengo más partido que el que se deriva de los intereses de mi América".

En numerosas oportunidades Manuel Ugarte repitió las pala-

bras de Taft, mientras era ministro de Teodoro Roosevelt, pronunciadas en un discurso del 21 de febrero de 1906:

"Las fronteras de los Estados Unidos terminan virtualmente en Tierra del Fuego".

Veinte años más tarde, otro gran olvidado, José Ingenieros, hermano de Ugarte en la lucha antiimperialista, contestaría desde París al imperialista Taft:

"Los latinoamericanos deben tender a formar una confederación contra el panamericanismo, porque Río Grande no solamente es la frontera de México sino de la América Latina".

José Ingenieros, la Reforma Universitaria y el antiimperialismo latinoamericano

Del mismo modo que a Ugarte, a José Ingenieros se lo aplastó en vida. A diferencia de Ugarte, para quien el silencio es total, a Ingenieros le han fabricado una gloria póstuma tejida de malentendidos. Se ha olvidado de Ingenieros aquello que constituyó la base de su prestigio continental, que fue su lucha antiimperialista y su defensa de la unidad de América Latina. En su libro *Escritores Iberoamericanos del 1900* Ugarte evoca a José Ingenieros:

"En la era de los generales, nuestra América alentó por lo menos patriotismo; en la era de los doctores *no cultivó más que ambiciones individuales. La vida pública, al subalternizarse, tuvo por eje la intriga de comité. Y los únicos intelectuales tolerados por los políticos resultaron aquellos que presentaban plenas garantías de nulidad o un pasado de sometimiento que los ponía al servicio de intereses menores. Huelga añadir en este caso también que los últimos días de Ingenieros fueron inseguros. No le perdonaron nunca las bravas verdades que dijo en* El Hombre Mediocre. *En vano dio un salto a México. Inútilmente volvió a Europa. No encontró grieta que le permitiese abrirse paso para cumplir su destino. No hubo cuartel para su independencia. Había*

practicado lo que más duramente se castiga: la sinceridad. Teniendo voz continental, no disfrutó de la más vaga influencia en un villorio argentino".

De Ingenieros sólo sobreviven sus sermones morales, pero el Ingenieros amigo de Felipe Carrillo (el caudillo agrario mexicano), del Ingenieros fundador de la Unión Latinoamericana, del luchador antiimperialista, nadie se acuerda. Al evocar las sugerencias de Ingenieros a Felipe Carrillo, Sergio Bagú escribe:

"A la distancia Ingenieros fue su consejero y en aquellas iniciativas radicales que llevó a cabo coincidieron en un todo las palabras del pensador con las medidas del estadista.

Ingenieros escribió a Carrillo que aun manteniendo la más completa solidaridad moral con la Revolución Rusa, no convenía adherir a la III Internacional ni ligarse al Partido Comunista, aunque descartando toda vinculación con la Segunda Internacional y con los socialistas reformistas que servían los intereses de las potencias aliadas. También le expuso la necesidad de adaptar la acción de su partido al medio en que actuaba, recordándole que la fuerza más grande de los revolucionarios rusos se debió al profundo sentido nacionalista de su obra. El diario *El Popular* de Mérida, al reproducir la extensa carta en que le hablaba de esta política, interpretaba su criterio con este título: "Un gobierno socialista resulta el más leal y sincero defensor de los intereses nacionales". No le ocultó la ventaja de dar un carácter latinoamericano al movimiento, por considerar que nuestros países están en la situación de estados proletarios frente al capitalismo imperialista de Estados Unidos y que representa el único peligro común para la independencia de nuestros pueblos.

Tampoco fue ajeno Ingenieros al movimiento de la Reforma Universitaria. Dicho movimiento estudiantil llevaría a través del continente las ideas expuestas por Manuel Ugarte varios años antes y que cristalizaría en el Perú con la fundación de un gran partido de masas: La Alianza Popular Revolucionaria Americana, dirigido por Víctor Raúl Haya de la Torre. Digamos brevemente

que la guerra de 1914 planteó por primera vez en un plano continental el problema de la unificación política de América Latina y la realización de las tareas democráticas incumplidas. Su reflejo en el campo estudiantil lo constituyó la Reforma Universitaria, cuyos dos aspectos principales eran: 1º) Luchar por los principios de la revolución democrática y por la unificación de América Latina. 2º) Democratizar la vieja Universidad de sus resabios feudales a fin de preparar los técnicos que construirían la nueva gran nación.

Al fracasar la revolución, sólo quedaron en pie los aspectos formales de la Reforma; vaciada de su contenido antiimperialista y latinoamericana, la Reforma fue una pura forma que imbuyóse en el curso de los años posteriores de un contenido diametralmente opuesto al de su origen. El imperialismo canalizó la voluntad de combate del estudiantado, particularmente en la Argentina y la generación del 45 fue un melancólico testimonio del fracaso del movimiento reformista: inaugurado en una lucha continental contra el imperialismo, concluyó a su servicio. Sólo en el Perú, donde el movimiento de la Reforma Universitaria se expresó con la fundación del APRA, profundizando y llevando al combate político a la nueva generación, la Reforma Universitaria pudo acreditarse un triunfo real. Allí vive.[1] En la Argentina, por el contrario y con la excepción de Gabriel del Mazo y Julio V. González, el resto de sus inspiradores y teóricos o bien han muerto en la soledad y en el olvido, como Deodoro Roca y Saúl Taborda, o bien se han pasado con armas y bagajes a las filas del imperialismo democrático. La Reforma sirvió posteriormente para que diversos grupos de arribistas usufructuaran en camarillas enquistadas en la Universi-

(1) La suerte posterior del APRA peruano, como la del MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario de Bolivia) o la del peronismo argentino, requeriría un análisis especial. (Nota de 1993).

dad una vieja bandera prestigiosa. Los estudiantes de 1918, faltos del apoyo de una Nación continental en marcha, debieron transformarse en burócratas, venderse a las empresas imperialistas como técnicos o vegetar en la oscuridad más completa.

La fundación de la Unión Latinoamericana

El 21 de marzo de 1925 se fundaba la Unión Latinoamericana. Su acta inaugural era firmada por José Ingenieros, Gabriel del Mazo, Alfredo L. Palacios, Julio V. González, Carlos A. Amaya y otras figuras. Su programa afirmaba los principios sustentados por Manuel Ugarte en sus campañas:

"La Unión Latinoamericana ha sido establecida para mantener y realizar estos propósitos fundamentales: coordinar la acción de los escritores, intelectuales y maestros de América Latina, como medio de alcanzar una progresiva compenetración política y moral en armonía con los ideales nuevos de la Humanidad. Orientar las naciones de la América Latina hacia una confederación que garantice la independencia y la libertad contra el imperialismo de los países capitalistas extranjeros, uniformando los principios fundamentales del derecho público y privado y proponiendo la creación sucesiva de entidades jurídicas, económicas e intelectuales de carácter continental. La Unión Latinoamericana afirma su adhesión a las normas que a continuación se expresan, solidaridad política de los pueblos latinoamericanos y acción conjunta en todas las posiciones de interés mundial, repudiación del panamericanismo oficial y supresión de la diplomacia secreta. Oposición a toda política financiera que comprometa la soberanía nacional y en particular a la contratación de empréstitos que consientan o justifiquen la intervención coercitiva de Estados capitalistas extranjeros. Reafirmación de los postulados democráticos en consonancia con los avances recientes de la ciencia política, nacionalización de las fuentes de riqueza y abolición del privilegio económico".

Manuel Ugarte debía encontrar a José Ingenieros una noche del mismo año de 1925 en París. El 29 de junio se realizaba en la rue Danton un acto público que reunía a más de dos mil estudiantes latinoamericanos. Para afirmar su lucha contra el imperialismo yanqui y su defensa de la unidad de América Latina hablaron en esa velada Miguel de Unamuno, el maestro de la juventud mexicana José Vasconcelos, nuestro Manuel Ugarte, Eduardo Ortega y Gasset, el caudillo aprista peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, el líder estudiantil uruguayo Carlos Quijano, más tarde director del semanario *Marcha* y el poeta de Guatemala, Miguel Angel Asturias. Presidió el acto José Ingenieros, quien debía encontrarse una vez más en la misma trinchera antiimperialista con su amigo Ugarte.

Los comienzos de la "década infame"

Al cumplirse el X aniversario del triunfo de la Revolución de octubre de 1917, Manuel Ugarte visitó Moscú en compañía de algunos escritores invitados por el gobierno soviético para ocultar bajo los oropeles del festejo el aplastamiento de sus opositores. Allí conoció al diputado francés Couturier, al pintor mexicano Diego Rivera, al escritor norteamericano Scott Nearing, autor del famoso libro *La diplomacia del dólar* y también se entrevistó con Chicherín, entonces Comisario de Relaciones Exteriores. Por esas vinculaciones con los *compañeros de ruta*, Ugarte fue invitado a presidir el consejo de dirección del semanario *Monde* en compañía de Henri Barbusse, Máximo Gorki, Upton Sinclair y Miguel de Unamuno. En "Monde", Ugarte, siempre independiente de toda tendencia política que no fuese su propia lucha por la unidad latinoamericana, tuvo oportunidad de escribir varios artículos sobre el tema de sus preocupaciones.

Ugarte reside en esos años en Niza o en París, solo y olvidado, lejos del país que lo desconocía y del continente que lo había aclamado en sus giras triunfales.

En 1932 Gabriela Mistral dirigía al Presidente de la Argentina,

general Agustín P. Justo, un mensaje firmado por Ramón Pérez de Ayala, José Vasconcelos, Francis de Miomandre, Rufino Blanco Fombona, María de Maeztu, Jean Cassou, Enrique Diez-Canedo, Alberto Insúa, Manuel Machado, Eduardo Santos y otros conocidos escritores, solicitando para Manuel Ugarte el gran Premio Nacional de literatura argentina. El representante más característico de la oligarquía anglófila de esa época, se abstuvo de contestar el mensaje.

"Las memorias que se publicarán después de mi muerte —escribía años más tarde Ugarte— y que se hallan, huelga decirlo, en lugar seguro, ayudarán a comprender la confabulación que desde que abordé el problema continental no me ha permitido ocupar una modesta cátedra de literatura ni obtener siquiera una jubilación como periodista".

Vivió en Francia durante los años convulsionados que precedieron a la segunda guerra hasta que una nueva tentativa de reencontrarse con el país lo empujó a las playas argentinas en 1935. Llegaba en pleno corazón de la "década infame".

Las nuevas generaciones desconocen ese período político de la historia argentina y no es ningún accidente que la llamada *generación del 45* que actuó en el maquis pro imperialista en lucha abierta contra la clase obrera y Perón, haya sido el corolario inevitable de la etapa iniciada con la revolución septembrina. La "década infame" en la Argentina coincide con la etapa más negra de toda la historia del capitalismo. Es el período de la marcha siniestra del fascismo, de la derrota de la revolución española a manos de Franco y del frente popular stalinista, de los procesos de Moscú, donde se extermina a toda la vieja generación revolucionaria y del estallido de la segunda hecatombe imperialista. En la Argentina esa época se manifiesta por una actitud de entrega total del país a la colonización extranjera. El yrigoyenismo yace sofocado bajo la lápida de la camarilla alvearista, comprometida con la oligarquía conservadora. El partido Socialista alcanza su manifestación más reaccionaria. El Partido Comunista efectúa saltos epilépticos del

ultraizquierdismo más sectario al frentepopulismo más abyecto. El movimiento obrero agrupa apenas a dos centenares de miles de afiliados a la C.G.T., organización al servicio del imperialismo, que introduce la desmoralización y la apatía en el proletariado.

En este ciclo funesto se extiende un piadoso olvido sobre aquella generación frustrada de Manuel Ugarte, José Ingenieros, Leopoldo Lugones y Alfredo Palacios, este último en perpetuo compromiso con el ala reaccionaria de la Casa del Pueblo. Sometido a la disciplina partidaria, Palacios sólo evoca circunstancialmente los ideales de su juventud.

El antifascismo y el frentepopulismo corrompen todo lo que tocan. El movimiento político *democrático* de la Argentina parece circunscripto a la lucha **contra el fascismo**, en el mismo momento que el imperialismo yanqui y el imperialismo británico se disputan el monopolio de nuestra soberanía política y económica. La reforma universitaria de 1918 había dado nacimiento a una nueva generación que se colocaba bajo la divisa de la lucha contra el imperialismo y por la unidad de América Latina. Los maestros y precursores de ese movimiento, Ugarte en primer lugar, desaparecieron en la lobreguez de la década infame, pero no fueron reemplazados por otros nuevos. La lepra stalinista hizo de esa década su década. La oligarquía en la Casa de Gobierno, el alvearismo en la Casa Radical, el *socialismo* en la Casa del Pueblo, el stalinismo en el movimiento obrero, los ganaderos en el Jockey Club y la Constitución Nacional refugiada en la farola de *La Prensa*, tal era la situación espectacular de aquellos años de fraude y de vileza imposibles de superar. Tal era la escena y los actores que servían los designios del imperialismo —el verdadero poder detrás del trono—, el amo auténtico de todos ellos, que otorgaba a cada títere un papel de la comedia. Ese era el panorama que descubrió Ugarte al desembarcar en 1935.

Dicho período consagró la celebridad política de Lisandro de la Torre, un *progresista* liberal tolerado por la oligarquía. Del mismo modo, era consentida en Córdoba la *intransigencia* de Sabattini.

Tan bajo había caído el nivel moral y político del país que la oligarquía triunfante podía permitirse el lujo de admitir su propia oposición y de elegir a su cabeza al jefe de los ganaderos menores del Litoral. De ese modo Lisandro de la Torre, cuya integridad personal está fuera de duda, recibió la consagración del stalinismo y de las *fuerzas progresistas* que veían en el político santafesino al único luchador antiimperialista producido por esa época. Al fin y al cabo el *antiimperialismo* de Lisandro de la Torre se redujo a exigir a la oligarquía de Buenos Aires justicia económica para el grupo de ganaderos menores del interior que vendían al mercado interno.

De la Torre reclamaba una participación de los pequeños productores de carne en las sabrosas cuotas de exportación, la creación de frigoríficos nacionales y el fortalecimiento de la CAP. Su nueva "representación de los hacendados" menores destacaba que ellos vendían al mercado interno a precios inferiores a los cobrados por los grandes invernadores de la Provincia de Buenos Aires en los mercados internacionales. Se trataba, en el fondo, de un *antiimperialismo* dirigido a una democratización de las cuotas de exportación y a la exigencia de defender los precios frente al imperialismo comprador. Todo el *resto* dejaba de interesarle, pero el resto era precisamente todo. La lucha de un sector ganadero contra el núcleo privilegiado de la oligarquía, ligado directamente al capital británico fue interpretada por el stalinismo y otras fuerzas semejantes como una lucha contra el imperialismo. El propio Don Lisandro, el último de los grandes liberales, no se engañaba respecto a su misión política, que consideraba destinada al fracaso. Se había acabado la época de un *liberalismo sano* y cuando su mano empuñó el revólver que concluiría con su vida en 1939, el gran orador sabía que no podía vencer a la oligarquía porteña en su propio terreno. Cabe imaginar, si así se trataba a De la Torre, qué actitud podría observar el sistema oligárquico hacia luchadores como Ugarte.

Con la década del 30, los socialistas disipan toda esperanza de

cumplir una misión histórica vinculada a la emancipación de los trabajadores. Durante la "década infame" ocupan numerosas bancas parlamentarias en el Congreso de la oligarquía aprovechando la abstención del radicalismo, en protesta por el fraude. Legalizan así el régimen "falaz y descreído". Manuel Ugarte, por su lado, había vivido en Europa. Devoraba la amargura de un destierro voluntario, execrado por el núcleo antinacional dominante. De retorno a la Argentina había sido borrado de las columnas del periodismo paquidérmico para siempre. *La Vanguardia*, para mayor irrisión, deformaba malignamente la conducta política de Ugarte.

El diario de Juan B. Justo decía:

"El paladín de las oligarquías latinoamericanas hace bien en ocupar su puesto de puntal y defensor de la oligarquía argentina, amenazada por el formidable empuje de la conciencia política e histórica de su pueblo laborioso y fecundo, encarnada y representada por el Partido Socialista".

Para muestra antológica nada más concluyente.

Ugarte vivió tres años en Buenos Aires. Asistió conmovido al suicidio y el aniquilamiento moral y económico de toda una generación de escritores. Entre 1937 y 1941 se suicidaron Horacio Quiroga, Leopoldo Lugones, Alfonsina Storni, Enrique Loncán, Edmundo Montagne. En este grupo figuraban algunos de los más originales artistas del país. Las fugaces necrologías, los discursos de circunstancias, no se detuvieron a explicar el sentido profundo de la tragedia. No faltó algún comedido que redujera el asunto a la anécdota inmediata, a la razón precisa, clínica o económica. Ugarte percibió de modo más hondo el problema. ¡Cómo para dudar! También Ugarte sufría, como toda la inteligencia nacional. Era una enfermedad social la que se manifestaba en esa oleada de desapariciones de escritores que no podían soportar más la atmósfera de un país sumido en la decepción. El mismo Ugarte cita a uno de los personajes de la novela de Manuel Gálvez, ***Hombres en soledad***. Ninguna descripción hace justicia al tema mejor que esta página arrancada de la ficción:

"Ni mil personas me leen en un país de 13 millones de habitantes. Me elogian los diarios por rutina, porque hay que elogiar a todo el mundo. Los críticos no se dan cuenta de nada. Los hijos de mi espíritu han nacido muertos. Me consuelo pensando que lo mismo les pasa a mis colegas, algunos muy distinguidos. ¿Para qué trabajamos aquí los escritores? ¿Para qué vivimos? ¿Para qué vivo yo?, me pregunto. ¿Para qué pierdo mis mejores años escribiendo? Tal vez por deber, porque escribir es mi vocación y mi oficio verdadero. Y sin recompensas, en el ambiente más utilitario y menos comprensivo que pueda imaginarse. Me explico que otros fracasados como yo —esta es la tierra de los fracasados del espíritu— busquen honores, altos cargos, que se construyan una segunda naturaleza de cálculo, de engaño de sí mismos, de simulaciones cotidianas, de arrestos de falsa importancia. Yo no creo en los honores, ni me interesan los cargos. Si fuera rico nos iríamos aunque fuese al fin del mundo. Yo no soporto este ambiente que es peor cada día. Mi salvación estaría en Dios, pero creo poco, o en la acción, pero no sirvo para eso. Mi drama no es individual, es el de los argentinos de más rica sensibilidad; la causa del mal no está en nosotros sino en el país, en esta especie de factoría en que hemos nacido y vivido".

Para hablar del drama de su generación y del escritor argentino en general, quizá sea lo mejor ceder la palabra. Aludiendo al carácter superfluo que la sociedad oligárquica infundía a la profesión de escritor, Ugarte escribía:

"Cuando se le ha negado talento, se le ha calumniado, se le ha torturado en todas las formas y a pesar de eso no se descorazona y no se rinde, se le acorrala y se le quita la posibilidad de vivir. Hay que acabar de cualquier modo con el testigo molesto. Sólo al cabo de los años, cuando los huesos se han convertido en polvo, se alzará alguna voz para decir que llenó una función social, que hizo un bien a la patria. En vida, la notoriedad no será más que un blanco para que los transeúntes ensayen la puntería de la injuria y sacien su instinto de matar. Así entramos —cuando entramos—

a la posteridad, como si resucitásemos de las trincheras, cubiertos de barro y de piojos, después de una guerra mundial del egoísmo".

Ya veremos cómo Ugarte define las razones concretas de su aislamiento. El 27 de octubre de 1938, al sepultar los restos de Alfonsina Storni, su amiga de un cuarto de siglo, Ugarte habló en nombre de la Sociedad de Escritores. Lugones, amigo de su juventud, había muerto pocos meses antes. Ugarte estaba más solo que nunca y Buenos Aires lo había olvidado por completo. Se fue a vivir a Chile. Allí repasó su vida y sus luchas. Se persuadió amargamente que la nueva generación lo ignoraba. En su epílogo a *Escritores iberoamericanos de 1900* escribió palabras despojadas de toda ilusión:

"Hablo de lo que he visto y vivido durante cuarenta años de actividad literaria y está dentro de la lógica que el autor al terminar pida permiso al lector para ocupar un momento el primer plano. Si a alguno ha de parecer vanagloria, a otros extrañaría el silencio, dado que entregamos al público la intimidad de una generación. No he de retener la atención mucho tiempo. La resistencia tenía que agravarse en mi caso con la hostilidad provocada por los libros contra el imperialismo y las giras de conferencias alrededor de Iberoamérica. La Patria Grande, Mi Campaña Hispanoamericana, El Porvenir de América Latina y El destino de un continente *(publicados entre 1910 y 1923) así como la prédica que me llevó a recorrer las capitales atacando la prepotencia norteamericana, lastimaban, no cabe duda, los poderosos intereses que regulan la vida de Iberoamérica. El imperialismo estaba en su papel al tratar de ahogarme. Pero desconcierta que algunos gobernantes de nuestras repúblicas se aviniesen a secundarlos buscando pretextos para esconder la abdicación. Yo no había hecho más que defender a mi patria en momentos en que desembarcaban tropas extranjeras en Cuba, en Nicaragua, en Santo Domingo, en Panamá. La campaña fue absolutamente desinteresada. Agoté en el curso de ella mi peculio. No hay por otra parte a lo largo de mi existencia una sola mancha que se me*

pueda reprochar. Sin embargo, el ostracismo anuló bruscamente toda posibilidad de acción, la calumnia me restó autoridad y se acumularon los factores que crean el clima irrespirable".

Escribía estas palabras junto al Pacífico, metido en su torreón de piedra, de cara a la soledad y al mar. Corrían los días oscuros de 1942, cuando las potencias fascistas se disponían a conquistar el mundo y las potencias *democráticas* aceptaban la jefatura norteamericana para salvar alguna migaja de sus posesiones coloniales. Manuel Ugarte mantuvo durante la segunda guerra imperialista la misma firme actitud que durante la primera conflagración. Y del mismo modo que Ugarte apenas lograba sostener su diario *La Patria* tres meses en 1916, Raúl Scalabrini Ortiz sólo podía escribir su *Reconquista* cuarenta días.

En el movimiento obrero, sólo unos pocos mantuvieron la bandera de lucha contra la guerra imperialista. Caracterizamos públicamente la participación argentina en ese conflicto como una entrega a la soberanía nacional del pueblo argentino. Ugarte apretó los dientes. Soportó en estoica soledad los años de ese período siniestro.

El nuevo capítulo de la historia argentina se abrió el 17 de octubre de 1945 con la revolución nacional. Fue iniciada y protagonizada por la clase trabajadora del país y el Ejército. Sus vastas ondas recorren aún el continente donde cuarenta años antes la voz de Manuel Ugarte había convocado a la lucha. De la ancianidad y el olvido lo rescató la revolución nacional. Perón lo designó Embajador en México, y luego en Nicaragua y Cuba. Tuvo allí dificultades administrativas en el Ministerio de Relaciones Exteriores con ese género de burócratas que nacen fatalmente al costado de las revoluciones, y que, si son incapaces de luchar por ellas, son muy capaces de aprovecharlas y si llega la oportunidad, de estrangularlas.

En esos países hermanos Ugarte fue el mejor representante de una Argentina dueña de sí misma. Por socialista y por patriota, por antiimperialista resuelto y por precursor de la bandera de la

Revolución Nacional, le rendimos hoy nuestro homenaje y lo redescubrimos para la nueva generación del continente.

Buenos Aires, agosto de 1953

CAPITULO 11

Una melancólica sociedad victoriana

Resulta muy aleccionante que entre 1953 y 1980, la edad de una generación, la atormentada realidad argentina haya podido comprimirse en la visión de dos grandes artistas: Ernesto Sábato, con su novela ***El túnel*** y las lúgubres obsesiones que la recorren y, en otra franja del universo estético, "***Carne picada***", de Jorge Asís. Ambas obras contienen y revelan, entre lágrimas y sarcasmos, los grandes relámpagos internos de una sociedad que los viejos políticos han renunciado a comprender. Pues, en resumidas cuentas, a muchos les resultaría difícil admitir que a partir de la caída de Perón —y no antes— la Argentina conoció de nuevo Ushuaia, fusilamientos (de los generales Valle, Cogorno y otros), las masacres obreras (en los basurales de José León Suárez), el Plan Conintes implantado por Frondizi contra el movimiento obrero, y, en fin, el pedido del democratísimo canciller radical Zavala Ortiz a la dictadura brasileña, para que el avión que traía de regreso a Perón fuese retenido en el aeropuerto de El Galeao en 1964. Enseguida, el golpe de Onganía. Y luego, el terrorismo naciente de los estancieros y fascistas (Diego Muniz Barreto y Firmenich), el asesinato de los generales Aramburu y otros, de los dirigentes obreros Vandor, Alonso y muchos más. En fin, tras una pausa milagrosa, —la del triunfo del 23 de septiembre de 1973— la caída en el terrorismo generalizado: Montoneros, ERP, FAR, las Triple A, los servicios secretos del Estado y las FF.AA. Fue una marea alucinante donde los terroristas y los contraterroristas diezmaron a inocentes de todos los bandos. Y, a continuación, el sexenio siniestro.

¡Y pensar que lectores desprevenidos se preguntaban con candor, algunos años antes, de dónde sacaba Sábato sus pesadillas y quizás con ironía se interrogaban sobre los artificios a que se libraban en su oficio los extraños magos de la palabra! Pues bien, es preciso reconocer que los novelistas, poetas y profetas de aquella Argentina arcaica penetraron profundamente el secreto de sus tranquilas vísperas. Pero deseo reiterar aquello que dije al comienzo: hace un cuarto de siglo que el país se deslizó, cada día más rápidamente, hacia un abismo sin fin de horror y decadencia. Y esta temporadita en los infiernos comenzó justamente a partir del momento en que los demócratas y el gran capital extranjero arrojaron del poder al famoso tirano.

El hundimiento del viejo orden

En grandes líneas, ¿cuál es el "núcleo motor" de semejante proceso? ¿qué fuerzas empujaron al país hacia la *Pequeña Argentina*? Es verdaderamente asombroso que todavía ningún personaje de la política, la economía o de los gobiernos militares haya reflexionado sobre las causas más hondas de esta crisis. No parece descabellado deducir que semejante parálisis intelectual obedezca al hecho de que los mismos factores que trajeron al mundo hace cien años a una Argentina exportadora, y europeizada hasta sus últimas fibras, aquella sociedad victoriana posterior al noventa, que engendró partidos políticos, instituciones y visiones particulares de una cultura de factoría, sean justamente los que impiden que los tripulantes de la gran nave puedan pensar en nada mientras se hunden con ella.

Quizás por tal razón es que percibimos la atmósfera de un fin de época. Claro está que es nuestro deber saber bien qué es lo que queda atrás, ya que de otro modo no podríamos pugnar para abrir el camino a una sociedad nueva. Si no examinamos lo ocurrido, la dolorosa experiencia vivida habrá sido inútil.

En términos rigurosos, ya no hay duda alguna que las grandes

fuerzas internas (la oligarquía pecuaria y financiera) y el poder externo han logrado impedir, de diversos modos, pero en particular por la violencia y por la malformación cultural de las horribles universidades y colegios militares argentinos, que el capitalismo pueda desarrollarse en la Argentina. En otras palabras, la oligarquía del país no quiere capitalismo industrial que desarrolle las fuerzas productivas y que obtenga las mismas ventajas de civilización, ciencia, cultura y bienestar que ha logrado ese sistema en Europa y Estados Unidos. Más aun, el imperialismo, (dando a esta expresión un sentido muy amplio) sea europeo o yanqui, se opone al capitalismo de los países atrasados. Al pasar, ¿no pretendía la URSS crear entre los países socialistas su propia división internacional del trabajo? ¿No ha permanecido Cuba como factoría azucarera?

Formulado tal concepto central, que desmiente las ilusiones de Marx sobre la penetración del imperio inglés y sus ferrocarriles en la India del siglo XIX, muchos exégetas nativos del benéfico capital extranjero nos señalarán con un puntero la pizarra donde figuran numerosas empresas industriales de ese origen en países del Tercer Mundo. Cabe observar que tales empresas ingresan a los mercados internos del mundo semicolonial en procura de una mejoría de la tasa de ganancia y no como parte de ningún plan imperialista. Se aprovechan de las circunstancias políticas de la región dada: si hay dificultades, cierran las fábricas y se retiran del mercado. Pero la tendencia natural de las industrias del capital extranjero desde 1930 a hoy se define como propensa al monopolio del mercado interno y se sitúa en ramas específicas: automotrices o petroleras, básicamente. Por el contrario, los grandes países industrializados prefieren invertir y desarrollar otros países avanzados (capitales yanquis en Europa, por ejemplo) porque ciertos grupos prefieren un marco político menos peligroso que los países semicoloniales.

Pero lo que es una pura evidencia en la Argentina es que los intereses extranjeros y oligárquicos han obstaculizado con éxito el proceso de crecimiento capitalista y cada vez que han podido (y

han podido muchas veces) expulsaron a las fuerzas nacionales del poder, redujeron la política industrial, fabricaron desocupados y facilitaron la emigración de profesionales y técnicos calificados.

El odio a Perón de la oligarquía y las clases medias de la vieja sociedad agraria en el período 1945-1955, y aun después, se fundaba en que Perón representaba una tentativa para alterar el orden rural y exportador, revolucionaba la estructura del Estado improductivo, incorporaba un sistema de planificación. En otras palabras, encarnaba la voluntad de internar a la factoría exportadora en la zona tormentosa del capitalismo moderno. Pero el capitalismo había dejado de ser moderno en cierto sentido, y sobre todo, se oponía a la modernidad ajena. Aunque la división internacional del trabajo había estallado con la crisis de 1930 y Adam Smith yacía en la tumba hacía mucho tiempo, los Estados-astros —que se habían vuelto proteccionistas (basta señalar al Mercado Común Europeo, las subvenciones a los agricultores en Estados Unidos y las limitaciones para el ingreso de autos japoneses)— persistían y persisten en apoyar a las fuerzas oligárquicas de la Argentina que postulan una economía *abierta*, economía que ha dejado de existir en todo el mundo.

Es natural que ante las tentativas del peronismo para tomar el poder, construir la industria pesada, una marina mercante propia, un sistema de seguros y reaseguros argentinos, una flota aérea, una investigación atómica nacional y una red de empresas del Estado que contuvieran la presión extranjera sobre la economía del país, la anacrónica rosca del puerto de Buenos Aires no haya cejado en sus propósitos de impedir la grandeza nacional. Claro está que podríamos preguntarnos cómo ha logrado subsistir dicha rosca y cómo ha conservado su influencia. Esto nos llevaría por ahora demasiado lejos. Pero diremos que la oligarquía derribó a Perón y lo sobrevivió porque:

—El Ejército argentino carece de una formación nacionalista en materia económica, geopolítica y política.

—Las Universidades argentinas, desde hace un siglo, producen

profesionales que conocen mal el país y sólo procuran el éxito personal.

—Los nexos con el imperialismo europeo infundían a las clases agrarias, parásitas o productivas, la idea de que el comercio de carnes o granos aseguraría su bienestar con o sin industria argentina, con o sin soberanía.

—La prensa comercial de Buenos Aires ejerció siempre un papel de superintendencia espiritual del interés extranjero y oligárquico.

—Perón se esforzó por crear un nuevo Estado, pero fracasó en la tarea de crear un nuevo Ejército y una nueva Universidad, así como dejó a la oligarquía y a sus instituciones (Cámara Argentina de Comercio, Sociedad Rural Argentina, los grandes Bancos y financieras etc.) en posesión de un poder hasta hoy incontrastable.

Se pierden los vínculos con Europa

Un hecho nuevo, sin embargo, se fue introduciendo lenta e implacablemente en este cuadro. Este hecho es la quiebra de los vínculos argentinos con Europa. Lejos de unirnos, ahora el Atlántico nos separa de los viejos imperios. Europa occidental se ha encerrado en su autarquía económica y Europa del Este, en una autarquía que ellos llaman socialista.[1] A su vez, la Argentina ha perdido sus mercados tradicionales y debe volverse hacia la América Latina. Pero no se trata, pura y simplemente de sencillos reemplazos en el sistema comercial. Toda la vieja estructura erigida en el país desde antes de 1900 para sostener la integración de la Argentina como provincia agraria de Europa se ha desplomado. Es por esa razón esencial que están en quiebra los grandes frigoríficos. Han envejecido los ferrocarriles diseñados desde las zonas agropecuarias de las tierras centrales para confluir sobre el puerto de Buenos Aires. Ya nadie sabe qué quiere decir el normalismo sarmientino ni dónde queda la *civilización* y la *barbarie* ni cómo reestructurar la enseñanza en todos los niveles. Hoy

parece de un patetismo ridículo esperar el último libro de Francia para comprender la última moda o que los ex alumnos argentinos de Universidades inglesas se reúnan a comer mensualmente en su Club Picwick. Hurlingham, Temperley y Banfield se han despoblado de gerentes ingleses ya hace muchos años. Algún anciano funcionario, olvidado en Sudamérica, todavía adquiere con nostalgia, en la calle Florida, la loción de baño James Smart.

Se agrietaban ya hacia 1970 las categorías neopositivistas de Gino Germani. Ningún psicoanalista joven de la misma época creía ya en el santoral litúrgico de la Sociedad Psicoanalítica Argentina, que recibía la suprema inspiración desde la brumosa Londres. La nueva historia socialista, la puesta en discusión de los valores antropológicos, la vetusta política científica de los Houssay, que no conducía a nada (salvo a un Premio Nobel, de sospechoso valor en el mercado), todo estaba en crisis ya en 1970, cuando resuenan las primeras descargas de la demencia terrorista. ¿No disparaban acaso sus armas las chicas que apenas ayer estudiaban en el Sagrado Corazón y los chicos del Champagnat? Deberá comprenderse que aquella Argentina, sentada sólidamente en el comercio exterior y estereotipada en el vano orgullo de ser blanca y europea, había sucumbido para siempre. La incertidumbre en una cultura, así como en un modo de vida, fundados en un vínculo al parecer inextinguible, fue de tal modo corrosiva que, como todas las grandes crisis que afectan a un pueblo, se expandió sutilmente por los canales y sistemas nerviosos de la vieja sociedad, en particular en la *inteligencia*: los militares, las clases medias asentadas, ciertas capas de la Iglesia, en suma, en la Argentina visible. Los hijos de los gorilas se hicieron peronistas. ¿Se hicieron peronistas? Nada de eso. Se pasaron al peronismo para *mejorarlo*. Es decir, para destruirlo por dentro, ya que sus padres, una generación anterior, habían fracasado en destruirlo desde afuera. Los padres gorilas, en 1945 o 1955, habían querido aplastar a Perón y enseñarle al pueblo el significado de la democracia. Ahora la teoría de sus vástagos era la siguiente: *"Este viejo hijo de puta*

arrastra al pueblo y hay que enseñarle al pueblo en qué consiste la revolución". Hasta los hijos de los militares se hicieron *peronistas*, es decir, antiperonistas. Pero esta confusión no era más que aparente.

En 1973 no sólo había llegado a su término lo que restaba del Estado peronista, arruinado por los rosqueros de la oligarquía, sino que el retorno de Perón, como Ulises a Itaca, sólo contenía su último discurso y su inminente muerte. El camino estaba expedito y la locura furiosa de una parte de la clase media, que no se resignaba a un destino mediocre, sirvió una vez más al gran patrón portuario. Podía verse nítidamente que la Argentina exportadora ya no podía seguir adelante. Tampoco la Argentina industrial de Perón era viable si la oligarquía conservaba las palancas reales del poder cultural, financiero y económico. Los generales de 1976 se propusieron poner término al terrorismo, entre cuyos miembros había no escasos parientes del clero o hijos de militares. En realidad, ya que la oligarquía y el poder imperial se oponían al capitalismo nacional como factor de crecimiento, los militares optaron por dejar de crecer. Solo emplearon la palabra grandeza al pie de los mástiles.

Es cierto que muchos argentinos han partido para vivir en otros climas, con un título bajo el brazo, así como sus bisabuelos hace un siglo llegaban iletrados hasta aquí para ganar su pan. Pero quedan aquí muchos millones de argentinos. No son pocos para rehacer una sociedad que los vampiros de esta larga noche han debilitado. Como decía en feliz expresión el Obispo Zazpe, hay una Argentina secreta y ella dará vuelta el poncho y expulsará a los mercaderes.

---

(1) Escrito en 1982

Anemia de la partidocracia argentina

Al examinar el colapso de la partidocracia argentina un perfume a corona fúnebre impregna el espíritu. No podrá dudarse que la naturaleza de esta decadencia se encuentra estrechamente vinculada a la sociedad en cuyo seno se formaron los actuales partidos, el peronismo incluido. Si se toma en cuenta al radicalismo, veremos qué cambios profundos se han producido en su composición desde los tiempos de los gauchi-doctores de Yrigoyen. Las patriadas radicales, que se alzaban con todos sus elementos contra el régimen, no sólo incluían a patricios de notoria estirpe, como el nieto del vencedor de Ituzaingó, o descendientes de camaradas de San Martín, sino asimismo a los últimos soldados de los entreveros jordanistas. Y esto no era todo. Tomaban las armas por la libertad electoral también los hijos o nietos de inmigrantes, empleados ferroviarios de apellido italiano, o antiguos matreros corridos por la alambrada y hasta notorios y recios dueños de reñideros de gallos venidos de las orillas del Rosario. Urbano y rural, conspirador y patriota, mezcla de peones y estancieros, inmigrantes y criollos, el radicalismo se componía de clases sociales y personajes históricos de profundo arraigo. Bastaría echar una mirada al partido de Alfonsín —mixtura de corrupción y cipayismo— para que salte a la vista la diferencia. Es que al cambiar la sociedad ha cambiado el partido. De radical sólo conserva el nombre.

Para oponerse a Yrigoyen se fundó en 1916, como apresurado recurso electoral, el partido Demócrata Progresista. Resultó de la fusión de los grandes núcleos conservadores del país, excepción hecha de los *vacunos* de Buenos Aires, que dirigía el *petiso orejudo* Marcelino Ugarte. Su incómodo jefe resultaría ser Lisandro de la Torre, un liberal, mitrista de familia, hacendado menor y díscolo primo del conservadurismo bonaerense. Había grandes nombres en sus filas de 1916. Luego declinó con el triunfo de Yrigoyen. El suicidio de De la Torre en 1939 puso fin a una tentativa conservadora liberal inviable. Más tarde, la democracia progresista realizó

alianzas tan singulares como la practicada con el Partido Socialista en 1932, con el Partido Comunista en 1946 y con todas las dictaduras militares a partir de 1955.

Poco puede decirse de los conservadores tradicionales, expresión cerril de aquel viejo partido Autonomista Nacional de Roca cuyo sector popular siguió a Yrigoyen. Se avergüenzan de llamarse de derecha (como solían hacerlo en la década del 30) y ahora prefieren denominarse de centro. Pero sus grandes figuras parlamentarias han desaparecido sin reemplazantes. La propia oligarquía conservadora, fundada en los poderosos criadores de ganado, se ha deslizado hacia el terreno fangoso y ultraparasitario de las finanzas y de los negocios internacionales. De este modo, se ha fragmentado su poder. En la Capital Federal las multinacionales tienen su expresión política en Alvaro Alsogaray. Pero los rurales, se resisten a ser representados por este gerente del imperialismo. La división de los centristas parece un hecho irremediable. Sólo los une el poder militar cuando los intereses conservadores encuentran una espada para servirlos.

En cuanto al justicialismo, su crisis ha permitido el triunfo de Alfonsín. Sus inacabables disputas intestinas se han revelado como el mejor sostén que podía soñar el gobierno radical.

Su mayor obsesión actual es la democracia formal. Esto equivale a decir que su esencial preocupación es compartir el contubernio con los radicales, socios a su vez de la banca mundial. A tal situación han venido a parar algunos sectores del gran movimiento fundado por el Coronel Perón. Salvo el astrólogo López Rega, nadie podría predecir su porvenir. Bajo la superficie laten, sin embargo, grandes corrientes revolucionarias sin expresión todavía. Pues vale la pena subrayarlo, es en el único sector de la política argentina donde se encuentran inconformistas y partidarios de la ruptura del *statu quo*, lo que vuelve más trágica todavía la contradicción entre la pasividad de la cumbre y el potencial revulsivo de las corrientes populares que circulan en lo profundo del mastodonte.

La *izquierda* en la Argentina

Si se dejan a un lado, por irrelevantes, los partidos provinciales o localistas, los *condottiere* como Manrique o la patrulla perdida de los viejos radicales guiados por Alende y rodeados de ultraizquierdistas hambrientos de diputaciones, resta considerar la genérica izquierda, nacida casi al mismo tiempo que el Partido Autonomista Nacional y simultáneamente que el radicalismo.

Alejo Peyret y Ave Lallemant, europeos notables, ya habían recorrido la Argentina en el siglo XIX trayendo consigo algunos conceptos generales del socialismo. Pero así como la historia ha demostrado que hay muchos socialismos, también ha probado que la izquierda argentina sólo conoció uno de ellos (disputas teológicas aparte) que fue justamente el que le impidió comprender el propio país.

¿Cuál era su sustancia? Juan B. Justo, maestro de las infinitas izquierdas posteriores, describió la Argentina como un país capitalista, estructurado en clases. Dos de ellas eran enemigas, como decía El Capital: la burguesía y el proletariado. Sin embargo es necesario recordar un hecho: la burguesía (industrial) era casi inexistente; y, como lógica consecuencia, el proletariado apenas estaba en formación. La clase dominante no era la burguesía industrial disecada por Marx, sino la oligarquía terrateniente; y la masa de desposeídos no se encontraba entre los escasos obreros sino entre los mayoritarios peones, changarines, chacareros sin contrato, trabajadores del azúcar o de la vid, pequeños empleados, artesanos pobres, bolicheros. País agrario semicolonial, separado, además, de América Latina, la Argentina adolecía de insuficiencias múltiples: le quedaba por resolver una cuestión democrática y una cuestión nacional. Si la izquierda adoptaba, como lo hizo, una *posición clasista*, semejante conducta *antiburguesa* no sólo apartaba al naciente proletariado de su necesaria alianza con las otras clases explotadas, sino que debilitaba el *Frente Nacional* requerido para una victoriosa lucha contra el imperialismo extran-

jero. El *clasismo*, desde Juan B. Justo hasta los izquierdistas de hoy, sería la justificación doctrinal para que la izquierda se opusiese a Yrigoyen, en su tiempo; y luego a Perón y al peronismo. Todos estos movimientos nacionales eran descalificados como *burgueses*. Recuerdo que en 1945 nuestras discusiones acerca del peronismo recién nacido giraban en torno a si era posible o no apoyarlo, teniendo en cuenta su dirección militar burguesa. Conozco el paño porque he sido sastre.

Socialistas y comunistas coinciden con la oligarquía

La presión cultural euromarxista era tan fuerte que apoyar sin vacilaciones al proletariado argentino en ese año casi suponía una traición al proletariado mundial. Después se vio que al proletariado mundial y en particular, al proletariado europeo la suerte del proletariado argentino le importaba un rábano y la confiaba al imperialismo. Pero había algo de sospechoso en este clásico antiburguesismo de las izquierdas argentinas. Ya hemos dicho que por el propio carácter semicolonial de la Argentina, es decir por su relativo atraso histórico evidenciado en su embrionaria industria, la burguesía nacional era de muy reducido peso social y político. La clase social predominante, en la economía, el gobierno, la cultura, la prensa, las instituciones empresarias, la Universidad, era la oligarquía agraria exportadora. Y esa gravitación era tan poderosa que impregnó el pensamiento de la izquierda hasta nuestros días. La conducta antiburguesa de la izquierda no se fundaba, como se ha creído siempre, en la fascinación intelectual que despertaba El Capital, al que ningún izquierdista había leído ni en el resumen de Deville, ni tampoco en el pensamiento socialista de la clase obrera (que había sido yrigoyenista y luego peronista) sino en el agrarismo antiburgués de la sociedad oligárquica, cuyas ideas eran las verdaderamente dominantes. Así como los socialistas fueron apoyados electoralmente en la Capital Federal por los votos conservadores (para restarle fuerza a Yrigoyen

en la década del 20) a su vez la izquierda se nutría del odio oligárquico hacia la industria nacional. Claro que enmascaraba su política antiburguesa con la augusta autoridad de Marx. Un fenómeno similar había conocido Inglaterra.

Son numerosas las figuras de origen aristocrático que contaba el Partido Laborista. En sus residencias señoriales, o en la Cámara de los Comunes muchos escoceses de origen noble defendían a los obreros industriales que disputaban sus salarios con el burgués urbano, enemigo tradicional de los caballeros rurales. Es una especie de socialismo feudal, digno de tomarse en cuenta. Basta recordar a este efecto que Juan B. Justo y sucesores fueron librecambistas, enemigos de la industria nacional y admiradores de las potencias civilizadas. Justo llamaba *capital espurio* al capital argentino y *capital sano* al capital extranjero. De tal suerte describía su política como *científica* mientras descalificaba a la política argentina como *criolla*.

La alianza reciente del Partido Comunista con un grupo trotskista demuestra la falacia de sus reyertas internacionales y su coincidencia en enfrentar a la clase obrera en nombre del *socialismo*. El Partido Comunista no niega que ha apoyado a la Unión Democrática en 1945; a la Revolución Libertadora en 1955 y a la dictadura de Videla-Viola en 1976. Resulta el partido ideal para aliarse con grupos trotskistas que asimismo han combatido al peronismo; grupos que han exigido al gobierno de Perón la devolución de La Prensa (en poder de la CGT por ley del Congreso) a los Gaínza Paz en defensa de la libertad de prensa; y que hoy adhieren a La Nación de los Mitre, difamadora profesional, contra el Senado que la investiga. Poco podría añadirse acerca de las alteraciones tácticas del Partido Comunista. Pasa con toda naturalidad del apoyo a las dictaduras militares a la vía insurreccional (verbal) así como el grupo de origen fascista Montoneros se hace marxista, terrorista más tarde, para reaparecer hoy con el aura democrática.

La declinación de los partidos formados en el último siglo no

puede ser más evidente. Hay ciertos momentos de la historia en que la sociedad requiere la formación de nuevos partidos. Y otros instantes en que hace falta crear nuevos movimientos para cambiar la sociedad. Tal es el caso de la Argentina actual. Fracasado el nacionalismo agrario de Yrigoyen y el nacionalismo industrial de Perón, el poder oligárquico —financiero y comercial, antes que agrario— permanece intacto a costa de la crisis argentina. Pero remediar una supone eliminar a otro. Los partidos políticos actuales, hijos de un siglo de poder señorial, se han ganado el derecho a una *bella muerte*, como diría Macedonio Fernández. Si las masas populares deben encontrar una esperanza, la patria exige de su genio creador abrir un camino nuevo. Nacionalismo revolucionario y socialismo criollo componen la fórmula del inminente porvenir.

El reciente Congreso del Partido Comunista, cuyas deliberaciones registra "Clarín" con una generosidad y amplitud muy diferente al mutismo que practica sobre todo acto que defienda a las Malvinas o a la patria, ofrece punzantes temas para el análisis. La cuestión central debatida consistió en el carácter revolucionario o "reformista" de ese grupo político. Resulta extraño el tema a 68 años de su fundación. Más aún si esa fundación se realizó como una escisión del Partido Socialista de Juan B. Justo bajo la inspiración inmediata de la Revolución Rusa y de Lenin, su jefe supremo.

Parecería que el carácter revolucionario de un partido fundado bajo tales auspicios que ha reafirmado durante casi siete décadas su condición de "marxista-leninista" , no debería ofrecer dudas. Pero esas dudas, sin embargo son numerosas, tanto dentro del Partido Comunista como fuera de él , aunque por razones distintas.

Una larga trayectoria contra los movimientos nacionales

Brotado del flanco izquierdo del Partido Socialista, el nuevo Partido Comunista conservó los presupuestos básicos de Justo, salvo ciertos aditamentos semánticos. De releer o leer a Justo, los

jóvenes comunistas podrían darse de bruces con muchas sorpresas. Pues el "maestro" había planteado con toda claridad, a principios de siglo, el carácter capitalista de la Argentina y en consecuencia, la vigencia del antagonismo entre el proletariado y la burguesía.

En este aspecto no transigió nunca. A cambio de esta opinión político-sociológica la oligarquía conservadora apoyaba con sus votos al Partido Socialista para reforzar la oposición contra Yrigoyen. Ya en 1896 Justo publicaba en "La Nación" del general Mitre (que aún vivía) varios artículos contra el proteccionismo industrial.

Aconsejaba a los ganaderos exportar trigo al mercado mundial sin involucrarse en la locura industrialista de transformarlo en harina.

Existía una sabia división internacional del trabajo, sostenía Justo que beneficiaba por igual a Inglaterra y a la Argentina y era preciso respetarla. Justo fue toda su vida un librecambista en economía, un mitrista en historia y un spenceriano en filosofía. A pesar de formar otro partido los nuevos comunistas de 1918, los Ghioldi y los Codovilla, jamás sometieron a crítica ninguna de las ideas fundamentales de su maestro. Solo criticaron su "reformismo", que consistía en concebir ilusiones parlamentarias, no muy diferentes a las que los comunistas, por los demás, acariciaron durante toda su historia. La diferencia entre el reformismo de Justo y el "revolucionarismo" de los comunistas revestía un sentido puramente verbal. Aunque también tenía un contenido internacional: hasta hoy, lo que resta de los grupos socialistas se identifican con la burguesía europea bajo el ropaje de la Internacional Socialista mientras que los comunistas reconocen su fuente nutricia en la Union Soviética, sede del que llaman el "socialismo real" con involuntaria ironía. Pero la relación entre las visiones teóricas y el mundo de lo real solo se prueba en la fragua ardiente de la política viva. Tanto el socialismo justista como el comunismo de Codovilla coincidieron en aborrecer a los dos grandes movimientos nacionales del siglo XX, el yrigoyenismo y el peronismo. Ambas tenden-

cias, la "reformista" como la "revolucionaria" , condenaron a Yrigoyen en 1930, cuando era derrocado por el general Uriburu; participaron en el Frente Popular de 1936 (con la democracia progresista y los radicales alvearistas más cipayos); ambos militaron en la campaña anglófila, francófila y sovietófila para introducir a la Argentina en la segunda guerra mundial junto a las "potencias democráticas"; ambos (más los conservadores, demoprogresistas y radicales) integraron la horrorosamente célebre Unión Democrática en 1946 contra el "nazi-peronismo", según la definición científica de Vittorio Codovilla, sobre cuyos oscuros antecedentes como hombre de la KGB en la eliminación de los revolucionarios del POUM en la Barcelona de la guerra civil preferimos ahora no hablar; ambos estuvieron en la Revolución Libertadora de 1955 que derrocó al general Perón y fusiló a militares y obreros.

La lista de tales conjunciones es interminable. Tan brillante trayectoria culmina con el "apoyo crítico" que el Partido Comunista otorga al gobierno de Videla-Viola, en quienes ven al "ala democrática" del Proceso, que frena al ala "fascista".

Tal disparate tenía algún fundamento. El radicalismo de Balbín y Alfonsín hacía lo mismo y proporcionaba 311 intendentes radicales al Proceso, del que hoy todos ellos abominan. La diferencia es que los radicales no se proclaman "marxistas-leninistas" ni "revolucionarios". Registrar que el partido radical desde la "democracia" y que el Partido Comunista desde el "marxismo- leninismo" sostuvieron la dictadura militar, es elemental para el análisis histórico (y no teórico) de ambas trayectorias políticas. El crédito que pueden merecer ambos partidos se funda, como se ve, en hechos irrefutables. Por tal razón, resulta hasta divertido observar que ahora los comunistas han resuelto pasar "a la izquierda".

Athos Fava declara en "Clarín" : "La burguesía ha perdido su capacidad revolucionaria de hacer reformas". Abandonemos la tentación de preguntar a Fava si para hacer reformas no basta con ser reformista y si es preciso, además, ser revolucionario. Agrega

Fava que "la burguesía es incapaz de integrar un frente de liberación nacional y social por que sus propios intereses se lo impiden".

Además sostiene que hubo una continuidad entre Krieger Vasena, el gobierno de Perón, Martínez de Hoz y el Plan Austral. Incluirlo a Perón en la continuidad oligárquica y luego unirse a la oligarquía para derribar a Perón es una de las inescrutables verdades de la "ciencia marxista-leninista". Consideremos en primer término la cuestión de la burguesía. ¿Dónde esta la burguesía argentina? La insolvencia intelectual de la izquierda cosmopolita ha introducido tal confusión en el uso de los vocablos más corrientes, que se impone la redefinición de algunos de ellos para entender con juicio recto el tema en discusión. La palabra "burguesía" proviene del "burgo" europeo, es decir la ciudad. Allí nace la burguesía comercial, primero, y luego la burguesía manufacturera e industrial. En la sociedad agraria, era usual designar a los grandes propietarios de tierras como "latifundistas" por herencia de los "latifundistas" romanos. Al trasladarse a América algunas de las ideas elaboradas por Marx, los epígonos del pensador alemán aplicaron con toda naturalidad a la sociedad argentina en formación algunas de las categorías que Marx había empleado en "El Capital" o el "Manifiesto Comunista" para la realidad de Europa. De este modo, el socialista Jacinto Oddone. en 1927, publicó un libro de atractiva información titulado "La burguesía terrateniente argentina", expresión que suponía un contrasentido. Equivale a decir un "terrateniente urbano".

La palabra burguesía en manos de estos artesanos inhábiles del "marxismo- leninismo", saltó de significado en significado hasta perder su contenido por completo. A diferencia de Europa donde la burguesía se ha convertido en imperialista y opresora de otros pueblos desde el siglo XVI, en la Argentina su aparición fue tardía y resultó muy pequeña, embrionaria y, en consecuencia débil ya que la industria nacional nunca pudo desarrollarse plenamente. No logró realizar una gran Revolución Industrial. La causa fue el

predominio de los intereses agrarios y comerciales que la tradición argentina (no "El Capital") designó como "oligarquía", que quiere decir el gobierno de unos pocos. No sé si será "científica" la palabra, pero la entiende todo el mundo en nuestro país y esa generalidad es ley aceptada en la vida de las lenguas. Para decirlo de una vez, la Argentina era un país-semicolonial sujeto a las formidables relaciones del poder imperialista inglés primero, y luego del poder anglosajón asociado con Europa.

Como los comunistas deberían saberlo por medio de Lenin, ya que no de Codovilla, un país es semicolonial precisamente porque al no haber desarrollado sus fuerzas productivas o sea ante todo su industria, la burguesía no resulta ser, a diferencia de Europa, la clase dominante. Este es el punto esencial del análisis. Si el control de los medios de producción es la condición primera del poder social y , por tanto, del poder político, ¿qué explicación ofrece el caso de la burguesía industrial argentina? La respuesta es una sola. La verdadera burguesía industrial está, de algún modo reducida a la pequeña y mediana empresa. Más aún, es minoría dentro de la entidad empresarial U.I.A. que también agrupa a la gran burguesía industrial extranjera y con la que mantiene divergencias públicas.

La política económica del gobierno alfonsinista es fruto no de una alianza con la burguesía nacional, sino de un espúreo acuerdo entre la pequeña burguesía gobernante y la oligarquía financiera articulada con el imperialismo. Por esa razón protestan contra el gobierno la vieja y decadente oligarquía ganadera, excluida del poder, los chacareros de la "pampa gringa" y los pequeños industriales de la burguesía nacional. No hace falta ir al Archivo de Indias para verificar estos hechos transparentes. Tampoco la Unión Soviética carece de alguna influencia en el gobierno, dada su condición de gran compradora y vendedora, lo cual explicaría el cariñoso esfuerzo de "Clarín" por ofrecer al Partido Comunista una publicidad tan irrestricta. El sistema de empresas de exportación e importación que gira alrededor del comercio con la Unión

Soviética quizás podría explicar el interés de "Clarín" por el Partido Comunista.[1] Por todo lo dicho se comprende la puerilidad de los "marxistas" locales cuando no saben en qué lugar de la sociedad se encuentra la "burguesía" en general y cuál es la naturaleza de su poder. En realidad, es totalmente incierta la autocrítica que se formula a si mismo y a su partido Athos Fava, cuando se reprocha que en el pasado los comunistas practicaron alianzas con la burguesía o creyeron en sus virtudes revolucionarias. Lo que hicieron y pensaron los comunistas, fue apoyar a la oligarquía liberal contra los movimientos nacionales, en cuyo seno se encontraban sectores de la burguesía industrial, que pugnaba por crecer y hacerse un lugar importante en el mercado interno, protegidos abiertamente por el peronismo. Ese fue el papel que jugaron empresarios notorios como Miguel Miranda en el primer gobierno de Perón y Gelbard en el último. Pero en cuanto aparecía un gobierno nacionalista que protegía a la burguesía (aunque no fuera su expresión) los comunistas se apresuraban a cerrar filas con los partidos agrarios y urbanos hostiles a la industrialización y a los movimientos nacionales de corte plebeyo.

De este modo se encontraban invariablemente alineados junto a la oligarquía rural tradicional. Esa es toda su historia. Pero esa historia, que hace años escribí[2], es el resultado de manejar criterios clasificatorios tomados en préstamo a la terminología marxista europea o asiática. El Partido Comunista, en resumen está lejos de haber cambiado. En su congreso, junto a un retrato del Che Guevara, hay otro de Vittorio Codovilla. Athos Fava lo confirma al decir: "Bregamos por la unidad de las izquierdas (comunistas. peronistas, intransigentes. socialistas, radicales) y entonces ampliar el acuerdo". Cuando Fava se refiere a los peronistas alude a

(1) Escrito en 1985.
(2) La historia del Stalinismo en la Argentina se publicó en 1962. La 4ª edición, bajo el título de "Breve historia de la izquierda en la Argentina", Editorial Claridad, apareció en 1988.

la "izquierda peronista" o sea a los antiperonistas. Hacer un frente con los radicales es aceptar el "statu quo" pactado por el radicalismo con el imperialismo. Athos Fava concluye: "Estamos orgullosos de Rodolfo Ghioldi y de Vittorio Codovilla". Es fácil comprenderlo. El clásico Partido Conservador de la zona pampeana podría envidiar la inmovilidad inalterable del Partido Comunista. También podría recibir la bendición de Parménides.

En cuanto al peronismo ¿qué decir?

No pocos argentinos se preguntan cuál es la causa de la decadencia irresistible del peronismo: de su vaciamiento histórico, la genuflexión de sus dirigentes ante el poder alfonsinista, el abandono de la Tercera Posición, su dócil firma al pie de los presupuestos del gobierno en las Cámaras, de ese "democratismo" azucarado que parece haberse adueñado del Movimiento fundado por el coronel Perón en sus primeras jornadas.

El agua está estancada; el aire se nutre de humores pútridos. Bajo Alfonsín los coimeros forman legión. Se venden los créditos para vivienda; se negocian las licitaciones; se paraliza la energía nuclear; se destruyen las Fuerzas Armadas; se vende a la Patria. Pero nada inmuta al Movimiento que encarnó al pueblo argentino en horas hirvientes, cuando en las calles de Buenos Aires se gritaba **"muera el chancho Braden"**. Ahora se hacen visitas corteses a Estados Unidos y los prohombres del peronismo hunden sus filosos dientes en los saladitos de la embajada norteamericana. El río de Heráclito ha corrido un largo camino. Todo es mansedumbre y aguante. Los jefes peronistas se han hecho políticos de profesión, custodios del **"statu quo"**. En la Argentina gobierna hoy un sistema bi-partidario bajo el beneplácito de las grandes potencias.

Parece inexplicable, pero no lo es. La crueldad de la historia ha conocido aberraciones mucho peores.

Causas del nacimiento de los movimientos nacionales

El peronismo nació en un cuadro histórico harto diferente al

actual. Debe tenerse en cuenta que el resorte fundamental de los movimientos nacionales en Europa capitalista reposaba en el desarrollo de las fuerzas productivas, progreso económico y de la Revolución Industrial, autogenerados por su propio desenvolvimiento. En cambio, la característica propia de tales movimientos en el Tercer Mundo fue la de nacer como hijos de la crisis del régimen capitalista mundial. El crecimiento industrial de los países "atrasados" resultaba ser la necesaria consecuencia de aquella crisis en los centros mundiales y no de su propio desarrollo interior, perpetuamente trabado por el imperialismo. Considerando el asunto desde este punto de vista, la crisis de 1930, así como la guerra intercolonialista de 1939, aunque fueron catastróficas para los "países civilizados", resultaron benéficas para los países marginales o semicoloniales, que aún no habían realizado su desarrollo industrial, su revolución nacional ni su acceso pleno a la civilización y la cultura. El peronismo surgió de las gigantescas convulsiones revolucionarias del Tercer Mundo en 1945, cuando las potencias colonialistas habían aflojado su yugo sobre los pueblos débiles y salían agotadas por una guerra de exterminio mutuo.

La neutralidad argentina en el conflicto mundial, sostenida por el Ejército y calificada de "pro-nazi" por los cipayos de la época (que han dejado cría) permitió un proceso de acumulación de capital nacional que sirvió de plataforma para los planes industrializadores de Perón.

Después de la guerra y contra todas las previsiones, el capitalismo occidental avanzó hacia una revolución científica y tecnológica que no sólo expandió los "híbridos" en la revolución verde de Europa, transformándola en una poderosa productora agrícola-ganadera, sino que se lanzó hacia la informática y readquirió durante cuatro décadas un impulso que parecía extinguido. Un largo período de estabilización burguesa, de prosperidad y de niveles de vida sin precedentes, afectarán todas las ilusiones socialistas y marxistas sobre la crisis mortal del capitalismo.

Los estudiantes se desengañan de lo que ahora juzgan como

utopías; los intelectuales adoptan aires escépticos; el marxismo, el stalinismo, el trotskysmo, el maoísmo y hasta la fibra romántica del castrismo cubano desaparecen, con sus "posters" emblemáticos, de los altillos de la bohemia revolucionaria universal. En el mismo lugar, de la misma pared, se clavan los afiches de los héroes del rock, con sus ojos nublados. Europa está satisfecha. La revolución aparece como más lejana que nunca. Una larga tubería de gas siberiano atraviesa la URSS y llega a la meseta castellana para entibiar los largos inviernos de Occidente. Todo parece en orden. Pero cuanto todo está en orden en el Occidente capitalista, las cosas no van bien en las colonias y semicolonias.

Crisis de los movimientos nacionales

La declinación de los nacionalismos revolucionarios del Tercer Mundo en los últimos años es un hecho incontrastable. Civiles o militares, sea el **velazquismo** en el Perú, el **varguismo** en Brasil, el **peronismo** en la Argentina o el **movimientismo** en Bolivia, tales corrientes parecen agotarse. El imperialismo no ha sido ajeno a tales derrotas y su poder mundial se exhibe como invencible. No hay que fiarse de las apariencias, sin embargo. Una crisis roe las entrañas de las grandes potencias, que sólo han podido alcanzar su actual esplendor gracias al hecho de que desde 1930 Estados Unidos ha montado una maquinaria bélica de proporciones colosales que mantiene en pie toda su estructura. Pero su deuda pública tampoco tiene precedentes y difícilmente encontrará la manera de pagarla. A su vez, en los países del Tercer Mundo, la política norteamericana ha terminado por inclinarse hacia el sostenimiento de "regímenes democráticos" apoyados ante todo por las volubles clases medias. Estos grupos y clases se forman en América Latina a partir de los claustros universitarios, bajo la influencia occidental y sigue en sus aspiraciones personales el modelo que les ofrece Occidente: eficiencia profesional, progreso personal, individualismo burgués, acentuada tendencia a la apropiación de bienes y

consumos, elegidos según los estereotipos de vida cotidiana establecidos por la civilización del capitalismo.

Pero en América Latina este estilo de vida carece de base económica y sólo una pequeña parte de las clases medias puede incorporarse dentro de su país a tales patrones de conducta y consumo. En su inmensa mayoría se ven reducidas —y la Argentina de hoy es una viva demostración— a una existencia mediocre y neurótica, angustiada y carente de planes, tan sometidas como los obreros industriales a las exigencias de cada día y a la escasez, penosamente disfrazada por la soberbia cultural adquirida. Un vuelco de tales clases hacia la causa nacional es inevitable.

En tales condiciones, la clase media no puede revelarse como un sustento electoral estable de los sistemas democráticos protegidos por el imperialismo. En el pasado, grandes corrientes de la pequeña burguesía se han desplazado desde las vagas simpatías por un "seudo-peronismo" montonero en 1974, abstractas simpatías por un inconcreto socialismo hasta llegar a la indiferencia, la apatía o el alfonsinismo, que es una forma peculiar del apoliticismo. Este último le presta a la clase media la postrera ilusión de una democracia sin revolución. Presas de un profundo desengaño, por su parte, las masas peronistas observan con desconfianza al ejército de candidatos y fracciones múltiples que se disputan a dentelladas los frutos del comicio. Muerto su gran jefe, transformados en "antimilitaristas", "anticlericales" y "amigos de los radicales" gran parte de sus jerarcas, aquel pueblo de las viejas patriadas no reconoce ya al peronismo, convertido en un gran partido electoral.

¿Hará falta una nueva crisis mundial del capitalismo para poner en movimiento y reinyectar vitalidad a los nacionalismos revolucionarios del Tercer Mundo? No lo creemos. La historia posee un desarrollo complejo y entrecruzado. La singularidad de las historias nacionales juega en este proceso un papel decisivo. Golpeada por la desindustrialización y los bajos salarios, la clase obrera argentina permanece, pese a todo, como la esperanza de una patria acechada por grandes peligros. Ahora está refugiada en lo

más profundo; pero en algún momento reaparecerá, con la furia y el poder de un río de montaña.

CAPITULO 12

El marco histórico y cultural de la unidad latinoamericana

Al concluir el milenio se impone estudiar un gran naufragio histórico: debemos descifrar el secreto de una inmensa Atlántida velada por el tiempo. Es preciso averiguar si América Latina es un simple campo geográfico donde conviven veinte Naciones diferentes o si, en realidad, estamos en presencia de una Nación mutilada, con veinte provincias a la deriva, erigidas en Estados más o menos soberanos.

El concepto de Nación es anacrónico para la mayor parte de los europeos, sólo en el sentido de que han realizado hace ya mucho tiempo su unidad nacional en el marco del Estado moderno. El nacionalismo de los europeos es tan profundo, arraigado y espontáneo, bajo su manto imperial de generoso universalismo, que únicamente se advierte cuando otros pueblos, llegados más tarde a la historia del mundo, pretenden realizar los mismos objetivos que los europeos perseguían en los siglos XVII, XVIII y XIX.

Parece lógico que los movimientos nacionales que irrumpen a lo largo del siglo XX en el Tercer Mundo susciten recelos en las viejas potencias. Aquí, como siempre, se precipitan en su auxilio legiones de sociólogos, psicólogos sociales, periodistas "especializados", historiadores o etnólogos, todos ellos aptos para reducir el carácter nacional de tales movimientos a puras expresiones étnicas, a fanatismos religiosos, o a mero signo de una barbarie incurable encarnada en intolerables dictadores. Una frondosa

literatura política e histórica, en realidad puramente novelesca, inunda las pacientes bibliografías del género.

¿Estaríamos ante una nueva caballería de los infieles que amenaza el orden clásico? ¿Se aproxima otra marea de bárbaros sobre Roma? No hay nada de eso. Ya no hay bárbaros, ni hay Roma. Simplemente, el Tercer Mundo experimenta, bajo otra constelación cultural, la misma necesidad de construir Estados modernos que la vivida por la historia de Europa hace varios siglos.

Pero esta necesidad, en tanto el Estado moderno supone generalmente la estructura paradigmática de la producción capitalista, no podía reproducirse o copiarse de la experiencia histórico-cultural realizada por Europa (o por Estados Unidos, prolongación de Europa en América). Lejos del universalismo de Marx o Adam Smith, y de sus famosas "leyes históricas", la experiencia enseña que las sociedades y las culturas carecen de una progresión universal que obedezca a cánones históricos preestablecidos por impacientes profetas, sedientos de un orden cósmico.

La marcha de la historia es errática. Y sus componentes de irracionalidad y azar se observan mejor en nuestro tiempo crítico que bajo la lente del optimismo del siglo XIX. Las dificultades de la historia para garantizar la coherencia de los actos humanos se han revelado mucho mayores que lo previsto por las ilusiones del positivismo decimonónico.

Allí se encuentra la raíz de la confusión que los pueblos del Tercer Mundo despiertan en la conciencia europea. A los pueblos que viven un estilo de vida occidental, les resulta difícil percibir las ideas y pasiones de aquellos que viven un estilo de vida accidental. Así como en Europa es común hablar de la "calidad de vida", en América Latina más bien se habla de la cantidad de vida. Expulsados por Hegel hacia las "tinieblas exteriores", convertidos por la filosofía alemana en pueblos sin historia, primarios vecinos de la Naturaleza, los pueblos del Nuevo Mundo debieron luchar a brazo partido para diseñar una historia propia, sea por las armas, sea por

el espíritu. Ni en el pasado, ni en el presente, la tarea ha resultado sencilla.

Tampoco a los europeos, al cabo de dos siglos, les pareció suficiente el triunfo del capitalismo y la primacía de la Nación sobre el viejo absolutismo. En algún momento observaron que el Estado Nacional, poderosa palanca de su progreso en el pasado, se había transformado en un freno para ese mismo progreso, que ahora se llama "desarrollo". Para seguir adelante, era inexcusable satisfacer una necesidad nueva: conformar un formidable espacio geopolítico, construir una Pan Europa y reunir en grandiosa escala su potencial científico y económico a fin de mantener y aún acrecentar su notable nivel de vida.(1)

El impulso íntimo de tal movimiento, que demuestra sin duda la profundidad del genio europeo, se funda en una razón exactamente inversa a la que impulsa la unión de América Latina. El desarrollo capitalista encuentra en las viejas fronteras nacionales de Europa una barrera infranqueable para continuar su extraordinario avance. Había que procurar un escenario, un mercado, un entrelazamiento inmensamente mayor. Cupo a los europeos realizar tal proeza.

Ella no solo ponía fin a querellas sangrientas de siglos, para no hablar de sus feroces disputas coloniales, cuya víctima había sido siempre el Tercer Mundo. Además de establecer una sólida garantía para una paz perpetua, (si es que resulta posible en los asuntos humanos hablar de perpetuidad) en el campo de la economía y la técnica podía competir ventajosamente con otros grandes bloques comerciales (como el encabezado por Estados Unidos, por ejemplo) o los asiáticos.

---

(1) Todo el mundo se queja en Europa de la crisis. Les haría falta echar una mirada sobre América Latina o Africa para ajustar la medida de la palabra "crisis".

Con el Mercado Común y ahora con la Unión Europea, el Viejo Mundo abandonaba en gran parte el escudo protector del Estado Nacional. Aquellos grandes momentos del nacionalismo decimonónico, desde Marx y Lord Byron hasta Garibaldi, ya son vetustas reliquias. No podría dudarse que la rapidez prodigiosa con que avanzó Europa Occidental hacia la civilización técnica (y EE.UU. desde la guerra civil de 1865) se produjo gracias a la formalización jurídica y arancelaria del Estado Nacional unificado, luego de eliminar el poder social y político de las clases precapitalistas.

Al permitir una desenvuelta interrelación económica, política y financiera entre todas las partes constituyentes de la Nación, el capitalismo remontó un asombroso vuelo. Desarrolló tal poder multiplicador del aparato productivo, con el invalorable auxilio de un expansivo mercado interno, unido a una lengua nacional que procuraba la frontera político-cultural de un Estado, que bien pudo considerarse al siglo XIX como el siglo del movimiento de las nacionalidades.

Hoy se propone obtener nuevas y más audaces metas, prosiguiendo el mismo camino mediante la articulación de una Comunidad multicultural que habla y escribe en nueve lenguas. La resuelta voluntad europea de escapar a los estrechos límites de los antiguos mercados nacionales no ha retrocedido ante ningún obstáculo, ni costos económicos.

Tan solo traducir los debates de la Comunidad entre sus representantes en Bruselas, publicar los documentos aprobados y pagar los salarios de 3.300 intérpretes y 1.200 traductores, insume el 30% del presupuesto de la Comisión Ejecutiva de la Comunidad Europea.

Para proteger en la inmensa escala adquirida a sus ganaderos, tamberos o agricultores, la Comunidad ha establecido no sólo férreas vallas aduaneras para terceros, sino que ha subvencionado con cifras que superan los 100.000 millones de dólares anuales sus productos agrícolas, ignorando la famosa teoría de las "ventajas

comparativas" y deprimiendo sin remordimiento visible productos similares de la Argentina, Australia o Canadá. Con la mayor tranquilidad, y por segunda vez, el Viejo Mundo ha sepultado al venerable Adam Smith. Su tumba se encuentra en Bruselas y su formidable arquitectura es digna del célebre economista.

América Latina, por el contrario, carece de obstáculos tan formidables en el plano cultural o lingüístico. En su inmenso territorio se hablan y escriben dos lenguas hermanas (el "crêole" haitiano nunca fue un obstáculo). Las lenguas indígenas sin escritura, como las mexicanas, el quechua, aymara o guaraní, son habladas por pueblos bilingües ya castellanizados o en proceso de españolización, según sea el ritmo de expansión de la economía monetaria.

A diferencia del movimiento de nacionalidades que presencia Europa en el siglo XIX, en particular, la unidad alemana y la italiana, América Latina pierde en la misma época su unidad nacional mediante la Independencia respecto del Imperio español. Al frustrarse la posibilidad de reunirse en Nación, los latinoamericanos se vieron impedidos de avanzar hacia el progreso social, tal cual lo hacían los Estados recién unidos en el Norte del continente americano.

Los norteamericanos debieron librar una cruel guerra civil para abolir la esclavitud. Así organizaron el Estado Nacional contra el separatismo esclavista del Sur agrícola, protegido por los ingleses.

En una dirección opuesta, las oligarquías agrocomerciales de los puertos se imponían en América Latina sobre las aspiraciones unificadoras de Bolívar, San Martín, Artigas, Alamán o Morazán. La generación revolucionaria de la independencia pereció en las reyertas aldeanas.

Aprovecharon esa ocasión al vuelo los hábiles diplomáticos ingleses y norteamericanos, los Poinsett o los Ponsonby, para aliarse a la burguesía comercial y a los hacendados criollos, **"la hacienda y la tienda".** Y así se premió, con un silencio sepulcral, a los hambrientos soldados de Ayacucho. Estos jóvenes criollos

habían expulsado de América Latina un Imperio que mantenía unidas a sus colonias, sólo para ver insertarse en ellas a otros más poderosos, que ayudaron a su independencia a condición de que permanecieran desunidas. Serían Repúblicas solitarias con soberanía formal y economías abiertas.

En cuanto al inmenso Brasil, ocurrió algo muy curioso. Por un sorprendente giro de la historia, se transformó de colonia del Imperio portugués en capital del imperio, pero sin Portugal, en poder de los franceses. Sacudido por incesantes levantamientos y revoluciones, produjo republicanos, místicos, rebeldes y hasta socialistas, pero ninguno de ellos reclamó la abolición de la esclavitud, que había sido suprimida en el resto de América Latina en la primera década de la independencia.

Entre el librecambismo británico y el sudor de los negros parasitaba el Brasil Imperial: todos los integrantes de esa sociedad, **"hasta los más pobres y desamparados"**, como dice Decio Freitas, vivían a expensas del trabajo de los esclavos.

El antagonismo de siglos entre el Reino de Portugal y el Reino de España, se trasladó a la América revolucionaria hasta nuestros días, gracias a los diligentes británicos, el "máximo común divisor" en la integridad de pueblos ajenos. Argentina y Brasil heredaron esa rivalidad, que era prestada. Por esa razón se elevó un muro entre ambos países, que afortunadamente ha sido derribado para siempre con el promisorio nacimiento del Mercosur.

Por su parte, Cuba fue colonia española (hasta 1898) y, como en el caso de Brasil, no participó de las guerras de la Independencia, que habían forjado lazos de sangre entre las patrias chicas de los viejos Virreinatos y Capitanías Generales. Como resultado de todo lo dicho, la independencia respecto de España, al no lograr mantener simultáneamente la unidad, eclipsó por un siglo y medio a la gran nación posible.

En otras palabras, América Latina no está corroída solamente por el virus del atraso económico. El "subdesarrollo", como dicen ahora los técnicos o científicos sociales, no posee un carácter

puramente económico o productivo. Reviste un sentido intensamente histórico. Es el fruto de la fragmentación latinoamericana.

Lo que ocurre, en síntesis, es que existe una cuestión nacional sin resolver. América Latina no se encuentra dividida porque es "subdesarrollada" sino que es "subdesarrollada" porque está dividida.

La Nación hispano criolla unida por el Rey, creada, en realidad por la monarquía española, se convirtió en un archipiélago político, una polvareda confusa de islas múltiples, gobernadas por los antiguos oficiales de Bolívar o San Martín. Los jefes bolivarianos se habían sumido en la decepción o se habían corrompido en el poder; se dejaron mimar por los exportadores y hacendados. Estos se relamían los labios al atrapar, después de la sangre, las pequeñas soberanías, trocadas en prósperas satrapías.

Las historias usuales de América Latina reprodujeron en la literatura el drama formal. Describieron las historias particulares de cada Estado a partir de la muerte de Bolívar, país por país, sin rastrear sus vínculos de origen, sin considerarlos como parte de una Nación desmembrada.

Omitieron evocar a los pensadores iberoamericanos que encarnaron la conciencia despierta de una América Latina entrevista como una totalidad histórica.

Por el contrario, la historia actual debe recrear como un conjunto todo lo que fue común, y esto permitirá entender mejor las tareas del presente.

Aún bajo una formulación económica o arancelaria, como la ALADI, el Pacto Andino o el Mercosur, los países latinoamericanos insisten en unirse. En la misma dirección, los juristas han empezado a concebir un Derecho Comunitario, en otras palabras, el marco jurídico para una Federación o Confederación de Estados, cuya primera manifestación fue el Congreso Anfictiónico convocado por Bolívar en Panamá en 1826.

Todo parece indicar que ha sonado la hora de modificar el aciago destino que la derrota final de Bolívar y San Martín acarreó

a los países latinoamericanos. Aun el General brasileño Abreu e Lima, oficial de Bolívar en las grandes campañas, evocaba desde el Brasil, años más tarde, el sentimiento de fracaso que invadía el espíritu de todos los soldados criollos que habían triunfado sobre el Imperio español, al día siguiente de la extraña victoria.

No era para menos. Habían nacido 20 Estados en lugar de una Nación de Repúblicas. Las nuevas estructuras se colorearon con los atributos culturales, jurídicos y hasta psicológicos propios de estados diferenciados y autosuficientes. Durante décadas aparecieron libros sobre la "argentinidad", la "peruanidad", la "bolivianidad" o la "mexicanidad", en cantidad ingentes.

Todos andaban a la búsqueda de su propia identidad nacional o cultural, pero pocos se consagraron a redescubrir la identidad latinoamericana, que era la única capaz de permitir que América Latina, con todas sus partes, se delimitara como un poder autónomo ante un mundo codicioso y amenazante.

Nadie podía asombrarse que desde el ocaso de los grandes unificadores, y hasta nuestros días, se reiteraran políticas y emprendimientos tendientes a hipertrofiar las diferencias o ahondar las particularidades. Los intereses políticos o culturales dirigidos a reforzar la fragmentación latinoamericana asumieron sorprendentes formas proteicas. Tal es el caso del indigenismo.

Debe reputarse esencial en este examen, la separación crítica entre indigenismo, como corriente teórica, política e ideológica, de los grupos indígenas sobrevivientes en la sociedad latinoamericana. Ciertas formas del indigenismo, generalmente de origen extralatinoamericano procuran revivir "in vitro" culturas semidesaparecidas o en proceso de disolución, mediante recursos curiosos.

En el Estado de Oaxaca, en México, por ejemplo, fundaciones norteamericanas, con un atractivo barniz antropológico, han introducido en varias comunidades equipos de computación. Se trata de inventar una escritura de la lengua hablada (el zapoteca, del que existen 27 dialectos) y marcar de ese modo delimitaciones más firmes respecto a la sociedad castellana hablante. No se trata de

ningún renacimiento cultural. Es un retorno·electrónico a una sociedad que no resultó históricamente viable por el drama de la conquista.

Pero los indígenas de hoy no tienen otra vía para su progreso económico y dignidad personal, que no sea la incorporación a la civilización latinoamericana tal cual es. Estos viajes pagos al pasado están despojados de toda inocencia. En tanto aleja a los indígenas de la patria común —que ya tiene una edad de medio milenio— refuerza la insularización y debilita su propia causa. Debería añadirse que el impulso dinámico del indigenismo, como teoría disociadora que apunta al separatismo, no son los indígenas verdaderos que demandan derechos reales, como todo el resto de las clases y grupos marginados de la Nación latinoamericana, sino los activos herederos de la leyenda negra antiespañola.

Nacida en la Inglaterra de Cromwell, cuando la rivalidad religiosa y comercial entre ingleses y españoles constituia el tema central de la política europea, dicha leyenda negra se ha transferido al vivir presente. Intereses semejantes reactualizan hoy la leyenda negra. Asume la piadosa forma de oponer los grupos indígenas (y ya mestizos culturalmente en su mayor parte) a la América criolla. Esta América mestiza procura unirse para existir. O será unida, o no será.

Como cabía esperar, producida la Independencia de España, las nuevas estructuras contaron con sus obvios ejércitos, escudos, empréstitos ingleses, Constituciones, Códigos Civiles, héroes y villanos, y, por añadidura, con una literatura preciosa, hija de los puertos cosmopolitas y hasta con una historia para "uso del Delfín". Todo era chiquito, mezquino, provincial, pero cada Estado miraba por el rabillo del ojo hacia las nuevas Metrópolis anglosajonas, buscando en ellas las señales de aprobación. Relataba el dramaturgo mexicano Rodolfo Usigli, que los intelectuales de su época acostumbraban a referirse a sí mismos como miembros de la generación de "postguerra". Ahora bien, decía Usigli, en México no hemos tenido una guerra, sino una Revolución.

Pero aunque en Europa habían sufrido una guerra y no una Revolución, los cultores del espíritu en México se sentían hijos de una guerra vivida por otros, en lugar de serlo de una Revolución que había conmovido su país hasta los cimientos. Todo resultaba una copia miserable.

Sólo así podía concebirse que el historiador boliviano Alcides Arguedas, protegido favorito del sátrapa minero Simón Patiño, y expositor de la tesis de que la raza indígena era la causa del atraso del Altiplano, fuera el vocero de la cultura boliviana en el mundo o un anglo-bizantino del género de Borges hiciera de arquetipo de la literatura argentina.[1] El darwinismo social hizo furor y aún domina el pensamiento inconfeso de las "êlites" criollas. En el caso de Borges su ideología estaba lejos de ser hermética. La resumió en tres epigramas: "América Latina no existe"; "Somos europeos en el destierro" y "mi familia siempre nació del lado bueno del Arroyo del Medio".

Desde que Europa tomó posesión de América Latina a partir de la ruina del Imperio español, no sólo controló el sistema ferroviario, las bananas, el café, el cacao, el petróleo o las carnes. Consumó una hazaña mucho más peligrosa: influyó sobre gran parte de la **intelligentsia** latinoamericana y tendió un velo sutil entre la trágica realidad de su propio país y sus admirados modelos externos. Así, hasta los rebeldes de aldea, y hasta las doctrinas de "liberación", llevaban la marca del amo al cuello. Con el sello de Occidente, eran como cartas de navegación erróneas, preparadas para extraviar a los viajeros.

Todo lo latinoamericano o criollo fue despreciado o detestado. Desde la Ilustración o aun antes, no faltaban antecedentes para ello. Desde Buffon o el Abate de Paw, hasta el más lozano egresado

---

(1) Arturo Jauretche llamaba a este tipo de historiadores domesticados, **"historiadores con cama adentro"**. En la Argentina contemporánea, no pocos historiadores podrían aspirar al título.

de alguna Facultad de Sociología o Historia en la última parroquia, desdeñaban la inmensa tierra bárbara.

Los europeos, en tiempos de la Conquista, la Ilustración o luego, no podían siquiera imaginar que otros mundos no recorriesen, ni en su fauna, flora o historia, diferentes caminos que los que había conocido el continente-modelo. Aplicaban al Nuevo Mundo su propia clasificatoria: así, para Buffon o Voltaire, en América Nueva pululaban leones calvos y tigres minúsculos. Por el contrario, los reptiles y alimañas eran de tamaño gigante. Indios asexuados e insectos enormes, la Terra Nova, era para algunos, demasiado joven; para otros, demasiado vieja.

A Hegel se le antojaba que aquí no había historia, sino pura naturaleza, que como se sabe, aborrece al Logos. Marx y Engels, por su parte, cuando no encontraban manipuleos de hierro en alguna sociedad extraeuropea, la situaban en el "estadio medio de la barbarie", lo que les venía de perilla para clasificar a incas y aztecas.

Para el fundador del socialismo "científico", el mexicano era un "español degenerado".

El conde de Keyserling explicaba ¡todavía en 1930! a las bellas propietarias de tierras de la refinada Buenos Aires, que América era el continente del tercer día de la creación, ardua jornada que Dios empleó en crear el mar, la tierra, las plantas y la flora. También, según el noble germánico, este era el asombroso suelo de la "sangre fría". Para Keyserling, las cosas ocurrían en América Latina, sumida en una pereza telúrica, sólo en el caso de que a un Presidente - Dictador se **"le diera la gana"**. La **"gana"** sería el imprevisible resorte de la historia en una América Latina pantanosa. Don Pío Baroja no iba a quedarse atrás: juzgaba al americano del Sur como "un mono que imita" y a América Latina como un "continente estúpido".

Excepción hecha de los grandes latinoamericanistas del 900 — Manuel Ugarte, José Vasconcelos, Joaquín Edwards Bello, José Ingenieros, Manuel González Prada, Rufino Blanco Fombona y

muchos otros— gran parte de la **intelligentsia** consumía sus vigilias torturada por las obsesivas modas de la Grande Europa. De tal suerte, a fines del siglo XIX resurgía el helenismo en Francia y en toda Europa. La crisis entre la burguesía liberal y la Iglesia Católica, asumía la forma indirecta de una revalorización estética de los nobles modelos de la antigüedad.

Y, como no podía ser menos, en América Latina aparecieron puntualmente los helenistas nativos: en el Altiplano boliviano, un profeta tonante y barroco, Franz Tamayo, a la vez indio y terrateniente de indios, escribía *Las Oceánidas*; Lugones, en la Argentina ganadera, publicaba *Estudios Helénicos* y *El Ejército de la Ilíada*; en México, la más grande figura intelectual de la Revolución nacida en 1910, Vasconcelos, invertía por una senda propia el legado franco-griego: exaltaba la búsqueda de un camino nacional en *Prometeo vencedor.*

A su turno, Alfonso Reyes concebía refinadísimas tragedias griegas; Ricardo Jaime Freyre soñaba brumosas mitologías escandinavas. La patente francesa "imprimía carácter" a la inteligencia latinoamericana y la esterilizaba en el acto; y el librecambismo anglo-sajón cegaba enseguida toda cultura industrial nativa.

Por fin, sobre todo a partir de 1880, aparecieron una veintena de microsociedades en cada una de las cuales no faltaban ni una "burguesía nacional", ni un "proletariado", "ni una pequeña burguesía", según estatuia la prestigiosa clasificación marxista europea. Claro está que todo lo latinoamericano aparecía en un nivel más bajo, bajo una forma monstruosa o insólita, sea como un Tirano Banderas o como un puñado de coroneles-terratenientes que desafiaban todas las clasificaciones.

Si Europa producía un arte simbólico, inspirado en las formas del hombre primitivo, en ciertas partes de América Latina esto era pura pintura figurativa, ya que el exquisito salón de arte moderno de Lima, pongamos por ejemplo, no estaba demasiado lejos del selvícola de Iquitos o del cazador de caimanes del Amazonas. Estas sociedades imitativas ofrecían asombrosos contrastes. A

partir de la "balcanización", se dictaron códigos burgueses que debían servir a estructuras latifundistas fundadas en la servidumbre personal. Tales códigos habían sido en Europa el resultado de una revolución que había dividido las tierras de la nobleza para entregarlas a pequeños propietarios. En América Latina, en cambio, esos Códigos eran empleados para garantizar el parasitismo terrateniente y cerrar el camino al productor agrario modesto.

Se importaban, asimismo, las formas vacías de un liberalismo formal para pueblos que no habían conocido sino dictaduras semiseculares o el parloteo incontenible de Parlamentos elegidos por el fraude, integrados por diputados venales. Todo se acarreaba de afuera, pero todo era pacotilla, pues nada se adaptaba a la realidad latinoamericana, como aquellos gruesos abrigos de piel que usaba el patriciado de Rio de Janeiro en el siglo XIX, sudando a chorros en el trópico y harto satisfecho de que también se usaran en Londres, de donde se importaban.

Calurosos abrigos para tierras cálidas resultaron ser los productos socialistas, liberales y marxistas que llegaron desde lejos. En su primera etapa, unos respondían al preclaro modelo del laborismo de su Majestad Británica; otros a la inescrutable política soviética, ya muy lejano el brillo ígneo de aquel Octubre. Los demócratas profesionales, empapados de juricidad y de las polvorientas premoniciones de Alexis de Tocqueville, por su parte, diseñaban un pequeño Capitolio blanco para cada parroquia, trocada en República.

Esta combinación sincrética de cultura liberal inauténtica y de marxismo importado para intelectuales "en vía de desarrollo", según Augusto Céspedes, dio sus frutos. Pues junto a los ferrocarriles o usinas, los grandes imperios introdujeron en estas sociedades indescifrables un estilo de pensamiento que modeló la historia, las ideas políticas, la sociología, el proceso cultural, las artes y las costumbres.

No pocas particularidades de América Latina encontraron obstáculos para desenvolverse por un camino propio bajo la insinuante

y deslumbrante presión occidental. Desde la derecha o la izquierda, la extranjería reinó soberanamente, tanto en las estadísticas de exportación como en el modo de interpretarlas. La ideología "antiimperialista" de la pequeña burguesía "democrática", sufrió peculiares instrumentaciones. Había países latinoamericanos manejados por el imperialismo británico, pero los grupos antiimperialistas se especializaban en condenar al imperialismo yanqui. No faltaron teóricos marxistas de la "Nación panameña", cuidadosos en olvidar que se trata de una provincia colombiana, "emancipada" por Estados Unidos en 1903.

América Latina resultó ser el suelo ideal de politiqueros, terratenientes y expertos extranjeros. La ciencia social se alejó todo lo posible del drama real, aún en aquellos casos que parecía estudiarlo. Envanecida por un supuesto "rigor científico", la ciencia social se vio impregnada hasta la médula del empirismo sociológico de cuño norteamericano, con su ficticio carácter neutro, o del marxismo-leninismo, petrificado en una escolástica indigerible, fundada en un "homo economicus" archi-metafísico. La coincidencia entre ambos se manifestaba en el desconocimiento común de la cuestión nacional de América Latina.

Reducían todo el drama, según los casos, a:

1) Un supuesto duelo entre la burguesía y el proletariado, en el interior de cada Estado.

2) A fundar el crecimiento económico mediante la repetición nativa del capitalismo europeo, en el marco político de una "democracia" formal de dudoso cuño.

3) A repetir de un modo elíptico la versión provincial de una historia falsificada.

Si el Dr. José Gaspar Rodríguez Francia, del Paraguay, era un dictador neurótico para Carlyle, era natural que también lo fuera para la historiografía latinoamericana; la condenación legendaria de Juan Manuel de Rosas era de oficio; para los calvinistas de Nueva Inglaterra, el católico Lucas Alamán era un "reaccionario" puro y simple. ¡Debía serlo sin duda para los mexicanos!

La tentativa de reproducir las "formas" de los conflictos políticos, jurídicos o religiosos europeos o yanquis en América Latina, prescindiendo de sus contenidos históricos reales, tuvo pleno éxito. Véase un ejemplo notable: el enfrentamiento del despotismo ilustrado borbónico, de indudable matiz liberal, con la Compañía de Jesús, asumió un significado muy claro en Europa, aunque invirtió su signo en América Latina. En el Nuevo Mundo se expresó contra las Misiones jesuíticas.

Pero aquí todo era diferente. Pues los jesuitas defendían a los indios, en lucha constante contra los "bandeirantes" del Imperio portugués, que los cazaban en las Misiones, para reducirlos a la esclavitud en las tierras del Oeste. El anticlericalismo, bajo este aspecto, y en América del Sur, era una simple máscara de esclavistas y latifundistas.

A propósito de la contradicción entre forma y contenido, es educativo recordar que en la sociedad esclavista del Brasil Imperial o Republicano, los propietarios de negros eran positivistas y gramáticos sutiles. El escudo brasileño lleva aún la divisa de Augusto Comte: **"Ordem e Progreso"**. En la avanzada Argentina del siglo XX, matar de un balazo a un indio "colla", peón en una finca del Norte Argentino, carecía de consecuencias penales para el asesino, dueño de la finca, probablemente Senador nacional por su provincia, y, naturalmente, firmante de leyes y proyecto de leyes. En México, ¿no eran los "científicos", y sus amigos plutócratas del porfiriato, la crema de la inteligencia, en un océano de peones sin tierra y de indios sin destino?

El carácter semi-colonial de la América Latina disgregada y la pérdida de su conciencia nacional ¿no se prueba en no pocas de sus Universidades? Muchas han sido sensibles como la cera para grabar en ellas la tipología de las preferencias u ocurrencias europeas o norteamericanas, académicas o iconoclastas, en materia sociológica, económica o política. Aunque esta influencia deformante se expresara en el pasado desde una óptica de respetabilidad conservadora y luego asumió la atrevida máscara de un

"izquierdismo abstracto", en sustancia no ha variado el espíritu cortesano, ya que los grandes temas de la Nación inconclusa, permanecen intocados para ellos.

Esa coincidencia esencial entre unos y otros, radica en ignorar que sólo se devela el enigma histórico de América Latina con la fórmula de su unidad nacional.

Resulta, pues, irrelevante que unos se consagren a plantear el "desarrollo" de cada una de las Repúblicas latinoamericanas mediante los auxilios del capital extranjero; o mediante el crecimiento independiente del capitalismo nacional; o a través de la revolución socialista, si cada uno de los arbitristas rehúsa considerar a América Latina como el espacio político de una Nación no constituida. Aisladas, son "naciones no viables". Pero forman, entre todas, una Nación formidable.

Testimonios de un cambio profundo son las reuniones del grupo de Río, las Cumbres Iberoamericanas, el funcionamiento del SELA, los ya mencionados Pacto Andino y Aladi, en fin, la puesta en marcha del MERCOSUR.

Que los Tribunales Supremos de América Latina, con la colaboración de Portugal y España, hayan iniciado un debate sobre la concepción de un Derecho Comunitario, indica que la Patria Grande se encamina hacia una reflexión revolucionaria sobre sí misma.

1º de Setiembre de 1993.

Texto de la ponencia presentada por el autor al II Seminario Iberoamericano de los Tribunales Supremos de América Latina, España y Portugal, realizado en Madrid en octubre de 1993.

CAPITULO 13

La lógica de la anarquía militar *

Una polémica con actores triviales, alrededor de un problema serio, se ha planteado en la Argentina con motivo de la reiteración de la crisis militar. Tres pronunciamientos en menos de un año y la perspectiva de nuevos brotes en la intimidad del Ejército, no sólo suscitaron en la mediocre partidocracia de la democracia colonial gemidos de temor y aun de odio irracional ("rebeldes y leales son todos criminales", según la consigna de algunos partidos y grupos) sino que sumieron en el estupor a gran parte de la sociedad argentina. Ni una sola voz se ha escuchado que formule un análisis riguroso de tales estallidos. Con su habitual maestría, el presidente Alfonsín ha oscurecido el problema militar de manera incomparable. Oscurecer, en este caso, no es en el jefe radical mera retórica.

La indigencia intelectual del elenco gobernante y de sus asesores "marxistas" es notoria. Eso explica que Alfonsín asumiera con tono desenfadado la tesis de que se trataba de una rebelión de "enanos fascistas" y de "golpistas profesionales" contra la "democracia". Ecos rancios del viejo terror nazi y de la cachiporra mussoliniana recorren la anacrónica propaganda oficial. Se pretende establecer abusivamente una analogía entre la atroz historia

* Durante el gobierno del Dr. Alfonsín se produjeron varias crisis militares. El siguiente texto procura una explicación de tales acontecimientos. (1988)

contemporánea de Europa con los pronunciamientos militares de la Argentina y del Tercer Mundo. Se trata de dos temas diferentes, que el pensamiento colonial pretende unificar maliciosamente mediante el precioso arbitrio de la "historia universal". Los antecedentes de esta falacia son realmente ilustres.

La "Historia Universal" y lo específico de las historias nacionales

Deslumbrado por el desarrollo de la historia europea, a la que juzgaba como el modelo clásico en el desarrollo de la humanidad (aun de la humanidad extraeuropea) Marx heredó de Hegel y del cosmopolitismo de la Ilustración la peligrosa ilusión de que realmente existía una "historia mundial". Más aún, jamás cesó de invocar sus "leyes", seguido de cerca por su colaborador y amigo Federico Engels. Sus epígonos del siglo XX, aunque desprovistos de la flexibilidad de los creadores del marxismo, así como de su atrevimiento para rectificarse y adoptar sin cesar nuevos puntos de vista, en las innumerables variantes de "marxismos" y "socialismos" llevarían la idea de una "historia mundial" hasta un callejón sin salida. Las víctimas principales de esta idea errónea fueron la política y la historia de las naciones particulares. A su vez, aunque sin ilusión alguna, los teóricos, historiadores y políticos de la burguesía europea (a los que se añadieron más tarde sus primos anglosajones del otro lado del Atlántico) disimularon su feroz apetito de hegemonía bajo el majestuoso manto de conceptos tales como la "economía mundial", el "mercado mundial", la "civilización", la "cultura universal" y, por supuesto, los "valores generales de la humanidad". Detrás de tales seductores "universales" se distinguía el acerado filo del poder militar de una nación, la manipulación religiosa útil al interés de esa nación determinada, las ideas económicas de tal o cual país, y hasta el prestigio mágico y al parecer inocente de una lengua y una literatura.

Cada potencia imperialista que aspiraba a considerar el conjunto del planeta como su jardín interior, esgrimía tales valores como prueba de su amor por el Universo. De ese modo, en el mundo colonial o semi-colonial, o sea en las tres cuartas partes de la humanidad, los pueblos eran sometidos no sólo a punta de fusil, por medio de la deuda financiera o la rapiña de sus recursos naturales, sino ante todo por la fuerza infinitamente más insinuante y contaminante de los "valores". Estos podían ser formulados por Adam Smith, apóstol del libre cambismo británico (del que decía Federico List que era "un conquistador más poderoso que Napoleón") o los de Marx, en nombre de leyes históricas mediante las cuales *"la historia de la sociedad no es sino la historia de la lucha de clases"*. Unos u otros, a los efectos prácticos, borraban las particularidades de las historias nacionales. Todos los pueblos, bien llamados "pueblos sin historia", eran arrastrados a pensar en sí mismos como partes silenciosas de un plan universal, de algún centro mundial situado en algún lugar lejano y dotado de una fuerza ígnea. De allí vendría la civilización capitalista o la civilización socialista, en suma, la dicha. Estos pobres diablos del Tercer Mundo serían obligados a dejar su palmera, su mate o su cocotero, "su pensamiento salvaje" o "prelógico", sus instituciones primitivas y sus grotescos dioses de arcilla y ébano, para ser arrastrados al Edén de la historia universal. Por la razón o la fuerza. Tal ideología cosmopolita impregnó todo el siglo XX. Pero está lejos de haberse desvanecido, precisamente porque los pueblos sometidos del Tercer Mundo encuentran inmensos obstáculos para pensar en sí mismos desde sí mismos. Por cierto que hubo un discípulo del hechicero de Treveris, el profesor Hulianovi, que apuntó hace varias décadas la fecunda idea siguiente:

"Para entender el mundo moderno, hay que distinguir entre las naciones opresoras y las naciones oprimidas".

Quien no lo hace, y practica una retórica universalista, naturalmente encontrará un auditorio mejor dispuesto. Sus tesis revestirán un carácter más amplio y generoso. Se encontrará más libre de

los prejuicios nacionalistas y de las limitaciones de aldea. Sin embargo, si se averiguara un poco, resultaría que estos universalistas de tez sonrosada tienen siempre la bota puesta sobre el pescuezo de alguna colonia africana o asiática, cuando no de alguna "etnia socialista", abrumada por los tanques y la fraseología del "internacionalismo proletario". Distinguir entre pueblos "avanzados" y pueblos "atrasados" o "industrializados" y "agrarios" o "subdesarrollados" y "desarrollados", o, para decirlo más crudamente, entre coloniales, semi-coloniales e imperialistas, supone enfrentar el problema con una visión radical crítica. Por lo cual entramos al campo, sin duda fértil, aunque irritante para los filisteos acipayados de la "izquierda" y de la "derecha", de las historias particulares.

Ficción jurídica y realidad social

Múltiples temas que preocupan a argentinos y latinoamericanos adquieren sentido si se los considera según el patrón de la historia europea, o por el contrario, de acuerdo a las historias específicas de Bolivia, Argentina o México, etc. Tal es el caso de la democracia o del militarismo, de las clases sociales o de los Códigos Civiles, de la división de los poderes y del parlamentarismo. Gran parte de tan nobles instituciones han sido copiadas literalmente de los textos y modelos europeos por ese inventivo gremio que el tucumano Juan B. Terán describía así:

"América Latina es un desierto
poblado de abogados"

Pues se pueden copiar instituciones en su versión escrita, pero ningún milagro jurídico podría revivir la vida histórica vivida por otros pueblos y en otro espacio geográfico y cultural.

No por simple ocurrencia la obsesión imitativa de parte de la

"inteligencia" latinoamericana suscitó el desprecio y la ironía de los propios europeos. Claro que esto ocurrió hasta que apareció Borges y les dijo: nosotros, los argentinos, somos europeos en el destierro y además somos más europeos que ustedes, pues para nosotros Europa es un nombre que abarca numerosos países mientras que ustedes, ingleses, franceses, alemanes o italianos, encerrados en cada país, no llegan sin esfuerzo a ser europeos.

Que la factoría más rica del continente, la factoría pampeana, haya dado a luz un Borges, nos dice mucho acerca de la despersonalización cultural de las clases dominantes del Río de la Plata y arroja una luz cruel sobre la fascinación literaria que la aristocracia rural ejerció y ejerce todavía sobre una fracción de la pequeña burguesía porteña, en sus múltiples variantes ideológicas. En todos los "focos de civilización" de América Latina, siempre se encuentra un Borges, que en nuestro caso satiriza sobre la Nación, la patria, los gauchos, los peronistas o los militares y que se las ingenia para ejercer una perdurable influencia política acerca del papel del Ejército en la vida nacional. Es de este tema, precisamente que quiero ocuparme, pues se trata, al fin y al cabo de un asunto que se introduce incesantemente en la vida de América Latina y que es objeto de una crónica desfiguración por parte de la opinión europea, así como de sus clases sociales satélites en la América criolla.

De Valmy a Vietnam

Desde las levas de la Revolución Francesa, la batalla de Valmy y la desaparición de la achacosa Santa Alianza, los ejércitos plebeyos de Europa contribuyeron a consolidar la democracia burguesa y a asegurar el fortalecimiento del Estado Nacional. Ya dos siglos antes, el Ejército de los "cabezas redondas" del hidalgo rural Oliverio Cronwell, había asegurado los derechos de la burguesía urbana y de los comerciantes puritanos con la decapitación de Carlos I. Cortarle la cabeza al Rey para asegurar el

desarrollo de la democracia en Inglaterra, es un argumento que no hemos oído al Dr. Alfonsín, ni siquiera a la impetuosa Señora Thatcher. Al imperialismo actual le repugna recordar su época revolucionaria, y sus lacayos "democráticos" del Tercer Mundo ni siquiera conciben el íntimo lazo entre la Revolución y la Democracia.

El Presidente Alfonsín sólo es partidario de una democracia abstracta cuya esencia consiste en que las decisiones fundamentales no se adoptan en la Argentina sino en los EE.UU. y en Europa. Como se ve, Cronwell opinaba de un modo bien distinto, pero fue precisamente su Ejército el que garantizó en el siglo XVII, más de un siglo antes de la Revolución Francesa, los derechos del común y la soberanía nacional de Inglaterra. Todos los ejércitos de Europa cumplieron de un modo u otro fines análogos. Aún el prusiano, en tiempos de Bismark, lejos del ideal democrático de la burguesía, aseguró la unidad de la Nación mediante el establecimiento del Imperio. Aunque bajo una forma dinástica y militarista, consumó la vieja aspiración alemana de reunir en un solo Estado los dispersos e impotentes 37 principados.

Es necesario añadir que aún antes de que los ejércitos contribuyeran a la formación de los modernos Estados Nacionales y permitieran de ese modo el desarrollo de una economía capitalista y una sociedad burguesa, los países europeos se habían lanzado a la aventura rapaz y tenebrosa de las conquistas coloniales. Semejante exigencia imperial de los estados europeos modificó el antiguo sentido puramente nacional de sus fuerzas armadas. Ahora, debían cumplir hipótesis de conflictos externos. Ya no tenían la justificación de construir el Estado Nacional. Eran ejércitos ligados a miserables consideraciones mercantiles. Detrás de los generales, llegaban los gerentes; o detrás de los gerentes llegaban los generales, sin olvidar a los misioneros.

Los ejércitos adquirieron un carácter agresor. Eran gendarmes de pueblos lejanos. El nacionalismo europeo se había transformado en imperialismo. Gracias a ello, se reservaban el privilegio de

conservar los buenos modales, la cultura y la civilización en sus confortables capitales. La sociedad civil (capitalista, burguesa), por otra parte, se había impuesto a la milicia. El domador de los leones era el Primer Ministro; con un chasquido de sus dedos, el político movía las legiones hacia adelante o hacia atrás. Por el contrario, en los países del Tercer Mundo, si el país en cuestión había sido convertido en una colonia, no existía el Ejército Nacional. Sólo había un ejército extranjero de ocupación. Tal era el caso de las fuerzas de Francia en Argelia o Vietnam. Las guerras nacionales de liberación en el Tercer Mundo surgidas después de 1945, darían nacimiento a ejércitos no profesionales que arrojarían de su suelo a los extranjeros colonialistas.

Análogamente, en el Buenos Aires de la Revolución de Mayo, el economista y abogado Manuel Belgrano no sólo se improvisó general del Ejército del Norte, sino que fue el triunfador de las batallas de Tucumán y Salta. Más tarde, en los países de independencia formal como Argentina o Brasil (aunque de fuertes lazos de subordinación al imperialismo extranjero), existían ejércitos propios, generalmente vinculados a la historia nacional, a las guerras sanmartinianas y bolivarianas por la Independencia.

Dichos ejércitos eran hijos de Chacabuco, de Maipú, de Junín y de Ayacucho. Dieron fundamento a la heroica leyenda de la Patria Vieja, que dio sentido a la vida nacional hasta fines del siglo XIX en toda la América Criolla. Hubo pocas excepciones, entre ellas Cuba, que no participó en las guerras de la independencia y que en realidad apenas alcanzó la condición de semi-colonia recién bien avanzado el siglo XX, para concluir modificando su sistema social y político hace sólo treinta años. Por esa causa Cuba, jamás contó con un Ejército propio sino con una policía militar corrompida, que fue el pseudo Ejército de Batista, equivalente al de Trujillo en Santo Domingo.

Idéntica situación padecía Panamá hasta la llegada de Torrijos y Noriega. Tales "Ejércitos" eran en realidad formaciones represivas, sin conciencia de patria, armadas y dirigidas por Estados

Unidos, a semejanza de los regimientos cipayos de la India Británica o de los "Ghurkas mercenarios".

Naciones opresoras y naciones oprimidas

Ahora bien, cabe preguntarse si es posible asimilar la historia, el poder, la psicología profesional y las funciones de los ejércitos del Tercer Mundo, con la personalidad de las instituciones militares propias de las potencias imperialistas. Tampoco puede equipararse el nacionalismo de un país imperialista (Hitler, Churchill, Roosevelt) con el nacionalismo de un país colonial o semi colonial (Ghandi, Perón, Khadafi). Desde ya que resulta irrelevante formular analogías triviales entre el Ejército norteamericano y el Ejército Argentino. La característica de un país imperialista, como Estados Unidos o Gran Bretaña, no reside solamente en su régimen político sino en su estructura social, económica y financiera, su tradición cultural, sus fantasías e invenciones folklóricas, de todo lo cual se compone una visión estratégica y una disposición psicológica que abarca el conjunto de tales sociedades. Aunque ya no posean colonias de explotación directa, dichos países continúan absorbiendo parte de la renta nacional o de los recursos naturales de muchas "colonias emancipadas". Pero no se detienen allí. Tales "democracias" amenazan militarmente, en cualquier lugar del globo, a cualquier país que pueda afectar sus intereses o aún su visión imperial del mundo. A este respecto valen los ejemplos de Nicaragua, Cuba, Malvinas, El Salvador, Libia, Medio Oriente, Irán, Corea del Norte. No excluiré Afganistán, ni Polonia, ni Hungría, ni Checoslovaquia. Ante la política expansiva y militarista de las super potencias, una parte de las clases culturalmente colonizadas del Tercer Mundo (en particular sectores de la inteligencia, la izquierda variopinta, el cipayo rojo o el cipayo blanco) víctimas de su servidumbre intelectual o financiera, omiten este análisis de las funciones históricas diversas de la democracia, el

nacionalismo o el militarismo en los países llamados centrales y en los periféricos.

Las Fuerzas Armadas en la Argentina

¿Qué rasgos asumen, según la experiencia viva de nuestra historia, las Fuerzas Armadas en la Argentina? Como es natural, reviven en sus filas las características de la estructura cultural y política de una Argentina semi-industrial, semi-soberana, con una conciencia nacional en crisis.

En tiempos de la República Señorial, donde los terratenientes gobernaban el gusto literario, el corte del "chilled", implantaban el deporte popular inglés (el "foot-ball"), el deporte selecto (el golf) y hasta el gabinete de los gobiernos nacionales, parte del Ejército era acabadamente liberal y anti popular. Es suficiente recordar al General Agustín P. Justo, soldado mitrista y maestro del fraude electoral. Pero aún dentro de ese ejército de generalato liberal, se movían otras fuerzas de tipo yrigoyenista declinante o nacionalista, que a veces pugnaban por manifestarse. Había un movimiento pendular entre unos y otros oficiales. Más allá de sus historias personales, resonaba en ellos el eco de las disputas de la sociedad civil. En suma, si cabe la expresión, había en la Argentina y en los países semicoloniales, dos ejércitos. Uno de ellos proclamaba su fe en las "instituciones" y su crédito "democrático". No era difícil distinguir en tales apóstoles a los generales fieles a Occidente, aún cuando ejerciesen la más cruel de las dictaduras. La vieja doctrina liberal-conservadora de que el capital extranjero había sido el resorte del progreso nacional estaba muy extendida en ese Ejército. En cambio, brotaban en otras ocasiones, en América Latina, generaciones de militares patriotas del tipo de Villarroel, Ovando y Torres en Bolivia, Torrijos y Noriega en Panamá, Perón en la Argentina, o Velazco Alvarado en Perú. Dichos sectores militares irrumpían en la historia y eliminaban la guardia pretoriana al servicio del Imperio para introducir al nuevo Ejército en una época revolucionaria.

Después de 1930 y de 1945, el espectáculo de un país indefenso despertaba en ciertos oficiales su indignación moral. Se levantaban en armas contra el régimen patricio.

En otras circunstancias infortunadas, las Fuerzas Armadas, cegadas por su aversión a las aspiraciones populares y por su devoción a las fábulas anticomunistas de Occidente, establecían regímenes despóticos que garantizaban "el orden interno" y las inversiones extranjeras.

Asimismo, los cursos de post-graduado en West Point, en St. Cyr o en Darmouth ofrecían a veces un paradójico resultado: el contraste entre la miseria o parálisis de su propio país y la descarada opulencia de las "potencias centrales", ejercía un efecto casi repulsivo en el espíritu de los oficiales visitantes y despertaba en ocasiones una mirada crítica respecto de su propia sociedad.

Más recientemente, en tanto Reagan y Gorbachov resuelven amigablemente sus diferencias, no pocos generales colonizados se consideran a sí mismos el corazón de la guerra fría. Nada más próximo a dicho tipo de militares que los cipayos civiles de la izquierda o derecha, siempre atentos a las señales lejanas.

Sociedad civil y formación militar

La formación cultural, política e histórica de los militares argentinos, como no podía ser menos, transcribía literalmente los rasgos fundamentales de la micro-sociedad de segunda clase, propia de un país semi-colonial. En materia de historia argentina, por ejemplo, profesores y libros de texto en los Colegios Militares reproducían la tradición liberal-oligárquica de cuño sarmientino, también impartida en bachilleratos y universidades civiles.[1] De

(1) Bastaría señalar que el señor Mariano Grondona ha sido profesor en la Escuela Superior de Guerra, periodista a sueldo del general Somoza (revista "Visión") redactor por orden del general Onganía del comunicado 150 después del derrocamiento del presidente Illia, director del quebrado Banco B.I.R., y luego predicador de Etica por televisión.

tal suerte se formaba una clase media, en parte civil, en parte militar, adornada con las mismas flores retóricas y los mismos ideales de cultura que la rosca oligárquica había establecido como el estereotipo básico de su dominación secular y de su asociación con el imperialismo. El mitrismo liberal en historia, el librecambio en economía, el rol magnánimo del capital extranjero, el mito de un edén agrario perpetuo, el papel civilizador de la inmigración sobre la incurable "pereza criolla", las "repúblicas bananeras" como paradigma de los países hermanos de América Latina y la admiración escolar ante el armonioso edificio de la civilización europea o yanqui constituian el núcleo cultural de la estupidización civil y militar en la Argentina petrificada y naturalmente "democrática".

La palabra nacionalismo resultaba sospechosa en los medios militares, así como casi repugnante en el mundo universitario. Cuando alguna manifestación de nacionalismo llegaba al plano de la literatura política o histórica, sucedían dos cosas: o adquiría un matiz especial de conservatismo social que lo volvía impopular, o cedía en sus postulaciones originariamente legítimas a la presión mundial que ejercía sobre América Latina la rivalidad de las grandes potencias "totalitarias" y "democráticas". Así, cierto tipo de nacionalismo adquiere en algunos momentos un franco carácter racista, antiobrero, antimarxista y aristocrático, cuando no abiertamente pro-fascista o de vagas simpatías hacia Hitler, juzgado mejor que sus competidores anglosajones por ser estos últimos los grandes amos del Río de la Plata. Asimismo, aparecían ciertos nacionalismos antichilenos o antibrasileños, que era una forma especial de nacionalismo probritánico. En la Argentina anterior a Perón se manifestaba, por consiguiente, tanto en el Ejército, como en los partidos y universidades, la funesta influencia de un doble colonialismo. Por añadidura, en el campo de las izquierdas no podía encontrarse otra respuesta a los dilemas argentinos que no fuera importado de Europa o de Asia. Desde el campo militar o del civil, de la izquierda o del nacionalismo, del sistema partidario

"democrático" o del núcleo decisivo del poder oligárquico, resultaba poco menos que imposible concebir una Argentina independiente de las influencias ajenas. Sin embargo, y a diferencia de los famosos, aunque frecuentemente estériles "cientistas sociales" que no lograban percibir este fenómeno, los militares, precisamente por su carácter vertical y autoritario, por su reclusión en los cuarteles y su lejanía relativa de la vida civil y social, por su oficio marcial, y por su conocimiento práctico de la geografía nacional y su concepto profesional del espacio político, estaban relativamente menos sujetos al influjo cultural externo y conocían al pueblo y a su vida cotidiana de un modo incomparablemente menos abstracto que un abogado, un profesor, un comerciante o un periodista. Sus hombres más clarividentes, como Roca, Richieri, Mosconi, Baldrich, Savio, Oca Balda, Perón, el Brigadier San Martín y tantos otros, habían pensado y echado las bases de una infraestructura esencial para una Argentina soberana.

El Ejército y la industria pesada

De las Fuerzas Armadas nació la industria pesada: los altos hornos y el acero. El control estatal sobre el petróleo, la fabricación de vehículos civiles y militares, tanques y motocicletas para obreros, cañones y productos químicos para uso civil y eventualmente militar se unieron a la investigación y producción de cohetería, fabricación de naves de transporte, buques, astilleros y aviones de guerra. Los más avanzados diseños de avión a reacción se fabricaron en Córdoba y ya volaban en 1955 cuando la Revolución Libertadora paralizó todo en nombre de la "democracia".

Hasta el ejercicio audaz e independiente de la ciencia pura y de la tecnología aplicada, la más avanzada del Tercer Mundo, encuentran su impulso original en Perón y las Fuerzas Armadas, ante el rechazo hostil de los más renombrados físicos de la época. Me refiero a la ciencia y tecnología nuclear. Como en los orígenes de la civilización europea, el Ejército desempeñó en la Argentina un

papel decisivo en el desarrollo económico y en la fundación de la estructura básica, así como en las denominadas "tecnologías de punta".

¿Qué es una sociedad semicolonial?

No podría entenderse la función especial, función variable, de los Ejércitos en los países semicoloniales o dependientes (en este caso la Argentina) sin señalar que el rezago histórico ha engendrado una sociedad contrahecha. Aunque pretende ser una réplica exacta de los centros mundiales, en el seno de la sociedad colonial se han invertido las funciones que desempeñan en la estructura social de sus envidiados modelos europeos las clases e instituciones que le son propias. Parecen iguales, pero no lo son. Burguesía, clase media, propietarios rurales, clase obrera, Fuerzas Armadas, sistema cultural, poder periodístico, izquierdas o derechas, todo esto funciona al revés que en Europa o EE.UU., para no hablar de la Unión Soviética, donde la innominada doctrina práctica del Estado es el nacionalismo a secas, o el nacionalismo gran-ruso si se prefiere.

En la sociedad semi-colonial de la Argentina, en lugar de vivirse en los últimos treinta años un proceso de despliegue interno (autocentrado, para usar una expresión de Samir Amín) en el cual todas las fuerzas económicas y culturales se propagan en la extensión geográfica del país a favor del crecimiento de la Nación (aún persiguiendo sus mismas metas lucrativas) todo ha quedado a mitad de camino, cuando no se ha destruido lo heredado.

La clase dominante, a diferencia de los países capitalistas occidentales, es indiferente u hostil a la minería, a la pesca, a la industria naval o a la fabricación de aviones. No hay duda que una "sociedad normal" (sede de tipo capitalista o socialista, o cooperativa o mixta) se caracteriza como tal cuando desarrolla toda sus energías creadoras para generar el bienestar colectivo y la riqueza social. Cuando está paralizada, quiere decir que se trata de una sociedad semi-colonial o dependiente.

Toda la política económica, social y cultural de la Argentina en las últimas décadas (Alfonsín es el digno corolario del período) semeja un acto contra natura, una prueba de demencia nacional. Sólo recordaré que el sistema periodístico, radial y televisivo alimenta a sus víctimas con las ideas de Reagan, Mitterand, Felipe González, el rock de Sting y los subproductos más degradados o estériles de la famosa cultura de Occidente. No hay en la Argentina un sólo diario nacional. Pero en Inglaterra, Francia o EE.UU. no hay un sólo diario antinacional. ¿Y la vieja oligarquía? Se ha trasladado en parte a la especulación financiera, con lo que resulta más parásita que en el pasado. La economía industrial y naval están agobiadas por las tasas de interés más altas del mundo. Ese disparate lo soporta el Estado, o sea el pueblo argentino. Nuestro país es la meca de la usura mundial.

Por su parte, la clase obrera ha visto reducir su importancia, su número, su nivel de vida y su capacidad de compra. La "columna vertebral" del Justicialismo en tiempos de Perón, ha sido relegada en peso político hasta en su propio movimiento. Sus formidables huelgas generales, la única expresión de oposición durante cinco años de gobierno colonial, no lograron modificar la política económica elaborada por el Fondo Monetario Internacional.

A diferencia de los "países centrales", parte considerable de la clase media no es "nacional", sino más bien cosmopolita y europeizante. La Iglesia no es bien mirada por el gobierno de un país católico. El sistema universitario (los estudiantes incluidos, entre los cuales han desaparecido los de origen obrero) es reaccionario, individualista, del tipo "liberal-izquierdista", lo que contraría el sentido acusadamente "nacional" y hasta "narcisista" de las instituciones académicas de Europa.

La sociedad semi-colonial es "abierta" y no "cerrada", pues toda la superestructura cultural deforma u oculta la historia de Japón, EE.UU., Francia o Alemania, para seleccionar sólo un puñado de ejemplos. Sin el estricto proteccionismo impuesto por la Era Meiji, y el pensamiento de acumulación nacional de Hamilton,

Carey, Colbert o Federico List, los países mencionados no habrían logrado su actual magnitud.

Sin embargo, y a pesar de esta sociedad entumecida, la Argentina todavía conserva, además de su clase obrera y sus sindicatos, dos factores muy importantes: el Estado y las Fuerzas Armadas.

Instituciones y clase social

Convendría ahora que recapitulemos lo dicho para llegar, en definitiva a lo esencial. Desde hace varios años asedia al país una pérfida y tenaz propaganda con visos de "ideología". Son empleados todos los medios de comunicación, libros, conferencistas reputados y casas universitarias. Esa campaña, que no cesa un sólo día, se funda ante todo, en que el responsable central de la crisis económica y, en consecuencia, del desorden social, es el Estado.

Sería el Estado-empresario el gestor de la inflación. Las empresas del Estado, con su ineficiencia, habrían impedido que la fecunda "iniciativa privada" brindara a los argentinos productos y servicios más baratos y de mejor calidad. Oscuros y despilfarradores proyectos militaristas se esconderían detrás de las fábricas y laboratorios de las Fuerzas Armadas. Los proyectos de cohetería y de investigaciones espaciales, también de jurisdicción militar, duplicarían a un alto costo la formidable panoplia guerrera, siempre a nuestra disposición, de las grandes potencias occidentales, a condición de "integrarnos" a Occidente.

Ahora bien, se trata de una vulgar impostura. Toda la experiencia histórica prueba lo contrario, en la Argentina como en Europa. En Europa y EE.UU. el proceso de constitución y diferenciación de las clases sociales facilitó la formación de una burguesía industrial vinculada al mercado interno. Para ello, contó al principio, con la protección del Estado. Cuando se hizo lo bastante fuerte, pasó del proteccionismo al librecambio y se dispuso a cerrar el camino de la industrialización a otros pueblos de capitalismo tardío. Así hizo Gran Bretaña con EE.UU. y EE.UU. lo hace hoy

con América Latina. Para las grandes multinacionales yanquis, el Estado Argentino es un obstáculo importante en el control de la economía nacional.

Cabe preguntarse ahora. ¿Y cómo llegó el Estado a asumir el papel de "empresario"? La respuesta es muy sencilla y muy clara. Dominada la sociedad argentina por una clase agraria y comercial, articulada con la Inglaterra industrial en una sociedad de intercambio desigual, que aunque enriquecía a ganaderos y comerciantes, impedía el desarrollo de la industria, el Estado Nacional, por medio del Ejército, comenzó a desempeñar un papel económico. Por su condición semi-colonial, la Argentina no contaba sino con una industria insignificante, la mayor parte, además, propiedad de extranjeros. No existía una burguesía industrial, como en Europa, fuerte y consciente de sus intereses. Pero había muchos argentinos patriotas que, a pesar de aceptar como un hecho fatal y en cierto modo "benéfico" la influencia inglesa en la economía argentina, percibieron la necesidad de proteger los recursos naturales y de iniciar cierto tipo de actividades que protegiesen la soberanía de la Nación. Tal fue el criterio de Figueroa Alcorta, Victorino de la Plaza, Hipólito Yrigoyen, los Generales Mosconi, Baldrich, Savio y Perón.

Una sociedad capitalista sin burguesía

De hecho, el Ejército sustituyó, en el vacío histórico de la semicolonia, a la burguesía industrial que no pudo ser. La institución militar desempeñó, en parte, las funciones de una clase. De su lado, el Estado actuó como el banquero del Ejército, en numerosos experimentos. Aún en nuestros días, la burguesía nacional es tan ciega respecto a sus intereses, tan extranjerizante, tan individualista y tan indiferente al destino de la patria, que siempre se arrastra ante los pies de quienes quieren destruirla, ante los Krieger Vasena, los Alemann, los Martínez de Hoz, los Sourrouille.

Un industrial argentino, Arnaldo Etchart, ha señalado reciente-

mente que no hay en la Argentina burguesía nacional. Otro industrial, F. Bert Kindgard, observó que los industriales no tienen "conciencia de clase".

Precisamente por la marginalidad histórica de la Argentina (como la de toda América Latina) la burguesía industrial nació contrahecha y permanece en situación atrófica. Es un hecho indiscutible que hubo en la Argentina, bajo Perón, un proceso de industrialización. Pero no tuvimos Revolución Industrial. Tuvimos burgueses, pero no burguesía industrial. La Revolución Industrial no consiste tan sólo en abrir numerosas fábricas. Supone, ante todo, una visión cultural, una conmoción espiritual que someta a crítica implacable la concepción agro-comercial de una sociedad inmóvil "junto al río", al revés de la novela de Mallea. Hacía falta una Enciclopedia, impulsada por el Estado, con toda una generación de intelectuales dotados de los medios materiales (diarios, radio, etc.) para reducir a polvo en una gran batalla crítica a los agrietados mandarines de la factoría inglesa.

Pero cuando Perón pudo controlar toda la prensa y toda la radio, un reducido grupo de funcionarios alcahuetes y adulones constituyó toda su Enciclopedia. La oligarquía, aún expropiada de la política, conservó su influjo sobre la "inteligencia" y el imperialismo esperó su hora, a la caída de Perón, para frenar la Revolución Industrial.

En esta marcha y contramarcha de la historia, el Estado fue el refugio de las fuerzas nacionales. Sus empresas civiles y militares se constituyeron en los más importantes bastiones de la propiedad social de los argentinos y de la defensa nacional. Sin el Estado no tendríamos gas, ni flota mercante, ni aeronavegación comercial, ni investigación científica de avanzada, ni energía nuclear, ni represas hidroeléctricas, ni acero, ni aviones, ni siquiera autos. Las deficiencias en algunas de dichas empresas no se deben al Estado, que funciona bien en servicios análogos en Europa. Se debe a los enemigos del Estado empleados de las multinacionales, que administraron desde 1955 hasta hoy las Empresas del Estado a fin de

endeudarlas y arruinarlas. Pues tales "administradores" representaron, en su mayor parte, a los gobiernos "anti-estatistas" de los últimos treinta años.

Ejército y Estado ejercen, en síntesis, un rol defensivo esencial para la fortaleza y bienestar del país. Esto no excluye que muchos militares, olvidados de los deberes de su profesión, se pongan al servicio de intereses hostiles al Estado Nacional y al Ejército. Por ejemplo, el General Alcides López Aufranc, Presidente de ACINDAR (vinculada a la siderurgia norteamericana) y rival de SOMISA, o el Capitán Ingeniero Alvaro Alsogaray, de quien dice en sus memorias el General Aramburu que lo despidió de su gabinete por usar su influencia oficial en beneficio de sus intereses particulares. Bajo Onganía, numerosos oficiales retirados cumplieron funciones espléndidamente remunerados como "hombres de relaciones públicas" en empresas extranjeras. Pero tales casos no invalidan la extraordinaria importancia del Estado y de las Fuerzas Armadas como fuentes de resistencia ante la extorsión y corrupción extranjeras.

Un rostro bifronte

También, y en un sentido inverso, prisioneros de sus temores hacia el terrorismo, de sus prejuicios ante el peronismo y de su temor y admiración profesional hacia las potencias de Occidente, las Fuerzas Armadas destruyeron desde 1955, con la ayuda de sus amigos Krieger Vasena, Martínez de Hoz, y personajes similares, parte de lo que habían hecho los militares de la generación anterior. Marchaban en zig-zag, como una muestra pura del desarrollo errabundo y psicopático de la historia en los países periféricos y de la debilidad de su conciencia nacional. También a causa de la "historia particular", ese mismo Ejército del Proceso que había enviado instructores para entrenar "contras" destinados a luchar contra los Sandinistas en Nicaragua, haciendo el "trabajo sucio" para EE.UU., giró inesperadamente la dirección de sus armas y

enfrentó a sangre y fuego a Gran Bretaña y Estados Unidos en las Malvinas, junto a la Marina y la Aeronáutica.

Destruyeron así los tratados del TIAR, alteraron la estrategia de la OTAN, disiparon la ilusión del aluminio como revestimiento de las fragatas misilísticas, hundieron y dañaron la mitad de la flota inglesa y se situaron en el límite mismo de la victoria(1). La Argentina resultaba "impredecible". El odio activo del sistema anglófilo de poder en el Río de la Plata, expresado en las sectas izquierdistas y en los manipulados grupos de los "derechos humanos", reconoce ese origen. Resulta ilustrativo recordar que los "pacifistas" que condenan la "aventura de Malvinas" pertenecen a los mismos partidos de "izquierda", de "centro" o de "derecha", que en la Segunda Guerra Mundial preconizaban la intervención argentina en el conflicto inter-imperialista a favor del bando "aliado".

En 1940 querían morir por Inglaterra y por Francia. Por el contrario, el Ejército fue neutralista. Se negó a participar en una guerra ajena. De tal suerte, resulta claro que los actuales "pacifistas" ante la guerra de Malvinas son tan entreguistas como sus padres, los "vendepatria" de 1942. Los recuerdo muy bien. Yo era joven entonces y no faltó mucho para que mi generación, gracias a estos ardorosos "rupturistas", blanqueara sus huesos en las playas de Normandía.

Estado y burocracia

Para explicar las crisis militares y la aparición de Seineldín y otros oficiales, he creído conveniente examinar el problema desde esta perspectiva. Los países semicoloniales han vivido una historia

(1) Tal era la opinión del Estado Mayor de la OTAN, que siguió detalladamente el conjunto de las operaciones

inconclusa. Sus clases sociales pretenden homologarse, sin lograrlo, con las clases sociales ejemplares del mundo capitalista avanzado. Por el contrario, nuestras patrias poseen una tendencia notoria a la desintegración territorial. En este cuadro, el Ejército y la burocracia civil constituyen los únicos elementos de cohesión del Estado y, en consecuencia de la sociedad. Este papel centralizador en un universo social con tendencias centrífugas, cuyo modelo más llamativo lo ofrece la historia del Brasil, lo ha cumplido el Ejército. La furiosa reacción "anti-militarista" de Occidente contra la Argentina, el vuelco resuelto del imperialismo hacia la "democratización" de América Latina y su apoyo irrestricto al gobierno neo-colonial de Alfonsín, encuentran en la guerra de Malvinas su verdadero fundamento. El imperialismo mundial recela con razón de los bruscos cambios de bando que exhiben las Fuerzas Armadas de América Latina. Claro que no se trata únicamente de cambios nacidos en la cabeza de los militares. Es la propia América Latina, con su drama irresuelto, la fragmentación nacional en 22 estados de la Patria Grande, la que engendra los estallidos. La marginalidad social y el hambre generalizado es un escándalo, en un continente henchido de riqueza. Una prodigiosa historia colectiva y el poder latente y manifiesto de una lengua común, una religión católica unificadora, una viviente tradición cultural y una fascinadora literatura, constituyen los factores esenciales que ofrecen a una sociedad frágil el terreno histórico propicio para una gran Revolución Nacional. La experiencia enseña que las Fuerzas Armadas asumen en estas crisis un camino u otro. Las fábulas del "comunismo" y del "marxismo", que antiguamente habían explotado los anglosajones para sumir en la perplejidad a los oficiales y orientarlos en la dirección inadecuada, han ido a parar en el desván de las ideas muertas. El verdadero dilema es nacionalismo revolucionario en escala continental o imperialismo extranjero de cualquier signo. De ahí que la verdadera ideología militar nacional, a partir de la guerra de Malvinas, se encuentre en intensa revisión en la Argentina.

Una política militar latinoamericana

Hasta las vetustas "hipótesis de conflicto" deberán ser reemplazadas. Pues la vieja tesis anti-brasileña (bien correspondida en el Brasil de la Sorbona con su hipótesis anti-argentina) lo mismo que la tesis anti-chilena, revestían un claro índice de la estrategia británica para mantener vivas las rivalidades aldeanas de las repúblicas sudamericanas. Ya el General Ibañez y el General Perón habían sentado en 1953 las bases de la unión aduanera entre Chile y la Argentina. El propio Perón con el Presidente Vargas concibieron la unidad argentino-brasileña para poner fin al funesto aislamiento, clave de nuestra indefensión, resumida en la divisa romana "divide et impera", y que conocía de memoria la diplomacia inglesa desde los tiempos de Lord Ponsonby. Pero Vargas fue aislado y empujado al suicidio en 1954. Perón resultó derrocado por un golpe consumado por un puñado de soldados de fortuna, grotescamente bautizado como "Revolución Libertadora" en 1955. Ya se sabe quienes fueron sus inspiradores y beneficiarios internos y externos. No pocos de ellos forman parte del gobierno de Alfonsín. La mayoría de los oficiales superiores de las actuales Fuerzas Armadas se formaron bajo el influjo ideológico de los conspiradores de 1955. Dicho golpe de Estado, (se recordará para uso de los jóvenes), contó con el apoyo entusiasta de todos los partidos políticos argentinos, sin excluir a los comunistas, los conservadores y los radicales.

Aspirar a la estabilidad del régimen democrático sin eliminar las causas del estancamiento económico y de la miseria social, es una utopía fabricada en las grandes capitales imperialistas para consumo psicofármaco de las clases medias en las colonias disfrazadas de Estados Independientes de la América Latina. Sea por patriadas revolucionarias de origen militar o campesino, por estallidos civiles de naturaleza urbana, por coyunturales y azarosas elecciones libres, la angustia y la cólera de América Latina se abrirá paso con fuerza irresistible. Cubrir el conflicto real con cataratas de

retórica democrática, siempre insustancial, ha sido privilegio, en la Argentina, del Puerto de Buenos Aires.

El terrorismo ideológico y psicológico contra las Fuerzas Armadas

La adopción por parte de la pequeña burguesía intelectual "progresista" de un antimilitarismo abstracto es simétrica al militarismo "liberal" de los grupos conservadores del tipo de Alsogaray. Ambos temen al nacionalismo latente de la joven oficialidad.

El alfonsinismo alienta el pánico de la pequeña burguesía ante la perspectiva de un nuevo gobierno militar. Dicho temor es utilizado y de algún modo impulsado y fabricado por el poder imperialista. De este poder nadie habla en la Argentina, ni siquiera el "izquierdismo", ni por supuesto el liberalismo. Pero los EE.UU., Europa y la URSS son poderes tan militarizados, que hasta militarizan grupos especiales. Sus agencias de información civil, como la CIA o la KGB, disponen de fuerzas militares para su propio uso y para el debilitamiento del país semi-colonial en la cruz. Tales potencias son las protectoras del Presidente Alfonsín y adversarias de que la Argentina cuente con Fuerzas Armadas independientes y bien equipadas con tecnología nacional.

Desprovista por su naturaleza social de una política propia, la pequeña burguesía es instrumentada por las grandes potencias (que atienden con particular delicadeza su "neurosis de clase") para desorientar y fragmentar las fuerzas potenciales de un Frente Nacional. De este modo, el "anticlericalismo" (católico) es inspirado por las potencias calvinistas o soviéticas. Claro está que no lo hacen por razones religiosas, sino políticas. El anticatolicismo es una tradición inglesa desde los tiempos de la rivalidad con el Imperio Español en el siglo XVII. Se manifiesta como una política sistemática de los Estados Unidos y Europa para debilitar los lazos histórico-culturales de América Latina y abrir el camino a la penetración imperialista.

Pero no vaya a creerse que esta fracción "liberal-izquierdista"

de la clase media constituya un sector aislado en la sociedad argentina. Es la visible punta de lanza de poderosas clases sociales, de algún modo beneficiarias, en diferente magnitud, del "statu-quo" y de las relaciones del país con el imperialismo. Aquí se entrecruzan los intereses directos, la leyenda anticriolla urdida por los descendientes "blancos" de la inmigración, la repulsión orgánica al peronismo y la "barbarie". Una parte considerable de las clases medias urbanas y rurales (los graduados universitarios, el comercio intermediario, los funcionarios y ejecutivos de las grandes empresas imperialistas, los bien ubicados "hombres de pluma" de la superestructura cultural, los grupos sociales vinculados a la importación o a la exportación) están históricamente impregnadas de un cerril conservatismo social, apenas oculto con un ligerísimo barniz de "progreso" (de progreso personal).

Estas clases "gerenciales" (aun bajo la máscara izquierdista o "independiente") constituyen el fundamento electoral, ante todo del radicalismo y de los grupos paralelos del sistema partidocrático. Ha sido la masa de maniobras de todas las contrarrevoluciones argentinas. Bajo ciertas condiciones, ha logrado atraer a su causa no sólo a sectores militares no menos cipayos, sino también a tendencias importantes de las clases medias nacionales. Allí se encuentra el votante corriente de Alfonsín, Alsogaray, los comunistas, los demócratas progresistas y los conservadores de provincia. A la melancólica "inteligencia", enferma de pasión autodenigratoria, se la deja jugar en primer plano. Sigue dócilmente la política anti-argentina de las grandes potencias. Se trata de una "inteligencia" anacrónica, que adopta como propias las ideas extrañas. Parece vivir en la Francia del "affaire" Dreyfus, con sus ataques al clero, los bigotudos generales franco-argelinos y un Emilio Zola a la vista, o algún David Viñas de entrecasa, si no hay otro mejor a mano. Aunque dicha "inteligencia" cuenta con la distraída simpatía de la Europa dispéptica, todo esto se digiere mal en la oprimente farándula literaria del Buenos Aires alfonsinista. Para estos "antimilitaristas" profesionales del "Florida Garden" y

del café La Paz, lo único seguro y confortable (y civilizado) es el exilio. El Ejército colonial de Mitterrand, con su "Force de Frappe" lanzando paracaidistas en la República africana del Chad o disparando sobre nativos de Nueva Caledonia, es el consuelo postrero de esta izquierda cosmopolita arrendada por Alfonsín para hostigar a los combatientes de Malvinas. Estos últimos, en su mayoría, están arrestados, hambreados, en disponibilidad o bajo sospecha. Unos y otros representan de algún modo, un momento de la atormentada vida nacional.

El presidente Alfonsín: un lustro de acción contra la defensa nacional

A fin de comprender la lógica de la anarquía militar y la indignación que el sólo nombre del Presidente Alfonsín suscita en las Fuerzas Armadas, es preciso recordar que la mayoría de sus cuadros votó a su favor en las elecciones presidenciales de 1983. La razón básica de este voto fue el tradicional repudio de la oficialidad (desde 1955) hacia el peronismo. Electo Presidente, en parte gracias al apoyo de los Generales del Proceso y, como se sabe, de la banca y de las grandes empresas internacionales, el Dr. Alfonsín realizó la siguiente política militar y estratégica:

1— Suprimió por decreto el festejo del día 2 de abril, para borrar el recuerdo de la ocupación de las Malvinas y desertó de la lucha económico-militar por su reconquista, humillando a la Argentina ante el mundo.

2— Declaró que las Fuerzas Armadas no tienen hipótesis de conflicto.

3— Declaró que mientras ejerciera la Presidencia, la Argentina no apelaría a las armas para dirimir cuestiones territoriales.

4— Disminuyó el reclutamiento anual de soldados conscriptos de 85.000 en 1983 a 25.000 en 1988.

5— Redujo el nivel de sueldos del personal militar a tal grado que miles de oficiales y suboficiales (muchos de ellos técnicos calificados) pidieron su baja u optaron por realizar tareas retribui-

das al margen de su actividad militar y de su disponibilidad profesional.

6— Intervino con contadores radicales la Dirección de Fabricaciones Militares y paralizó casi por completo el autoequipamiento de las Fuerzas.

7— Redujo drásticamente el personal de aptitud sobresaliente del Area Material Córdoba (Fábrica Militar de Aviones), restó fondos a los Altos Hornos de Palpalá y por medio del canciller Caputo rehusó impulsar la exportación de armas por razones "pacifistas", tesis que no comparten Brasil, Estados Unidos, Unión Soviética, China, Israel, Checoeslovaquia, Francia, Italia ni Alemania.

8— Reinició relaciones de amistad y visitas militares recíprocas de las Fuerzas Armadas Argentinas con EE.UU., socio de Gran Bretaña en la guerra de las Malvinas.

9— Bajo la presión de EE.UU., restó apoyo oficial a la Comisión Nacional de Energía Atómica, rechazó el proyecto del Submarino Nuclear, paralizó la expansión de la producción de uranio enriquecido, alentó la emigración de científicos y técnicos gracias a los sueldos de hambre y nulas perspectivas profesionales y creó la actual crisis energética al rehusar fondos para el mantenimiento de Atucha I y la conclusión de Atucha II.

10— Ordenó personalmente el procesamiento de centenares de jefes y oficiales bajo acusaciones de excesos en la lucha contra la subversión, montando, con la ayuda de abogados radicales, nombrados jueces (que luego renunciaron) un gran espectáculo político-judicial, aunque se negó a exponer ante la población las atrocidades terroristas en la misma escala de difusión. Hubo una reivindicación implícita del terrorismo.

11— Como resultado marginal de lo anterior, numerosos oficiales, exentos de toda culpa o delito, peregrinaron durante cinco años, ante múltiples juzgados, en gran parte de los casos, sin condena.

12— Hizo condenar a largas penas de prisión al General

Galtieri, al Almirante Anaya y al Brigadier Lami Dozo por haber recuperado para la Argentina las Islas Malvinas.

13— Empleó y emplea sin escrúpulo alguno, el control totalitario de la "democracia monopolista" para insultar, desacreditar, burlarse e infamar a las Fuerzas Armadas, la profesión militar, la guerra de Malvinas ("aventura criminal") a través del uso masivo de los tres canales de TV y las 10 radios oficiales que dependen directamente de la Presidencia de la Nación.

14— Empleó y emplea, para la difusión antimilitarista y anticatólica, a periodistas y locutores de vieja pertenencia a la izquierda cipaya y a los grupos terroristas (montoneros y erp) dedicados actualmente a combatir, por la radio y la TV del gobierno, a los militares, sean estos buenos o malos, héroes o villanos. Hecho insólito si se considera que el Presidente Alfonsín es el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, según la Constitución.

La rebelión militar ¿es inexplicable?

Según creo haber demostrado, la presunta anarquía militar en la Argentina reviste una clarísima lógica. Si los oficiales "rebeldes" se han plantado ante sus generales es porque procuran detener la destrucción de las Fuerzas Armadas, es decir practicar todo lo contrario del desorden instaurado por el Dr. Alfonsín en nombre de los intereses extranjeros. Estados Unidos y Europa de su lado, no observan con simpatía la existencia de un Ejército fuerte en un país débil. El dilema, por lo tanto, no reside en el enfrentamiento de la democracia contra el fascismo, ni de los derechos humanos contra el autoritarismo. Se trata de saber si la Argentina será o no dueña de sí misma.

La democracia formal sostenida por la dictadura informativa del sistema alfonsinista, en el orden local, y por el pago puntual de la deuda externa, ha consolidado su prestigio en el exterior y no hay duda alguna que ha asegurado su completo descrédito en la

Argentina. La historia enseña que la democracia ha sido el fruto de una revolución. Sin ella, ninguna democracia es estable y sólo se manifiesta en América Latina como una máscara jurídica de la influencia imperialista.

Son los soldados de la guerra de Malvinas, la juventud del Ejército, la que reclama contra la destrucción del sistema de la defensa nacional. Por el contrario, el grupo de Generales del Estado Mayor, que goza de la confianza del Presidente, está constituido por oficiales superiores procedentes directamente del Proceso guiado por los Generales Videla y Viola. En su momento, el conjunto de los partidos democráticos que hoy defienden los derechos humanos, apoyó dicho proceso, incluido el partido del Presidente Alfonsín y el Partido Comunista.

Sería un grave error óptico y político considerar al Coronel Seineldín como la figura visible de una crisis exclusivamente institucional del Ejército. Lo mismo que el Teniente Coronel Rico, aunque con gravitación considerablemente mayor, Seineldín es un síntoma. Nada se lograría con suprimir el síntoma, aún en el dudoso caso en que sea posible hacerlo, puesto que detrás de las aspiraciones puramente profesionales de los militares "rebeldes", laten profundas necesidades argentinas insatisfechas. De modo análogo a los clásicos "pronunciamientos" militares de la historia española del siglo XIX, los pronunciamientos en la Argentina revelan fases críticas de un malestar nacional que la vieja estructura de la sociedad civil semi-colonial se resiste a resolver.

Este malestar y esta cólera subterránea generada por la estafa política de Alfonsín, encontró en los últimos cinco años diversas manifestaciones. Una de ellas fueron las grandes huelgas generales de la clase trabajadora, que no conmovieron al régimen. La otra, más sorprendente en un peronismo que parecía domado e incorporado al "sistema", fue la candidatura presidencial de Carlos Menem. Los estallidos militares de Semana Santa, Monte Caseros y Villa Martelli completaron el cuadro de repudio global a una política dirigida contra la Nación. Hoy existe, en potencia, una corriente

patriótica en las Fuerzas Armadas, como por lo demás siempre existió, aún soterrada en las más diversas condiciones.

Es imposible predecir su porvenir. No sabemos si en el inmediato futuro prevalecerán en las Fuerzas Armadas las tendencias que procuran unir su destino al pueblo o aquellas que consideran más adecuado poner sus armas al servicio de Occidente y de un orden social arcaico.

Pero mediante el análisis de la historia crítica podemos comprender, al margen de las presiones cosmopolitas, el sentido profundo e intransferible del acontecer patrio. El azar juega en la delicadísima urdimbre de la historia humana, cuando todos los elementos de la síntesis están dados, un papel decisivo. Un físico genial, Albert Einstein dijo un día: "Dios no juega a los dados". ¿Quién lo sabe? En cambio, otro soldado y político, lector de la Biblia y que cortó la cabeza a un rey, dijo otra cosa alarmante: "Nadie va tan lejos como el que no sabe dónde va". Se llamaba Oliverio Cromwell. Y no era nada tonto.

CAPITULO 14

Marx, con pulgas y sin dragones

"Sembré dragones y coseché pulgas"
Karl Marx

Me he permitido resumir sus preguntas, para facilitar la exposición.[1] En cuanto a mi evolución político-intelectual, le diré que la gente de mi generación nació marcada por dos grandes acontecimientos internacionales: la guerra civil española y la segunda guerra mundial.

En la Argentina, el conflicto de España se vivió como propio. Brotaron rápidamente en todo el país los comités de Ayuda a la España Republicana. En el mundo de la "gente decente", por supuesto, las simpatías se volcaban hacia los "rebeldes" del "alzamiento nacional". Como yo estaba vinculado con hombres del movimiento libertario, lo que ocurría en el bando republicano, ante la acción del Partido Comunista español y de la policía política soviética, nos inspiró desde el principio claros recelos. Con el pretexto de la ayuda en armas de Stalin (que el siniestro georgiano se cobró con el oro del Estado español) el aparato político del stalinismo montó en la retaguardia republicana de Barcelona sus propios "Procesos de Moscú". La primera vez que oí hablar de la palabra "desaparecidos", en el trágico lenguaje de la época, fue por las noticias provenientes de la GPU (policía política rusa) en

---

(1) Respuesta a la revista juvenil "Quinta pata", 1986.

Cataluña. Que el interesado lea *"Homenaje a Cataluña"* de George Orwell.

La tesis stalinista en España consistía en la fórmula: *"primero ganar la guerra y luego hacer la revolución"*. Con lo que perdieron ambas. Aquí, en nuestro país y para nosotros, los adolescentes de 1938, el marxismo aparecía bajo la forma del partido Comunista, con el aura seráfica del "Frente Popular". Esto quería significar que Stalin deseaba aproximarse a las potencias "democráticas" europeas y ordenaba al stalinismo de Europa aliarse a los partidos burgueses colonialistas para luchar contra el fascismo: la misma orden suponía, en los países semicoloniales, como la Argentina, unirse a la oligarquía anglófila y "democrática", con idéntico fin. Pero en nuestro país no ejercía su dominio Hitler o Mussolini, sino el Imperio Británico. De donde la política stalinista preconizaba que los argentinos se sometieran a los terratenientes filo-británicos y a sus partidos tributarios para combatir a los competidores de Inglaterra en Europa. El Frente Popular concebido por los stalinistas para la Argentina incluia casi toda la partidocracia: los conservadores "buenos", los "demócratas progresistas" (que son los conservadores de Santa Fe), los socialistas y el radicalismo alvearista.

Para nuestra generación, la doctrina de la "emancipación del proletariado" se traducía en la "década infame" como la doctrina de la sumisión al imperialismo británico. Este era mucho más importante, sin embargo, que la "clase dominante" local de los textos de Marx. Puesto que la que dominaba la sociedad argentina no era la "insignificante burguesía nacional" sino la oligarquía exportadora.

Como es fácil de presumir, esto no nos gustaba para nada. Los jóvenes consumíamos la folletería marxista e izquierdistoide publicada en el barrio de Boedo por el socialista español Antonio Zamora, leíamos el periódico "Señales" donde escribían los yrigoyenistas revolucionarios de FORJA, sin que faltaran los manifiestos del aprismo peruano, que difundía un comité de

exiliados peruanos instalado en la calle Bolívar, cerca del Colegio Nacional de Buenos Aires, donde fui alumno algún tiempo. Fue entonces cuando descubrimos a Trotsky a través de Adolfo Perelman, Liborio Justo y Aurelio Narvaja. Eran figuras solitarias, anónimas, salvo Justo. Sin embargo, a ellos les debo la introducción de la palabra "nacional" en el lenguaje de la política argentina, trivializada en la izquierda por el cosmopolitismo más pueril. Cuando en 1943 se produjo el golpe militar del 4 de junio, la simple tentativa de explicar ese movimiento mediante un análisis del desarrollo industrial reciente y de la estructura de clases de la sociedad argentina, mereció que se nos llamara, por los órganos del stalinismo y del trotskysmo, "fascistas", "policías" o "nacionalistas burgueses".

En realidad, el famoso "internacionalismo proletario", puesto en circulación por la revolución rusa, había terminado por resultar, en manos de Stalin, una máquina doctrinal destinada a defender el nacionalismo soviético en el mundo entero, algo parecido al sionismo, que es nacionalista en Israel y enemigo de los nacionalismos en los países débiles. El "marxismo-leninismo", en esa época, constituia un confuso pretexto para imponer la "razón de Estado", la "doctrina de Estado", "la historia falsificada" y finalmente el "crimen de Estado". Al lado de las masacres de Stalin, y la colectivización forzosa, el asesinato del Duque de Enghien ordenado por Bonaparte pintaba casi como un acto filantrópico. De este modo, Marx se difundía entre nosotros mediante una versión horripilante. El distanciamiento de los marxismos y los socialismos del propio Marx, estaba en marcha.

Al lado del comunismo local, en la juventud ejercía una influencia considerable otra versión del "socialismo". Era la que había formulado el Dr. Juan B. Justo. Fundador del Partido Socialista, Justo gozaba de una fama particular en la aldea por su condición de primer traductor del idioma alemán de "El Capital" (primer tomo). Su discípulo, el Profesor Américo Ghioldi, mantuvo esa celebridad como jefe del partido Socialista Democrático. Ese

partido hoy está asociado a la Internacional Socialista. En tal carácter Ghioldi fue asesor del gobierno militar en la dictadura del General Aramburu (Junta Consultiva, 1955) y fue Embajador de la Argentina durante la dictadura militar del General Videla (1976-1980). El punto de vista del Dr. Justo —precursor de los grupos "clasistas" actuales— consistía en que definía a la Argentina no como un país semi-colonial, sino como un país capitalista; igualito que Inglaterra o Francia. Opinaba que la existencia de un mercado mundial y de sus leyes soberanas, así como las afinidades electivas que la naturaleza y la historia habían legitimado, exigían un sistema de librecambio total: Argentina debía exportar trigo y carne a precios bajos y Gran Bretaña, en cambio debía proporcionarnos los frutos de su ingenio mecánico. ¡Eramos interdependientes! Condenaba, en un artículo publicado en "La Nación" en 1897, la locura industrialista de algunos hacendados que pretendían fundar molinos harineros, en lugar de exportar directamente el cereal en grano. Confiaba en el obrero inmigrante que leía a Emilio Zola; y sospechaba del cerril peón criollo, herido por la maldición de la sangre mestiza. Sostenía que el duelo esencial en la Argentina residía en la lucha entre la burguesía (nacional) y el proletariado (en gran parte inmigratorio).

Se han olvidado sus notables definiciones, que educaron a varias generaciones y prepararon a oleadas sucesivas de "izquierdistas cipayos": el capital nacional, decía Justo, era "espúreo"; en cambio, el capital extranjero era "sano". Justo explicaba que el primero siempre pedía protección estatal; en cambio, el segundo no pedía nada. Justo fue el maestro de Federico Pinedo, socialista primero y luego conservador, quien reconocía su deuda teórica hacia el "maestro"; Pinedo fue maestro de Raúl Prebisch y Prebisch maestro de Martínez de Hoz; y Martínez de Hoz fue el maestro de Sourrouille. Tales bípedos son considerados las águilas de la República, diría Alberdi.

Justo no se detenía ahí. En todos sus libros afirmaba que la política "criolla" era detestable. Se imponía adoptar una política

"científica". De ahí su aversión a Yrigoyen. Por razones familiares, yo experimenté desde chico simpatía por el "peludo"y gocé del privilegio de escuchar las sutiles explicaciones de Jorge Farías Gómez, yrigoyenista y luego peronista. De modo que la prédica de Justo contra el radicalismo "incoherente" y "no programático" me encontraba vacunado. También, precoces lecturas del anarquista español Rafael Barrett, donde examinaba la política criminal del General Mitre contra el Paraguay, y del geógrafo francés Eliseo Reclus, también anarquista, igualmente esclarecedor sobre el genocidio paraguayo, habían despertado en mi espíritu extrañas convergencias. Recuerdo que Justo defendía el exterminio de las tribus negras de Africa por la colonización blanca, fundado en la necesidad expansiva de la "civilización". En realidad, era una paráfrasis de opiniones semejantes de Federico Engels sobre los despojos territoriales sufridos por México por los zarpazos norteamericanos. La óptica europea de los "mundos excéntricos" dominaba el pensamiento de Justo y hay que reconocer que en esa materia no difería mucho de Marx. Hasta cuando Estados Unidos separa a Panamá en nombre de la "civilización" el partido de Juan B. Justo observa un "progreso" en la "independencia de una nueva Nación". Juan B. Justo fue mitrista en historia, spenceriano en filosofía y librecambista en economía. Su herencia intelectual ha marcado hasta la médula a las izquierdas en la Argentina. Esto revela no sólo el poder de la europeización entre nosotros, sino también el hasta ahora invencible carácter agrarista de la sociedad argentina. Para Justo, el mayor adversario era Yrigoyen y no los conservadores de la clase vacuna. Por esta razón, estos últimos votaron en ocasiones al partido socialista en la Capital Federal, para debilitar a Yrigoyen, lo que permitió a no pocos socialistas sentarse en la Cámara de Diputados a fin de hostigar al yrigoyenismo. Esto sigue ocurriendo nuestros días con los diversos retazos del izquierdismo cosmopolita. Puede leer "El Contubernio" de Joaquín Coca quien se interese en el tema.

Pero el agudo pensamiento de Trotsky, expulsado de Rusia por

Stalin y exiliado en México en 1937, abrió un espacio luminoso en la densa oscuridad staliniana. Justamente Trotsky examinó el carácter revolucionario del gobierno del General Lázaro Cárdenas y de la revolución nacional en ese país; estudió el carácter del Brasil de Vargas y hasta se expidió sobre la hipótesis de una guerra entre el Brasil dictatorial de Vargas y la democrática Inglaterra. En ese caso, afirmaba, para apoyar a Vargas en esa guerra no se debía juzgar el régimen político de ambos países, sino su naturaleza histórica respectiva.

El país semicolonial, según Trotsky, que había estudiado América Latina a raíz de su exilio en México, debía ser sostenido sin vacilar en esa hipotética guerra contra el país imperialista británico, aunque Brasil fuese gobernado por un dictador y Gran Bretaña contara con un gobierno socialista. Para Trotsky, la causa del progreso histórico estaba en el Brasil y no en Inglaterra. Como era de esperar, Trotsky fue lapidado como "fascista" por la misma burocracia de Stalin, que ordenaría su asesinato poco después. En cuanto a los trotskystas, en su mayoría, resultaron disgustados por tales juicios respecto de Cárdenas y de Vargas. ¡Trotsky apoyando a un general y a un dictador! En la Argentina todo resultaría con el tiempo más chocante y revelador, con la aparición de Perón y de la guerra de Malvinas. El tema fue olvidado rápidamente. Los supuestos admiradores del revolucionario ruso se acipayaron rápidamente. En nuestros días, en fin, hemos visto asombrosas kermeses políticas: trotskystas y stalinistas, aliados contra su enemigo común: la clase obrera de filiación peronista.

La segunda guerra mundial, con sus horrores y sus mistificaciones ("democracia contra fascismo") resultó la prueba categórica de que de nuestra desconfianza hacia los socialismos y marxismos en boga estaba justificada. Los socialistas, comunistas e izquierdistas varios prestaron su ardiente apoyo a los bandos aliados en dicho conflicto. Aunque hubo algunos grupos nazis vernáculos que aplaudían al otro grupo imperialista, el poder anglo franco yanqui

en la Argentina es irresistible. La clase media se estremecía de ansiedad por la victoria de sus amos.

De modo que la lucha de la "izquierda unida" contra el Frente Nacional del peronismo en 1945, su complicidad con la Revolución Libertadora de 1955 y luego con la dictadura de Videla, completan un cuadro deplorable. Al fin y al cabo, los marxistas y socialismos diversos se habían adaptado en el mundo a las particularidades de los múltiples procesos nacionales y a las deformaciones, atrofias e hipertrofias que una historia implacable impone a sus ocurrencias.

No hay duda que ese destino de los marxismos y socialismos ha producido una verdadera y radical ruptura con el pensamiento nuclear de Marx aunque el propio Marx, en lucha a brazo partido en su exploración teórica, ofrecía a cada paso argumentos contrarios a todo aquel que pretendía un sistema acabado y puro como acero inoxidable. Cada uno de los múltiples marxismos sucumbió bajo el peso de la tradición cultural y el marco histórico y político del país respectivo. Sólo señalaré que entre el pensamiento y la acción de "Juan el Patriota" (durante muchos años el seudónimo de Ho-Chi-Min en Vietnam) y la historia política e intelectual de Lenin o Fidel Castro, media un abismo. Naturalmente, hay otro más profundo aún entre los citados y los escritos de Marx. Es preciso, pues, separar los marxismos diversos del propio Marx y no es menos importante examinar en cuántos momentos Marx se enfrenta con Marx.

En aquellos países del área "socialista", que algunos llaman el "socialismo real", reina una doctrina oficial, inmovilizada, que sólo actualiza ocasionalmente el Secretario General de acuerdo con las necesidades del Estado. Esta doctrina, traída y llevada un millón de veces, se ha disociado de la vida y cuenta con una feligresía unánime y escéptica. La doctrina marxista en tales Estados tiene tanto que ver con Marx como la pornografía con el amor.

El "centralismo democrático" ha terminado en el centralismo

burocrático. Un sínodo de pocos miembros, sostenido por una casta privilegiada que consume gran parte de la renta nacional, se autoatribuye la verdad total... en nombre de Marx. No es concebible que un disidente como monseñor Levefre fuera tolerado en la Iglesia de Moscú, como lo hace la Iglesia de Roma. Aquí, el vocablo socialismo pierde todo significado. La palabra "marxismo" se trueca en el mayor malentendido de nuestra época. Desde luego que parte del pensamiento del propio Marx que ambicionaba dotar al hombre total del gobierno de su propio destino, ha sucumbido cuando está por concluir el siglo XX.

No se ha confirmado la ley de la miseria creciente del proletariado ni del descenso a largo plazo de la tasa de beneficio. La marcha hacia la "dictadura del proletariado" sólo ha producido la dictadura sobre el proletariado. En cuanto a la religión como "opio del pueblo", sólo hemos visto una patética confrontación: al Papa de Roma cantar una misa en los Astilleros "Lenin" de Polonia, después de cuarenta años de "Socialismo real". La subestimación de Marx de las religiones como pura "superestructura", se ha visto refutada por naciones enteras del Medio Oriente, que a través de su fe religiosa realizan su revolución y defienden la soberanía ante las potencias civilizadas.

Contra las predicciones de Marx, el proletariado tiende a disminuir en Europa, Estados Unidos y Japón por obra de la robotización y la revolución tecnológica; en el mundo semicolonial, en cambio, el número de obreros disminuye pero no a causa de la robótica, sino porque el imperialismo impide a los latinoamericanos desarrollar el capitalismo y, en consecuencia aumentar el número de trabajadores industriales. En otras palabras, el imperialismo, con la ayuda objetiva de no pocas izquierdas, demócratas y derechistas locales, cierra a América Latina el camino del capitalismo y al mismo tiempo le prohíbe emprender la lucha por el socialismo a la criolla, esto es, el nacionalismo revolucionario, al que acusa de fascista. Obsérvese a los ridículos liberales vernáculos, vinculados al capital extranjero, que hablan de la

"economía de mercado"en la era de los monopolios; de los variados marxistas que verbalizan sobre la "revolución obrera" en un océano agrario o de los "democráticos" de tipo alfonsinista que proponen mantener las libertades personales a la clase media a cambio de hundir a la sociedad semicolonial en el estancamiento o la disgregación.

Ustedes preguntan sobre la influencia del marxismo en Europa y si puede esperarse aquí algo parecido al "mayo francés". En Occidente, y en particular en Europa, los marxismos han declinado drásticamente. No hay que realizar una investigación filosófica para encontrar una respuesta. La Europa burguesa goza de una prosperidad sin precedentes en toda la historia del capitalismo. Ahí debe buscarse la explicación central.

Su clase obrera se ha aburguesado; la clase media esquía sobre la nieve de los Pirineos. Hasta España, el país otrora más atrasado de Europa, goza de un creciente bienestar. La mayoría electoral ha votado por la OTAN y por la Comunidad Económica Europea. España, la conquistadora de Indias, ha vuelto sus espaldas despreciativamente a la América Hispánica. Nosotros somos, para las capas ilustradas de su estúpida clase media, los "sudacas". Ha nacido en la Madre de las Patrias americanas otra expresión despectiva: **"es un tercermundista".** Los descastados hijos de Unamuno quieren ser europeos a toda costa. España ha huido de América. Juzga el Descubrimiento como una lacra vergonzosa.

Felipe González envía sus hijos a estudiar a los Estados Unidos. A Marx hace tiempo que lo ha expedido al Olimpo de los justos.

Y como el marxismo ha perdido influencia en Europa y la droga socialdemócrata proporciona un sueño profundo a la rebeldía juvenil, las semicolonias de América Latina reflejan, por su condición simiesca, la decepción europea de los socialismos. En la Europa opulenta, dicho fenómeno parece de algún modo natural. Los ultrarrevolucionarios de Copenhague, como no pueden hacer la revolución en Dinamarca, ya que cada fiord rebosa prosperidad, envían ropa usada al Africa y dinero para comprar armas a los

pobres sudamericanos. Es cierto que hay sudamericanos que viajan a pedir ropa usada a Dinamarca, y de paso, ideas usadas.

En América Latina la introducción del "liberalismo conservador" parece una verdadera burla. Y el descrédito de los marxismos no sólo se explica por el descreimiento europeo en la revolución, sino por el fracaso de dichos marxismos en proporcionar una respuesta al drama de América Latina. Los ejemplos que he dado del tema en la Argentina podrían ser completados con montañas de hechos similares en el resto de la Patria Grande.

Para resumir, es evidente que Marx, como genial pensador de Occidente, puede resultar muy útil para percibir ciertos aspectos del capitalismo mundial o para elaborar un método crítico en el análisis de la historia. No cabe duda que la burguesía no dio a luz otra figura mayor que Marx para cantar las excelencias productivas del capitalismo en despliegue. Pero, por desgracia, pertenecemos a un continente que se distingue no por su desarrollo capitalista, que estudió Marx teniendo como modelo a Inglaterra, sino por la ausencia del capitalismo; no por el papel de la burguesía como clase dominante, sino como clase dominada por la oligarquía financiera, terrateniente o comercial; no como el escenario de la lucha de "clase contra clase" sino como lugar del enfrentamiento de dos bloques históricos: Frente Democrático (o de Izquierdas) y el Frente Nacional. La Argentina en tiempos de Yrigoyen y de Perón, proporcionó dos grandes ejemplos para su examen en laboratorio, fenómeno que los marxistas notorios de todos los colores desconocieron a coro. Diré que la "izquierda nacional", para llamarla de algún modo, que nació hacia 1940 y que hoy resume su programa en el nacionalismo latinoamericano y el socialismo criollo, pretendió ser una síntesis de las ideas que pretendieron hacer de la Argentina un país dueño de su destino en una América Latina unida.

Ustedes me preguntan sobre los estudiantes de hoy y las influencias que se ejercen sobre ellos. Si Alfonsín y Alsogaray se reparten influencias, conviene recordar que los estudiantes univer-

sitarios son una parte privilegiada de una clase insegura que vive en soliloquio perpetuo, víctima de su individualismo sórdido y sujeta al influjo deformante de los grandes imperios. Como casi siempre en su historia, los estudiantes universitarios son "demócratas reaccionarios", "liberales reaccionarios" o, últimamente, peronistas que desconfían de los obreros. Una minoría entre ellos, que no siempre puede expresarse, conserva el culto a la patria y la repulsión hacia el imperialismo. Si se hiciera una encuesta entre los estudiantes de hoy, sugerencia que dejo planteada, y se les pidiera unas pocas palabras valorativas sobre ciertos nombres ¿qué responderían?

He aquí algunos nombres y hechos escogidos al azar para esa imaginaria encuesta: el General Angel Vicente Peñarolza, Facundo Quiroga, Mariano Fragueiro, Brigadier Ferré, Emilio de Alvear, Alonso Baldrich, Cura Muñecas, General Belzu, Simón Rodríguez, Torrijos, Perón, Guerra de Malvinas, Manuel Ugarte. Permítanme anticipar los resultados de la encuesta. La mayor parte diría que desconoce tales nombres. Y aquellos que de algún modo lo recuerdan, quizás comentarían que no les agradan por alguna causa o les despierta indiferencia. Sin esos nombres, sin embargo, América Latina no habría entrado en la historia. La crisis de la Argentina empujará a muchos estudiantes a romper el chaleco de fuerza del cipayismo cultural y de la abulia política. Estoy seguro de ello. Por esa causa, el gran tema de nuestra época no pasa por el universalismo marxiano sino por la constitución y unificación de la Nación Latinoamericana.

II

Los cambios sobrevenidos en el mundo contemporáneo desde la segunda guerra imperialista mundial resultan tan notables que aún no han sido asimilados por entero a la conciencia colectiva. Han surgido nuevos problemas tanto en el mundo "avanzado" como en el "atrasado". La naturaleza de la revolución socialista o de la revolución nacional han sido objeto de análisis que no

siempre resultan útiles para el destino de los pueblos del Tercer Mundo. Durante el siglo XIX, la creencia general entre las múltiples sectas socialistas era que los "pueblos salvajes" serían arrastrados hacia la corriente de la civilización por la expansión y universalización de la producción capitalista.

A principios del siglo XX, los diversos marxistas consideraban que dichos pueblos salvajes serían redimidos con la llegada del socialismo en los países civilizados. Las sectas pre marxistas como las corrientes llamadas marxistas, arrastraban un obvio sedimento de liberalismo y racionalismo, infundido por la época al conjunto del pensamiento europeo.

Después de la revolución rusa, las cosas no cambiaron sino en el sentido de que se evidenciaron muchas tentativas de "adoptar", "adaptar" o "aplicar" lo que genéricamente se entendía como el pensamiento de Marx a la esquiva y confusa realidad prehistórica de América Latina, según el piadoso precepto hegeliano.

La obsesión por "aplicar" Marx a la historia de América Latina tropezó con la resistencia que opone el propio pensamiento marxista en cualquiera de sus acepciones (y hay muchas). En verdad, habría que aplicar América Latina a Marx. En resumidas cuentas, sus propios creadores reconocen tres fuentes del marxismo: la filosofía alemana, el socialismo francés y la economía política inglesa. La tarea de lograr una síntesis aceptable de tres elementos tan diversos, constituyó la proeza intelectual de Marx. Pero la esencia de toda la construcción residía en la inquebrantable convicción de Marx de que el objeto de su análisis era el capitalismo, el sujeto de la historia universal, el proletariado y Europa el teatro de tal historia. Ahora bien, el rasgo diferencial de América Latina (y del Tercer Mundo) es la ausencia del capitalismo examinado por Marx y en consecuencia, la inexistencia del proletariado tanto como modos de producción y clases sociales dominantes e históricamente acabadas en el escenario histórico dado. Tropicalizado el marxismo, sólo podía manifestarse como un esquema ilusorio, flotando en el vacío histórico. No otra es la "saga" de las organi-

zaciones autodenominadas marxistas en América Latina. Pero la dificultad no sólo residía en los introductores mestizos sino en el objeto mismo de la aplicación, concebido a la luz declinante de la Revolución Francesa y con la vista puesta en el horror de las fábricas inglesas donde agonizaban decenas de miles de niños y mujeres mientras se obtenía la "acumulación".

En la América Latina del siglo XX, por el contrario la industrialización significaba el mejoramiento inmediato de la vida en la población nativa y no el espanto de las fábricas que contempló Marx.

Para decir lo menos resultaba algo extraño pretender que una doctrina revolucionaria resultara útil en América Latina en tanto se fundaba en el socialismo francés del siglo XIX, la filosofía alemana del siglo XVIII y la economía política inglesa de la misma época. El marxismo original resultaba de una fusión de la historia de los países más importantes de Europa, en cuanto a su desarrollo histórico, cultural e industrial y contenía la idea, muchas veces expresada por Marx, de que el mundo bárbaro o atrasado sería arrastrado primero a la corriente internacional del capital y luego, incorporado a la verdadera civilización socialista cuando los países europeos hubieran establecido el socialismo. En Marx la idea era muy clara, en Engels se hace notoriamente euro-nacional y hasta germano nacional.

La Segunda Internacional reposa sobre el poder de Europa sobre el mundo; y la Tercera Internacional, rápidamente dominada por el nacionalismo gran ruso de Stalin, lejos de encabezar el Tercer Mundo, pacta primero con la Europa Occidental y luego con Hitler en 1939, para desaparecer sin dejar rastros justamente cuando la extensión de los llamados **"países socialistas"** hacía prever un robustecimiento del **"internacionalismo proletario".** Por el contrario, el triunfo de revoluciones burocráticas o populares, indicó claramente que, por medio de caminos no capitalistas, la necesidad de crear nuevos Estados Nacionales y de impulsar las fuerzas productivas comprimidas por la presión extranjera era más

poderosa e infinitamente más real que las profecías del "Manifiesto Comunista". Y así como la revolución de Francia había convocado para enmascarar su carácter nacional a la universalidad de los símbolos romanos y de los ropajes romanos, la revolución nacional rusa, china, y otras llamaron en su auxilio a las figuras venerables de dos intelectuales europeos del siglo anterior, en cuyo nombre se desarrollaban procesos que muy probablemente hubieran despertado su asombro, y quizás su condenación, de haber vivido para verlos.

Por lo demás, el capitalismo brutal que conoció Marx en su propia cuna inglesa y que observó en su versión atemperada de la Inglaterra victoriana hacia 1880, difería notablemente del capitalismo norteamericano de un siglo más tarde o de la Europa de la Comunidad de nuestros días. Aunque el régimen imperialista financiero no perdió su ferocidad, para su propio hogar nacional la clase obrera dispone de un nivel de vida y de una legislación protectora difícil de imaginar cien años antes. El heredero de la filosofía clásica alemana, según Engels, es una columna sólida del régimen burgués en la Alemania Federal, tan adaptado como lo era bajo el sistema prusiano y bismarkiano de los tiempos de Engels, cuando los dirigentes obreros preferían trabajar el 1º de mayo y hacer un picnic social demócrata el domingo siguiente. En tanto el capitalismo contemporáneo conserve su impulso y beneficie a la sociedad burguesa, y ofrezca al proletariado cierto nivel de prosperidad, la verdadera expresión política de la clase obrera continuará siendo el socialismo y el eurocomunismo, conservadores del orden social y del sistema parlamentario. Tales son los hechos. En cambio, el Tercer Mundo, el "mundo sin historia", no tiene otra salvación que la revolución, ni otro enemigo principal que el imperialismo extranjero, por más civilizado, demócrata y hasta socialista que sea.

III

Cuando faltaban pocos años para que el "Manifiesto Comunis-

ta" cumpliera un siglo, el último de los grandes marxistas del siglo XX exponía su visión de la sociedad capitalista. León Trotsky, en vísperas de su asesinato en México, sostenía en un artículo que si de la gran guerra mundial que estaba en curso no nacía en Europa una revolución socialista, sobrevendría **"el ocaso de la civilización"**. Agregaba que en ese caso quedaría demostrado que el proletariado, por alguna razón, era incapaz socialmente de hacerse cargo de las tareas históricas que el marxismo tradicional le había asignado. Y que

"el programa socialista, edificado sobre las contradicciones internas de la sociedad capitalista, era una utopía". Estas líneas fueron escritas en setiembre de 1939, pocos días después de iniciada la segunda guerra mundial. Trotsky afirmaba que si en el curso de la guerra la revolución de Octubre

"no encontrara su continuación en alguno de los países avanzados; si por el contrario el proletariado se encontrara por doquier arrojado hacia atrás, entonces indudablemente tendríamos que plantear la cuestión de revisar nuestra concepción de la época actual y de sus fuerzas motrices".

Ante el panorama europeo, con el triunfo del fascismo, del nazismo y del stalinismo, formulaba en 1938 la siguiente reflexión:

"Si se acepta que la causa de las derrotas son las cualidades sociales del proletariado mismo, es preciso reconocer entonces que la situación de la sociedad contemporánea es desesperada. En las condiciones del capitalismo en putrefacción, el proletariado no crece ni en número ni en cultura".

En otro estudio del mismo año observaba:

"Las fuerzas productivas del capitalismo han dejado de crecer. No se producen nuevas invenciones ni innovaciones técnicas. El capitalismo está en agonía".

Coronaba su sombrío análisis con la siguiente predicción:

"Es absolutamente evidente que si el proletariado internacional, como consecuencia de la experiencia de toda nuestra

época y de la actual nueva guerra se mostraba incapaz de convertirse en amo de la sociedad, eso significaría el hundimiento de todas las esperanzas de revolución socialista, ya que es imposible esperar otras condiciones más favorables para ella; en todo caso nadie puede preverlas desde ahora, ni caracterizarlas".

Al concluir su trabajo, agregaba una nota de optimismo, que no lograba disipar en el lector la penosa impresión de las duras alternativas planteadas.

En efecto, al darse término a la guerra mundial mediante el acto criminal de Hiroshima y Nagasaki, el mundo se informaba de los avances de la ciencia nuclear y de la cohetería. Se vislumbraban ya las conquistas de la cibernética. En el régimen capitalista comenzaba un desarrollo científico y tecnológico colosal, imposible de concebir en esa decadente sociedad burguesa que Trotsky tenía bajo sus ojos en 1939.

Todas las predicciones resultaron desmentidas por la lógica de hierro de los acontecimientos. Fue necesario cambiar las perspectivas aprendidas, las caracterizaciones globales, el concepto de la clase pura y del proletariado inoxidable, las leyendas heroicas de remotas revoluciones y hasta el vocabulario, ya que las palabras están lejos de ser indiferentes a la carga histórica y emocional que sobrellevan. Y las palabras europeas o asiáticas, las metáforas y analogías, aquellos Thermidorianos, esos bonapartismos, los bolchevismos y la "Narodnaia Volia", "La Madre" de Máximo Gorki, el cautivante Smolny y los disparos del crucero "Aurora", tenían para los latinoamericanos de varias generaciones más intimidad, encarnadura y pasional resonancia que la batalla de Caseros, Tacuarembó, Ayacucho o Junín, que los campos de mío mío, los gauchos de Artigas o las arengas de Simón Bolívar.

A esos inflexibles y solitarios adolescentes de mi época, les resultaba más familiar el río Neva (que no podíamos encontrar ni con el auxilio del mapa) que el Desaguadero, el Amazonas o el Mapocho. Y debimos reconstruir, como lo anticipaba Trotsky, de

todas sus piezas, un programa revolucionario que abandonara las hipótesis del siglo XIX, más utópicas que científicas y que procurara hundir sus raíces en nuestra historia y no en otra. Debimos mirar más de cerca, a nuestro lado y bajo nuestros cielos. Resolvimos elaborar un socialismo justamente criollo, porque todos los demás eran incomparables en tanto eran nacionales de otras naciones y como tales eran ininteligibles e inaplicables, aunque gozaban de buena prensa y nos habían ganado el lado del corazón.[1]. La enajenación (no la capitalista, sino la marxista) duró la friolera de unos 70 años y dejó un cráter mayor que la Luna.[2] Claro que dicho socialismo criollo a su vez, debía asumirse como la expresión más revolucionaria del nacionalismo popular genérico de la patria oprimida. Pues bien, comprendimos tardíamente que resultaba erróneo estudiar **"El capital"** sin leer al mismo tiempo el **"Sistema de Economía Político" de Federico List,** o los escritos económicos de Manuel Belgrano, abogado, general y economista de la Revolución (no la de octubre de 1917, que era rusa, sino la de Mayo de 1810 que era la sudamericana) y luego, las páginas del cordobés Marino Fragueiro y del mexicano Mariano Otero.

Pues vinimos a saber que estudiar en América Latina un capitalismo casi inexistente (en el sentido de una estructura dinámica generalizada en todos los niveles y clases de la sociedad), sin

---

(1) Conozco el paño porque he sido sastre. En las primeras ediciones de mi libro "La era del bonapartismo", que describía los años del gobierno militar y del gobierno peronista a partir de 1943, yo estaba muy orgulloso por el hallazgo del título. El libro se vendió mucho, aunque pocos entendían el significado del título, salvo algunos refinados que se silbaban de memoria la bibliografía de la orilla izquierda del Sena. Pero es que mis lectores, y yo, estábamos a la orilla oeste del Plata. Finalmente cambié ese título por este otro: "La era del peronismo". Como todo el mundo supo de qué se trataba, mi prestigio literario y académico (que era escaso) se derrumbó sin remedio en el universo de la gente ilustrada.

(2) Después de Lenin, Trotsky, Stalin, Krushev, Breznev y Gorbachov, el actual presidente ruso, Yeltsin, ha dicho que Marx es un "mamarracho" y puesto en la ilegalidad al Partido Comunista ruso. Nadie habla hoy en Rusia de socialismo, de marxismo, de solidaridad o de soviets. Todo es como si una parte de la historia rusa no hubiera ocurrido. Tal ha sido la herencia de Stalin. Ahora sólo se trata de saber cuáles gerentes "soviéticos" se convertirán en propietarios de tal o cual fábrica. Nota de 1993.

estudiar los métodos de la acumulación nacional ligada al Estado, no sólo ponía en discusión la supuesta necesidad histórica de integrarnos al mercado mundial sino también la caracterización del Estado formulada por Marx, de "Comité Administrativo de la burguesía", aplicable al cuadro de la Europa burguesa.

En América Latina resultaba quimérico luchar contra la burguesía como enemigo principal, (según exigía el Manifiesto Comunista), por la sencilla razón de que la burguesía no ocupaba el poder (ni político ni económico) y era frecuentemente perseguida, arruinada, encarcelada y hasta expatriados sus representantes por la rosca oligárquica asociada al imperialismo extranjero. Bastará recordar los casos de Gelbard y Broner en la Argentina, para convenir que los únicos sectores de la "burguesía nacional" que participan del poder social y políticos son aquellos que se han asociado al capital imperialista. Señalaríamos, para dar otro ejemplo, a los sectores más influyentes de la Unión Industrial Argentina, cuya política general es habitualmente similar a la de la Cámara Argentina de Comercio, la Sociedad Rural Argentina y la Asociación de Bancos "Nacionales".[1]

Considerado desde este punto de vista, el rigor antiburgués de los marxismos conducía rectamente a sus creyentes a combatir la causa nacional, que dichos doctrinarios identificaban con la causa de la burguesía. Omitían por completo el hecho de que en América Latina la clase dominante no es el "burgués ávido y cruel" del himno "La Internacional" sino la oligarquía ilustrada liberal y "progresista", agraria, comercial y financiera. Precisamente por su debilidad relativa y su escasa visión histórica, la burguesía nacio-

(1) Redactado en 1986.

(2) Las consideraciones expuestas tienen un valor genérico. En México, Brasil, Argentina y Chile, para escoger sólo algunos ejemplos, comienzan a formarse sectores relativamente importantes de burguesía industrial de capital nacional. Pero en ningún caso constituyen clases de peso político decisivo, a la manera de Europa o Estados Unidos.

nal no crea al movimiento nacional sino que, de algún modo es creada por él y lo traiciona cada vez que le conviene.[2]

De tal suerte, nos dedicamos a husmear en los textos sacros la más insignificante referencia de los maestros consagrados a la América Latina, el Estado-Nación y los pueblos débiles. Nos llevamos amargas sorpresas.

Aunque Marx había expresado su simpatía por la cuestión nacional planteada en las martirizadas Irlanda y Polonia y comprendió la imperiosa necesidad de concluir con las excrecencias feudales y absolutistas reinantes en los principados alemanes y el resto de la Europa monárquica, su visión de los **"pueblos sin historia"** (Asia, Africa y América Latina) no logró despojarse nunca del aire soberbio y despreciativo de un europeo conspicuo. Empleaba con frecuencia, en el mismo sentido despectivo que Sarmiento, la fórmula "civilización y barbarie". En ese orden y en otros que los filósofos examinarán, continuaba siendo un perfecto hegeliano. En punto al juicio que le merecían aquellas culturas europeas o extra-europeas indignas de sobrevivir, su maestro de Berlín no habría tenido nada que reprocharle. Juzgó a Bolívar un **"pillo, canalla, y cobarde"** y a los pueblos eslavos del sud **"pequeños, minúsculos, inválidos e impotentes"**. Rechazó sin contemplaciones el **"principio de autodeterminación de los pueblos"** (que saldría de la cabeza de Lenin en el siglo XX) y sólo postuló la creación de grandes naciones con viabilidad histórica, obviamente naciones de cultura europea que fueran **"una necesidad de la historia".** Según se sabe, no es sencillo interrogar a la Historia sobre sus secretos designios.

Pero si el poder de su genio penetraría en la intimidad de la economía capitalista y de algún modo compondría un repertorio de ideas aptas para investigar ciertos antagonismos de la sociedad moderna, la llegada de su obra a la América Latina adquirió caracteres deformados propios del mecanismo montado en una gran semicolonia para nutrirse pasivamente de la herencia cultural de Europa. El Marx que se propagó en los círculos cultos de

América Latina fue el Marx de la historia cosmopolita y esquemática del "Manifiesto Comunista"; el de la postulación de la dictadura del proletariado (de la que el propio Marx se olvidó y Lenin revivió); el de la idea de un mercado mundial sometido a normas uniformes para la expansión capitalista; el del rol mesiánico del proletariado como héroe de la historia y el desprecio hacia los campesinos con su **"idiotismo rural"**; el de la personificación de los obreros alemanes como albaceas de la filosofía clásica alemana y el Marx esencialmente abstracto que afirmó que los "obreros no tienen patria" . En Quito, en Lanús, en México como en Potosí, tales ideas encontraron un eco tan profundo como estéril. Marx creyó hasta el fin de su vida en una historia universal sometida a inexorables leyes, tal cual había dictaminado el infalible determinismo del marqués de Laplace. Pero luego de Marx hizo su aparición Lenin, un inigualable realista y pragmático, que sucumbió bajo el peso de un experimento trágico.

Las determinaciones psicológicas oriundas de la revolución rusa, con su vocabulario militar, fundado en la "táctica" y la "estrategia", completó el sistema intelectual de inhibiciones para el pensamiento latinoamericano, que había comenzado con Augusto Comte y culminado con Marx. Ahora, el gran resplandor de la revolución de Octubre encegueció a los devotos que conquistó en el Tercer Mundo. La presunta victoria de una revolución ajena (que llevaba en sus entrañas un monstruo como Stalin) los condujo a preparar las derrotas de las revoluciones propias.

América Latina se vio castigada por la doctrina reduccionista de someter a las políticas nacionales al imperio de las normas generales emitidas desde un todopoderoso centro de la revolución mundial que resultó ser nada más que la plataforma geográfica de un nacionalismo ruso tan despótico y expansivo como su antecesor zarista. Tardíamente, poco antes de su muerte, Lenin advertía sobre el carácter puramente ruso de las tesis organizativas del bolchevismo. En sus últimos momentos sospechó, con espanto, que la vieja estructura social del brutal gendarme zarista, apenas

barnizada de rojo, en apariencia vencida amenazaba con devorar al partido gobernante. Su propia muerte natural está sujeta a discusión.[1] Lenin decía que la esperanza de la humanidad no podía depositarse en Europa sino en el Oriente, y en las colonias donde se encontraban los pueblos revolucionarios.

América Latina forma parte de esos pueblos. Para liberarse necesita ver claramente su camino. La experiencia ha demostrado que las limitaciones de una filosofía de la historia fundada en el carácter específico de la historia europea resulta un peligroso instrumento de medición y diagnóstico.

Toda la correspondencia de Marx y la de Engels está penetrada de ese optimismo histórico, y de alguna manera del progresismo decimonónico: una sociedad agotada engendrará otra nueva, que habrá de reemplazarla; una clase sucederá a la otra; la historia es la historia de la lucha de clases. La burguesía es la clase dominante de la última etapa. La sucederá la dictadura del proletariado, a la que seguirá la lenta extinción del Estado. La humanidad sustituirá el gobierno de los hombres por la administración de las cosas. Se pasará del reino de la necesidad al reino de la libertad. El marxismo, en todos sus matices, afirmaba poseer las llaves del Reino. Pero nada sucedió así.

No resultaba accidental que el nombre de Darwin apareciera con frecuencia en sus libros y aún que Engels, ante la tumba recién abierta de Marx, estableciera una analogía con aquel que descubrió las leyes de la evolución de las especies y el que realizó la misma tarea en el campo de la ciencia social. Evolucionismo y biologismo acompañarán siempre de cerca a la formidable herencia de Marx y del pensamiento de sus herederos. Y la teoría marxista de la historia sería la víctima: la Historia poseía su lógica, sus leyes y sus objetivos.

---

(1) Diversos autores sostienen que fue envenenado por Stalin.

IV

Hemos observado antes que la revolución socialista no tuvo lugar en la Europa avanzada, lo que desmentía toda la tradición del pensamiento marxista. A partir de 1945 en el mundo colonial de Africa, Asia y América Latina se ponía en marcha una formidable conmoción revolucionaria. No sería el proletariado de los textos de Marx o Trotsky el héroe central de dicho terremoto social, sino sobre todo el campesinado, la paupérrima pequeña burguesía colonial y la "inteligencia" postergada del Tercer Mundo salvo en la Argentina, donde la clase obrera industrial, junto al Ejército, elevó al poder al coronel Juan Domingo Perón, mientras los partidos marxistas, excepción hecha de la Izquierda Nacional, condenaban al Coronel como "nazi-fascista".

En todas partes, la revolución triunfante sería una revolución nacional.

No se inspiraba en un programa socialista, sino, para decirlo con un lenguaje no siempre claro, en un programa burgués, aunque llevado a cabo frecuentemente sin la embrionaria burguesía. Detrás de la terminología archimarxista, Mao y Ho-Chi -Min planificaron una especie de Capitalismo de Estado y finalmente dejaron entrar a los bancos extranjeros, la Pepsi-Cola y las Honda japonesas. La revolución que irrumpía no era la revolución prevista por los clásicos del socialismo. No se desarrollaba en los países de evolución industrial más lograda sino en los más atrasados. Y no era un partido de clase, el partido proletario, "el caudillo de la Nación" en armas, sino un confuso y poderoso frente de las clases revolucionarias emergidas del primitivismo colonial. En algunos casos, los jefes eran militares nacionalistas o intelectuales marxistas. Se definían como "gobiernos patrióticos" o "regímenes socialistas". Lograban a veces reestructurar su país. Otras terminaban arrastrándose en la marcha errática de burocracias políticas dispuestas a pactar con Occidente o con el poder soviético. En la mayor parte de las revoluciones nacionales, desde 1945 hasta la

actualidad, los nuevos gobiernos asumían la plenitud del poder e iniciaban, por medio del Estado, vías de desarrollo no capitalistas. En otros casos, inducían la formación de "burguesías nativas" engordadas con créditos del Estado, aunque generalmente con magros resultados. La fe religiosa, en otras ocasiones, se ofrecía como ideología nacional de la revolución. Tales movimientos pusieron en jaque el imperialismo mundial, mientras el famoso "proletariado europeo" se instalaba en el marco de la incomparable prosperidad alcanzada por la burguesía en los últimos cuarenta años y miraba con indiferencia, cuando no con sospecha, muy lejos del "internacionalismo proletario", las luchas sangrientas del Tercer Mundo por su independencia nacional. En cambio, el "proletariado mundial" o la "revolución mundial" resultaban ser puras abstracciones, reflejos doctrinarios de un "mercado mundial" sujeto a no menores limitaciones.

Al revés de las previsiones de los marxistas de la preguerra, todas las revoluciones, aún las que se denominarían "socialistas", estallaron en el Tercer Mundo: China, Vietnam, Laos, Corea, Cuba, Nicaragua, Egipto y los nacionalismos africanos y asiáticos. En Europa Oriental, los regímenes "socialistas" resultaron el fruto de la irrupción del Ejército Rojo en sus capitales al terminar la segunda guerra mundial, excepción hecha de Yugoeslavia, que se autoliberó con sus propias armas pero que no era un país "avanzado". El proceso seguía rumbos no establecidos por los textos marxistas. La Unión Soviética, a su vez, que había formado una poderosa e inatacable burocracia (casta o nueva clase, no es el tema para este análisis) se convertía en una gran potencia. Lenin había resumido en una breve sentencia que el socialismo en Rusia era ***"el poder de los soviets más la electrificación".*** Como el poder democrático de los "soviets" (consejos obreros) fue rápidamente eliminado por el nuevo poder burocrático, sólo quedó la electrificación. Pero nadie podría sostener seriamente que la electricidad es el fundamento del socialismo, ni que la sociedad planificada, monolítica y militar de la Unión Soviética tiene alguna relación

con el socialismo, sea cual sea la definición que se pretenda formular acerca del término.

El aplastamiento de la revolución húngara, de la revolución de Praga o de la crisis en Polonia, para no hablar de la ocupación militar de Afganistán, ofrecen testimonios sobreabundantes de las dolorosas aventuras sufridas por la palabra socialismo y de la necesidad de redefinirla.

En realidad, la historia contemporánea exhibiría los efectos nocivos de la canonización de Marx y el marxismo practicado por los legatarios de la revolución rusa. Salta a la vista la discordancia entre el mundo real y la doctrina.

Impregnada de evolucionismo y de positivismo, es decir, del racionalismo de la Ilustración dieciochesca, la herencia marxista oficial más se parece hoy a una utopía científica que al socialismo utópico de los soñadores premarxistas.

La fundación de una "Academia" de "ciencia marxista-leninista" sostenida por el Estado soviético, ofrece una confirmación de que el marxismo soviético es una ciencia fundada en textos intangibles y en dogmas incontrovertibles. La autoridad que respalda tal ideología institucional es la policía secreta. Las observaciones de Marx, frecuentemente contradictorias, pues a diferencia de sus epígonos estaba lejos de ser creador de una "doctrina" sino que más bien se consideró siempre un explorador del mundo social, se han convertido en una "Doctrina de Estado" en varios países, con sus guardias, sacerdotes, vestales y verdugos. Aquel que tenía como divisa **"Duda de todo"** , ha venido a resultar un Dios omnisciente en un imperio donde está prohibido dudar de nada. Sin embargo, las propias revoluciones en Rusia, China, Cuba o Vietnam, tan alejadas de las previsiones o conceptualizaciones de los textos marxistas, han permitido analizar y cuantificar lo que está muerto y lo que está vivo en las ideas del marxismo. Más aún, han aparecido tantos marxismos como países "socialistas" y tantos socialismos como partidos de esta denominación existen en el mundo.

V

Al Eurocomunismo le ha sucedido **"la vía francesa" o "italiana para el socialismo".** Al internacionalismo proletario que estaba en la base de los discursos, tesis o libros de Lenin en los momentos estelares de la revolución, ha sucedido un conjunto de "variantes nacionales", tanto en los países imperialistas "civilizados" como en las naciones coloniales más atrasadas. Semejante variedad de algún modo tiende a poner las cosas bajo una nueva perspectiva. Es conocida la maliciosa observación de Ho-Chi-Min sobre Mao y sus "nuevas" teorías filosóficas: **"El camarada Mao ha "chinizado" hábilmente la tesis de Lenin".** Podría añadirse que el propio Lenin había **"rusificado"** algunas ideas de Marx para advertir, poco antes de su muerte, que el bolchevismo era un **"asunto ruso que sólo los rusos podían aplicar y entender".**

Resulta muy significativo que a medida que aumentó el número de países socialistas, tendía a declinar la popularidad del concepto de "internacionalismo proletario" cuando teóricamente cabría imaginarle por esa causa mayor vigencia que nunca. Asimismo, el silencio que tanto China como la Unión Soviética mantienen acerca de sus peligrosas disputas territoriales (que les obliga a inmovilizar 2 millones de soldados a lo largo de una extensa frontera común) indica bien a las claras que el nacionalismo o defensa del territorio nacional, atribuido a los apetitos desenfrenados del mundo capitalista, subsiste aún después del establecimiento de la economía planificada y de un gobierno llamado a sí mismo "socialista". Idéntica situación se plantea entre Vietnam y Camboya. En plena guerra, ambos se denominan "Estados socialistas".

La raíz de la cuestión creemos que es preciso buscarla en la ambigüedad original de los diagnósticos marxistas y en el curso propio que siguió la historia contemporánea más allá de tales diagnósticos. Recordemos que al día siguiente que Marx entregara a la Liga de los Justos el texto del "Manifiesto Comunista" de 1848 donde plantea la sustitución de la burguesía por el proletariado, el

joven doctrinario se incorporaba a la **"Nueva Gaceta Renana"** en calidad de Director de esa publicación democrática, respaldada y financiada por la burguesía alemana.

Engels dirá más tarde que era la única manera de difundir sus ideas. Pero la **"Nueva Gaceta Renana"** no difundía las ideas marxistas, sino las ideas de la burguesía en favor de la democracia.

De aquel documento célebre redactado por dos jóvenes intelectuales donde se afirmaba que los **"obreros no tienen patria"** poco quedaría en el espíritu de Engels, que en 1892 escribía: **"si llega el momento, sólo deseo que mi vieja fractura no me impida montar nuevamente a caballo"**, en caso de que Rusia o Francia atacaran a la Alemania imperial. De hecho, ambos no dejaron de ser dos patriotas alemanes, armados de una imponente doctrina internacionalista.

El mismo Engels que se proponía defender con las armas a su patria, en tiempos del Kaiser y Bismark, se constituia en el precedente directo de la conducta que observarían tres décadas más tarde los socialdemócratas alemanes, aquellos que votaron los créditos pedidos por el Emperador, para hacer la guerra contra Francia (incluidos los obreros franceses). Aunque Lenin en 1917 calificó esta actitud de "traición al socialismo", se cuidó muy bien de rastrear la influencia de Marx y Engels en tal política.

¿En qué residía precisamente la ambigüedad implícita de los primeros, como de los últimos textos marxistas?

En que la tesis central de Marx concebía al comunismo como un movimiento traído al mundo por la necesidad histórica en resuelta marcha para reemplazar al capitalismo agonizante. El vasto fresco histórico que describe Marx en el "Manifiesto", tanto como Engels en el "Socialismo utópico y socialismo científico", culmina invariablemente con citas latinas tales como **"el sepulturero golpea a la puerta"** o sonará muy pronto la hora de que **"los desposeídos expropien a los expropiadores"**. En el prólogo al primer tomo de "El Capital" Marx decía: **"Los países industrialmente más**

desarrollados no hacen más que mostrar a los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir".

Aun en 1871, el estallido de la Comuna de París movió a Marx a atribuirle carácter histórico trascendente. Vio en ella el prólogo a la anhelada revolución social. Sin embargo, no era el "comunismo" el fantasma que recorría Europa en 1848 o en 1871 sino el nacionalismo. No era la sociedad socialista la que estaba en vías de establecerse sino el Estado Nacional (tardío en el caso de Alemania e Italia y de un lejano futuro en el siglo XX los de América Latina, Asia y Africa).

En suma, en lugar de producirse el colapso de la sociedad burguesa de modo inminente como suponían Marx y Engels cada vez que se producía un alzamiento popular, cuando murió Engels en 1895, se había instalado cómodamente en Inglaterra la sociedad victoriana, clave de la bóveda en el floreciente capitalismo europeo. Como hasta las zonas de los "países bárbaros", como la India, eran alcanzadas por las orgullosas locomotoras de la civilización, el propio Marx suponía que la introducción de los ferrocarriles en el continente hindú revolucionaría las arcaicas formas de producción campesinas y desencadenaría en la India una revolución industrial semejante a la de Inglaterra.

Según la visión de Marx, la civilización barrería con la barbarie, extendiendo así las relaciones de producción capitalista a todo el planeta. Luego, este formidable terremoto social produciría su negación. A la gran industria, nacida en todas las latitudes, respondería la multiplicación numérica y social de la clase obrera. El proletariado urbano llegaría a ser, a corto plazo, la clase más numerosa de la sociedad capitalista. Así estaría en condición, mediante el ejercicio de una revolución —o por medios pacíficos, de tipo electoral, quizás en Inglaterra o en Alemania— de transfigurar su poder social en poder político. Con tal proceso se iniciaría una revolución que transformaría no sólo las instituciones burguesas, sino también al hombre alienado mismo, recuperando el

género humano, liberado de la estructura de clases, su plena soberanía y dignidad.

No hay duda que la historia ha seguido un curso muy diferente. De un lado y después de décadas de oprobiosa explotación de mujeres y niños en fábricas infernales, la clase obrera en Inglaterra primero, y luego en los restantes países europeos, adquirió bajo el régimen capitalista considerables derechos civiles, políticos y económicos, construyó grandes partidos y sindicatos, ocupó los parlamentos y formó numerosos gobiernos que mejoraron las condiciones de existencia cotidiana sin modificar en lo más mínimo la estructura de la sociedad capitalista ni el régimen de propiedad burgués. La clase obrera, por su parte, se adaptó a las ventajas obtenidas del sistema social vigente, se "aburguesó" y se masacró mutuamente en "defensa de la patria" en las dos últimas guerras mundiales. Al mismo tiempo resultó notable la indiferencia de los obreros franceses, ingleses, holandeses, belgas, etc. ante la explotación colonial de sus respectivas metrópolis. La II Internacional llegó a considerar deseable, en sus Congresos de principios de siglo, la política colonial como medio de civilizar a los pueblos indígenas. Hasta el Partido Comunista francés no ocultó su preferencia por una "Argelia francesa".

VI

Antes de la segunda guerra mundial, la Rusia Soviética estaba "aislada" por el "cerco capitalista". Dicho cerco era el mejor pretexto para justificar los Procesos de Moscú, donde Stalin fusiló en masa a la generación leninista de la Revolución de Octubre. El "cerco" explicaba todo. Pero después de la guerra mundial, cuando el "área no capitalista" se extiende por todos los continentes, se atenúa el enfrentamiento "bipolar" capitalismo-socialismo o, como se lo llama hoy, Este-Oeste. La bipolaridad sólo resulta conveniente a EE.UU. y la URSS. Desde 1945 hay otro factor: el Tercer Mundo que no desea ser arrastrado a otros conflictos que no sean los propios.

La antigua antítesis de que el antagonismo entre la burguesía y el proletariado en el país capitalista maduro desembocaba en la revolución socialista, fue en realidad sustituida por el antagonismo entre las naciones industriales avanzadas (cuyas diferencias internas con su clase obrera se habían armonizado) y los países atrasados (ex coloniales o semicoloniales). Este último resultaría ser la "contradicción fundamental". En otras palabras, la lucha se plantearía no entre la clase obrera internacional y la burguesía mundial, sino entre la burguesía mundial y los países explotados del Tercer Mundo.

De este modo se establece una solidaridad objetiva tanto entre las clases sociales del país imperialista, como entre las clases sociales revolucionarias del país oprimido. En los primeros, el proletariado, aunque sea socialista o comunista, para tomar el caso de Francia, Italia o Inglaterra, no salió a las calles de París, para protestar contra la intervención francesa en la República africana de Chad o contra las explosiones atómicas contaminantes de Francia en el Pacífico Sur. Ese proletariado "socialista" comparte, en la punta de la mesa, el festín burgués.

Si se prefiere otro ejemplo, cuando Inglaterra invadió con su flota el Atlántico Sur, toda la nación inglesa y sus nacionalidades asociadas (menos Irlanda) aclamó a la Señora Thatcher. Más aún, la agresión imperialista le permitió recuperar su popularidad y ganar las elecciones, incluyendo votos obreros. ¿Dónde se encontraba en ese momento el **"antagonismo burguesía-proletariado"**? Se había transfigurado en la solidaridad de las clases del país imperialista contra un sospechoso país de la América del Sur. En el otro polo se encontraban las clases sociales de la semi-colonia agredida, es decir la Argentina. La mayoría de la población, fueran militares, obreros, hacendados, clases medias, reaccionó patrióticamente contra el imperialismo. Sólo una minoría, que no osaba decir su nombre y la dirigencia de los partidos políticos "amaestrados", dejaron percibir una sorda oposición. Es el sector "occidentalizante" y culto del Tercer Mundo que se identifica

muchas veces con la nación dominante y cuya suprema expresión político-artística fue Borges.

De este modo, la nación avanzada tiene una minoría antiimperialista (en la izquierda del Partido Laborista) y el país oprimido una minoría cipaya, reclutada generalmente entre el progresismo y la izquierda cosmopolita. Esta última aspira a suprimir la unidad nacional del país oprimido en nombre del **"internacionalismo"** mientras que no está en condiciones de eliminar la unidad interna del país imperialista. Así desempeña la función de facilitar, bajo la divisa de la lucha de clases y del socialismo, la dominación imperial.

Como se ve muy claramente, los presupuestos básicos del socialismo marxista quedaban en discusión a la luz de la experiencia de las últimas cuatro décadas. El eje de la revolución ya no pasaba por el centro de Europa, modelo inimitable del desarrollo capitalista, o por su culminación suprema, Estados Unidos. Por el contrario, la revolución estallaba allí donde no había a veces ni vestigios de capitalismo, a veces simples estructuras tribales o embrionarias formas capitalistas no integradas. Pero al mismo tiempo, en Europa, en Estados Unidos y Japón, lejos de aparecer la revolución, se desplegaba un formidable desarrollo del capitalismo más tecnificado y complejo, acompañado por una elevación sin precedentes en la historia de la humanidad del nivel de vida y del bienestar de la población de tales países.

Había desaparecido la famosa "aristocracia obrera": todos los obreros eran "aristócratas", salvo una minoría marginada de trabajadores extranjeros.

El silencio profundo del mundo colonial y semicolonial, apenas quebrantado por episódicas rebeliones y represiones, concluyó en 1945.

Al concluir la guerra, según dijimos, se puso en movimiento la gran revolución nacional del siglo, que no ha terminado. La Argentina participó de esa revolución con la creación del peronismo, peculiar alianza entre el Ejército, la clase obrera y parte de las

clases medias urbanas y rurales. Después de alcanzar altas cumbres, los movimientos nacionalistas y revolucionarios de América Latina (el trabalhismo brasileño, el peronismo argentino, el velazquismo peruano, el MNR boliviano, etc.) sufrieron un reflujo no menos profundo.

Desde 1955 a hoy, han ocurrido fenómenos para los cuales el "marxismo oficial" ni ninguna de sus variantes secularizadas ofrece respuesta alguna. Pero si los marxismos no ofrecen ninguna respuesta se impone ofrecer una respuesta a los marxismos.

Estas notas son una contribución a esa respuesta.

CAPÍTULO 15

De Mariátegui a Haya de la Torre

Al día siguiente de cerrar Mariátegui sus ojos para siempre, comenzó la disputa política en el Perú sobre la verdadera naturaleza de sus ideas. Esta polémica no ha terminado todavía. Mariátegui ¿era o no marxista? ¿Cuáles fueron, en realidad, sus relaciones en el nacionalismo peruano, esto es, con el aprismo? La vitalidad de la discusión reposa sobre un asunto de la mayor importancia. Pues del duelo teórico entre la categórica aserción de Mariátegui de que "la revolución latinoamericana será socialista o no será" y el puro antiimperialismo del APRA, aunque no encierra todos los términos del problema, alude sin duda a la controversia tan actual sobre el carácter histórico-político de la revolución en América Latina. Tanto los stalinistas, como los ultraizquierdistas y en cierto modo los apristas, pretenden confiscar para su propio bando la figura del luchador desaparecido. En un curioso homenaje tributado por Luis E. Heysen en 1930, el dirigente aprista llamaba a Mariátegui "bolchevique d'annunziano". Estas palabras irreverentes desataron una batalla de invectivas entre apristas y stalinistas que seguramente no enriquecerá la historia de las ideas en Perú.

Las tres figuras más notables del pensamiento revolucionario del Perú son Manuel González Prada, José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre. El primero era un anarquista anticlerical que exhibía marcadas diferencias con el anticlericalismo burgués que hacía furor en Francia por esa época. González Prada es la figura principal de la generación positivista, un escrupuloso artista del verbo que proclama la urgencia de romper con la

tradición española y la herencia colonial. Su contribución a la lucha social del Perú es señalar al indio como al protagonista de la vida nacional. A diferencia de otros escritores e intelectuales de América Latina, que se complacían en las puras experiencias estéticas, cuyas fórmulas importaban de Europa, González Prada tenía el temperamento de un agitador. En el teatro Politeama de Lima pronunció un discurso en 1888 donde observó este hecho fundamental: *"No forman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico y los Andes; la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminadas en la banda oriental de la cordillera"*. Setenta años antes, Simón Rodríguez, el magnífico maestro de Simón Bolívar, escribía lo siguiente:

"En lugar de pensar:
en Medos
en Persas
en Egipcios
pensemos
en los
indios

Pero la oligarquía peruana, sus vástagos, protegidos y comensales, no pensaban jamás en sus *pongos*. Los elegantes barrios residenciales de Lima y la despreocupada existencia en Europa se fundaban en la explotación inicua del indio, personaje central de la vida peruana desde el Incanato hasta hoy. Sin embargo, toda la vida del Perú visible se desenvolvía en la costa, entre blancos y mestizos. En el *foco de civilización* del litoral florecían el positivismo, el liberalismo, los golpes de Estado, las *tradiciones peruanas* de Palma, la novela realista, el Parlamento, la pintura moderna, y hasta el marxismo. Pero viajando al interior de esa franja privilegiada, Perú se hundía en el atraso y la tristeza más profundas. De un lado, se escribía la novela indigenista y del otro,

agonizaban los indios semiesclavos. Por lo demás, desde el levantamiento del siglo XVIII con Tupac Amarú, no habían cesado nunca las sublevaciones campesinas. Los más escandalosos atropellos y las violencias de los propietarios rurales desencadenaban dichas sublevaciones, que concluian con la represión militar sangrienta de las víctimas de aquellos atropellos. Después de cada masacre se extendía por la sierra el silencio de los muertos; y en la costa, tiempo después, algún miembro de la clase ilustrada escribía una novela. Hacia 1848 Narciso Aréstegui publicaba *El Padre Horán*, en cuya intriga se combina el retrato despiadado del cura rural con la simpatía por el indio sometido. Cuarenta años más tarde, Clorinda Mattos de Turner exhibía con fuerza penetrante en *Aves sin nido* la espantosa situación de las masas indígenas. La novela no sólo vuelve célebre el nombre de la autora cuzqueña, sino que sitúa en el ámbito del gran público la cuestión de la raza maldecida y expoliada desde la Conquista, y, vale la pena recordarlo, manipulada desde el Imperio Incaico.

En 1888 José L. Itolararres publica otra novela: *La Trinidad del Indio o Costumbres del interior*. Desde mediados del siglo XIX hasta mediados del siglo XX la inteligencia blanca y mestiza respondían a la explotacion del indio o a sus sublevaciones con la solidaridad literaria. José Carlos Mariátegui opondrá a la vindicación puramente indigenista la formulación económica de la cuestión agraria. La cuestión del indio era la cuestión de la tierra. Pero no se trataba solamente de un título de propiedad: ¿sería atrevido incluir la nostalgia difusa de una cultura perdida? Perú no sólo tenía un deber moral hacia la raza fundadora que los conquistadores subyugaron, sino que esa emancipación indígena era un prerrequisito de su propia emancipación económica. El crecimiento peruano hacia la civilización generalizada y la cultura sólo podía lograrse mediante la abolición de la servidumbre indígena y el ascenso sustancial de la productividad agraria, que debía ser su necesaria consecuencia. Pero esto último exigía la expropiación de

los terratenientes positivistas. El progreso del Perú estaba detenido por la opresión del indio o sea por la apropiación gamonalista de la tierra. La liberación del indio era el fundamento para la liberación del Perú. Tal era la síntesis del problema, que Mariátegui arrancó del limbo puramente ético de la novelística para traducirlo en la fórmula inicial de la Revolución Peruana.

En las dos primeras décadas del siglo XX no se contaban en el Perú, virreynal y semicolonial a la vez, más de 50.000 obreros industriales. Pero en la sierra vivían varios millones de indios campesinos. La clase media burocrática, profesional y universitaria se distribuia en la costa, desde Arequipa a Trujillo, en la misma franja civilizada donde se levantaban las escasas fábricas y estructuras de servicios de la clase obrera naciente y del artesanado urbano. Como en el resto de América Latina, parte del proletariado (sobre todo en la aristocracia obrera) y la clase media, cuyos hijos concurrían a las Universidades, hablaban y frecuentemente escribían la lengua castellana. En algunos casos, hasta producían grandes escritores. A diferencia del Alto Perú, la cenicienta del Virreynato, cuya decadencia económica y cultural comienza cuando se "bolivianiza" en beneficio de los picapleitos chuquisaqueños, dueños de minas e indios, en el bajo Perú subsistía la tradición dieciochesca de los Virreyes.

La civilización de la costa era europeizante y refinada. Acumuló la cultura suficiente para no exhibirla grotescamente en las vitrinas aldeanas. Poco a poco se formó una clase media que, como su congénere de la martirizada América Latina, gozó de una relativa prosperidad, gracias a la penetración del capital extranjero. El imperialismo generó cierto movimiento económico cuyos efectos sociales beneficiaron a algunas capas de la pequeña burguesía. Al instalarse en los grandes puertos, impulsó el desarrollo infraestructural de las ciudades costeras, promovió o financió la construcción de ferrocarriles, caminos, depósitos, silos, telégrafos, edificios públicos, aduanas. Alrededor de esa gran corriente exportadora e importadora de materias primas, frutos o minerales,

se estratificó una masa de burócratas, maestros, profesionales y comerciantes que se sostuvieron en la actividad derivada del comercio exterior de las balcanizadas Repúblicas. Entre 1880 y 1930 se definen los Códigos Civiles, las tarifas aduaneras y los mitos nacionales de los miserables Estados posbolivarianos, que se introducen en el mercado mundial.

Cada República por separado ajusta perfectamente en ese mercado, pero al mismo tiempo saltan los dientes del engranaje comercial interlatinoamericano de antaño. ¡Y cada país latinoamericano vuelve sus espaldas a los vecinos para estrechar unilateralmente sus lazos de subordinación con los imperios extranacionales!

Hacia 1920, cuando Mariátegui comienza a estudiar los libros marxistas, los textos escolares en el Perú se traducían del francés. Los traductores peruanos eran tan malos en historia peruana —¡tan olvidada!— eran tan mal pagados y tan detestable era esa *historia nacional* manufacturada en Francia por impasibles profesionales, que la frase del General Córdoba, vibrante de temblor heroico, al lanzar a sus soldados a la victoria en los campos de Ayacucho ("¡Armas a discreción, a paso de vencedores!") es vertida para los ojos y el entendimiento de los niños peruanos, de *Pas de vainqueurs* a "No hay vencedores".

A tal punto se había perdido en el Perú del siglo XX la tradición revolucionaria de la América en armas, que resultaba natural ver a los europeos que escribieran la historia peruana como inconcebible que un día remoto los latinoamericanos marcharan *a paso de vencedores*. El desmedrado francés y el andrajoso castellano del aterido traductor limeño simbolizaban la vida grisásea y sin esperanzas de la factoría peruana en la ciudad de los Virreyes. Al fin y al cabo, la pequeña burguesía peruana lograba ingresar a las universidades y escapar de ese modo al oscuro destino del indio servil; pero difícilmente podía aspirar a mucho más que a disfrutar el honor académico de un título poco menos que inservible. La sociedad semicolonial entreabría ante los ojos extasiados del

estudiante o del intelectual un horizonte insinuante de cultura y civilización, pero le impedía al mismo tiempo alcanzarlo. Ese dilema lanzó a la juventud al nacionalismo y al socialismo, en sus infinitas acepciones. Pero esas maravillosas ideas, que procedían de la lejana Rusia y del estupendo México, iluminadas por el resplandor de grandes victorias, se asentaron en el suelo de la sociedad peruana, sufrieron la torsión de sus leyes específicas, de la tradición del país, de las particularidades de la estructura social del Perú. Y como no podía ser de otra manera, ni la Revolución Mexicana tuvo lugar por segunda vez en el Perú ni la Revolución Rusa pudo repetirse en el suelo incaico, según lo establecían los textos marxistas traducidos por los mismos traductores de aquellos manuales de historia de 1920 que vertían mal la frase del General Córdoba. En esta ocasión, seguían traduciendo mal del ruso. Como todo lo que se copia resulta ridículo, las victorias soviéticas se traducían, en la realidad, como derrotas peruanas.

Los obreros y artesanos del Perú litoraleño creyeron percibir en el socialismo y en el nacionalismo indoamericano del APRA algo mucho mejor que la mediocridad de la sociedad peruana. Pero, al fin y al cabo, se trataba de una minoría, pues ni la pequeña burguesía urbana ni el proletariado constituian la mayoría de la población. Los indios, que eran la mayoría, ignoraban la doctrina socialista, la doctrina aprista además de la palabra doctrina y, naturalmente, también desconocían la lengua española. Sin embargo, sólo con ellos podría hacerse la revolución en el Perú. Y sin ellos, ni siquiera había historia posible. Era preciso, ante todo, que los indios dejaran de pertenecer al terrateniente y a la literatura para convertirse en hombres libres y sujetos de la historia real. Para que tal cuestión al menos pudiera plantearse, se imponía que los *occidentales* del Perú, la fracción privilegiada y letrada de la costa repensase al Perú, lo *interiorizase* y sustituyera el positivismo por el nacionalismo y el socialismo. Esto último sólo sería útil a condición de que el socialismo, oriundo de Europa, se historizace peruanizándose, pues sólo así podría entenderse desde adentro ese

fragmento vivo y no copiable de la historia americana llamado Perú. Los dos hombres más notables que se esforzaron en esa dirección fueron Mariátegui y Haya de la Torre. Desgraciadamente, Mariátegui quedó a mitad de camino, pues murió cuando sólo contaba 35 años de edad.

Su formación espiritual estuvo impregnada del decadentismo wildeano y de la agorería bélico-mística de Spengler en las postrimerías de la primera guerra mundial. En esa época, Lima *la horrible* era, a semejanza de las capitales de la América Latina balcanizada, una reproducción aldeana y simiesca de París. La guerra del 14 infundió temor, con sus incomodidades y peligros, a la *colonia sudamericana* que había parasitado largos años en Europa gracias a la esclavitud de sus países de origen. Volvieron precipitadamente a sus tierras los hijos de los terratenientes chilenos o argentinos, como aquellos que retrata Alberto Blest Gana en su novela *Los trasplantados* o Martín Aldao (h.) en "El París que fue"; los vástagos de los cafetaleros colombianos y brasileños, los ricachos de las sabanas venezolanas, los algodoneros, azucareros y arroceros peruanos, abrumados por un *cafard* de reciente adquisición ultramarina. *"De Europa trajeron aquellos infelices millonarios,* dice un testigo, *dulces saudades, pipas de opio; jeringas de inyecciones; queridas rubias; afición al champagne, la menta y el pernod; guantes color* patito*; polainas blancas, monóculo bajo la ceja airada; bostezos, piropos de color vivo; ociosidad parlante; amor a la ostentación".*

El ambiente literario y periodístico en que actuaba el joven Mariátegui (y también, según propia confesión, Haya de la Torre) estaba sumergido en un galicismo existencial, suerte de *dandysmo* verbal que se apodera de su generación y que era tan típico de una Lima no-peruana, como lo era de aquella Buenos Aires no-argentina. En el caso peruano, el contraste resultaba patético, pues más allá de la frivolidad limeña se escondía el Perú indígena, que era casi todo el Perú. El colega y amigo de Mariátegui y Haya de la Torre (ambos muy jóvenes) era nada menos que Abraham

Valdelomar. Este personaje asombraba, escandalizaba y complacía a la ciudad con su atrevido atuendo de *lyon*, exhibiendo con meditada afectación un enorme ópalo en el dedo índice de la mano derecha, en tanto esgrimía un ostentoso bastón de malaca. Valdelomar examinaba con aire despreciativo a los paseantes del Jirón Unión y sus vestimentas extravagantes intimidaban a los transeúntes, tanto como sus quevedos de carey unidos al cuello con una negligente cinta bicolor. El resto de la bohemia limeña preconizaba los paraísos artificiales, el esteticismo como forma de vida y la literatura aristocrática. Naturalmente, tales bohemios, en su mayor parte, pertenecían a la modesta clase media de Lima. Pero en el Palais Concert se atiborraban de sueños, de té inglés o de café de Chanchamayo; no tenían siervos pero se sentían los reyes del mundo.

Mientras Valdelomar escribía en su mesa del Palais, se besaba espectacularmente las manos diciendo en voz alta: *Beso estas manos que han escrito cosas tan bellas*. Mariátegui, siguiendo la farsa, le contestaba: *Hacéis bien, conde: lo merecen*. Esta frivolidad de la inteligencia limeña en un país trágico, tenía hondas raíces. Ya Bolívar, que como San Martín había sufrido el cerco de esa sociedad oligárquica empapada en sangre indígena, había definido a Lima con estas palabras: "Oro y esclavos".

Como en casi todas las capitales de América Latina, el núcleo intelectual soñaba con Europa. Pretendía huir de la pobreza circundante y de su clase privada de destino por los fuegos fatuos de la *pose* literaria o por la expatriación. En Lima había de todo: se podía ir a los toros, fumar opio, predicar la causa de Francia o aplaudir la misma noche a una bailarina suiza en el cementerio bañado por la luna parnasiana: allí estuvo el joven Mariátegui, mientras un extraviado violinista acompañaba, crispado, a la danzarina suiza. El escándalo de la ciudad fue enorme. Los muertos merecían a Lima más consideración que los vivos.

Transcurría la primera guerra mundial, con sus horrores. Pero tales horrores tenían para Lima un carácter abstracto. Allí se vivía

una existencia comparativamente próspera y feliz. La vida era fácil y dulce para los beneficiarios indirectos de la explotación indígena. Al fin y al cabo allí derramaban sus consumos los hijos, primos y sobrinos de los grandes gamonales. Valdelomar expresaba de algún modo la beatitud y el orgullo de la ciudad de Pizarro, que no había fundado el Inca: *El Perú es Lima; Lima es el Jirón de la Unión; el Jirón de la Unión es el Palais Concert*. El aristócrata Riva Agüero, que más tarde gestionará y obtendrá en España la revalidación de sus pergaminos que lo acreditaban miembro de la nobleza colonial, polemizaba con Mariátegui sobre la pureza castiza de su prosa. El conde Lemos, seudónimo literario y mundano de Valdelomar, lanza sobre la ciudad provinciana aforismos que complacen a las clases altas: *Las almas tienen raza: hay almas aristocráticas y almas zambas*. A la clase media también la distingue y percibe en ella a todo el pueblo peruano en una frase reveladora: *El de universitario es el estado natural del joven peruano*. Al campesino cuzqueño, arrodillado sobre la tierra ajena con un arado de madera, le habrían sonado extrañas tales palabras, de haber comprendido la lengua española.

A Lima llegaban asimismo las ideas del futurismo de Marinetti y los versos erotomaníacos de Gabrielle D'Annunzio, el gran *poseur*. En la revista *Colónida*, en la que asoma a la vida intelectual la generación de Mariátegui y hasta se publican textos de González Prada, se combate el alcoholismo en nombre del opio y del éter, tóxicos a los que algunos colaboradores de la revista atribuyen virtudes más refinadas que el innoble pisco. El joven Mariátegui se gana la vida como periodista y escribe poemas religiosos o místicos. Pero ya se escuchan temblores de tierra: la Revolución Mexicana está en marcha; la Revolución Rusa despunta en el rojo horizonte; la Reforma Universitaria estalla en la Argentina y convoca a la *juventud de América Latina*. Mariátegui comienza a interesarse tanto en la política peruana, a intervenir desde afuera en las luchas universitarias y a juzgar de modo tan agudo y áspero la miserable política oligárquica, que el dictador Leguía prefiere

becar a Mariátegui y a otros jóvenes con análogas propensiones. ¡Curioso dictador, dispensador de becas! Lo envía a Europa, donde permanecerá tres años. De allí regresará otro Mariátegui. Europa lo había provisto de la estética *d'annuziana* y ahora Europa lo había despojado de ella. Mariátegui volvía convertido al marxismo. ¿Bolchevique d'annunziano, como dice Heysen? Lo veremos.

Al pisar el suelo peruano en 1923 Mariátegui vuelve con su mujer y su primer hijo. El escepticismo ha quedado atrás: el escritor se ha convertido en un luchador. Sólo le quedan siete años de vida. En ese breve lapso fundará la Confederación Socialista y publicará los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Como se trata de su obra más significativa, pueden estudiarse en ella las conquistas fundamentales de Mariátegui en la esfera del conocimiento crítico de su país y su modo de aplicar el método socialista a la realidad que estudia. Pero dicho libro proporciona, además, la oportunidad de examinar las variadas influencias heredadas por Mariátegui de su pasado esteticista, así como de su frecuentación reciente de Croce y de los sorelianos. En tercer término, los *Siete ensayos* encierran parte de las ideas flotantes en la generación latinoamericana de 1918, la generación pequeño burguesa de la Reforma Universitaria. Resulta curioso advertir las observaciones que sobre el destino industrial del Perú formula Mariátegui:

"El industrialismo aparece todopoderoso. Y, aunque un poco fatigada de mecánica y de artificio, la humanidad se declara a ratos más o menos dispuesta a la vuelta a la naturaleza, nada augura todavía la decadencia de la máquina y de la manufactura... las posibilidades de la industria en Lima son limitadas. No sólo porque, en general, son limitadas en el Perú —país que por mucho tiempo todavía tiene que contentarse con el rol de productor de materias primas— sino, de otro lado, porque la formación de los grandes núcleos industriales tiene también sus leyes... A causa de las deficiencias de su posición geográfica, de su capital humano y de su educación técnica, al Perú le está vedado soñar en

convertirse, a breve plazo, en un país manufacturero. Su función en la economía mundial tiene que ser, por largos años, la de un exportador de materias primas, géneros alimenticios, etc.".

Esta profesión de fe librecambista en el libro juzgado unánimemente por la inteligencia peruana como un texto marxista clásico, debe explicarse a la luz de las dificultades casi insalvables que ha sufrido el marxismo para insertarse en la cultura latinoamericana. No debe pasarse por alto que en la *"Advertencia"* de Mariátegui a sus *Siete ensayos,* respondiendo a la acusación de "europeizante", defiende su aprendizaje europeo y agrega: *"Creo que no hay salvación para Indoamérica sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales. Sarmiento, que es todavía uno de los creadores de la argentinidad, fue en su época un europeizante. No encontró mejor modo de ser argentino".* Pero el librecambismo de Sarmiento, célebre degollador de gauchos y defensor de la hegemonía porteña sobre el interior, no admite dudas y hasta emplea las mismas palabras que utilizará el marxista Mariátegui para defender la importación de productos extranjeros, setenta años antes: *"Cultivar la tierra será por mucho tiempo nuestro recurso industrial de preferencia".*

Resulta elocuente la firmeza con que Mariátegui abrazaba el pensamiento que él consideraba como "marxista" y asumía la defensa revolucionaria del Perú. Pero tampoco puede soslayarse el hecho de que la poderosa tradición del pensamiento económico librecambista de la oligarquía exportadora peruana deja su sello en las ideas económicas de Mariátegui en ese momento de su evolución hacia el socialismo. No resultaba esta actitud tan extraña para su época, pues en el Río de la Plata las ideas socialistas habían sido introducidas por el Dr. Juan B. Justo, traductor del primer tomo de *El Capital* y también apasionado defensor del librecambismo. La singularidad del librecambismo predicado por un socialista de un país agrario o minero semicolonial, residía en que pretendía asumir la representación del proletariado industrial, defendiendo al mismo tiempo una política económica que tendía a impedir la forma-

ción de la clase obrera. He tratado el tema más detalladamente en otra parte.

La europeización de las ideas en las semicolonias de América Latina no sólo se ponía de manifiesto en la influencia de todas las escuelas estéticas del Viejo Mundo en auge, en la hegemonía del positivismo o en la reacción idealista antipositivista, así como en las doctrinas económicas de Adam Smith, sino ante todo en la pérdida de sustancia revolucionaria del pensamiento que, por ahora, llamaremos "marxista", ya que hubo varios Marx y numerosos "marxismos". Pues el librecambismo en una semicolonia no sólo significaba adoptar el criterio oligárquico contra la formación de una industria nacional, no sólo se dirigía contra la burguesía, sino también contra el proletariado, cuya existencia y expansión amenazaba. Mariátegui, sin embargo, guardaba una gran distancia del socialismo cosmopolita pro-británico, cuyas expresiones más características fueron el Dr. Justo en la Argentina y el Dr. Frugoni en el Uruguay.

En los *Siete ensayos*, reaparecen huellas de antiguas afinidades: Sorel, Bergson, Croce. Mariátegui intenta sin éxito conciliar en una especie de sincretismo filosófico una actitud espiritualista con el materialismo histórico: *"Sabemos que una revolución es siempre religiosa, la palabra religión tiene un nuevo valor, un nuevo sentido. Sirve para algo más que para designar un rito o una iglesia. Poco importa que los soviets escriban en sus afiches de propaganda que "la religión es el opio de los pueblos". El comunismo es esencialmente religioso".*

Más notable resulta aun encontrar en una cuidadosa lectura crítica de los *Siete ensayos,* claras resonancias racistas, derivadas fuera de duda del auge positivista en América Latina. José María Ramos Mejía, Carlos Octavio Bunge y Alcides Arguedas, entre muchos otros, indagaron el "problema de las razas" como una cuestión cardinal determinante del atraso o maldición de América Latina. Al referirse a la inmigración china en el Perú, escribe Mariátegui: *"El chino... parece haber inoculado en su descenden-*

cia, el fatalismo, la apatía, las taras del Oriente decrépito... El aporte del negro, venido como esclavo, casi como mercadería, aparece más nulo y negativo aún. El negro trajo su sensualidad, su superstición, su primitivismo. No estaba en condiciones de contribuir a la creación de una cultura, sino, más bien, de estorbarla con el crudo y viviente influjo de su barbarie. El prejuicio de las razas ha decaído; pero la noción de las diferencias y desigualdades en la evolución de los pueblos se han ensanchado y enriquecido, en virtud del progreso de la sociología y la historia. La inferioridad de las razas de color no es ya uno de los dogmas de que se alimenta el maltrecho orgullo blanco. Pero todo el relativismo de la hora no es bastante para abolir la inferioridad de cultura". Riva Agüero no lo hubiera dicho mejor. A este respecto, Mariátegui invoca como autoridad a Vilfredo Pareto, lo que ya es bastante decir, sobre todo porque afirma a renglón seguido que es preciso estudiar en los mestizos aparte "*su aptitud para evolucionar, con más facilidad que el indio, hacia el estado social o el tipo de civilización del blanco. El mestizaje necesita ser analizado, no como una cuestión étnica, sino como cuestión sociológica*".

El examen de los *Siete ensayos* demuestra que Mariátegui reúne en dicho libro testimonios de su avance hacia el socialismo. Su heterogeneidad pone de relieve el pasado y el presente del autor; páginas notables y maduras nos muestran el inminente Mariátegui a punto de ser cuando lo detuvo la muerte. Su estilo y su visión interna del mundo y del Perú, surgen a cada paso depurados de los detritus retóricos del "Palais Concert". Veamos el asunto más de cerca.

¿Cuáles son las causas de la ruptura de Mariátegui con Haya de la Torre? ¿Cuáles son las relaciones entre Mariátegui y la Internacional Comunista? El tema merecería un estudio particular. El jefe del aprismo no había ocultado nunca su resistencia a comprometerse con el marxismo al que la Revolución Rusa y la Internacional Comunista de los tiempos de Lenin y Trotsky habían impuesto

su sello. Su declaración en un banquete de Londres acerca de que el APRA era en el Perú algo análogo al Kuo-Ming-Tang chino, era la doctrina oficial de los grupos apristas. La tesis de Haya, con la que Mariátegui rompió, era la siguiente:

1º El imperialismo, que en los países avanzados es la última etapa del capitalismo, resulta ser la primera en los países atrasados. En otras palabras, reviste un papel progresivo, al despertar las dormidas fuerzas productivas.

2º Como en los países latinoamericanos, precisamente por su escaso desarrollo histórico, la clase obrera o no existe o es insignificante, no corresponde fundar un partido *de clase* sino formar un "Frente de trabajadores manuales e intelectuales", integrado por varias clases, para realizar la revolución antiimperialista. Esta revolución será la primera etapa de una larga evolución, que al crear las condiciones materiales para la aparición de un proletariado y de una industria permitirá pasar en el futuro a la sociedad socialista.

Haya de la Torre desarrolló estos puntos de vista, a nuestro juicio profundamente erróneos, como parte de un notable esfuerzo para repensar América Latina como un todo. Sin embargo nunca la pequeña burguesía latinoamericana se había elevado tan alto para apreciar el presente y futuro de América Latina como un *bloque nacional* y no, según lo tenían y tienen por costumbre los patriotas parroquiales y los izquierdistas cipayos posteriores, como un revoltijo turbulento de repúblicas bananeras, endemoniadamente distintas y opuestas las unas y las otras. Con Haya de la Torre retorna el pensamiento bolivariano, ligeramente marxistizado, *menchevizado* (puesto que, a la manera de los mencheviques rusos, Haya, como un *deus ex machina,* otorgaba a cada clase social y a cada régimen social su papel en el vasto proceso de la historia universal e indicaba ceremonialmente el momento de la entrada a la escena de cada uno).

La política stalinista posterior a 1930 va a sembrar la desolación en América Latina. La muerte de Mariátegui, de una parte y la

expansión y arraigo de masas del aprismo, por el otro, permitirán a Haya de la Torre por un tiempo ocupar toda la escena. En apariencia, no había en el Perú otro camino que el que ofrecía un gran caudillo nacionalista socializante, puesto que las tácticas espasmódicas del stalinismo obedecían únicamente a los cambios de frente de la diplomacia soviética, como en los restantes grupos stalinistas del mundo. En definitiva, Mariátegui, poco antes de morir, había roto con el aprismo y con el stalinismo por las siguientes razones:

1. Su ruptura con el aprismo obedecía a la renuncia de Haya de la Torre a concebir a la clase obrera como a la clase dirigente de la revolución nacional latinoamericana.

2. Su ruptura con el stalinismo en la Conferencia de Montevideo (de 1929) se produjo a causa de la resolución imperativa de dicha Conferencia para luchar en el Perú por el establecimiento de las Repúblicas Quechua y Aymará como Estados independientes. De ese modo, los burócratas stalinistas concebían la cuestión indígena peruana como una cuestión nacional. Los *delegados de la Internacional* pretendían aplicar al Perú semicolonial la consigna leninista de la autodeterminación. Pero al revés de lo que sucedió en el imperio zarista, donde Lenin planteaba a los pueblos oprimidos por el yugo gran-ruso el *derecho a separarse*, en América Latina la consigna debe expresar el *derecho a unirse*, puesto que ya el imperialismo se reservó el de dividirnos. Mariátegui, con acierto, consideraba que ese problema estaba absorbido por la cuestión agraria. Lejos de comprender que la cuestión nacional del Perú consistía en integrarse con el resto de los estados latinoamericanos para formar la Nación latinoamericana inconclusa, el stalinismo propendía a fragmentar más todavía a América Latina, agregándole dos nuevos países a la abundante floresta institucional de la balcanización.

Mariátegui no asistió a dicha Conferencia latinoamericana. Ya estaba muy enfermo. Envió para su discusión un documento titulado *Punto de vista antiimperialista*, que no fue aprobado.

Consideremos las ideas básicas del documento:

a) Se declaraba partidario de una *"absoluta independencia frente a la idea de un partido nacional-burgués y demagógico"*.

b) *"La revolución latinoamericana será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente la revolución socialista"*.

c) *"Ni la burguesía ni la pequeña burguesía en el poder pueden hacer una política antiimperialista. Tenemos la experiencia de México, donde la pequeña burguesía ha acabado por pactar con el imperialismo yanqui"*.

d) *"Somos antiimperialistas porque somos marxistas, porque somos revolucionarios, porque oponemos al capitalismo el socialismo como sistema antagónico llamado a sucederlo"*.

Como está a la vista, Mariátegui rechaza el carácter nacional y democrático de la revolución latinoamericana: ella es *socialista*. Si tuviera ese carácter, los *Siete ensayos*, en particular la cuestión del indio y la cuestión de la tierra, no podrían haber sido escritos. Una revolución de contenido socialista supone que ya el capitalismo ha desarrollado ampliamente todos los requisitos técnicos y productivos de su régimen social. Ahora bien, ni el Perú ni América Latina han sufrido hasta hoy por exceso de capitalismo, sino por su escasez. Este hecho es el que determina su carácter *nacional* (porque América Latina es una Nación fragmentada) y *democrático* (porque la inexistencia o debilidad de su burguesía no han permitido eliminar las formaciones precapitalistas o parasitarias que se oponen a su crecimiento económico-social).

Suprimir verbalmente las tareas nacionales y democráticas que exhibe la realidad social de América Latina significa eliminarse políticamente de las grandes batallas que se libran para realizarlas. Generalmente esto conduce a consolidar la hegemonía de jefes o clases no proletarias en la dirección de los movimientos nacionales que se forman en las colonias o semicolonias. El papel de los grupos ultraizquierdistas que contemporáneamente sustenta puntos de vista semejantes es demasiado elocuente para comentarlo.

En cuanto a la afirmación b) de Mariátegui de que ni la burguesía ni la pequeña burguesía pueden hacer una política antiimperialista, fundado *"en la experiencia de México"*, no resiste el menor análisis. Justamente en México, sólo 5 años más tarde, el General Cárdenas iniciaba la etapa más profunda de la Revolución Mexicana, distribuia tierras de los terratenientes, nacionalizaba el petróleo y los ferrocarriles de los imperialistas y atraía sobre sí el boicot de las grandes potencias. Fuera de México, tal juicio de Mariátegui (que ha hecho fortuna en toda América Latina, sobre todo en las microsectas universitarias y entre la izquierda académica bienpensante del género de Gunder Frank, Dos Santos y análogos) pondría fuera de la historia al grupo pequeñoburgués democrático-jacobino encabezado por Fidel Castro desde 1953, que luego se transformó en nacionalista y más tarde, desde el gobierno, en socialista. En materia de actos antiimperialistas realizados desde o fuera del gobierno por movimientos nacionales populares, de contenido económico social nacionalista y socializante, citaremos a Busch, Villarroel, Perón, Vargas, Paz Estenssoro (en su primer gobierno), el coronel Caamaño, Juan Bosch y el general Velasco Alvarado. Este último, en el Perú, ha emancipado a los indios después de un milenio de condición servil que provenía de la consolidación del Imperio Incaico, llegaba hasta la succión española, la era Republicana y se prolongaba a nuestros días. Todas las personas mencionadas pertenecen a la pequeña burguesía o burguesía nacional, sea por sus ideas políticas o por su posición social, y todos ellos han entrado a la historia de las luchas sociales de América Latina porque expresaron o expresan las esperanzas de millones. Si la historia latinoamericana debiera esperar a que sólo la "revolución socialista" —sin discutir qué significado mucha gente le atribuye a esta expresión— llegara nimbada de aurora para que un indio peruano deje de arrodillarse ante el gamonal o para que un pongo boliviano pueda votar y disponer de un pedazo de tierra, entonces deberíamos aguardar a que los grandes países capitalistas modelos

realizaran una revolución que aún no se observa en el horizonte. Y luego, como aspiraba hace 70 años la socialdemocracia europea, extendiera su bondad marxista hacia las tierras bárbaras. Puesto que, para decirlo una vez más y de una manera diferente, las masas no proletarias de un país pobre y atrasado no pueden percibir el significado del socialismo, que es la doctrina de la clase obrera industrial, si el reducido proletariado de ese país semicolonial no se dirije a ellas reivindicando lo que para ellas constituye su aspiración profunda: esto es, liquidación del gamonal, incorporación del indio a la civilización, nacionalización de las grandes industrias y propiedades imperialistas, democracia política, protección crediticia, alfabetización, planificación, protección de la pequeña y mediana propiedad y apoyo a los comerciantes, capitalistas pequeños y medianos. Ahora bien, tales consignas no son socialistas. Pero si las esgrime y las aplica un movimiento socialista es posible que grandes masas de la población lo sostengan en su lucha para abrir el camino. Si Ho-Chi-Min o Mao hubieran formulado un programa puramente socialista a sus pueblos, hoy vivirían en Hong Kong o en París. Por su parte, nadie ignora que entregar la tierra a los campesinos, como lo hizo Lenin en 1917, no es precisamente una medida socialista, sino burguesa. Si los bolcheviques hubieran planteado a los campesinos colectivizar sus tierras, como hizo en 1930 un criminal del tipo de Stalin en nombre del "Socialismo", al poco tiempo hubieran pasado el resto de sus días en Ginebra estudiando estadísticas. Lo mismo puede decirse de Fidel.

En el apartado d) Mariátegui afirmaba: "*Somos antiimperialistas porque somos marxistas... porque oponemos al capitalismo el socialismo como sistema antagónico llamado a sucederlo*". Cada palabra es un error. Si sólo los marxistas son antiimperialistas y si los marxistas, en su lucha antiimperialista oponen al capitalismo el sistema socialista, es que dichos marxistas carecen de porvenir en la revolución que preconizan. El antiimperialismo es una acción política que se desarrolla en un país colonial o semicolonial. Los

países coloniales o semicoloniales se designan como tales precisamente porque el imperialismo y las oligarquías internas le han impedido crecer, esto es, llegar al capitalismo plenamente. Si los países coloniales y semicoloniales más o menos típicos (América Latina, Medio Oriente, Africa) hubieran desarrollado un poderoso sistema capitalista nacional, no hubieran sido considerados como países atrasados y en consecuencia, no es pertinente oponer a un capitalismo subdesarrollado un socialismo que corresponde a un país avanzado. En los países históricamente rezagados, por el contrario, la lucha antiimperialista consiste justamente en que no se trata de una lucha anticapitalista. Pues la acción antiimperialista supone la confluencia de varias clases sociales. Este tipo de lucha adquiere forzosamente un contenido nacional, ya que el imperialismo es extranjero, además de expoliador. La lucha anticapitalista, en cambio, puede suponer un ataque contra capitalistas nativos. Esa circunstancia disminuye peligrosamente el poder de la lucha nacional, que también se integra con capitalistas de las más diversas categorías. Por esa razón, en los países avanzados, correspondía en el pasado promover la formación del Frente Unico Proletario. En nuestros días y en los países capitalistas nadie sabe por cuánto tiempo quedarán obreros todavía, ya que la tecnología los está excluyendo de la producción. Si algún marxista deseara proponer en Inglaterra el Frente Nacional, sería un perfecto reaccionario, como lo son los laboristas, ya que las tareas nacionales de la revolución inglesa las realizó en el siglo XVII Oliverio Cromwell. Hoy sólo puede plantearse en Gran Bretaña la lucha directa por el socialismo en el caso utópico de que los obreros ingleses dejen de votar por los conservadores. Por el contrario, si algún marxista propusiese en un país atrasado la integración de un Frente Unico Proletario, sería el paradigma del sectario. Su desconocimiento de las particularidades nacionales de un país atrasado sería castigada con el aislamiento a que lo reducirían las masas.

El "Frente Unico Proletario", planteado en el Perú, por ejemplo, llenaría de placer al imperialismo, pues dividiría a la clase obrera

(minoritaria) del océano campesino. La coincidencia entre imperialismo e izquierda ultracipaya ha llegado a ser un fenómeno corriente en América Latina.

En su último escrito programático conocido, Mariátegui incurre en los errores que hemos mencionado. Entonces ¿bolchevique d'annunziano en definitiva? No nos apresuremos. Consideremos ahora a Haya de la Torre. Su tesis acerca de que el imperialismo constituye un factor progresivo en su primera etapa de contacto con los países coloniales o semicoloniales llevaba en germen la capitulación de 1940. El antiimperialista de 1931 descubriría en Franklin Roosevelt inéditas virtudes. Ante la guerra imperialista, Haya trocaría su antiimperialismo por el antifascismo. Se declaró dispuesto a colaborar con las democracias, que eran preferibles a los totalitarismos. El enorme edificio teórico y político se derrumbó. El más grande movimiento que había aportado a la historia latinoamericana la Reforma Universitaria se arrodillaba ante el Moloch del Norte y abjuraba de su programa. Es cierto que el aprismo había organizado a grandes masas populares del Perú mestizo y que había introducido en la acción política y sindical a la clase obrera, a los artesanos, a los agricultores capitalistas, a los marginales. Había pensado al Perú y el Perú oligárquico había terminado por digerir al APRA. Pero el peligro que el aprismo representaba era tan enorme, y la banda de vampiros aristocráticos de la costa tan infame, que durante treinta años lograron mantener su alianza con el Ejército y perseguir, calumniar y proscribir a Haya de la Torre.

Finalmente, lograron vencerlo, al introducir en el espíritu del jefe aprista la convicción de que su triunfo como revolucionario nacionalista era imposible. La oligarquía, en su extrema dureza, ablandó al Haya de 1931 y le permitió participar lateralmente del poder, del Parlamento, de las municipalidades, de los ministerios. Si en algún país latinoamericano la pequeña burguesía se había elevado a las más altas perspectivas políticas y organizativas como

clase y había visto frustradas más amargamente sus esperanzas y las esperanzas de una generación, ese país era Perú.

Aquella clase media que en Perú, como en el resto de América Latina, se había formado y había relativamente prosperado gracias a la penetración del capital extranjero, esa pequeña burguesía profesional, universitaria y comerciante o intermediaria, que era *democrática* porque el imperialismo era *democrático,* se identificó durante largos años con el APRA. Luego que el gobierno militar de Velasco Alvarado realizó gran parte del programa del APRA sin el APRA, cuando comenzó la transformación de la sociedad peruana que de algún modo le había hecho un lugar mediocre, pero seguro, a la clase media, justamente entonces sus hijos combatieron en la Universidad al Ejército que liberó a los indios. Naturalmente que lo hacen con la palabrería de *izquierda* que en América Latina se emplea para combatir a los gobiernos nacionalistas que suscitan problemas al imperialismo.

Toda la concepción aprista de la revolución latinoamericana giraba alrededor de la idea de que el imperialismo, de alguna forma, aparecía como el introductor de la *revolución técnica*, es decir, del capitalismo. Pero la renuncia teórica expresa de Haya de la Torre a luchar por el socialismo mediante la movilización de las masas con consignas patrióticas, llevó a su movimiento a un callejón sin salida. En cierto modo, quedó al margen de la historia viva, como la tesis de Mariátegui.

La disociación entre un socialismo como el de Mariátegui, que no concebía a América Latina como una nación inconclusa y el nacionalismo de Haya, que rechazaba el papel de la clase obrera en la revolución nacional, unificadora de la Patria Grande, fue una evidencia trágica de la inmadurez histórica de los latinoamericanos en el primer tercio del siglo XX. Si se fusionara a ambos, quizás brotaría de ellos un socialismo criollo rebosante de originalidad.

Setiembre de 1973

CAPITULO 16

García Márquez historiógrafo: Bolívar y Garibaldi

¿Una agonía en lugar de una vida? No dejará de complacer al europeo dispéptico este relato de innegable belleza trágica, ya que en los "países centrales" hay un estereotipo firmemente establecido desde los tiempos de la trata de negros. Para ellos, "América Criolla" es exactamente como el plato picante que les ofrece aquí el escritor colombiano: mariposas gigantes, mulatas cimbreantes de bocas feroces, generales lascivos, árboles de los que mana leche, muerte y barbarie. Y también héroes derrotados. Sobre todo, héroes derrotados. ¡Buffon en estado puro! La naturaleza americana es subyugante. ¡Sí! Pero su historia resulta aborrecible. Exactamente lo mismo pensaba Borges cuando aludió desdeñosamente la **"horrible historia de América".** Así se nos presenta un Bolívar espectral, cuya talla, roída por la tisis, disminuye cada día y, cuyo implacable retrato se dibuja con el filoso lápiz de García Márquez, de traición, mundanidad, obsesión erótica y baraja.

No resulta usual que se publique un libro en el mundo con una tirada de 1 millón de ejemplares en 32 lenguas. Tal interés ¿obedece al magnetismo de Bolívar? Cabe dudarlo.

¿Será más bien el prestigio del Premio Nobel, su particular vínculo con el Este y también con el Oeste? ¿Su cautivante pluma ejerce tamaño poder? No cabe duda que es gracias a García Márquez que la gente se ha precipitado a comprar el libro. No puede tratarse de Bolívar. Nuestros grandes hombres yacen bajo el peso de hagiografías sofocantes que les impide respirar. La estructura cultural de nuestras repúblicas semicoloniales sólo cumple

con los héroes escolares en cada aniversario fúnebre. No podía esperarse que los mismos intereses que derrotaron a San Martín, Artigas y Bolívar hiciesen otra cosa que cerrarles la boca en los somnolientos libros de texto y embalsamarlos en bronce. El sistema de puertos exportadores de América Latina, después de haber contribuido a expulsar a los españoles, volvió sus espaldas a los libertadores. Expatrió a San Martín, sepultó a Bolívar en Santa María, encerró a Artigas en la selva paraguaya.

En tanto, sus oficiales, auxiliados por comerciantes, hacendados y periodistas, fragmentaban la "gran Colombia" y se proclamaban jefezuelos de cada aldea. En lugar de una "Patria Grande", tuvimos 20 repúblicas simiescas. Cada "Estado" exhibía orgullosamente su Constitución copiada. Y cada República vivía de un solo producto, casi en estado de naturaleza: con sus plátanos aquella, esta con su cobre, otra con su petróleo, o su carne, su estaño o su azúcar. Apoyada en cada producto exportable, se erigió una arborescencia política, jurídica, aduanera, literaria y militar llamada "Nación". Sobre cada una de ellas se elevó la sombra de los Imperios anglosajones. La historia se trocó en fábula, Bolívar resultó, para el lector corriente, un ambicioso, celoso de San Martín, y nuestro Libertador, una especie de Santo, "renunciador" y asexuado, envuelto en su mortaja de asceta. Ambas imágenes resultaron tan falsas como el boceto despiadado que Marx trazó sobre Bolívar (lo llamó "canalla") nutrido de la folletería inglesa. De algún modo, García Márquez continúa esta tradición, aunque en el plano de un arte refinado y, por lo mismo, más sutil y peligroso. La novela-historia narra la desintegración física y moral de Bolívar, a través del río Magdalena hasta Santa Marta. Nada se le ahorra al lector: un moribundo lucha entre el sueño y la muerte; el poder se le escurre entre las manos; sus generales lo traicionan y desprecian en todas partes; exhausto, todavía le queda ánimo, entre vómitos de sangre, para alzar a las mulatas o damas mantuanas hasta su hamaca. Lisonjea y desacredita a un tiempo sus fieles, descree de todo y de todos.

Ese viaje de Caronte a los infiernos urde una visión horrenda del Libertador. Es precisamente García Márquez, muy atento a su trabajo, quien emplea la palabra, en un apéndice sobre fuentes, de la página 274: **"El horror de este libro".**

En dicha página titulada "Gratitudes" el autor revela sus propósitos: **"Más que las glorias del personaje me interesaba entonces el río Magdalena... Los fundamentos históricos me preocupaban poco, pues el último viaje por el río es el tiempo menos documentado de la vida de Bolívar".** No obstante, nos dice luego que consumió dos años en la lectura de documentos sobre la vida del Libertador, labor que lo autoriza más adelante a referirse al "rigor de esta novela".

En materia de "rigor", digamos que San Martín no fue el "Libertador del Río de la Plata", como afirma García Márquez, sino de las Provincias Unidas, de Chile y de parte del Perú. Tampoco es cierto que Garibaldi, quien visitó a Bolívar en su lecho de muerte, fuera **"el patriota italiano que regresaba de luchar contra la dictadura de Rosas en la Argentina".**

El joven Garibaldi, que deambuló por Sudamérica a mediados del siglo XIX, era un aventurero peninsular, a la cabeza de una turba de forajidos, que el propio Garibaldi, en sus "Memorias" llama **"chusma cosmopolita",** conocida en todas las escuadras filibusteras con el nombre de **"fréres de la cóte".** Esta banda temible saqueó Colonia y Gualeguaychú (en particular, poblaciones civiles desarmadas) a sueldo de los imperialistas franceses que ocupaban Montevideo.

Ese otro Garibaldi, que ayudó al Conde Cavour en 1870 a fundar la unidad del Estado en una península despedazada, es un personaje de la historia italiana. En el Río de la Plata trabajó para dividir. Allí, patriota, dicen. Aquí, sin duda, forajido.

En la historia colombiana García Márquez, se presenta como liberal. Al referirse al general Santander, un viscoso y pérfido Mitre bogotano, el gran novelista escribe que **"sus virtudes civiles y su excelente formación académica sustentaron su gloria. Fue**

sin duda el segundo hombre de la independencia y el primero en el ordenamiento jurídico de la República".

¡Qué interesante! Sin embargo faltaría agregar que participó en la organización del atentado contra la vida del Libertador Bolívar y que fue durante toda su carrera pública, abierta u ocultamente un adversario personal y político del Libertador, el hombre de confianza de comerciantes y picapleitos hartos de heroismos, fiel de la burguesía comercial, amigo de Estados Unidos y favorito de la opinión europea librecambista.

No pocas desgracias póstumas se acumularon sobre Bolívar, comparables a las que martirizaron su vida. Si de un lado el pensamiento conservador y oligárquico de los puertos ha instalado el bronce de Bolívar en un lugar tan sospechoso como la OEA, del otro, la farándula izquierdista de la inocente América Criolla, lo ha condenado con frecuencia bajo la inspiración del hechicero de Tréveris.

García Márquez, en su ensayo biográfico de Fidel Castro, (escribe el historiador colombiano José Consuegra) ha dibujado el perfil del revolucionario cubano con exquisita cortesía y no ha entrado en su vida amorosa por **"considerarla un ámbito privado".**

Con Bolívar no ha procedido con tantos miramientos. Sin duda, la "inteligencia" de América Latina percibe exactamente la dirección de la brisa. Una cosa es un hombre de Estado vivo, y otra un hombre de Estado muerto. Cuando García Márquez recibió en 1982 el Premio Dimitrov, de la Bulgaria "socialista" no se habían olvidado sus palabras:

"Mi gran sueño es figurar en la Enciclopedia Soviética que será el único eco que la literatura tendrá en el porvenir". Maravilloso artista, este genio de la lengua criolla no entrará al porvenir por su poder profético. La gran Enciclopedia Soviética, un monumento bizantino elevado a la grandeza moral de la Policía Secreta, ya ha muerto. García Márquez vive y vivirá. Para un intelectual del siglo XX, colocarse en cierto período bajo la

protección de una gran potencia constituia un salvoconducto a la fama. Pero si se amparaba bajo la sombra de ambas, en el Este y en el Oeste, entre el Nobel y el Dimitrov, era mucho mejor. Si a lo dicho se agrega que García Márquez no sólo es un gran escritor, sino el favorito de todo latinoamericano, cabría acariciar la esperanza de que la América mestiza pueda ofrecer algún día a sus intelectuales un ámbito protector que los vuelva más dueños de sí mismos. Porque la literatura, como la ciencia, no es una "disciplina neutral". Realmente ¿por qué sería para García Márquez el Dr. Francia, dictador del Paraguay, un personaje risible y abominable y en cambio Fidel Castro un paradigma de jefe de gobierno? Las dos grandes figuras, el dictador paraguayo y el caudillo cubano, son dos revolucionarios, dos héroes, cada uno en su siglo. Requiere coraje moral y un enérgico desbrozar del pasado y del presente la no sencilla tarea de entender a ambos.

¿Garibaldi, "patriota" italiano y Rosas "dictador" a secas? Estos juicios erróneos nacidos de la influencia deformante del pensamiento europeo, revelan la urgente necesidad de una descolonización historiográfica en América Latina.

En muchas ocasiones García Márquez no ocultó sus opiniones políticas. A la luz de su Bolívar ¿podrá reiterar que la guerra de Malvinas fue una aventura "estúpida" y la invasión de Afganistán una proeza "socialista"? La gloria del escritor no podría constituirse en un factor paralizante de la crítica en disciplinas ajenas a la literatura, como la política o la historia, en cuya "selva oscura" se interna García Márquez sin vacilar y con poca fortuna.

"El General en su laberinto" es, sin duda, una obra de arte. Reposa sobre la agonía de un hombre que ambicionó fundar una Patria Grande, una "Nación de Repúblicas".

¿Y por qué esta trama de estupenda prosa americana, suculenta de pájaros, perfumes, apetitosas mujeres y paisajes que sólo en América viven, debía ser el itinerario de una agonía? ¿Sólo muerte y derrota puede ofrecer nuestra tierra al ansioso paladar de la cruel Europa, inventora de la guillotina? La pequeña burguesía latinoa-

mericana, colonizada por la izquierda y la derecha, siempre ansiosa y peripatética ¿esperaba quizás este bocado exquisito, pero amargo en su núcleo, para decirse a sí misma, con un suspiro, que la revolución fue nada más que un hermoso sueño?

En el fondo ¿no será ese el secreto del millón de ejemplares? ¿No le resultará agradable, a cierto tipo de lector, saber que al fin y al cabo aquí nada es posible y que los genios más atrevidos encontrarán de todos modos su agonía y hasta un poeta diestro para describirla? Sin embargo, Bolívar es un héroe vivo. Esta época exige muchos de ellos. Sólo queda por agradecer al ilustre escritor colombiano, (nuestro verdadero Cervantes), por ese millón de lectores: ahora saben que en Santa Marta murió en 1830 un hombre más grande que Bonaparte. No dudamos que el vientre de la América que lo produjo es insaciable y fértil y seguramente engendrará muchos otros.

CAPITULO 17

Real de Azúa y el patriciado uruguayo

Estimado Real de Azúa:

Tu libro es un libro singular por dos razones: la primera es que a Montevideo nunca le ha caído muy bien el rastreo de los orígenes (lo mismo que a Buenos Aires) y la segunda es que a pesar de tus evidentes reservas frente al método marxista y a la noción de "clase" has escrito, al fin y al cabo, una obra sobre la **clase patricia.** Más aún, has buscado las raíces económicas del patriciado y sus correlativos ideológicos. Estos dos elementos del libro bastarían para asegurarle un sólido lugar en la bibliografía latinoamericana si no hubieras abrazado, rozado o examinado muchos otros temas tan importantes como los mencionados. En efecto, bajo todas tus amabilidades estilísticas y tus buenos modales expresivos —que hacen digerible el libro al grupo intelectual puro— dices cosas tremendas y que habrían sido inconcebibles e inexpresables en el Uruguay hasta hace pocos años. He aquí el mérito tercero de "El Patriciado Uruguayo".

Una observación que me ha llamado la atención es la que formulas sobre el estado de ánimo y los móviles de algunos sectores de los "cisplatinos" acerca de la unidad o incorporación al Brasil, como fruto de la infamia porteña y la trágica caída de Artigas. Como buen argentino, ni había pensado en ello. Pero veo que tienes razón, sin duda alguna, pues Brasil también era América Latina y uno de los caminos de la necesaria unidad nacional. Naturalmente que no todos los cisplatinos contemplaban el asunto así y por otra parte el criollaje fundamental del artiguismo estaba

más próximo al litoral argentino y más imbuido del odio al portugués.

Uno de los máximos problemas que presenta el tratamiento de la historia oriental, a mi juicio, es la imposibilidad de considerarla circunscripta a sus propios límites, lo que también ocurre en la Argentina, aunque en menor proporción. Si la "cuestión nacional" debiera encontrar en algún lado sus teóricos, investigadores y luchadores, Uruguay tendría que ser ese lugar, precisamente porque es el Plata la más acuciante expresión de la balcanización. De ahí que tu libro, al considerar desde varios ángulos el proceso del patriciado, no ignora que el Uruguay es inexplicable como Nación y que la interdependencia es uno de los rasgos específicos. También es preciso coincidir contigo en el papel peculiar que el imperialismo inglés juega en la Banda Oriental. A diferencia de otras zonas del planeta, los ingleses crean en el Uruguay una economía capitalista —rural y urbana— y desempeñan, desde el punto de vista **uruguayo nacional** un rol de progreso. ¿Por qué? Porque la deformación esencial ejercida por el imperio británico en Sudamérica es de índole histórica y política: es la balcanización. Destruyen una nación posible y modelan en los países templados de buenos pastos una sociedad estable y próspera, que hace las veces de granja inglesa, con seguros sociales, un puerto cosmopolita, una superestructura ideológica alienada y hasta un antiimperialismo yanqui, con raíz inglesa y cultura francesa como no pocas publicaciones. Aislado el Uruguay de la Nación latinoamericana, se convierte en un país social y políticamente **insular**, como su socio y modelo británico. La isla uruguaya será una tierra dichosa rodeada de aguas turbias y embravecidas. El Patriciado se adaptará a todos los cambios sobrevenidos al crepúsculo artiguista, a las vicisitudes de la Defensa, a la guerra del Paraguay y al ciclo del poder militar, para avenirse al reparto del poder económico y política en la era del imperialismo: la burguesía comercial del puerto; los hacendados capitalistas, los nuevos industriales y el capital bancario, se fusionarán por arriba y los partidos políticos

tradicionales mantendrán por abajo las viejas divisas de las horas históricas, distribuyendo las preferencias cívicas según los sectores de la Isla, garantía de una prosperidad Cartorial interna a costa del renuncio a la Patria Grande.

A esa melancólica realidad, aunque confortable, llamaba Herrera la Concordia. Cuando sus bases materiales derivadas de la confusión del mundo, de la crisis sutil e irresistible del Imperio Británico comienzan a desvanecerse, también comienzan los sectores más lúcidos de la inteligencia oriental a problematizarlo todo, a interrogarse sobre todo y a poner todo en cuestión. Tu libro posee ese significado y tiene mucha viruta.

En la Alemania anterior a la unificación, en medio de una sociedad paralizada y miserable, habló la nación a constituirse por la voz de sus más altos espíritus. Fueron los intelectuales y filósofos los que llamaron a la Nación a incorporarse de su abyección y postración, fue Schiller y Goethe, mucho antes que Bismarck, los que crearon la unidad del alma alemana que permitió más tarde consumarla por medio de la espada. Y en el Río de la Plata no faltarán quizás intelectuales que emprendan el mismo camino.

Te felicito. Un abrazo de

Jorge Abelardo Ramos

1964

CAPITULO 18

¿Por qué razón los Collas de la Puna deben financiar conciertos de Brahms en Buenos Aires? *

El libro "El desafío federal" de los doctores Domingo S. Cavallo y Juan A. Zapata, el primero de ellos cordobés y el otro mendocino y ambos pertenecientes a la Fundación Mediterránea, contiene sorprendentes revelaciones. Es una edición de la Editorial Sudamericana, publicada en 1986 y que no ha merecido de la prensa especializada, ni de la prensa en general, tan indiferente a las cosas esenciales, la repercusión merecida. Aclaremos que la Fundación Mediterránea es un centro de estudios financiado por diversos sectores de empresarios industriales de Córdoba, que se dedica desde hace varios años a investigaciones económicas destinadas a defender los intereses de los industriales del Interior. Sabemos que en los países semicoloniales la burguesía nacional no es precisamente la clase dominante. Por el contrario ni siquiera es una clase con conciencia de sí misma. Se encuentra dispersa, o reducida a la acción de núcleos aislados. Generalmente ni siquiera dispone de prensa propia. Siempre a la defensiva, ocasionalmente está próxima al poder, pero raras veces influye en él de manera decisiva.

---

* Publicado en "Amauta", Nº 3, Julio de 1987, Buenos Aires.

Por regla general, debe realizar una especie de "lobby" (para emplear un vocablo anglosajón usual) a fin de hacer presente en las alturas del poder alguna de sus aspiraciones sectoriales. Una de las características del frágil capitalismo semicolonial, es que no pocos industriales son "liberales" o sea que piensan contra sí mismos. El grupo de empresarios agrupados en la Fundación Mediterránea ha confiado a varios economistas y técnicos, entre los cuales figura de manera prominente el Dr. Cavallo, la tarea de realizar investigaciones que de algún modo procuren dar alguna respuesta a los acuciantes problemas que sufre un país tan rico como la Argentina, asombrosamente empobrecido por el régimen social que padece.

Se sabe que el Dr. Cavallo, autor de este libro, lo mismo que el Dr. Zapata, han recibido una formación "neoclásica", para decirlo de algún modo.

Mientras que el Dr. Cavallo es egresado de la Universidad de Harvard, el Dr. Zapata lo es de la Universidad de Chicago, ciudad que desde los tiempos del Dr. Fridman y del Dr. Capone, goza de mala fama.

De modo que ambos autores no pueden ser catalogados como partidarios del "nacionalismo industrial" o del "proteccionismo" sino como "teóricos neutros". Si es que esta definición posee algún sentido no hay duda que añade valor a los sugestivos hallazgos de Cavallo y Zapata.

El retroceso del pensamiento económico y político ha sido profundo en la Argentina desde la caída de Perón en el 55. Hasta los peronistas se han olvidado de los preceptos esenciales para que el crecimiento autocentrado de un país marginal de los grandes centros imperialistas, sea política y teóricamente esclarecido. De modo que nos encontramos con que economistas que podían ser situados más bien próximos al sector liberal o neoliberal, se encuentran contratados por industriales vinculados al mercado interno, radicados en Córdoba y en algunos casos en Salta. Esta aparente contradicción se resuelve porque los hombres de la Fundación Mediterránea, puestos a indagar algunos de los proble-

mas argentinos, entre los que se cuenta la inequitativa distribución de los recursos nacionales en las distintas regiones del país, han encontrado cosas de muy alto interés, más allá de toda teoría o de todo prejuicio ideológico.

Señalaremos desde ya, que esta investigación, de la que se hace eco el libro de los doctores Cavallo y Zapata, está dirigida a poner de manifiesto hasta qué punto los intereses porteños del famoso gran puerto, desde los tiempos de la Revolución de Mayo hasta hoy, han prevalecido sobre el desarrollo de las restantes provincias, llamadas pobres, o, en otro sentido, de las "provincias históricas".

Esto merece un análisis más extenso. Por ahora nos limitaremos a señalar que el libro que comentamos informa que el 78% del territorio nacional alberga sólo al 34% de la población; aporta apenas el 26 por ciento del Producto Bruto Nacional; recepta el 24% de los depósitos bancarios y en esa región inmensa se distribuye sólo el 10% de los créditos nacionales.

Nos dice también que en la economía del Interior predomina la actividad primaria. Para ilustrar la monstruosa desproporción entre la riqueza, población y recursos de la Capital Federal respecto del Interior, se establecen comparaciones de algunos indicadores económicos. Por ejemplo, los automóviles y los teléfonos. Son los siguientes: mientras que la Capital Federal cuenta con 25 automóviles por cada 100 habitantes, Catamarca sólo cuenta por el mismo número de habitantes, con 4 automóviles; Corrientes con 5; Chaco con 3; Formosa con 4; Jujuy con 4; Misiones con 5; Salta con 5; y Santiago del Estero con 2 automóviles.

Al mismo tiempo, en tanto la Capital Federal cuenta con 33 teléfonos cada 100 habitantes, sólo hay 8 en Catamarca, 6 teléfonos en Chaco, 6 en Formosa y Jujuy, 6 en Misiones, 6 en Santa Cruz.

En materia de necesidades básicas insatisfechas por jurisdicción, el libro que reseñamos menciona el porcentaje de hogares en

los distintos lugares del país, que sufren problemas de hacinamiento. Solamente el 2% tiene niveles críticos en la Capital Federal. En tanto en el Chaco es el 21%, en Formosa el 26%, en Salta el 19%, en Santiago del Estero el 20%, en Tucumán el 19%.

Los autores rechazan con acierto la versión habitual de que el déficit del transporte de ferrocarriles se funda en el subsidio otorgado a este sistema de transportes y que beneficiaría al interior. Demuestran que no es así. Sostienen en primer lugar que el **"grueso del déficit se origina en el servicio de pasajeros del Gran Buenos Aires, beneficiando a los usuarios de aquella ciudad".**

Al analizar los costos y tarifas del gas natural por regiones, los autores descubren que en materia de consumo doméstico y otros consumos, la región del litoral se ve beneficiada en relación a las restantes regiones del país por un subsidio implícito del 47%. En otras palabras, la región del Litoral paga el gas natural o dirigido a otros consumos, impuestos implícitos en las tarifas que pagan en exceso otras provincias. Por ejemplo, Jujuy y Salta pagan un impuesto implícito expresado en términos de tarifas telefónicas del 41%. Lo mismo ocurre con el Alto Valle de Río Negro, que paga un 35% de impuesto implícito y Tucumán lo hace con un 27% de recargo. Por el contrario, la Capital Federal y el Gran Buenos Aires tienen una tarifa neutra.

Sin embargo, el aporte más interesante del libro consiste en demostrar con números a la vista, que los gastos nacionales para atender necesidades locales están irregularmente distribuidos en el país. Mientras que las provincias, con sus propios recursos, deben atender los rubros de Justicia, Seguridad, Salud, Cultura y Educación, Ciencia y Técnica y Bienestar Social, la Capital Federal afronta estas necesidades de su población con aportes provenientes de los recursos nacionales, es decir, aquellos proporcionados por el conjunto de la capacidad tributaria de las provincias. Así es como las provincias más pobres derivan, a través del tesoro

nacional, parte de sus escasos ingresos para pagar servicios que la Capital Federal, es decir sus habitantes, usan, pero no pagan.

En declaraciones recientes, el Dr. Cavallo, ha señalado que esos recursos no tributados por la Capital Federal, para atender un alto nivel de exigencias para su adecuado funcionamiento, llega a la cantidad de 800 millones de dólares anuales.

En otras palabras, según la obra que reseñamos, la Nación atiende directamente muchas necesidades de los habitantes de la Capital Federal.

Citamos a los autores:

"En el año 1983 la Capital Federal obtuvo casi el 15% de los fondos (nacionales) cuando sólo le hubiera correspondido el 7,1% según la distribución equitativa. Medido en términos absolutos, el subsidio a la Capital Federal ascendió a 356 millones de australes (de setiembre de 1985). Este monto superó a los recursos propios que la Capital Federal tuvo ese año, de tal forma, que si hubiera tenido que atender las necesidades locales con recursos propios, debería haber duplicado sus impuestos".

La Nación gastaba en 1983 para atender en la Capital Federal la educación elemental, 15 veces más que en el resto del país.

Con tales datos, se comprende muy bien la subsistencia del conservatismo político y social de la mayoría de los porteños. Es un fenómeno que arranca desde la Revolución de Mayo hasta nuestros días. No es difícil entender a la luz de estas cifras que Yrigoyen y Perón hayan triunfado electoralmente en todo el país, menos en la Capital Federal. Por idéntica causa, el libro ilumina, sin proponérselo los autores, esa persistente y extraña articulación entre mitrismo, izquierdismo y liberalismo que brota espontáneamente en la gran ciudad portuaria para enfrentar a la Patria, cada vez que un temblor heroico pone de pie al pueblo argentino.

Se trata como se ve, de un libro tan valioso como poco comentado. Sus autores, sin embargo, omiten el marco histórico y político de esta inequidad que perjudica a las provincias y benefi-

cia a la gran ciudad puerto. No vacilan en descalificar a aquellos que atribuyen el "fracaso económico argentino" a intereses foráneos. Sin mencionar nunca la palabra "imperialismo", acusan a todos aquellos que intentan explicar en términos histórico-políticos la posición semicolonial que la Argentina tiene en el mundo, de ser partidarios de un "escapismo fácil". Ni siquiera los autores, tan talentosos y eficientes en su oficio, pueden percibir, bajo la formidable presión cultural de las grandes potencias, el sistema expoliador del imperialismo mundial. Es ese sistema el que mantiene al Tercer Mundo, con sus aliados internos, en su trágica postración.

CAPÍTULO 19

Una mirada al Supremo Dictador

Los partidarios de la psiquiatría histórica lo habían considerado un objeto digno de estudio. Qué hermoso tipo de neurótico, pensaba el doctor José María Ramos Mejía en la década del noventa, al examinar con su lupa positivista al Supremo Dictador. Ya Thomas Carlyle le había consagrado un libro famoso e insignificante. Para un inglés del siglo XIX, todos los hispanoamericanos, y en particular sus enigmáticos dictadores, eran seres que vivían en estado de naturaleza. Había que estudiarlos para servir a la ciencia. Hasta Roberto Cunninghame Graham, que era un criollazo enamorado de nuestra llanura, incurrió en la debilidad de escribir otro libro sobre José Gaspar Rodríguez de Francia. Excusará el lector la arrogancia de citarme a mí mismo.

"¡Triste destino el de América Latina! Grandes espíritus que entendían el mundo moderno, como el viejo Cunninghame, que fue socialista, partidario de la independencia de Irlanda y que siendo de origen noble se hizo abrir la cabeza en Trafalgar Square por defender a los obreros, en relación con la América española sólo amaba sus caballos, sus pampas y su paisaje. Sólo la amaba como naturaleza, pero no podía entenderla como sociedad. Otros ingleses menos artistas que él, habían hecho lo posible para que la América mutilada fuera indescifrable." [1]

---

(1) V. "Historia de la Nación Latinoamericana". Edición Peña Lillo, Buenos Aires, 1973.

El propio Bolívar se irritaba contra el doctor Francia (y con razón), por la obstinación con que el dictador del Paraguay se oponía a toda participación paraguaya fuera de su territorio. Esa fortaleza amurallada, cuyo símbolo fuera *El Paraguayo Independiente*, como se llamaría luego el periódico de los López, herederos de la República del Supremo Dictador, era algo monstruoso, y al mismo tiempo algo digno de admiración. La colección de apasionantes documentos de la época de Francia, laboriosamente reunidos y seleccionados por el doctor José Antonio Vázquez, (2) nos aproximará hacia una de las figuras más notables de la historia hispanoamericana. Pero dichos documentos no pueden decirnos todo.

Al fin y al cabo, y desechando las inocentes pesquisas científicas fundadas en las "neurosis de los hombres célebres" de los tiempos de Ramos Mejía, ¿quién era el doctor Francia? ¿Cuál era el origen del poder que le permitió gobernar treinta años? ¿Cuáles eran sus ideas políticas?

En esta breve nota sólo recordaremos que la *misantropía* del Supremo Dictador era la personificación psicológica de un hecho político que ni el Dr. Francia ni el Paraguay habían buscado. Los intereses de la burguesía porteña de Buenos Aires le dictaban su conducta: abandonar a su suerte el destino de la Patria Grande que habían concebido Artigas, San Martín y Bolívar. Buenos Aires sólo aspiraba a conservar la hegemonía de la Aduana y monopolizar el tráfico del comercio internacional en sus manos. La gran provincia había usurpado los derechos de las restantes del virreinato al desaparecer el Rey de España. En lugar de organizar la Nación, disponiendo para ella de las rentas aduaneras del mejor puerto, el grupo porteño y bonaerense declaró de su exclusiva propiedad la

---

(2) "El Dr. Francia visto por sus contemporáneos", por José Antonio Vázquez. Edición EUDEBA, Buenos Aires, 1973. Como advertí al lector al comienzo del libro, el trabajo que está leyendo sufrió pena de degüello por el cuchillo de Luis Panduro, socialista a carta cabal, de esos que le gustaban al general Videla.

ciudad, la pradera y el puerto. Como decía Alberdi, esa Aduana era la fuente del Tesoro y del Crédito Público en la época. Con esa alcancía, que llenaban todos los argentinos y administraban para sí solamente los porteños, el comercio de las provincias del Litoral y del Paraguay quedaba estrangulado. Por tal causa la oligarquía de Buenos Aires puso precio a la cabeza de Artigas, Protector de los Pueblos Libres y el más grande caudillo popular de que haya memoria en la América del Sur.

Se tendrá presente que Artigas no fue tan sólo jefe de una provincia, como sus infieles lugartenientes Ramírez de Entre Ríos y López de Santa Fe, o el famoso estanciero Juan Manuel de Rosas, sino que se propuso confederar a la vasta heredad hispanocriolla en una Nación: fue un revolucionario agrario, un proteccionista industrial y fue un soldado de la unidad rioplatense. Esa misma oligarquía determinó el enclaustramiento del Paraguay, que sólo podría comerciar mediante la arteria vital del Plata. Así los intereses porteños expatriaron a San Martín, degollaron a los caudillos del interior, dieron un golpe de Estado e impusieron de presidente a Rivadavia, socio de los inversionistas ingleses.

Esa burguesía voraz, que ya había privado a San Martín en el Perú de los recursos necesarios para completar su campaña de independencia continental, no sólo asfixió al Paraguay, sino que también libró a la *soberanía* a las provincias del Alto Perú. Con el célebre leguleyo Casimiro Olañeta, doctor *dos caras* de la antigua Charcas, esas provincias se declararon independientes de las Provincias Unidas de Sudamérica, para tranquilizar a sus propietarios de minas e indios del Altiplano, que hasta ese momento vivían enfermos por el temor de verse obligados a trabajar sin beber la sangre de los hijos de Atahualpa. Felices de hacerlo, los blancos (o casi blancos) de Buenos Aires, se desembarazaron de las provincias indígenas, que escaso crédito ofrecían a los paquetísimos porteños a los ojos de Europa y se consagraron a explotar los beneficios del puerto.

En suma, la oligarquía pampeana y sus socios comerciantes de

Buenos Aires abandonaron a su suerte a la Banda Oriental, el Alto Perú (hoy Bolivia) y el Paraguay.

Sólo acariciaban contra su reseco corazón la Aduana de Buenos Aires: y se reían del mundo entero.

De este modo es posible explicarse, sin historiadores ingleses ni psiquiatras criollos, la personalidad política del doctor Francia. Una vez que lo encerraron bien encerradito, lo acusaron de ser insociable. Francia les pagó en la misma moneda: ¡pero a qué precio! Trazó alrededor del Paraguay una frontera de hierro, en el sentido más literal de la expresión, pues fabricó cañones y los emplazó en los lugares estratégicos. Durante treinta años no dejó ingresar ni salir a nadie de su tierra. A quien entraba al Paraguay le resultaba muy difícil salir; y quien llegaba a salir, era casi imposible que volviera a entrar. El naturalista francés Bonpland anduvo por esos lugares buscando plantitas y especies raras; tuvo la desgracia de pisar suelo paraguayo. El Supremo ya no lo soltó. La Europa entera clamó por su libertad, pero el doctor Francia se mantuvo inflexible. Hasta Bolívar, que de alguna manera era un personaje universal que había vivido en París y era un civilizado, se sintió por un momento seducido a tentar la empresa napoleónica de librar una guerra para librar al sabio. Acarició la demente idea de tomar por asalto el Paraguay. Prevaleció, afortunadamente, el gran político que era, en definitiva, Bolívar. Pero Francia, este hombre duro, no había aparecido al azar en la historia del Paraguay.

Detrás de él estaban los guaraníes, base étnica y cultural del pueblo paraguayo. Y la Compañía de Jesús, que había erigido con las Misiones un obstáculo a los *bandeirantes* que cazaban indios a fin de venderlos en el Brasil. También los encomenderos disputaban a los jesuitas el derecho de reducir guaraníes para explotarlos como esclavos. Cuando las Misiones fueron expulsadas a fines del siglo XVIII, dejaron una tradición de economía agraria sin grandes terratenientes. Este hecho perduró hasta los López. Sólo se estableció la gran propiedad parasitaria en el Paraguay después de la

Guerra de la Triple Alianza. En realidad, a Francia y a los López los sostuvo una clase campesina de pequeños productores relativamente prósperos.

El trágico error del doctor Francia fue el de aceptar el terreno elegido por sus adversarios, que eran adversarios de la causa nacional de la América Latina: un Paraguay aislado no podía ser sino víctima propicia de los grandes imperios y de sus Virreyes locales. Defendió la soberanía gallardamente, pero su fatal limitación histórica le impidió la única política que podía haber cambiado la historia de su época: unirse a Artigas y a Bolívar para destruir a la burguesía porteña, limeña y bogotana y echar las bases de la Nación Latinoamericana. La historia no lo quiso así. Al caudillo oriental, lo acogió en la hora de la derrota. Artigas vivió treinta años en el Paraguay, pero Francia no lo conoció personalmente, pues siempre rehusó hablar con él. En cuanto a Bolívar, sólo respondió negativamente con una carta altiva al ofrecimiento del Libertador de Colombia de establecer relaciones con los pueblos latinoamericanos.

Defendió de este modo a su patria chica de las turbulencias revolucionarias; pero abandonó a la Patria Grande. Un cuarto de siglo después de su muerte, se desencadenaba sobre el aislado y orgulloso Paraguay heredado por los López, una tempestad de hierro y fuego. La historia dirimía la polémica sobre una política nacional fundada sobre una provincia. O las provincias se unían para la Nación, o las oligarquías regionales y sus amos extranjeros triunfarían sobre cada una de las provincias por separado.

El doctor Vázquez nos introduce en el universo del Supremo Dictador. Veámoslo actuar cada día como jefe supremo, instructor de milicias, componedor de matrimonios desavenidos, juez civil, tribunal inapelable del comercio exterior y director de obras públicas. Todo lo hacía, todo lo veía, lo resolvía todo. Hombre ilustrado y consagrado con una pasión excluyente al servicio público, su desinterés, su ausencia de toda vanidad y su temple eran realmente dignos del gran pueblo que lo sostuvo. Esto acentúa la

tragedia que abrumará luego al Paraguay como resultado de la política porteña.

Pero la historia fluye todavía y quizá pueda enseñar a los latinoamericanos que deben borrar para siempre, primero en su conciencia y luego en la realidad, toda frontera interna. Pues reunir las partes sangrantes de una patria dividida será la tarea más trascendental que pueda acometer la generación de nuestra América Latina del siglo XX, para que nuevamente la humanidad pueda recordar las palabras con que Hegel saludó al estallido de la revolución francesa:

"Era pues una espléndida aurora. Todos los seres pensantes celebraron esta nueva época, Una sublime emoción reinaba en aquella época, un entusiasmo del espíritu estremecía el mundo, como si por primera vez se lograse la reconciliación del mundo con la divinidad". En el lenguaje hegeliano la divinidad era la Diosa razón de Robespierre; y para nosotros será la profunda racionalidad que pondrá fin a la prehistoria mítica de una América harapienta donde todos sus héroes, como el doctor Francia, eran siempre héroes derrotados.

CAPÍTULO 20

De Artigas a Lord Ponsonby

El libro de Luis Alberto de Herrera sobre la *Misión Ponsonby* reviste un doble interés.[1] En primer término, exhibe una impresionante cantidad de documentos copiados en el archivo del Foreign Office de Londres, de los que brota elocuentemente el papel decisivo desempeñado por la diplomacia inglesa, en especial por Canning y Ponsonby, en la creación del Uruguay como Estado independiente. En segundo lugar, la obra arroja una luz peculiar sobre la historia de las ideas políticas en la sociedad uruguaya y sobre todo acerca del pensamiento de un célebre caudillo político de la tierra purpúrea, Luis Alberto de Herrera.

Durante varias décadas, hasta su muerte en 1959, Herrera fue la figura central del viejo Partido Nacional o Blanco. Su autoridad en dicho movimiento, que participó varias veces en el gobierno de su país, sin lograr triunfar electoralmente nunca, salvo en el último año de la vida de Herrera, fue inmensa. Era un hombre de vasta ilustración histórica y un astuto jefe político a la criolla. Había montado a caballo en su juventud en las guerras civiles junto al legendario Aparicio Saravia y remontado caballadas en las estancias próximas a la frontera en medio de un remolino de lanzas: pero también había almorzado pulcramente en el Palacio de Buckingham con el rey Jorge V de Gran Bretaña (y Emperador de la India).

(1) Editado por EUDEBA en 1975 y degollado por orden de su director, el socialista Luis Pan en 1977. Designado por la sangrienta dictadura del General Videla, Pan se hizo célebre por su destreza con el cuchillo. Ver nota introductoria de este libro.

Herrera era el prototipo del gauchi-doctor, característico de las pampas regadas por el Plata en una época desaparecida para siempre. Había iniciado el revisionismo histórico en su país con *El Drama del 65*, donde examina la política del mitrismo porteño y el aniquilamiento del Paraguay. En la guerra del Chaco (1932-1935) militó en las filas del ejército paraguayo, pues creía en la unidad de destino de paraguayos y orientales y temía una nueva catástrofe sobre la tierra de Solano López. Durante la segunda guerra imperialista de 1939-1945, la mayoría de la clase media del Uruguay prestaba su apoyo a la causa de los aliados anglo-franco-yanquis y deseaba intervenir de algún modo en el conflicto. Herrera defendió tenazmente la neutralidad. Sus adversarios, incluidos los comunistas, lo acusaron de *nazi* y pidieron la cárcel para él. Se opuso igualmente a la instalación de bases militares extranjeras en el Río de la Plata, negó su concurso al gobierno en 1950 para enviar tropas uruguayas a la guerra de Corea, como lo exigía el gobierno de los Estados Unidos y fue el único y declarado amigo de Perón en un Uruguay liberal, democrático y antiperonista durante la década 1945-1955.

¿Cómo se explica, entonces, que este libro constituya la más asombrosa apología al Imperio británico que se haya escrito jamás fuera de Inglaterra? Para colmo, este himno en prosa al genio político de Canning, lo escribe un oriental en recordación del papel jugado por Ponsonby en la creación de la República del Uruguay, lo que equivale a decir que se trata de un homenaje escrito a la fragmentación de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Esta feroz paradoja sólo puede ser descifrada a la luz de la evolución sufrida por la sociedad uruguaya desde la conclusión de las guerras civiles.

Cuando Herrera se incorpora a la vida política de su país en la década de 1890, la sombra de Artigas comienza a corporizarse. Había sido arrojado a un abismo de olvido después de su derrota a manos de los porteños y del portugués; pero después de hundirse su proyecto de una Nación sudamericana, federando las provin-

cias, una de ellas se erigía en Nación y transformaba al unificador olvidado en su héroe de bronce. Herrera forma sus ideas en una Banda Oriental que desde hace medio siglo se llama Uruguay. Es un país fundado con la garantía británica, que disfruta de una economía agraria floreciente incrustada en el sistema mundial de Gran Bretaña.

A semejanza de la Argentina, Uruguay empieza a desarrollarse como una gran planta fabril de productos cárneos, que abastece sin competidores los mercados europeos, gracias a los bajos costos derivados de la fertilidad natural de las mejores tierras del mundo. Separado por Canning de las viejas Provincias Unidas del Río de la Plata, poseedor de una gran pradera, de una hermosa capital y de un excelente puerto de profundidad natural, el Uruguay se constituye en un país que prospera gracias a las ventajas climáticas, a una población reducida y a la protección discreta de la gran amiga británica.

Mientras América Latina esclavizada se consume en el hambre, el Uruguay se revela como un notable ejemplo de instituciones democráticas, con su apacible Capitolio blanco, una especie de Westminster criollo que funciona sin sobresaltos y donde los oradores no cargan pistolas. La relación estructural entre el intercambio de lanas, carnes, cueros y cereales y la importación de artículos industriales está respaldada por una renta agraria que permite a un millón de orientales gozar del nivel de vida de una ciudad europea, sin salir de la condición de una República compuesta de pastores y burócratas. Aunque esa rara felicidad depende de las carnes rojas, se explica la satisfacción reinante en el Uruguay por cuanto semejante estado se prolonga desde comienzos de siglo hasta iniciarse la década del 60. Su fase culminante se puede situar entre 1904 y 1930, entre la muerte de Aparicio y la crisis mundial. Pero como un régimen de producción determinado engendra una sociedad de rasgos específicos, el Uruguay, nacido de una pradera abundante, ofreció a la mirada de América Latina fenómenos que jamás pudieron reproducir los enfermizos Estados latinoamerica-

nos, salvo en los textos vacíos de sus admirables constituciones: una gran clase media propietaria de viviendas confortables; un régimen previsional de retiros sin paralelos (una sola persona podía llegar a acumular hasta tres o cuatro jubilaciones: había jubilados de 40 años de edad); una clase obrera pequeña y relativamente bien remunerada; el mejor índice de escolaridad de América Latina; la más baja proporción de nacimientos; el más bajo índice de mortalidad; irrestrictas libertades públicas, un partido socialista librecambista y un partido comunista admirador a la vez de Stalin, de Batlle y de Franklin Roosevelt. Muchos liberales extasiados emitieron la opinión de que tales maravillas eran el resultado del buen funcionamiento de las instituciones parlamentarias, que a su vez permitía la prosperidad. Jauretche señaló marxísticamente (¡quién lo diría!) que, por el contrario, si las instituciones democráticas funcionaban bien esto se explicaba por la prosperidad. Jóvenes jubilados, una rica y refinada literatura, profusión de becados por el Consejo de Cultura Británica o por el Departamento de Estado que se lanzaban a conocer el mundo, abundancia de alimentos y de libros, prensa de izquierda para satisfacer a un público ávido de información sobre las revoluciones lejanas, protección a las madres solteras, a los niños y ancianos, ley de divorcio, ferrocarriles y servicios públicos nacionalizados (hasta el expendio de leche), mutualización generalizada de la medicina, ese admirable Uruguay se enfrentaba pacíficamente cada cuatro años, en fecha electoral. Los dos partidos históricos, el Colorado y el Blanco, llegaron a sellar un pacto bastante simbólico de semejante sociedad: el partido triunfador se reservaba el 60% de los cargos públicos; y el derrotado, disponía del 40% restante. A este convenio equitativo, la prensa uruguaya designaba risueñamente como el *reparto de las achuras.*

En ese Uruguay británico, surgido de la balcanización de América Latina y de algún modo beneficiario de dicha balcanización, se formó Herrera. En procura de alguna justificación histórica, escribió *La Misión Ponsonby*. Del presente libro, se

desprende lo siguiente: Artigas no fundó el Uruguay; lo fundó Ponsonby. El Protector de los Pueblos Libres se había propuesto construir una gran federación de provincias con un gobierno central. Ponsonby, en nombre del Imperio dijo a Roxas y Patrón: *El gobierno inglés no ha traído a América a la familia real de Portugal para abandonarla. Y la Europa no consentirá jamás que dos estados, el Brasil y la Argentina, sean dueños exclusivos de las costas orientales de la América del Sur, desde más allá del Ecuador hasta el Cabo de Hornos.*

La vida de Herrera conoce tres etapas fundamentales: su juventud, que transcurre en los últimos años de la estancia criolla y del enfrentamiento declinante entre ese mundo arcaico y los nuevos intereses urbano-rurales ligados a la época exportadora encarnada por Batlle y Ordóñez. En la segunda etapa de su existencia, el Uruguay conoce un bienestar y una lozanía económica y social sin precedentes. Es el período en que Herrera compone *La Misión Ponsonby*. En la tercera, que es la de su vejez, luego de la prueba de la segunda guerra mundial y del crepúsculo del Imperio Británico, que a duras penas puede garantizarse a sí mismo y mucho menos estaba en condiciones de garantizar al Uruguay, Herrera va cambiando radicalmente los puntos de vista que expone en *La Misión Ponsonby*. El Uruguay posterior a 1945 aún se mantiene en pie, goza todavía serenamente del premio a su insularidad, pero ya se insinúan en el horizonte los relámpagos de una crisis irresistible. Herrera advierte la significación de los nuevos tiempos. Daré aquí un testimonio personal, que excusará el lector. Conocí a Herrera en 1950, en Montevideo. Me sorprendió su simpatía y declarada estima por mi libro *América Latina: Un País*, que el diputado peronista de origen conservador José Emilio Visca acababa de secuestrar en la Argentina. En dicho libro me permitía designar al Uruguay como a la "Gibraltar en el Río de la Plata". Afirmaba categóricamente mi convicción de que Canning había intervenido en nuestro río padre para debilitarnos y para fortalecerse. Al darme un abrazó, el viejo caudillo me dijo:

—Cuidado mi amigo con sus verdades, que lo van a colgar.

Sentí, en ese momento, que Herrera era otro y que el autor de *La Misión Ponsonby* había dejado de existir en 1930. No hay nada de extraordinario en ese cambio. El Uruguay se precipitaba hacia una crisis irrevocable y los jóvenes ilustrados de buena familia que se habían iniciado en las filas del Partido Socialista intemporal y aséptico fundarían más tarde el movimiento de los Tupamaros. Buscaban sin encontrarlas las huellas perdidas de una vieja historia olvidada. En el horizonte Artigas montaba de nuevo a caballo y se disponía a romper en pedazos los tratados de Ponsonby. En aquel 1928 en que Herrera reúne en Londres los documentos que ahora publicamos por primera vez desde esa fecha, cada uruguayo (y Herrera, con su intuición de historiador y de político) advertía que la paz interna y el nivel de vida de la Banda Oriental, eran una verdadera bendición, un Nirvana único y deseable. Nadie quería renunciar a él. Angel Floro Costa había titulado un libro sobre el Uruguay precisamente así: *Nirvana*. Ni en el Uruguay de 1928 ni en la Argentina de la misma época, podía encontrarse un solo *antiimperialista inglés*. En el mejor de los casos había una legión de *antiyanquis* que protestaban por las tropelías norteamericanas en el Caribe. Pero Raúl Scalabrini Ortiz era impensable en 1928 en ambas márgenes. De algún modo había una conformidad general implícita en el hecho de que las relaciones con Gran Bretaña eran tan normales como podían serlo. Faltaba la perspectiva histórica para descubrir que habían sido relaciones óptimas, si se tiene en cuenta que los ingleses, en otras partes del mundo, habían empleado la brigada ligera para asumir su control directo en las regiones rebeldes. Justamente Scalabrini Ortiz descubre, después de 1930, en la lectura de *La Misión Ponsonby*, las pruebas de que Inglaterra era la autora de la segregación del Uruguay. Antes de esa fecha, el gran escritor argentino se consagraba a la literatura. Destruido el mito del patrón oro y la ciega seguridad de las colonias, el sector más militante de la pequeña burguesía argentina, procedente del radicalismo —FORJA— se lanza, con Jauretche y Scalabrini

Ortiz, a la búsqueda de los orígenes. Se encontrarán con *La Misión Ponsonby*. Pero también la apología de Herrera se trueca por obra de la bancarrota mundial y del papel que en dicha bancarrota juega Gran Bretaña, en la prueba para condenarla. El mismo libro servía, año 1930 por medio, para dos tareas opuestas.

Es muy singular que Artigas, al enterarse por boca de los amigos que van a buscarlo al Paraguay para que regrese, que se ha escrito en la Banda Oriental una constitución y fundado una República, rehúse volver con estas palabras: "Ya no tengo patria". Su patria era más grande. En 1928, Herrera dedicó el libro que glorificaba a Ponsonby de este modo: "A mi patria". Treinta años más tarde, los estancieros, importadores, industriales y banqueros que habían engendrado la insularidad y que se aprovecharon de ella, conducían al despreocupado Uruguay de la era británica a la dictadura militar. Ponsonby realmente había muerto y Artigas estaba más vivo que nunca.

CAPITULO 21

Fallas de memoria en las Memorias de Celso Furtado

El desconocimiento recíproco entre el Brasil y la Argentina — y naturalmente entre todos los países latinoamericanos entre sí— es hijo directo del trágico proceso de fragmentación de la Nación Latinoamericana.

Los EE.UU. de Norteamérica, a través de un proceso de desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo de un lado, y de la Guerra de Secesión, que culminó con la fundación de la Nación Norteamericana por mano de Abraham Lincoln, logró alcanzar las más altas cimas de poder económico y tecnológico. Por el contrario, los Estados Desunidos del Sur no lograron consumar las grandes esperanzas de Bolívar y de San Martín. En la visión política de los Libertadores nuestra ruptura con España en las guerras de la Independencia no podían derivar al mismo tiempo en la proliferación de numerosos Estados aislados e impotentes. Pero así ocurrió y cada uno de los países latinoamericanos conoce mejor a Estados Unidos que a sus pueblos hermanos, en el común infortunio de la "diáspora". El libro de Celso Furtado titulado "La Fantasía Organizada", sugiere numerosas reflexiones sobre ese aislamiento recíproco que todavía nos incomunica con el gran país brasileño.

Celso Furtado es conocido ampliamente como economista e historiador de la economía del Brasil. Ha participado durante largos años en la Comisión de Economía para América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL). En ese carácter fue próximo colaborador, en su momento, de Raúl Prebisch. Este último se

desempeñó como Secretario ejecutivo de dicha Comisión. El libro que comentamos, resulta una combinación de "memorias" del autor y de aspectos no muy conocidos de las intimidades de la CEPAL. Para un lector argentino, lo más sorprendente reside en el tono apologético con que Celso Furtado estudia la personalidad de Prebisch. En particular, porque Celso Furtado afirma que el debate de la década del 50 sobre el subdesarrollo, que a su juicio afronta Prebisch y la entidad internacional citada, suponía el descubrimiento, por así decir, de dicho problema. Tal es el primer error del destacado economista brasileño, hoy Ministro de Cultura del gobierno de Sarney. En efecto, el descubrimiento del subdesarrollo, o sea las particularidades coloniales y semi—coloniales en virtud de su interconexión con el imperialismo, aunque parezca innecesario decirlo, no es un mérito de la CEPAL ni, por supuesto de Prebisch, sino que ya había sido objeto de numerosos estudios a fines de siglo, el más célebre de los cuales fue el del liberal inglés Hobson, para no hablar de Alejandro Bunge, que ya en la década del 30 postuló la Unión Aduanera del Sur.

Ni hablemos obviamente de las obras de Hilferding, Rosa Luxemburgo y Lenin, con su libro de 1913 titulado "El imperialismo, etapa superior del capitalismo". Pero Celso Furtado ignora al argentino Bunge por completo, tanto como al imperialismo. Por lo demás, los problemas del atraso histórico ya habían encontrado una manifestación muy clara, antes todavía, en las obras y escritos de Marx referidos a la economía de plantación de los EE.UU., la guerra de Secesión y el carácter colonial de Irlanda respecto de Inglaterra. Naturalmente no es posible olvidar las conocidas observaciones del mismo autor respecto de Polonia y la Rusia zarista.

El llamado "subdesarrollo" no constituye en consecuencia, como parece creer Furtado, un aporte teórico nacido en la segunda post—guerra, sino que, según las referencias que acabamos de dar, era un problema que se resistían a considerar los economistas educados en la tradición occidental. No podían admitir justamente que la existencia de los grandes centros imperialistas, fuera inse-

parable de la explotación y de los países coloniales. Hasta el propio Keynes resulta un descubrimiento tardío de Prebisch, cuando ya no vivía en la Argentina. Lo más curioso de este libro, escrito con la solvencia intelectual y los recursos literarios que se reconocen a Furtado, resulta ser la peculiar idea que Furtado se formó sobre Raúl Prebisch durante su trabajo en la CEPAL. Para los argentinos, en cambio, Prebisch está íntimamente vinculado a la historia política y financiera del país en el período en que el poder oligárquico, más allá de los regímenes políticos, controlaba por completo la vida nacional. Prebisch había iniciado ya, en plena juventud, hacia 1922, su vinculación como economista con la Sociedad Rural Argentina. Dicha entidad es el órgano gremial de los grandes estancieros e invernadores de la provincia de Buenos Aires, verdadero "poder detrás del trono" de la época.

Prebisch adquirió una notoriedad mucho mayor después de la caída del Dr. Yrigoyen en 1930. Con el ascenso al poder fraudulento del General Agustín P. Justo, su ministro de Hacienda y ex-socialista Federico Pinedo, iba a consagrar a Prebisch como uno de sus principales asesores. Así, Prebisch integró el famoso "trust de los cerebros". Dicho grupo elaboró ciertos aspectos especiales de la economía y las finanzas argentinas en medio de la crisis mundial. La Argentina había sido hasta ese momento, como lo afirmó el Vicepresidente de la República, Dr. Julio A. Roca, de algún modo, una "especie de Dominio del Imperio Británico".

Prebisch contribuyó con Federico Pinedo a sobrellevar las dificultades que la crisis había traído a la Argentina exportadora, íntimamente vinculada al poder inglés. Es así como fue designado Gerente General del nuevo Banco Central. Su plan de fundación fue establecido por el funcionario inglés Sir Otto Niemeyer, Director del Banco de Inglaterra, que visitó Buenos Aires a esos efectos. Prebisch llevó a la práctica lo que podríamos llamar el "dirigismo oligárquico" de la década del 30. Este "dirigismo" oligárquico adaptaba la Argentina a la crisis del mismo modo que, en otro orden, EE.UU. aplicaba en la época de Roosevelt los

controles de precios, establecía subsidios y promovía con dinero del Estado gigantescas obras hidroeléctricas. En esos años Inglaterra se proponía, arrojando por la borda a Adam Smith y a la economía liberal, mantener alguna forma de autarquía imperial para preservar sus intereses en el período de pánico. Todos los economistas liberales, entre los que se encontraba Prebisch, adoptaron medidas defensivas del Estado para preservar el "statu quo" de la oligarquía ganadera, establecer el control de cambios, y de algún modo, custodiar hasta el fin de la guerra, la armonía que había existido durante medio siglo entre los intereses industriales británicos y los intereses agrarios de la Argentina. La elección del nombre de Prebisch como gerente del Banco Central era conocida en Londres, en los medios de los grandes propietarios de los ferrocarriles británicos, antes de que el propio gobierno argentino tuviese noticias de esa designación.

La revolución militar del 4 de junio de 1943, promovió una ola de nacionalismo económico. Al mismo tiempo, en la persona del Coronel Juan Perón, se proponía desarrollar la influencia de los nuevos sindicatos industriales sobre la vida nacional. Esta nueva situación marcaría el eclipse de la actividad pública de Raúl Prebisch en la Argentina. Poco después de 1943 abandonó el país. Con la conclusión de la Segunda Guerra Mundial y la organización de las Naciones Unidas, Prebisch fue designado como Secretario Ejecutivo de la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL) de esa organización internacional.

De este modo se inicia la segunda fase de la personalidad intelectual de Prebisch. Desde la CEPAL, sus estudios sobre la realidad económica de Argentina y de América Latina, postularían todo lo contrario de lo que había sido su gestión en nuestro país antes de la guerra mundial. En suma, promover la idea del desarrollo industrial como forma de protección de las economías semi-coloniales vulnerables. Sostendría la tesis de los términos desfavorables del intercambio. Al mismo tiempo —lo que no resulta menos curioso— elogiaría en sus informes las medidas de

planificación industrial y de proteccionismo económico que estaba llevando a cabo el gobierno del general Perón desde 1946 en adelante.

Nada llamaría la atención de este proceso evolutivo en el pensamiento de un economista, salvo que cuando en 1955 cayó el gobierno de Perón, Prebisch fue llamado en consulta por el gobierno de la "Revolución Libertadora" (de fuertes connotaciones agro-liberales, y muy vinculada a los intereses norteamericanos y británicos). En los breves días en que Prebisch residió en Buenos Aires, a solicitud de la dictadura militar elaboró un informe publicado por la Presidencia de la Nación en esos días. En dicho texto reaparecía el **primer** Prebisch, es decir el Prebisch liberal, exportador, librecambista, agrarista, filo-británico. Las conclusiones y consejos que el Informe Prebisch de 1955 extraía del análisis de la economía argentina, eran exactamente opuestas a las conclusiones de aquel Prebisch Secretario Ejecutivo de la CEPAL de la víspera. Su informe consideraba a la política económica peronista como responsable de una supuesta crisis que sufría la Argentina. Sus consejos estaban dirigidos a enriquecer de nuevo a los productores agrarios, en particular a los criadores de ganado. También sugería transformar los magníficos convenios bilaterales de gobierno a gobierno, que había establecido Perón para escaparle al área del dólar. Prebisch proponía nuevamente un comercio multilateral para reinsertar una vez más a la Argentina en el campo de los grandes intereses internacionales.

En esos días de terrorismo "democrático" (se fusilaba a obreros en los basurales y a militares peronistas en las comisarías) un gran argentino, Arturo Jauretche, respondió a Prebisch con un folleto: **"El plan Prebisch, o retorno al coloniaje".** Todavía se lo puede adquirir en Buenos Aires. Recomendamos su lectura a Celso Furtado. En dicho trabajo Jauretche exhibía bajo una potente luz la trama infiel del Plan Prebisch y exponía su perplejidad, porque entonces no sabía Jauretche, ni tampoco nosotros lo sabemos hoy, cual era el Prebisch verdadero: si era el Dr. Jeckyll o era Mr. Hyde.

Como en la novela de Stevenson, parecía adoptar alternativamente dos personalidades irresistibles. Era el bondadoso hombre de la ciencia económica cuando estaba fuera de su país. Pero en cuanto pisaba la patria, se volvía un enemigo feroz de la soberanía y de la independencia argentina.

Celso Furtado es un hombre culto y refinado. Ha vivido mucho tiempo en París. Además, fue oficial de las Fuerzas Expedicionarias brasileñas durante la Segunda Guerra Mundial cuando Brasil se vio arrastrado a la guerra por los Estados Unidos. Digamos de paso que la Argentina fue neutral ante el genocidio de las potencias civilizadas y nadie de aquí murió por causas ajenas. Fue precisamente en esa ocasión que el joven oficial Furtado conoció por primera vez Europa y se nutrió de cultura europea, o lo que había quedado de ella entre las ruinas humeantes. Pero en este libro se descubre que no está igualmente familiarizado con la sociedad argentina, su cultura, sus hombres representativos y sus problemas.

Por esa causa, uno de los héroes intelectuales de Furtado resulta ser nada menos que Raúl Prebish, quien aparece en este atrayente volumen como uno de los personajes menos comprendidos por el autor. De sus páginas se desprende un Prebisch "heresiarca", una especie de campeón de la lucha por la emancipación económica de América Latina. En suma, un verdadero adalid de la resistencia a los Estados Unidos en materia de "heterodoxia" económica. Pero no había nada de eso. Ese Prebisch no existió nunca. Cada vez que Prebisch abandonaba el oraculismo teórico de la CEPAL, el universo de los "análisis" o de las "sugerencias" y se encontraba en condiciones de marcar una directriz para su país con posibilidad de llevarse a la práctica, renunciaba en el acto a su "progresismo" verbal y se pasaba con armas y bagajes al campo de la ortodoxia monetarista, financiera y agraria de su juventud. Bastará para el propósito de estas notas recordatorias que Prebisch rehusó la invitación de Arturo Jauretche para un debate público. Y al día siguiente de elevar su informe al gobierno de la Revolución

Libertadora (es decir de la sangrienta dictadura militar "democrática") regresó a Santiago de Chile, sede de la CEPAL.

Como si fuera el hecho más natural del mundo, ya fuera de la Argentina, reiteró el postulado industrialista retórico que acababa de desautorizar en su informe el General Lonardi. Con la mayor desenvoltura, desde 1955 siguió batiendo el parche del "desarrollo industrial" latinoamericano y a desgranar sus recuerdos prekeynesianos de una ideología neoclásica que consideraba haber abandonado. Quizás era cierto para todos, menos para la Argentina. Se hizo conocido como divulgador de los conceptos del "centro" y de la "periferia" o para decirlo más crudamente, de la oposición entre el imperialismo y los países coloniales y semicoloniales. Era un hombre que sabía adaptarse. Las Naciones Unidas, nacidas bajo el poder omnímodo de los "Cinco Grandes", llegó a ser muy pronto escenario de los nuevos Estados del Tercer Mundo y en los círculos de su burocracia "tercermundista", Prebisch hizo su nido. Salvo ese breve intervalo del golpe oligárquico en Buenos Aires, donde resurgió como por encanto su anglofilia tradicional, Prebisch sería, "forx export", el hombre de "ideas avanzadas". El sorprendente episodio de 1955 podría haber caído en el más piadoso olvido si no fuera que cuando su primo y conprovinciano González del Solar se hizo cargo de la Presidencia del Banco Central (después de una fructuosa carrera en el FMI) bajo el régimen militar presidido por el General Bignone, en 1982, reapareció Prebisch en Buenos Aires. Resultó imposible a los periodistas arrancarle una palabra condenatoria de la deuda externa o de la política monetarista que su primo llevaba a cabo con admirable decisión. Una vez más, el torturado y soterrado Mr. Hyde, el personaje de Stevenson, volvía a hacer su aparición en la personalidad del Dr. Prebisch.

Esta novelita continúa. En junio de 1983, Prebisch antes del triunfo electoral de Alfonsín, fue invitado junto a otros economistas internacionales para dar su opinión sobre la deuda externa ante una subcomisión del Senado de EE.UU. Allí dijo que la crisis financiera de los países de la América Latina y las exigencias de

"austeridad" que les había sido impuesta podían llevar a algunos deudores a desconocer su deuda externa **"en lugar de continuar exprimiendo sus economías para continuar con sus pagos"**, según informa "Clarín" del jueves 23 de junio de 1983.

Esta audaz advertencia de Prebisch fue formulada en Washington. Pero en cuanto llegó a Buenos Aires, el año siguiente, y fue nombrado asesor del Dr. Alfonsín, cambió nuevamente. Ahora, ya en la Argentina, y como asesor del gobierno, Prebisch nos dice que hay que pagar la deuda.

Su opinión vuelve a ser ortodoxa:

"Hay que corregir el déficit fiscal, percibir mejor los impuestos (la evasión impositiva es altísima en la Argentina) y contener los gastos del Estado".

Una moratoria es inconcebible:

"Eso traería consecuencias imprevisibles para el país" dice Prebisch, y agrega:

"De haber tenido más reservas monetarias, Argentina se podía haber dado ese lujo..." "¿Cuál sería la cifra ideal?" pregunta el periodista de la revista LA SEMANA de abril de 1984. Dice Prebisch:

"Le explico las consecuencias de no pagar. Argentina vende gran parte de sus exportaciones a EE.UU. y Europa. Si no paga, estos señores se cobran con parte de esas exportaciones. Nunca nuestro país estuvo en una situación de dependencia financiera como la de ahora. Somos la parte más débil".

Según se ve, un hombre tan informado como Prebisch, llega a adulterar conscientemente la verdad de los hechos. La Argentina nunca vendió parte importante de sus exportaciones a los EE.UU. desde la Revolución de Mayo hasta hoy. Por el contrario, fue compradora de los EE.UU. y no vendedora. Esto sucedió y sucede a raíz del carácter competitivo de ambas economías en el sector agropecuario y el cerrado proteccionismo aduanero impuesto por los productores norteamericanos a causa de nuestros mejores precios. El cuento de la "aftosa" tiene autores yanquis.

En cambio, con respecto a Europa, siempre la Argentina vendió al Viejo Mundo por medio de Inglaterra. Nadie ignora que esta relación triangular dejó de existir con el nacimiento del Mercado Común Europeo, hace más de un cuarto de siglo. Esto lo puede desconocer cualquiera menos Prebisch. Sin embargo, Prebich así lo afirma. Tal es el tributo político, moral e intelectual que el antiguo amigo de Inglaterra realiza en favor del gobierno que lo ha nombrado asesor.

Esto no es todo. Este Prebisch ortodoxo de brevísimas estadías en Buenos Aires, y que ahora sostiene que es necesario pagar la deuda externa porque de lo contrario las consecuencias serán "gravísimas" para la Argentina, dirá, muy poco después, en el exterior y a partir del momento en que deja de ser asesor de Alfonsín, que la deuda externa es impagable, tal cual lo dicen todos los economistas del mundo. Oprímase el resorte y el repulsivo Mister Hyde desaparece dejando una estela de azufre. Pero algo precioso queda en el tintero. En la breve visita a que aludimos, confirma que persiste en su espíritu una visión arcaica de la Argentina, enmascarada de "progresista" por toda la prensa internacional y por no pocos izquierdistas del país. En el reportaje citado de la revista "La Semana" desliza la siguiente apreciación sobre un tema esencial: **"La Comisión Nacional de Energía Atómica realiza una obra muy importante para el país, pero tampoco se puede seguir con el ritmo de gastos que eso implica en medio de la situación económica que tenemos. Hay otras prioridades como las áreas de Educación, Salud, Plan Alimentario Nacional".**

Prebisch conoce su público al dedillo. Resulta más simpático hablar de salud o de educación que del átomo, cuya investigación independiente está vetada por la OTAN. Distribuir cajas de comidas a los miserables sin trabajo es un útil instrumento electoral para el gobierno de Alfonsín, adversario de la industrialización. De aquí se infiere que el "heresiarca" de la economía latinoamericana se presenta ante el público como un desindustrializador que asesora

a un gobierno análogo y que cierra la brevísima visita con un toque de pacifismo antinuclear, objeción que no dirige a los arsenales atómicos de Estados Unidos.

Se escondía en el espíritu de Prebisch un estereotipo íntimo adquirido en su juventud como técnico al servicio del poder oligárquico y la gran influencia inglesa, bajo cuya sombra se había formado y a la que debía todo su carrera.

El estereotipo reaparecía cada vez que Prebisch retornaba a la Argentina. Parecía en él algo invencible. Nada de esto se menciona en el interesante libro de Furtado. Creemos que se trata de hechos que a los argentinos les importa conocer bien, lo mismo que a todos los latinoamericanos. Al fin y al cabo, Prebisch es un verdadero modelo de influjo extranjero en la inteligencia de América Latina, que aún no ha logrado constituirse en un cuerpo pensante autónomo.

Cabe añadir que las memorias o semimemorias de Furtado se destacan por notables omisiones: la palabra "imperialismo" no se menciona ni una sola vez. Parecería que el "atraso económico" fuera obra de "leyes naturales" o de "errores técnicos" que pueden ser sustituidos por otras "técnicas" más eficientes. El pensamiento de Furtado se integra aquí con porciones diversas de liberalismo, algo de "desarrollismo", algo de nacionalismo, no pocos "valores democráticos", un toque sensible frente a la miseria de América Latina y la debida distancia respecto al marxismo y al liberalismo ortodoxo. Resulta así una versión sincrética, característica de la ambigua situación de los economistas latinoamericanos que viven en un suelo social y político peligroso y cambiante, donde el prestigioso gremio termina por privilegiar su propia carrera profesional antes que una gran causa pueda ponerla en peligro.

Celso Furtado incluye en su libro, además, dos aspectos singulares imposibles de soslayar en esta nota. Se trata del juicio que le merece el general Perón y el Dr. Getulio Vargas. La antipatía y rechazo que le inspira Perón se reitera en el libro de Celso Furtado varias veces. Sostiene que:

"El trauma provocado por la crisis de 1929, que por todas partes en América Latina abrió las compuertas hacia una mayor participación de las masas en el proceso político, tuvo en la Argentina un efecto inverso, porque restituyó en el mando a la oligarquía, que se mantendría en el poder con apoyo militar y a través del recurso del fraude electoral. Este proceso de degradación política suscitaba un amplio repudio y contra él se venían organizando fuerzas democráticas que se identificaban con la causa antifascista de los aliados. Perón se servía de la flaqueza del sistema para tomar el poder, modificando profundamente el cuadro político. La confrontación definitiva se daría en 1946, cuando, en elecciones efectivamente libres obtuvo la victoria por muy pequeño margen. Pesó en ese resultado la intervención de Spruille Braden, embajador de los Estados Unidos, que al señalar a Perón como un fascista lo transformó en héroe de los nacionalistas argentinos. La asunción de Perón, frustrando al movimiento democrático en pleno desarrollo no se explica si no se toman en cuenta las transformaciones de fondo que se venían sucediendo en la Argentina a partir de la crisis de 1929."

En relación al tema del triunfo del peronismo, Furtado adopta el punto de vista de las fuerzas demoliberales vinculadas a la oligarquía y al Partido Comunista, que omiten el carácter "nacional" y no fascista del movimiento que encabezaba Perón en la Argentina, como tantos otros dirigentes en los países del Tercer Mundo que luchan en esa época en procura de la constitución del Estado Nacional y de la revolución que le es propia.

Veamos otra opinión de Celso Furtado sobre Perón:

"Perón carecía de sensibilidad para los problemas económicos y se le escapaba lo que concernía a la singularidad argentina, país de alto nivel de vida pero que en el mercado interno competía con las exportaciones, que por su lado desempeñaban el papel estratégico de departamento productivo de bienes de capital. Al empeñarse en una política redistributiva para

aumentar el empleo y la masa de salarios, redujo la capacidad de acumulación reproductiva. La visión que tenía Perón de la región, particularmente de los países vecinos, estaba contaminada de paternalismo. Lo cierto es que el gobierno peronista, que carecía de una política de industrialización, no llegó a interesarse por lo que se hacía en la CEPAL."

Estas observaciones, realmente asombrosas, de Celso Furtado, un hombre que en otros aspectos parece estar bien informado, se destacan más cuando se consideran las políticas de unidad latinoamericana que emprendió Perón con Bolivia, con Brasil, Paraguay y Chile. Las visitas del general Ibáñez a la Argentina y de Perón a Santiago de Chile, así como los grandes discursos que ambos presidentes pronunciaron procurando la unidad aduanera de ambos países, a lo que habría que agregar las cartas intercambiadas entre Getulio Vargas y Perón, deja bien a las claras el carácter no-paternalista y mucho menos "imperialista" de Perón, como la propaganda norteamericana de la época quiso indicar y como injustamente Furtado repite por cuenta de terceros. La política de Perón en este orden fue abiertamente latinoamericanista e integradora.

En cuanto a que Perón en sus dos primeros gobiernos no se proponía impulsar una política de industrialización, ni tenía sensibilidad para los problemas económicos, revela Furtado un grado tal de desconocimiento o ligereza intelectual por la realidad argentina, que parece indigno de la fama que ha adquirido en numerosos círculos académicos.

La sorpresa que este libro proporciona no termina ahí. Resulta muy interesante citar la entrevista que le concedió el presidente Vargas a Prebisch y a Celso Furtado en el Palacio Catete. Citamos a Furtado:

"Prebisch, como muchos argentinos, sentía gran admiración por Vargas. Lo veía como el dirigente que conducía al Brasil por el camino de la industrialización, que intentaba transformar a un país de un gran atraso relativo en América

Latina, en un país de vanguardia en la región. No se detenía, como la mayoría de los observadores extranjeros, en los aspectos negativos. Era una época de dictaduras, había que escoger entre tiranos y déspotas... Lamentaba que Perón no tuviera las mismas virtudes que Vargas." Resulta curioso que el demócrata Furtado prefiera la dictadura de Vargas al régimen de Perón, elegido por el pueblo y que parezca desconocer las relaciones y secretos entre los dos grandes Presidentes.

Furtado establece una diferencia entre Vargas y Perón:

"Nuestro gaúcho era un hombre que oía a los entendidos, a los técnicos, que se informaba bien y tomaba decisiones con prudencia. Perón era sobre todo un gran actor, gobernaba como si estuviera en un palco. Además, Vargas gobernaba un país pobre en el que las cosas pequeñas podían ser importantes. Perón podía despilfarrar, sin que las angustias del momento vinieran a advertirlo de las consecuencias futuras de sus actos de histrionismo político."

Prebisch observaba a Furtado:

"Vargas supo formar cuadros, le dio una estructura moderna al Estado brasileño. Vea, Perón dispersó con un gesto al equipo que me costó diez años formar."

Prebisch se refería al equipo de técnicos que había formado él mismo bajo la dirección de Pinedo y que había protegido el "statu-quo" del Puerto de Buenos Aires y los intereses ingleses con una gran capacidad técnica. Perón seguramente no podía utilizar ese equipo ya que su gobierno iba a enfrentar a los anglo-sajones, y se proponía hacer exactamente lo contrario de lo que había hecho Prebisch y sus técnicos.

Escuchemos ahora otra opinión de Celso Furtado:

"El equipo a que se refería (Prebisch) le había dado a la Argentina un avance kilométrico en la información económica en América Latina e hizo del Banco Central una institución admirada internacionalmente, y Perón lo sustituia por un tal Miguel Miranda, un bien humorado fabricante de bizcochos

que, según lo que se publicó en la prensa de la época, al asumir el cargo golpeó con el taco del zapato en el suelo y dijo: Está todo lleno de oro."

Es preciso decirlo francamente. Furtado no tiene la menor idea del tema que trata. Tiene más "resolvencia" que "cencia". Asombra su imprudencia ante hechos de la historia económica y política argentina que se encuentran documentados en una rica bibliografía desde 1930 en adelante y donde Prebisch y la subordinación del Banco Central de la Argentina al Banco de Inglaterra están minuciosamente retratados.

En realidad, como tantos argentinos de la pasada generación saben, el Banco Central, organizado por sir Otto Niemeyer y dirigido por Prebisch, representaba de manera característica (como lo indicaba la constitución de su directorio perceptible en la contratapa de sus informes anuales) a los grandes ganaderos de la provincia de Buenos Aires, a los industriales protegidos del sistema británico, a la burguesía intermediaria porteña y a los bancos extranjeros, o sea dominados por el poder británico. Ese Banco Central no podía ni deseaba hacer la política que podía beneficiar a la industria nacional vinculada al mercado interno.

Tiene razón Furtado cuando dice que el Banco Central era **"una institución admirada internacionalmente"**, ciertamente por los poderes internacionales que veían en el Banco Central —que Inglaterra ni siquiera pudo imponerle a la India— el mejor instrumento para regular la moneda, administrar el crédito y mantener a perpetuidad a la Argentina colonial sometida a los intereses extraños.

En cuanto a la sustitución de Prebisch por Miranda también era bien clara. Miranda no fabricaba bizcochos como dice Furtado, sino que era un industrial que, además de envasar fruta de Mendoza, representaba típicamente la industria liviana de la Argentina. Era un hombre rudo, pero con un conocimiento pragmático de los asuntos nacionales. Miguel Miranda se encontraba muy por encima de los numerosos tecnócratas cultos y refinados, amantes de la

buena música y de los buenos vinos, que merodean por América Latina, teniendo un pie en los organismos internacionales asexuados y otro pie, más bien vacilante, en los ocasionales gobiernos nacionales que aparecen en nuestro suelo. Pero no hay ninguna duda en esto: el Banco anterior a Perón era un banco extranjero y Miguel Miranda era un industrial argentino.

Sería injusto que las observaciones anteriores hicieran pensar al lector que no es útil leer este libro. Por el contrario, creemos que las "Memorias" o parte de las Memorias de Celso Furtado, constituyen un buen testimonio, no sólo en lo que se refiere a los problemas económicos de la América Latina sino a las condiciones particulares que la realidad latinoamericana ofrecía hace treinta o cuarenta años a la juventud intelectual para su formación técnica. Era una época en la que los gobiernos oligárquicos, semi-liberales, semi-democráticos, autoritarios, nacionalistas o revolucionarios de América Latina, brindaron raras oportunidades para otorgar a esta juventud un porvenir profesional estable. ¡Signo de nuestras debilidades, aprovechadas por el imperialismo!

Recomendamos la lectura del libro de Furtado. Se verá que el propio autor brasileño, cuando adopta posiciones prácticas referentes a su propio país y a sus posiciones públicas, tampoco vacila.

Privado de sus derechos políticos por la dictadura militar que gobernó en el Brasil durante 20 años, en recientes declaraciones realizadas en Buenos Aires a "El Cronista Comercial", Furtado elogia a esa dictadura desde el punto de vista que logró impulsar algunos aspectos básicos del crecimiento económico autónomo del Brasil. En ese mismo reportaje a que aludimos, Furtado señala la necesidad de basar el crecimiento de la autonomía económica en el mercado interno, y no en el mercado internacional.

Al mismo tiempo, según hemos dicho ya, Celso Furtado fue Ministro de Cultura del gobierno del doctor Sarney que, como se sabe, es de algún modo sostenido por las Fuerzas Armadas del Brasil. Esto está indicando que Celso Furtado, en lo que se refiere al Brasil, no pierde de vista la dolorosa, compleja y tortuosa

evolución de los acontecimientos en América Latina que aún no ha encontrado sino avances episódicos pero inconfundibles en el camino hacia su emancipación total y unidad política. Y sin esta última, aquélla es imposible. Para concluir: resulta extraño en Furtado (aunque no en Prebisch) que no plantee en ningún momento de su libro la imperiosa necesidad de un acuerdo integral entre el Brasil y la Argentina, como paso previo a la Confederación de América Latina. ¡Lo esencial no está dicho![1]

---

(1) El amigo Alberto Methol Ferré me hace una crítica, "post-criptum". Observa que aunque es cierto que Prebisch tuvo dos caras, la cara que corresponde a la América Latina (industrialización, mercado común, etc.) es positiva y ha influido en la ideología de muchos economistas latinoamericanos, por lo que resulta justo destacarlo. Respecto a Furtado, Methol Ferré asimismo señala, con la ecuanimidad propia de los uruguayos, que el economista brasileño había sido uno de los técnicos que concibieron e impulsaron los acuerdos entre Alfonsín y Sarney, que precedieron al Tratado del MERCOSUR (Tratado de Asunción). Si así fuera, en justicia queda aquí consignado.

CAPITULO 22

Julio Cortázar: un caso de racismo literario *

Esta novela de Julio Cortázar fue escrita a mediados de 1950. No se llegó a publicar en vida del autor.

La edición que comentamos lleva una nota de Cortázar que dice lo siguiente:

"Publico hoy este viejo relato porque irremediablemente me gusta su libre lenguaje, sus fábulas y moralejas, su melancolía porteña y también porque la pesadilla donde nació sigue despierta y anda por las calles".

Según el autor, describe el Buenos Aires de 1950 y los sentimientos que despertaba en el espíritu de Cortázar la presencia en el poder de Perón y del régimen que Perón encarnaba. Cortázar abandonó la Argentina en 1951. Se radicó en Francia, donde adquirió la ciudadanía de ese país.

Es bastante conocido por el público que Cortázar, al cabo de unos años de vivir en París, manifestó simpatías por la revolución cubana y, en general por algunos movimientos revolucionarios del Tercer Mundo, en lo posible, bien alejados de París.

Su aversión por el peronismo, sin embargo, permaneció intacta, aunque el peronismo resultaba ser la manifestación peculiar en la

---

* **"El Examen"**, Julio Cortázar, Editorial Sudamericana, 1987.

Argentina de esos mismos movimientos de liberación que Julio Cortázar decía admirar en otras partes.

Esto era y es bastante corriente en los intelectuales de la pequeña burguesía que simpatizaban con la "revolución", cualquiera sea su signo, a condición de que ella se encuentre bien lejos del domicilio donde viven, de que haya triunfado y de que en el presupuesto del nuevo Estado se establezcan partidas para premios literarios y "turismo post-revolucionario", se entiende que **"tout compris"**.

Antes de viajar a Francia y de hacerse "izquierdista", Cortázar había sido miembro conspicuo de los círculos más íntimos de Victoria Ocampo y de la revista SUR. Como debería saber la joven generación, "Sur" constituia el órgano literario de la élite cosmopolita que brilla en cada capital de América Latina. Tales círculos abominan del medio aborigen. Su quimera consiste en instalarse a vivir en los centros mundiales y huir de la aldea donde tienen la desgracia de haber nacido. Como dijo Borges tristemente, "Somos europeos en el destierro".

Victoria Ocampo era una conocida estanciera y mujer ilustrada, dueña por cierto de un estilo bien argentino, que se había transformado en la Ninfa Egeria de las promesas literarias que aparecían en la Argentina hacia 1930. Julio Cortázar fue uno de ellos; hasta llegó a ser gerente de la Editorial SUR. Pese a su superficial "cubanismo" e "izquierdismo", esta visión que Cortázar, tanto como Victoria Ocampo, tenían del país y en particular del movimiento popular peronista, no se modificó jamás.

La novela póstuma que comentamos así lo consigna. El desconocido e irreconocible prologuista de esta edición, el señor Saúl Yiukyevich, que parece haber sido íntimo de Julio Cortázar a juzgar por la familiaridad con que lo trata, nos informa en su prologuito lo siguiente:

"No sin razón, Julio consideraba "El Examen" metáfora premonitora del descalabro nacional. Escrita antes de la muerte de Eva Perón, trasunta un período convulso y carnavalesco de turbamulta, de idolatría tumultuosa y de rituales populistas. "El

Examen" es la respuesta literaria al estímulo de una realidad hostil. Preanuncia fantasiosa, grotescamente, el terrible colapso que vendrá después".

No carece de razón el fortuito prologuista. Nadie mejor que el propio Cortázar para darnos una idea del país en el año que escribió esta novela. Veamos sólo una página, decididamente válida para una futura antología del racismo y machismo literario:

"—Y vos, ratoncito...

—Ay, cronista, sólo los provincianos, a veces, muy a veces, se arman una pobre culturita autónoma. Fijate que no digo autóctona porque... pero en fin, pero con gran preponderancia local. ¿Hacen bien, cronista, hacen bien, a vos te parece que hacen bien?

—Te contradecís —opinó el cronista— es posible especializarse en lo local pero una cultura es por definición ecuménica. ¿Debo traducir mis términos? Sólo en segunda etapa se puede valorar lo propio. Yo entiendo a Roberto Payró porque me tengo leído mi Merimèe y mi Addison y Steele.

Quedarse en lo inmediato y creer que se tiene bastante es condición de molusco y de mujer, con perdón de las damas presentes.

—Es tan triste sentirse, cronista —dijo Juan, suspirando— es tan triste sentirse parásito. Un chico inglés es en cierto modo el soneto de Sidney, los parlamentos de Porcia. Un cockney es tu "London again". Pero, yo que los quiero tanto, que los conozco tanto, yo soy este puñadito de poemas y novelas, yo soy nada más que La Cautiva, el gaucho retobado, el Cascabel del Halcón, Erdosain...

—Me parece mezquino quejarse así —dijo Clara enderezándose. No es propio de un hombre que pelea como vos para lograr la poesía que le interesa.

—Todo bien mirado —dijo Juan, amargo— nada tiene de brillante pertenecer a la cultura pampeana por un maldito azar demográfico.

—En el fondo, ¿qué te importa a qué cultura pertenecés, si te

has creado la tuya lo mismo que Andrés y tantos otros? ¿Te molesta la ignorancia y el desamparo de los otros, de esa gente de la Plaza de Mayo?

—Ellos tienen quimeras —dijo el cronista— y son de aquí, más que nosotros.

—No me importan ellos —dijo Juan— me importan mis roces con ellos. Me importa que un tarado que por ser un tarado es mi jefe en la oficina se meta los dedos en el chaleco y diga que a Picasso habría que caparlo.

Me jode que un ministro diga que el surrealismo es...

Pero para qué seguir.

Para qué.

Me jode no poder convivir, ¿entendés? No-poder-convivir.

Y esto ya no es un asunto de cultura intelectual, de si Braque o Matisse, o los doce tonos, o los genes o la archi Medusa.

Esto es cosa de la piel y de la sangre. Te voy a decir una cosa horrible, cronista, te voy a decir que cada vez que veo un pelo negro lacio, unos ojos alargados, una piel oscura, una tonada provinciana, me da asco.

Y cada vez que veo un ejemplar de hortera porteña me da asco.

Y las catitas, me dan asco. Y esos empleados inconfundibles, esos productos de ciudad con su jopo y su elegancia de mierda, y sus silbidos por la calle, me dan asco.

—Bueno, ya entendemos —dijo Clara— No nos va a dejar ni a nosotros.

—No —dijo Juan— "porque los que son como nosotros, me dan lástima".

Resulta instructivo este testimonio. No sólo por el racismo anticriollo de este "progresista" sino porque expone los mismos sentimientos de la intelectualidad argentina hechizada por las luces falsas de una Europa mítica. Una Europa que, por lo demás, ayer y hoy los desprecia, alzándose de hombros frente a ellos. Siempre consideró "metecos" a inmigrantes y arribistas oriundos

de las colonias, tanto así como a Cortázar le repugnaban los "cabecitas negras", que veía reunidos en la Plaza de Mayo y por los que sentía asco.

Inconfesables repulsiones análogas expresaría Ezequiel Martínez Estrada en su libro posterior a la caída de Perón, publicado en 1956, titulado "¿Qué es esto?" y que revelaba hasta qué punto, este tipo de intelectual mantenido por el patriciado en las habitaciones de servicio de "La Nación", en la cátedra universitaria o la revista SUR, buscaba la mirada aprobatoria del patroncito compartiendo sus odios esenciales.

También Ernesto Sábato, en su libro "La otra cara del peronismo", afirmaba que las masas populares de 1945 estaban inspiradas por el resentimiento. Jauretche le contestó en 1957 que no las empujaba el resentimiento, sino la esperanza.

Se comprende muy bien que la sed de universalidad de Cortázar lo llevara a emigrar de la Argentina y a radicarse en Francia. Algunos años después dijo que había abandonado el país (en realidad, como él mismo lo dice en el texto que acabamos de transcribir: ser argentino es **"un puro azar demográfico"**) porque

"Los bombos peronistas le impedían escuchar los cuartetos de Bela Bartok".

Desde París, esta filosofía confortable le permitió ser revolucionario en La Habana, reaccionario en la Argentina y feliz ciudadano francés al margen de las tempestades. Esclavo y maestro de la literatura de entretenimiento, Cortázar reflejaba en sus últimos libros el auge del Tercer Mundo en los caprichos ideológicos de la pequeña burguesía. Hoy, como Octavio Paz, Cortázar, si viviera, se sentiría algo más liberal. De ahí el acierto póstumo de este libro que expone su verdadera naturaleza política y literaria.

CAPITULO 23

Las razones extraliterarias en la canonización de Borges

El quejido universal exhalado por la muerte de Borges sugiere algunas reflexiones no literarias. Lo primero que salta a la vista es la "popularidad" de un escritor hermético, una especie de Mallarmé adorado por "las masas". No poco sorprendido vivió sus últimos años el propio Borges, que no ahorra palabras despectivas, apenas veladas por la ironía, acerca del número de sus admiradores. Digamos en favor de Borges que él fue siempre muy consciente de lo que pretendía decir y representar. No incurrió nunca en las vacilaciones hamletianas de Sábato, paradigma del pequeñoburgués en perpetuo soliloquio. Borges sentía pertenecer, y de algún modo pertenecía, al patriciado en su etapa preoligárquica. Dedicó muchas páginas a reírse con *humour* británico de los escritores de segundo orden, con frecuencia de origen inmigratorio, a los que despreciaba así como de las normalistas y de los políticos, que encontraba indeciblemente vulgares y hasta canallescos, desde José Hernández a Perón.

En Borges hay que rendir homenaje a su sinceridad, fundada en el sentimiento de superioridad y consiguiente desenfado que otorgaba a él y a sus amigos, criadores de ganado, saberse amos de una infinita llanura, llamada Argentina.

Así como la vida nómada permitió a los gauderios, a lo largo de siglos, ese "otium" pampeano de criollos libres, cultores de la vida salvaje, consumidores de carne gratuita y devotos de la guitarra española, dar como fruto final a José Hernández y a *Martín Fierro*,

el poema inmortal, esa misma pampa, después del alambrado, la mestización y los mayordomos ingleses, enriqueció a escala oriental a un nueva clase social de grandes estancieros. Enseguida no más, en dos o tres generaciones, convertidos los gauchos en peones y los estancieros en gente refinada, éstos enviaron sus hijos a Francia e Inglaterra. De esas tierras ilustres volvieron con los mejores vinos, las más bellas queridas, las peores costumbres, los automóviles eléctricos y las institutrices. El viejo estanciero criollo, que solía comer carbonada y puchero en su mesa, terminó por importar cocineros franceses y libros del mismo origen. *Martín Fierro* pasó a ser leído por la plebe rural; la gente rica sólo leía en francés o en inglés. Borges se formó en esa frívola sociedad del Centenario. Como no podía ser menos, su obra resultó ser la más perfecta expresión del extravagante culto a la forma que ofreció al mundo una aristocracia rural obsesionada por Europa.

El antiguo patriciado, ahora trocado en oligarquía, advirtió las raras calidades de Borges, mediante los buenos oficios de una "snob" impar, Victoria Ocampo. Estanciera, mecenas galante, editora y también escritora ocasional, de excelente prosa, por cierto, Victoria Ocampo percibió en el acto lo peculiar de Borges: creador de una literatura preciosa, de literatura para escritores, acumulador de sorpresas verbales, prácticas de estilo y sutilezas sintácticas, su obra permanece inédita para la mayor parte de su fascinado público. La razón es que se trata de un escritor erudito y tedioso, salvo en sus poemas y en sus declaraciones, coloquios, y reportajes, pedestal, estos últimos, de su fama. De ahí que la marea de lamentaciones y homenajes haya contagiado hasta ciertos peronistas, hecho que habría de consternar a Borges, si estuviese en condiciones de saberlo. Claro está que la admiración por Borges de estos neo-peronistas "en vías de desarrollo" permite medir el abismo adonde ha ido a parar buena parte del movimiento revolucionario fundado por el Coronel en aquel Octubre.

La mayor parte de su obra no ha sido leída por no pocos de sus críticos periodísticos, de cuyas calidades tenemos noticia por los

indigestos suplementos literarios de la gran prensa. ¿A qué obedece, entonces, la conmoción nacional que desencadenó la desaparición de Borges?

Es que detrás del velo delicado de su gran poesía metafísica y de su veneración por los compadritos y los compadres, los rufianes y los bailarines de tango, había un Borges de ojo agudo, atento a la historia argentina y latinoamericana, esa *"odiosa historia de América"* según sus palabras. Había construido una jerarquía precisa de repulsiones y atracciones. Nunca ocultó que a su juicio Artigas era un bárbaro, lo mismo que Rosas; en cuanto a los caudillos menores, lo que más le agradaba de Facundo era su asesinato. De su evocación nació el hermoso *El General Quiroga va en coche al muere*.

Por el contrario, lisonjeaba a Sarmiento. Conducta inusual en Borges, parco en elogiar, salvo a escritores ingleses. A decir verdad, poco le atraía el Sarmiento literario, desaforado, vital, demasiado hispánico para su gusto (el mejor Sarmiento). La razón de la aprobación borgiana al matrero sanjuanino hay que buscarla en la inclinación compensatoria del tímido Borges hacia los cuchilleros. Precisamente era Sarmiento el modelo de pedagogo a cuchillo que más le complacía. Su orden para degollar al Chacho y clavar su cabeza en una pica en la Plaza de Olta, sumía a Borges en una verdadera delectación, pues sólo la barbarie elimina a la barbarie, diría.(1)

---

(1) El General Mitre, historiador, militar y político, era Presidente de la República. Sarmiento era Gobernador de San Juan y el General Angel Vicente Peñaloza, conocido popularmente por "el Chacho", era el caudillo más querido y respetado de los gauchos pobres de la provincia de La Rioja y de la región del Centro del país. Cuando las fuerzas de Sarmiento aprisionan a Peñaloza mientras dormía y lo asesinan, Sarmiento escribe a Mitre: **"He aplaudido la medida precisamente por su forma. Sin cortarle la cabeza a aquel inveterado pícaro y ponerla a la expectación, las chusmas no se habrían aquietado en seis meses"**. Poco antes, Mitre escribía al Vicepresidente de la República, Don Marcos Paz: **"Mejor que entenderse con el animal de Peñaloza, es voltearlo, aunque cueste un poco más. Aprovechemos la oportunidad de los caudillos que quieren suicidarse para ayudarlos a bien morir... Al Chacho es preciso que se lo lleve el diablo barranca abajo"**. V. Tomo X, del Archivo del General Mitre, Ed. La Nación, 1910 y Dardo de la Vega Díaz, "Mitre y el Chacho", La Rioja, 1939.

Había otra predilección justificada hacia Sarmiento, nacida de la misma razón que despertaba su ironía y su rechazo de Simón Bolívar, el gran criollo de a caballo. Es que Sarmiento había querido reducir la chusma nativa por la introducción al país de 67 maestras norteamericanas que no conocían el castellano y que eran de religión protestante. Así, pues, con un idioma civilizado, y con una religión ajena a la tradición hispanoamericana, Borges veía en su admirado Sarmiento el fundador de la educación nacional. Aborrecía, por lo demás, la lengua española, y en esto le acompañaba la amargura de Groussac, que fracasó en ser un escritor francés. De tal suerte, Borges, bibliotecario en varios sentidos como el ilustre polígrafo nombrado, fracasó en ser un escritor inglés. Era un argentino notable, a mitad de camino entre dos culturas que no podían fundirse, pues también en la Argentina de su juventud se pugnaba por absorber la formidable masa inmigratoria, que asimilaría el país por medio de *Martín Fierro*. Borges quería hacerlo, sin embargo, a través de Stevenson. Se burlaba de la retórica española. Llamaba a García Lorca "un andaluz profesional" y repudiaba a Neruda. Su amor por las sagas de Islandia le impedía amar las propias; aunque también arguyó que *"América Latina era inexistente"* y que los argentinos *"éramos europeos en el destierro"*.

Detestaba a José Hernández, Carlos Gardel y Juan Perón, los tres hombres más amados del pueblo argentino. La "literatura nacional", aun aquella legitimada por los galicismos de Ricardo Güiraldes en *Don Segundo Sombra,* no eran para él y su madre Leonor Acevedo, otra cosa que *criolladas*. Para hablar con estricta justicia, la semicolonia encontró en Borges a su más sutil artista.

Sumergidas en las turbias aguas del más laxo conformismo, las clases medias apreciaban en Borges su desdén (realmente inglés) por España y por la lengua española. Este idioma es incapaz, según él, de captar la poesía. Les atrajo también su escepticismo religioso. Por cierto que su antimilitarismo usual era grato. Salvo cuando los generales servían para nombrarlo funcionario de la dictadura

de Aramburu o comensal de Videla. Su desconfianza hacia el Estado y la glorificación del individuo, hicieron las delicias del pequeñoburgués que imita a la oligarquía, sea en la esfera de la política o los patrones estéticos y que sueña con preservar su precioso ombligo de las tempestades contemporáneas.

Pero Inglaterra, en suma, fue el objeto del amor esencial de Borges. La guerra de las Malvinas, afirmó, le pareció algo irreal.

Según se ve en esta rápida enumeración, Borges había adquirido, sin buscarlo, un público devoto y vergonzante, que se las arreglaba bastante bien para identificarse con sus ideas políticas mediante el honorable subterfugio de rendir tributo al arte incuestionable de nuestro más grande poeta cosmopolita.[1]

---

(1) Borges presintió su fin y decidió morir en Ginebra, la ciudad de su adolescencia. Era también, casualmente la ciudad de Calvino.



LA OBRA.

Contemporáneos de una época singular, en que la ideología de las grandes potencias declara la muerte de las ideologías ajenas y el fin de la historia, los ensayos aquí reunidos formulan una tesis opuesta. A los pueblos arrojados de la historia, como es el caso de América Latina, les toca alcanzar su independencia nacional, mediante la unidad de sus Estados balcanizados y afirmar su inividualidad, sus tradiciones y las particularidades de su cultura latino-afro-indo-americana.
Esto significa indagar el papel del nacionalismo, el marxismo, en su salsa europea y en su versión tropicalizada, la inteligencia semicolonial y su ambigua literatura, el contradictorio rol de sus Ejércitos, así como la revisión crítica de una historia falsificada. Tal es el contenido del presente volumen.

JORGE ABELARDO RAMOS.

El autor ha publicado entre otras obras, "Historia de la Nación Latinoamericana", "Revolución y contrarrevolución en la Argentina" (en cinco volúmenes. "Las masas y las lanzas, "Del patriciado a la oligarquía", "La bella época", "La factoría pampeana" y "La era del peronismo").
Ha sido candidato a Presidente de la República, Profesor en la Universidad de Buenos Aires y Embajador argentino en México. Preside el Movimiento Patriótico de Liberación, que postula un socialismo criollo y un nacionalismo latinoamericano.